



GABRIEL POMBO

JACK EL DESTRIPIADOR

LA LEYENDA

CONTINÚA

Dr. Gabriel Pombo

Jack El Destripador

La Leyenda Continúa

AGRADECIMIENTOS

Al doctor. Eduardo Zinna, co-director de la revista Ripperologits, agradezco sus generosos comentarios y las valiosas correcciones que realizara a mi manuscrito original.

Al periodista, Wilson Vera Recoba, doy gracias por sugerirme el diseño de la portada de este libro, así como por el entusiasmo y el aliento brindados.

Al doctor Emiliano Valcarce doy gracias por el interés mostrado a mi tarea a través de las notas que me dedicara en su blog de Internet.

Al señor Fernando Giménez, expreso mi reconocimiento por la dedicada labor de diagramar y convertir a pdf este manuscrito.

Al profesor Angel De Vitta, director de la revista Dimensión Desconocida, manifiesto mi gratitud por su amable ayuda de traducir del inglés al español varios de los textos utilizados en esta obra.

INTRODUCCIÓN

Este libro representa la prosecución del relato sobre la mortífera saga ocasionada más de ciento veinte años atrás por el anónimo criminal que la historia bautizó “Jack el Destripador”.

Aquí se plantean diversas teorías acerca de cual pudo constituir la elusiva identidad de aquel mítico engendro, las cuales por razones de espacio no pudieron ser consideradas dentro del contenido del antecesor “El Monstruo de Londres. La Leyenda de Jack el Destripador”.

La no inclusión de determinadas personas y personajes de cuyas existencias se da cuenta en este volumen sólo se debió a la razón antes mentada, pero de modo alguno a la inferior trascendencia que pudiesen revestir en orden a la historia conocida y a la mitología edificada alrededor del folklórico psicópata victoriano.

El presente trabajo se compone de ocho capítulos.

En el primero se recrean los desenlaces de las víctimas de esta historia. Tanto de aquellas que seguramente cayeron a manos del ejecutor, como de otras cuyos decesos quizás aquél hubiera provocado.

El siguiente se atenderá a la idea de que el Destripador fue un psicópata, rasgo sobre el cual parecería no mediar dudas. Pero en esta emergencia, además de establecerse las características que en criminología se asignan a las personalidades psicopáticas capaces de llegar a asesinar, se examinará cual maníaco de entre quienes resultaran detectados en aquella época -y devinieran postulados como plausibles candidatos- encuadra mejor para instalarse en ese dudoso podio. Aquí descollará con luz propia un flamante candidato a haber sido el mutilador: el pervertido marino mercante Carl Ferdinand Feigenbaum.

También se narrará el destino de un psicópata envenenador de mujeres que podría haber cambiado de “modus operandi” y pasar a valerse de cuchillos: el barbero polaco Severin Klosowski, alias George Chapman.

Asimismo, se dan a conocer los avatares de un sórdido maníaco evadido de un hospicio, meses antes de sobrevenir la masacre: el tapicero James Kelly.

En “Jack. El asesino enamorado” se dejará constancia de cuanto se especula con relación a aquel personaje extraño que fue concubino de la más patética de las víctimas cobradas por el matador del East End londinense: Marie Jeannette Kelly.

¿El amor habría precipitado a su amante Joseph Barnett en la locura vesánica?

¿Y qué decir de George Hutchinson?, el testigo que era cliente de la bella prostituta y que tal vez la deseaba en secreto sólo para sí, y al cual la frustración lo transformaría en su verdugo, conforme sugirieron algunos comentaristas.

¿O podría haber sido el despecho de un marido engañado lo que impulsó a James Maybrick a transformarse de apacible burgués en un despiadado asesino en serie?, de conformidad pretende un diario íntimo hallado cien años después de fallecido aquel rico comerciante.

El capítulo cuarto tendrá por título “Jack. El asesino sexual”.

En éste nos adentraremos en la descripción de siniestras figuras de aquel entonces cual resultaran ser los ejecutados William Henry Bury y Frederick Bailey Deeming.

De igual manera, se intercalarán comentarios refiriendo las estrafalarias actividades consumadas por sexópatas habidos en el siglo XX, como los victimarios seriales norteamericanos Ted Bundy y Edmund Kemper, el ruso Andrei Chikatilo y el británico John Reginald Christie.

A su turno, Jack El asesino homosexual” no conformará necesariamente la cara opuesta del anterior capítulo, y en el devenir del mismo se darán a difusión andanzas de los sospechosos Francis Tumblety, el Príncipe Albert Víctor, James Kenneth Stephen, Montague John Druitt, y Frank Miles.

El sexto segmento rotulado “Jack. El asesino satánico” ilustrará sobre la creencia en el diabólico rito pentecostal que habría motivado las matanzas de Whitechapel, según lo adujesen el místico Aleister Crowley y varios ensayistas.

Se desarrollará la tesis que proclama la culpabilidad de Robert Donston Stephenson, y se aludirá a demoníacos depredadores de tiempos más actuales.

El ulterior apartado, bajo el epígrafe de “Jack. El asesino inexistente”, desliza una seductora hipótesis: ¿Qué tal si se trató siempre de homicidios independientes facturados por sucesivos criminales oportunistas e imitadores? ¿Sería posible que no hubiera existido nunca un verdadero ultimador serial, y Jack sólo constituyese una creación de la prensa o de otros vidriosos intereses?

En el cierre nos dedicamos a diagramar el contorno psicológico del misterioso perpetrador. Para tal fin contamos con el auxilio prestado por la moderna ciencia criminal que ha estudiado su patología y otras aberraciones semejantes. También se desarrolla la denominada “teoría de la locura lunar” ofrecida como explicación alternativa para aquellos óbitos, de acuerdo propusiera el doctor Lyttleton Forbes Winslow, respetado psiquiatra contemporáneo a los hechos y gran aficionado que infructuosamente trató, por su cuenta y riesgo, de desenmascarar al responsable.

Por último, nos parece válido reproducir aquí las palabras con que concluyéramos la introducción al precedente volumen sobre la leyenda de Jack el Destripador, cuyo espíritu infunde esta obra:

“...A los ciento veinte años de ocurrida la tragedia que costó al menos cinco vidas humanas vaya dedicado el esfuerzo de este trabajo en honor y recuerdo de las desdichadas víctimas de aquella añeja historia, y en respeto de todos aquellos seres humanos que en nuestro presente siglo XXI continúan perdiendo la vida ante fuerzas tan oscuras, absurdas e insondables como las que se dieron cita en aquel otoño de 1888...”

CAPÍTULO I

Las Víctimas.

Esa madrugada Emily Holland, a quien también llamaban Ellen sus amigas y sus clientes, volvía a su alojamiento en el número 18 de la calle Thrawl. No había esta vez candidatos a la vista para una cincuentona como ella, pero se conformaba recordando que dentro de su modesto bolso guardaba los cuatro peniques que costaba pagarse el catre. El resto del dinero lo había gastado en la compra de embutidos y ginebra mientras regresaba del muelle, luego de contemplar el ardiente panorama.

Había valido la pena la larga caminata. En el Este del Londres de la Reina Victoria raramente ocurría algún evento atractivo. La caminante conservaba en sus retinas el fulgor rojizo de las llamaradas que, tras propagarse desde un almacén de brandy en el dique seco de Ratcliffe, arrasaron unas míseras casuchas y encendieron la base de la iglesia. Era casi de medianoche y los bomberos todavía no habían logrado sofocar la voracidad del fuego. Los resplandores se reflejaban sobre las aguas del Támesis y se avistaban desde los suburbios, a kilómetros de distancia.

Corrió de boca en boca la sensacional noticia y hasta el puerto, curiosa y excitada, se dirigió ella, al igual que lo hicieron en aquella ocasión centenares de pobladores de Whitechapel. Sin embargo todo lo bueno se acaba, y también llegó a su fin el gratuito entretenimiento nocturno de ese 30 de agosto de 1888. Pronto se harían las 2.30 de la madrugada del día entrante y, como quedó dicho, Emily Holland retornaba a su refugio. Entonces fue que la vio.

La pequeña meretriz avanzaba tambaleándose contra la pared. Producto de una borrachera -otra más de ellas- sus piernas apenas coordinaban. Vestía con ropa más harapienta que de costumbre, y el único toque disonante con la desastrada apariencia lo conformaba un sombrero de paja negro con ribetes de terciopelo que parecía recién estrenado. Ellen se aproximó a la patética figura para cerciorarse. Sí, sin dudas, era ella. Su compañera de oficio y de albergue Mary Ann Nichols, mejor conocida como "Polly".

_ Pero si eres tú Polly. ¡Por Dios, qué mala cara traes! _ exclamó_. ¿A dónde vas? Ya son las dos y media de la noche.

_ Hola Ellen _ respondió aquella con tono apagado_. Es que debo ganarme la plata para pagarme la cama. No tardaré mucho. Tengo que conseguir a otro. Esta noche ya me gané tres veces el precio, pero las tres veces me lo bebí.

_ No hay caso contigo, mujer. Tú sí que no puedes con tu naturaleza. Bueno, te deseo que tengas buena suerte.

A pesar del aliento brindado, el timbre de voz de Holland delataba un matiz de reproche. Aunque a ésta también le gustaba empinar el codo, y en octubre de ese año sufriría dos arrestos por embriagarse y generar escándalo público, no se consideraba una beoda. Pero Nichols era un caso perdido. Optó por cambiarle de tema:

_ Vengo desde el puerto a donde fui a ver el incendio. ¿Es que no te enteraste?: estalló un tremendo fuego en Ratcliffe Highway, en el muelle, y todavía sigue ardiendo. Incluso quemó a la iglesia de St George's in the East. Fue todo un espectáculo... _ . Ellen iba a terminar la frase pero comprendió que la otra no le prestaba atención. Era claro que su mente deambulaba lejos de allí. Escrutó el abotargado rostro de su compañera y sintió lástima.

_ Te noto muy cansada Polly. ¿Por qué no me acompañas?

_ No, gracias, tengo que conseguir la plata para pagarme la cama.

_ Cómo tú prefieras, yo me voy. Cuídate amiga.

Tan sólo un par de horas atrás Mary Ann esbozaba un semblante afable y parecía disfrutar de buen ánimo y salud. Aunque no era que tuviese muchos motivos de regocijo, porque la habían despedido de la pensión donde se albergaba. Desde los últimos cuatro meses se venía repitiendo ese ciclo nómada y ella seguía sin afincarse en ningún lado.

La vieron salir a las 0.30 del 31 de agosto de la taberna “The Frying Pan” (literalmente: “La Sartén”). Había bebido más de la cuenta y parecía achispada, aunque se conservaba bastante sobria todavía. Lo malo era que solamente le quedaban dos peniques y necesitaba dormir. Se encaminó hacia el albergue de la calle Thrawl. Sabía que ese dinero no le alcanzaba para pernoctar y que lo más probable era que la rechazaran -allí el precio de la cama ascendía al doble de esa suma, al igual que en los demás malhadados alojamientos del distrito- pero nada perdía con hacer el intento.

—Vamos, te doy dos peniques que es lo único que tengo encima. ¡Te juro que mañana te traigo lo que me falta!— rogó ante el hombre que se mantenía impávido.

—Ya sabes como funciona esto. La cama cuesta cuatro peniques. Si no los tienes esta noche duermes afuera.

—¡No puedo creer que por dos miserables peniques me mandes a la calle!— fingió indignarse Polly.

—Lo siento, no puede hacerse nada. No soy yo quien fija las reglas aquí.

Era cierto, el gordito calvo y malhumorado al cual Nichols le insistía para que la dejara entrar no era el encargado de la casa de huéspedes sino un suplente, y tenía que cuidar su empleo. Si el otro hubiese estado de guardia esa velada puede que ella lo hubiera ablandado, tal vez habría logrado permutarle el precio del lecho a cambio de un servicio sexual rápido y discreto. No sería la primera vez. Pero para su mala fortuna el dueño estaba lejos de allí atendiendo otros menesteres.

Resignada, aunque alardeando confianza, dio media vuelta y salió hacia la calle, no sin antes declarar al cruzarse con una conocida:

_ No me importa. Sé que esta va a ser mi noche de suerte. Mira qué lindo sombrero nuevo llevo puesto_ sonrió mientras lo ladeaba.

Estaba persuadida de encontrar a los clientes con que obtendría el dinero preciso para costearse la cama y, alentada por ese convencimiento, se internó en las neblinosas callejuelas. No obstante, otra compulsión aún más poderosa que la de disponer de un techo bajo el cual cobijarse la gobernaba: el alcohol. Ansiaba con desespero beber cerveza, ron, ginebra o el líquido que fuera, con tal de sumergirse en ese estado de embriaguez en el cual el futuro no la angustiaba y su pasado quedaba en el olvido.

Buck's Row era uno de los callejones del distrito, bordeaba el cementerio judío, y a mitad de su camino se ubicaba el matadero de Spitalfields. También constituía una ruta obligada para ir al mercado. La región distaba a unos quinientos metros de donde Ellen y Polly sostuvieran su breve conversación.

Una hora y media a partir de aquel encuentro el joven Charles Cross, que se internaba por esa calzada rumbo a su trabajo en el mercado, divisó una forma tendida encima de los adoquines. Al principio se figuró que era un trozo de tela alquitranada, quizás caída de uno de los carros que transitaban por allí. Pensando que podía sacarle provecho al hallazgo se acercó más, hasta comprender que no se trataba de una lona sino de un cuerpo femenino con sus vestimentas en total desorden.

Antes de poder enfocar mejor su mirada percibió el sonido de unas pisadas. Volteó el rostro y, entre las brumas de la madrugada, advirtió la presencia de Robert Paul, un compañero de labor que avanzaba a ritmo raudo desde la acera opuesta.

_ ¡Hey! Ven a ver a esta mujer, está desmayada de tan borracha.

_ No creo que esté borracha. Esta tipa parece muerta_ musitó el otro, al tiempo que se arrimaba.

Inclinándose sobre ella y colocándole una mano sobre el pecho como si quisiera auscultar sus latidos, más para sí mismo que para que lo oyese su camarada, Cross señaló:

_ No, no está muerta. Me parece que la oigo respirar. ¡Ayúdame a ponerla de pie!

_ ¡Yo no la toco!_ casi gritó Paul, dando un respingo. En seguida torció el cuello y atisbó hacia el fondo del callejón tenuemente iluminado por el gas de una farola. *“En ese momento me asusté de verdad. Me dí cuenta que la habían matado y se me dio por pensar que el asesino podía andar oculto cerca de ahí”*, recordaría en la instrucción judicial.

Al convencerse que no iba a obtener colaboración por parte del amedrentado Paul el solidario entusiasmo de Cross se esfumó.

_ Bueno, lo mejor será irnos de aquí y avisarle a los polis.

Los dos trabajadores giraron sobres sus talones, presurosos y aliviados de dejar atrás a la desharrapada figura yacente en las sombras. Tras recorrer un corto trecho, dieron con el agente Mizen de la división H de Whitechapel que cumplía con su ronda habitual, y le notificaron su descubrimiento.

Pero los mozos de mercado no revisaron con detenimiento. Si lo hubieran hecho más grande habría sido su susto, al constatar que la cercenada garganta exhibía una salvaje rajadura, fruto de un muy filoso cuchillo aplicado de izquierda a derecha en el nacimiento del cuello. Antes de que Mizen arribase al teatro del crimen otro policía, John Neil -quien media hora antes recorriera ese sitio sin apreciar nada raro- se topó con el cadáver y comenzó a soplar su silbato en demanda de socorro. Eran las 3 y 45 de la mañana.

Este custodio sí reparó en significativos detalles. Además del impresionante tajo, y de la sangre manando a través de la herida, estaban aquellos ojos muy abiertos, casi en blanco y aterrorizados, que conferían un aspecto horrible a la faz de la víctima. El policía pensó que se trataba de un suicidio y en vano buscó el arma capaz de haber infligido el corte. Recién entonces cayó en la cuenta de que estaba frente a un homicidio ejecutado mediante degollamiento.

A los llamados de auxilio de su colega acudió el policía Thain.

_ ¡Corre en busca de una ambulancia y por el médico! ¡Esta mujer fue asesinada!_ le requirió Neil, quien se quedó montando guardia.

A las 4 hizo su aparición el doctor Rees Ralph Llewellyn, cirujano policial que vivía a pocas cuadras. Inició el examen con ostensible desgano y sin reprimir su fastidio por haber sido despertado a horas tan impropias. Esbozó un ademán de desprecio al ver a un grupo de curiosos que se arremolinaban en círculo, pero no requirió que despejasen el perímetro.

Cuando Thain volvió con otro agente transportando la tosca carretilla que oficiaba de ambulancia les ordenó:

_ ¡Trasladen a la fallecida al depósito de cadáveres de Old Montague! Yo iré hasta allí más tarde.

El depósito mortuario consistía en un cobertizo emplazado en la sección trasera de un reformatorio que daba a la calle Old Montague. En tan rudimentario reducto el cuerpo de la víctima fue extendido encima de un banco de madera. Previo al arribo del forense, dos internos del lugar - Robert Mann y James Hatfield- lavaron el cadáver y lo dejaron dispuesto para el análisis clínico. Junto con el doctor Llewellyn llegó Spratling, un inspector de Scotland Yard, quien levantó el vestido de la finada y comprobó que le habían amputado los intestinos.

A la vista quedaron sus enaguas, y sobre esta prenda lucía impreso un sello del asilo de Lambeth, uno de los refugios donde la víctima había morado en fechas recientes. Sus señas figuraban en el libro de ingresos de aquel establecimiento, extremo que permitió identificar a la mujer anónima como Mary Ann Nichols, de cuarenta y tres años, separada de su esposo y madre de cinco hijos, con los cuales desde largo tiempo no mantenía contacto.

Lamentablemente, el contenido de la autopsia practicada a Polly Nichols continúa extraviado, y también se perdieron los reportes de las otras autopsias, con la única excepción del formulado por el doctor Thomas Bond sobre Mary Kelly, que se recuperó en 1987. La restante fuente de datos deriva de artículos periodísticos y no resulta tan fiable. De aquí que la información más asequible proviene de las actas labradas en las encuestas judiciales.

El procedimiento legal a fin de determinar la causa del óbito se encargó al jurista Wynne Edwin Baxter de la división Sudeste del condado de Middlesex. Los registros de dicha instrucción se conservan intactos, y ello permitió la divulgación de pormenores del crimen que de otra manera serían desconocidos. Otro tanto sucedió en el caso de las demás asesinadas.

Al magistrado que en Inglaterra preside la fase previa en la indagatoria de una muerte se lo califica “juez de guardia” o “coroner” -atento a la versión inglesa del vocablo-. La figura del coroner es inherente al derecho anglosajón. Se trata de un funcionario local que resuelve, en un comparendo con asistencia de jurados, si el fallecimiento de una persona -cuando no fue fruto de razones naturales- constituyó un accidente o un homicidio. Una vez decidido ese punto, dicho juez ya no integra la pesquisa policial, si la hubiere.

El sábado 1º de setiembre se celebró, en el llamado “Instituto de los muchachos trabajadores de la ronda de Whitechapel”, el primer comparendo de la investigación. En el desastrado East End de 1888 no había un sólo edificio decoroso para ser empleado como sala de audiencia, y aquel ámbito fue lo mejor que se pudo conseguir.

Se abrió la sesión con un formulismo anglosajón que data de cientos de años cuando el oficial de guardia proclamó con voz tonante:

— ¡Oíd, oíd! Vosotros, los buenos ciudadanos de este distrito, habéis sido convocados para investigar en nombre de vuestra soberana Su Majestad la Reina, cuándo, cómo y por cuáles medios Mary Ann Nichols encontró la muerte. Responded a los nombres.

Tras la fórmula de apertura se tomaron los juramentos a los jurados. Después los designados se levantaron y fueron con el juez de guardia al depósito de cadáveres para ver el cuerpo de Polly, pues debían registrar todos los detalles antes de volver a la sala de audiencia.

Una vez que retornaron al improvisado tribunal, se dio inicio a la sesión recibándose las declaraciones de los obreros de mercado que hallaron a la víctima y, luego, de dos inspectores: John Spratling de la división J, y Joseph Helson. El primer policía indicó que comprobó las mutilaciones en el depósito de Old Montague y que cuando inspeccionó la zona de Buck's Row casi no encontró rastros de sangre, excepto una muy pequeña cantidad debajo del cuerpo, que fue rápidamente limpiada. Tampoco halló arma alguna.

Por su parte, el segundo detective manifestó que arribó a la morgue a las 8 de la mañana. Describió el aspecto de la fallecida haciendo hincapié en el grueso corsé que llevaba puesto. Adujo que esa prenda probablemente le impidió al matador aplicar con más saña el cuchillo, limitando así la extensión de las heridas.

El testigo en apariencia más relevante era el marido de Polly, el maquinista impresor William Nichols, quien el día anterior fue a reconocer el cadáver en compañía del inspector Frederick Abberline, recientemente nombrado para comandar las operaciones. La mujer lo había abandonado dejándole cinco hijos a cargo, el menor de ellos de sólo dieciséis meses. Él, a su vez, vivía en concubinato con la obstetra que atendiera a Mary Ann en su último parto.

_ Te perdono por lo que haz sido y por lo que me hiciste_ declaró frente al tieso organismo de su esposa, haciendo gala de sentido histriónico. En el tribunal, el viudo narró la vida desarreglada que llevaba la extinta, su promiscuidad y su afición a la bebida.

Las declaraciones de William Nichols devinieron, empero, intrascendentes y meramente anecdóticas. La deposición más significativa la brindó el forense actuante. El coroner mandó llamar al estrado al doctor Rees Ralph Llewellyn, un médico con trece años de ejercicio que había estudiado en el London Hospital y era integrante de la Sociedad Británica de Ginecología.

_ La occisa presentaba una pequeña laceración en la lengua y un hematoma en el lado derecho del maxilar inferior a raíz de un potente golpe de puño, o por la presión de un pulgar_ expuso, comentando los resultados de su autopsia. Hizo una pausa aguardando preguntas del juez, o la intervención de algún miembro de jurado. Al percatarse que todos estaban atentos a sus palabras continuó su explicación con timbre monótono:

_ De igual forma, mostraba una magulladura circular en la zona izquierda de la cara, sobre el maxilar, cuyo origen habría sido causado por el mismo golpe o presión. El cuello aparecía cortado en dos puntos. Un primer tajo medía diez centímetros de largo y se iniciaba a dos centímetros y medio por debajo de la oreja izquierda. La otra incisión también nacía a partir del lado izquierdo, aunque a un par de centímetros más abajo que la anterior.

_ ¿Eso podría significar que el criminal la atacó por la espalda? preguntó Baxter.

_No. Soy del parecer de que la agresión se concretó de frente. Creo que le tapó la boca con la mano derecha para que no gritase, y de allí provienen los moretones en la cara.

_ ¿Cuál considera que fue el proceso de las heridas inferidas?

_ Primero le efectuó varias incisiones en el abdomen empuñando con su mano zurda un cuchillo de hoja fuerte, larga y moderadamente afilado que fue usado con gran violencia. Estos cortes fueron suficientes para provocarle la muerte a la víctima, y posteriormente le cercenó la garganta. Los tajos trazados de izquierda a derecha en el abdomen y en el cuello indican que el asesino era zurdo, y que esgrimía el arma con esa mano_ concluyó el facultativo.

Cabe intercalar que con tales conclusiones están en desacuerdo la mayoría de los actuales expertos quienes consideran, por el contrario, que el criminal era diestro y que agredía por detrás a sus víctimas. Es muy discutible también la opinión del doctor Llewellyn sobre que Polly murió debido a los cortes abdominales. Lo más probable es que en su caso, al igual que en los restantes, el atacante comenzara con el degollamiento y que las incisiones en el vientre las inflingiese con la mujer ya indefensa.

La instrucción soportó varias postergaciones. En una de ellas, se tomó declaración a los internos del depósito que prepararon el cuerpo, y el asunto del corsé, mencionado por el inspector Helson, salió de nuevo a relucir. El coroner le preguntó a James Hatfield:

- _ ¿Qué prenda le quitaron primero al cadáver?
- _ Un impermeable, el cual pusimos en el piso. Después la chaqueta.
- _ ¿Fue necesario que cortasen la tela?
- _ No. El vestido lo llevaba muy flojo y no fue preciso cortarle nada. Yo rompí las bandas de sus enaguas y las quité con mis manos. También abrí su corpiño por delante para poderlo sacar.
- _ ¿Recuerda si la occisa llevaba puesto un corsé?
- _ No lo recuerdo, tengo mala memoria.

En ese instante, el presidente del jurado requirió la palabra y, mirando severamente al testigo, le conminó:

- _ Usted puso el corsé sobre el cadáver de la difunta en mi presencia para mostrarme lo corto que era. ¿Lo recuerda ahora?

—Lo había olvidado— contestó Hatfield enrojeciendo. Su voz que de por sí era chillona sonó ahora tan aflautada por el susto que produjo una carcajada general en la sala. El juez Baxter afirmando su autoridad interrumpió con tono brusco:

— ¡Silencio señores! ¡Silencio! No tienen derecho a burlarse del testigo. El hombre admitió que tiene mala memoria.

El 17 de setiembre se celebró la vista final de la causa, y las actuaciones se cerraron con la declaración de que el deceso de Mary Ann constituyó un asesinato a manos de persona o personas desconocidas. Pero lo que verdaderamente importaba no era esa conclusión obvia, sino la recolección de pruebas forenses y testimonios que irían a ser utilizados con provecho, en caso de que la policía aprehendiese a un sospechoso al cual se sometiera a juicio penal.

El coroner efectuó una recapitulación cuyo objetivo pareció más político que legal, pues se despachó contra las condiciones míseras en que la justicia tenía que llevarse a cabo en el distrito. Llegado a ese punto, el presidente del jurado solicitó nuevamente el uso de la palabra. Alabó al magistrado y se extendió en críticas contra el Ministro del Interior Henry Matthews por no haber ofrecido una recompensa para quien ayudase a descubrir al culpable, como tampoco se hizo cuando mataron a Martha Tabram; muerte que, según él, era obra del mismo homicida.

— Si se hubiese ofrecido una gratificación económica en aquella ocasión se habría evitado el homicidio de esta señora. No tengo dudas que no se hubiese dejado de ofrecer una recompensa si, en vez de ser una mujer de la calle, la víctima fuese una persona importante— aseguró.

Y como veía que el juez lo apoyaba y que los demás estaban expectantes de su discurso, se envalentonó:

— En lo personal, estoy dispuesto a dar una recompensa de veinticinco libras de mi bolsillo a quien colabore en la captura del responsable. ¡Al fin de cuentas, estas pobres mujeres tienen alma como todo el mundo!— proclamó.

Once días antes de verificarse esta última audiencia el cadáver de Mary Ann Nichols aún permanecía en la morgue. El jueves 6 de setiembre lo retiraron para introducirlo en un tosco ataúd, y antes de cerrar la tapa se le sacó la única fotografía que aún se conserva. El féretro fue izado a un carruaje con caballos que se dirigió al cementerio de Ilford, distante a diez kilómetros de aquel antro fúnebre. En una tarde gris y lluviosa se extrajo el cuerpo y se lo colocó dentro de un foso recién cavado, recibiendo sepultura directamente en la tierra. El padre de la extinta, su cónyuge, tres de sus hijos y algunos policías asistieron a la ceremonia.

Nadie podía imaginar que tan sólo dos días después de que los sepultureros desocuparan la escuálida caja de madera para regresarla al depósito de Old Montague -en patética muestra de la pobreza de recursos que imperaba en el East End- en ese mismo cubículo iría a reposar el cadáver de la nueva presa cobrada por el asesino de Polly.

La mujer bajita, regordeta, de abultados mofletes y fatigados ojos celestes caminaba dificultosamente y parecía estar en las últimas. Amelia Farmer se cruzó por segunda vez ese día con ella, y se sorprendió ingratamente al notarla tan desmejorada. Apenas unas horas atrás, en la escalinata de la iglesia del Cristo, había conversado con Annie Chapman. Ya entonces advirtió que su amiga lucía sumamente demacrada, pero ahora estaba aún peor; daba la sensación de que sobre sus hombros se había precipitado de repente el tiempo, además de los achaques. Aparentaba tener muchos más años de los cuarenta y siete con que realmente contaba.

Te ves muy enferma le dijo Farmer.

Es que he estado pasando por muchos apuros. No he comido nada en todo el día, ni siquiera unas galletas o una taza de té repuso con voz hueca la interpelada. Y añadió:

_Tal vez pudiera albergarme un par de días en uno de los asilos de Spitalfieds... no sé. En verdad lo necesito, aunque tengo miedo de que allá me roben lo poco que aún que queda. Aparte no tengo fuerzas para trabajar en uno de esos sitios a cambio de la comida. _ ¡A dónde debes ir urgente es a la enfermería del London Hospital! ¡Allí pueden ayudarte!

_Ya he pasado por ahí en estos dos últimos días y no me ha servido. Me han dado unas píldoras para mis dolores, pero para qué las quiero si sigo comiendo tal mal.

Toma, cómprate las galletas y el té con esto se apiadó la otra, y le depositó en la mano unas monedas por valor de un penique_. No es mucho lo que puedo darte, pero no te vayas a gastar la plata en alcohol.

Gracias amiga le agradeció inexpresivamente, al tiempo que guardaba las monedas en uno de los bolsillos de su raído abrigo.

Tienes que dormir un poco. No puedes seguir recorriendo las calles tan tarde le aconsejó con sincera preocupación Amelia.

_Es que ahora no puedo ponerme a descansar. No debo rendirme... _ parecía costarle articular las palabras_ tengo que reponerme y salir a ganar algunos peniques o no tendré donde pasar la noche.

Chapman se despidió de su compañera y se dirigió hacia su hospedaje ubicado en el número 35 de la calle Dorset. No le bastaba con esas monedas para que la dejaran pernoctar allí. De contar con algo más de dinero lo sumaría al penique regalado y abonaría el precio del catre.

¿De dónde iba a sacar los tres peniques que le faltaban para pagarse el alojamiento? Aunque estaba hambrienta, en vez de comer prefería asegurarse unas horas de sueño digno y no dormir a la intemperie echada sobre un banco de la plaza. Su cuerpo le pedía a gritos descansar bien arropada, al menos durante algunas horas, libre del frío que la mortificaba en ese septiembre inglés.

En su viaje se detuvo frente a la casa de Edward Stanley, un jubilado del ejército que vivía sólo y al cual ella, además de limpiarle la finca, lo bañaba -porque estaba parcialmente tullido- y le prodigaba otros servicios más íntimos aún. El viejo era la única oportunidad que se le venía a la mente para hacerse con el dinero faltante. Su otra opción -para la que no tenía ánimo- consistía en levantarse las polleras mientras se recostaba contra el muro de un callejón y soportaba sobre ella el cuerpo maloliente de un cliente borracho y jadeante.

Annie no gozó de suerte esa vez. Golpeó con sus nudillos cuatro veces la vetusta puerta del hogar de su amigo sin que nadie le abriera. No estaba. Para colmo de males empezaba a llover. El agua empapaba su chaqueta y su falda, y se escurría por debajo del pañuelo de lana negro anudado a su cuello. Se puso a tiritar. Nada más le quedaba el maldito recurso de siempre, pero antes pasaría por la cocina del albergue para secarse la ropa y calentarse las manos.

Timothy Donovan, la observó sentada delante del fuego de la chimenea en la espaciosa cocina de la pensión. Era la 1.45 de la madrugada del sábado 8 de setiembre de 1888.

—Ya estás pasada de hora para andar todavía por aquí. ¿No subes a dormir en tu cama?— le inquirió el casero irlandés.

—No puedo, es que hoy no tengo nada de plata —repuso con timbre lastimero la interrogada.

—En ese caso sabes bien que no es posible que te deje quedar en la cocina, ya conoces el reglamento.

—Bueno lo comprendo, pero por favor no olvides reservarme una cama para más tarde. Conseguiré el dinero como sea. Esta noche no quiero pasarla en la calle.

Con relación a las actividades de Annie Chapman una vez que saliera del albergue de Donovan hay desacuerdo. Se alegó que entre la 1 y las 2 de la madrugada la vieron bebiendo una copa en el pub Britannia con un cochero llamado Frederick Steven; este encuentro podría haberse producido tanto antes como después de su estancia en la cocina del hospedaje. En torno a similar horario intercambió unas frases triviales en la calle con un obrero a quien apodaban Brumie, y cuyo nombre era John Evans.

El ulterior avistamiento sobre la mujer data de cuando la señora Elizabeth Long se cruzó con ella. La vio junto con un hombre mal entrazado: de aspecto “*harapiento*” y que parecía “*haber pasado por tiempos mejores*”, conforme manifestaciones de la testigo en la instrucción judicial. El sujeto aparentaba más de cuarenta años, su cutis era trigueño, vestía una añosa capa oscura y portaba un gorro de cazador de ciervos.

De acuerdo pretende este testimonio, la pareja hablaba en voz baja y parecía llevarse bien. Al pasar próximo a ellos Long observó de frente a su vecina Chapman, pero no distinguió el rostro de su acompañante, el cual estaba de espaldas a ella. El fragmento de la conversación captada por la testigo devino de calidad sumamente pobre, pues únicamente oyó cuando aquél le inquiría “¿*Quieres?*”, a lo cual la interpelada habría respondido “*Sí*”.

Lo más valioso de esta deposición ciertamente no sindicó en ese escueto diálogo ni el aspecto del individuo, tan vagamente descrito, sino en el sitio y en la hora en que se habría visualizado a la meretriz con su cliente. Elizabeth fue terminante al sostener que dicho encuentro se operó a las 5.30 de la mañana. También se mostró segura cuando reportó en dónde localizó a Annie y a su compañero: a la entrada del callejón que daba al bloque de apartamentos número 29 de la calle Hanbury. “*Estaban parados a unos metros de la valla que rodeaba el callejón*”, precisó.

Los residentes del edificio allí afincado ingresaban y salían a todas horas, por lo que tanto la puerta delantera como la trasera siempre quedaban abiertas. Lo mismo ocurría con la entrada del acceso al patio interior, el cual solía ser empleado para “fines inmorales” -según una expresión de la época- por las prostitutas. Las mujeres guiaban hasta ese sombrío rellano a sus clientes a fin de consumir su labor sexual.

John Davis, un estibador que residía en aquel edificio, salió casi a las 6 de la mañana rumbo a su trabajo en el mercado. Descubrió el cuerpo de Annie Chapman en el piso entre la casa y la valla. La víctima yacía con su mano derecha replegada bajo su seno izquierdo y su otro brazo extendido.

Su verdugo le había levantado la ropa por encima de las rodillas, probablemente mientras él mismo se arrodillaba para efectuar las mutilaciones a la mujer que apenas instantes atrás degollara. Davis no dio vuelta al cadáver. Si hubiese osado hacerlo habría contemplado el abdomen rajado y los intestinos, quitados de la cavidad, esparcidos sobre el hombro izquierdo. El seccionamiento de la garganta era fruto de un tajo tan hondo que casi había desprendido la cabeza del tronco, en lo que parecía un intento de decapitación

Pasmado frente a tamaña crueldad el trabajador regresó corriendo, y casi sin respirar, a su habitación. Bebió un largo trago de alcohol para infundirse coraje y pensar cómo debía actuar. Cuando pudo razonar decidió ir hasta su taller por una lona y con ella cubrió al cadáver, que no se animaba a mirar. En seguida, salió a paso agitado en busca de un vigilante. Lo ubicó a tan sólo dos cuadras, y el policía dió aviso a la comisaría de la calle Comercial. Desde allí compareció inspector Chandler, quien comprobó el hallazgo y mandó a llamar al forense Phillips.

El punto de máxima intensidad en la actividad policial aconteció el domingo 9 de setiembre, al otro día de este homicidio. Catorce sospechosos fueron arrestados y se los derivó a la comisaría de la calle Comercial. Una cifra algo inferior de indagados fue llevada casi a rastras a las comisarías de las calles Upper Thames y Leman respectivamente. Los detenidos habitaban en los alrededores. Se trataba de vagabundos, obreros en paro, rateros, proxenetas y personas de condición semejante.

Pronto todos fueron dejados en libertad, aunque no escasearon los malos tratos. La prensa criticó con dureza a la policía acusándola de utilizar métodos brutales y mostrar desesperación, pues resultaba patente que contra ninguno de los aprehendidos mediaban pruebas. Las redadas tenían por propósito intimidar y buscaban que alguien delatara al matador o, como mínimo, que aportase información conducente a su captura.

Aunque el despliegue dio la impresión de ser en vano, una pista en apariencia interesante había surgido. Mientras se conducía a la fuerza a desocupados y borrachos camino a las comisarías, inspectores de Scotland Yard supervisaban a un equipo de agentes que revolvió de cabo a rabo el callejón del crimen. Su tenacidad pareció verse premiada cuando en un lavadero adyacente al patio localizaron un delantal o mandil de cuero en el cual -aunque había sido fregado recientemente- podían distinguirse ténues trazos sanguinolentos.

Otro descubrimiento prometedor tuvo efecto en el suelo de ese patio: un trozo de sobre color blanco manchado de sangre. El mismo lucía impreso la marca del regimiento de Sussex y una estampilla expedida en Londres el 20 de agosto. Faltaba la dirección del remitente y sólo se visualizaba una letra “M”. A centímetros de donde se recogió dicho papel yacían dos pastillas blancas.

El entusiasmo que suscitó aquel mandil y su posible significado se diluyó una vez que la dueña del edificio de la calle Hanbury, Mrs Amelia Richardson, explicó que pertenecía a su hijo y que ella lo había lavado días atrás. Lo dejó a secar al sol extendiéndolo encima del fregadero, pero se había olvidado de retirarlo. No obstante, la aparición de esa prenda dio origen a la leyenda de “Delantal de Cuero” y cimentó el futuro arresto de John Pizer, a quien motejaban con ese alias porque era zapatero y usaba un mandil de cuero al practicar su oficio.

Y también quedó en agua de borrajas la pista de las píldoras y del fragmento de sobre con el sello del regimiento. Al testificar en la instrucción, el casero de Annie explicó que cuando aquella estaba sentada calentándose en la cocina tomó un sobre roto, que se hallaba en la repisa de la chimenea, y envolvió con él un par de pastillas blancas. A la pregunta de Donovan al respecto, ella habría contestado que se trataba de medicamentos que le dieron en la enfermería de Whitechapel para aliviarle sus dolencias.

Transcurrieron tres semanas.

En torno de las 11.45 de la noche del 29 de setiembre Elizabeth Stride paseaba asida del brazo de un caballero llamativamente bien vestido -para los valores de elegancia que se manejaban en el East End- y se aproximó junto con éste a la pequeña tienda donde Mathew Packer vendía frutas y verduras en el número 44 de la calle Berner, a unas puertas del Club Educativo Internacional de Obreros.

Tan minúscula resultaba la tienda que las operaciones forzosamente se debían materializar a través del escaparate sobre el cual se exponía la mercadería. Más adelante, el dueño del comercio describiría al acompañante de la mujer como de mediana edad, unos treinta y cinco años, un metro setenta de alto, robusto y con pinta de oficinista.

_ ¿Cuál es el precio de esas uvas?_ le preguntó el hombre.
_ Seis peniques las negras y cuarto de libra las verdes_ repuso Packer.
_ En ese caso denos media libra de las negras.

El comprador pagó y agarró los racimos que dividió con su compañera. El hombre y la mujer cruzaron despacio la calzada mientras saboreaban la fruta y entablaron una vivaz charla durante más de media hora, sin hacer caso a la llovizna que en esos instantes comenzó a mojarlos.

Al viejo tendero le causó extrañeza que la pareja no buscara algún refugio bajo el cual guarecerse, y ese hecho banal conllevó que les prestara más atención que la habitual. Por eso no vaciló al identificar a la difunta. Incluso recordaba haberle comentado a su esposa: *“Mira a ese par de tontos, quedarse allí parados en medio de la lluvia”*

Según el vendedor, al rato “los tontos” volvieron a cruzar la calzada y enfilaron hacia la entrada del club político, donde se detuvieron para escuchar la música que procedía desde allí. A las 00.15 del sábado 30 de septiembre el dueño cerró su negocio y dejó de verlos. *“Supe que era esa hora porque las tabernas ya habían cerrado”*, explicó.

La mujer parecía muy entretenida y de buen humor junto a su gentil compañero. Como si éste no fuera un cliente más, y no se tratara de una de las tantas transacciones mercantiles que noche tras noche hacía ofreciendo su castigado físico para sobrevivir.

Además de Packer dos transeúntes - los obreros J. Best y John Gardner- testificaron haber visto a “Long Liz” -“Liz la Larga”- Stride con un individuo próximo a las 11 de esa noche; vale decir, antes de la compra de las uvas en el diminuto expendio. La pareja se hallaba parada frente al establecimiento de Bricklayers’ Arms, y los jóvenes reconocieron a la buscona

mientras permanecía junto a aquel cliente, no tan sobrio en este caso.

Uno de ellos incluso se permitió a la pasada gastarle una broma:

_Ten cuidado nena, ese tipo que está contigo es “mandil de cuero”.

Ni Elizabeth ni su admirador se percataron del paso de los intrusos. El hombre la magreaba contra la pared.

_ ¡Te gusta! ¡Dime que sí te gusta!_ jadeaba el sujeto.

_Si me gusta, pero aquí no. Hay un patio cerca de acá al que podemos ir. Ven, te lo enseñaré.

_ ¿Un patio? ¿Está limpio?

Sí, y allí tenemos un establo donde podemos hacerlo. Pero si me sigues apretando tanto no podré llevarte se rió Liz zafando del abrazo de su ansioso galán.

Lo tomó de la mano y se dirigió con él rumbo a Dutfield's Yard, un patio lindante con las instalaciones del fabricante de sacos Walter Hindley el cual, en virtud de su oscuridad permanente, se utilizaba para satisfacer los fines que urgían al acompañante de Stride.

Si se da crédito al testimonio del frutero habría que descartar a ese burdo cliente como posible asesino de la meretriz, la cual ya había cumplido su rápida labor y salió en procura de otro candidato que pagara por sus favores, encontrando en ese momento al señor pulcramente vestido con aires de oficinista.

Próximo a la 0.30 de la mañana del 30 de setiembre, mientras cumplía su ronda, el policía William Smith creyó haber visto -y así lo afirmó en la instrucción- a Elizabeth junto a un caballero que portaba saco negro, sombrero de fieltro, camisa blanca y corbata oscura. Advirtió que la señora, por su parte, lucía prendida en su chaqueta una flor roja.

Un rato antes otra persona también la habría identificado. Iba con un hombre diferente, pues la fisonomía de aquél no cuadraba con la de los clientes antes referidos. El testigo fue William Marshal, quien habría pasado tan cerca de la pareja como para oír que el individuo, con el cual Elizabeth caminaba del brazo, le decía unas extrañas palabras:

Dirías cualquier cosa menos tus oraciones.

Sin embargo, la frase no resultaría tan enigmática para la mujer, y debió formar parte de un chiste que el otro le estaba narrando, pues al escucharla ella se echó a reír ruidosamente junto con aquél.

Escasos minutos más tarde Liz ya no contaba con la compañía de los hombres descritos y no tenía motivo alguno para reírse. Estaba a la entrada del pasaje adyacente al Club Educativo Internacional de Obreros, y la agredían a golpes y empujones.

El homicidio de la prostituta sueca o, cuando menos, los actos inmediatamente previos al mismo, fueron presenciados por un testigo en apariencia clave. El mismo fue Israel Schwartz, un judío húngaro que extrañamente no depuso en la encuesta instruida tras el crimen sino que sus declaraciones sólo devinieron reproducidas en la prensa mediante publicaciones de los periódicos Star y Evening Post.

Este inmigrante, que apenas hablaba inglés y recién había arribado a Londres, adujo haber visto, desde el extremo opuesto de la calle, a un hombre que abordaba a una fémina parada junto al portillo del patio lindante al local político. Aquel individuo arremetió contra ella, la arrojó al suelo y la introdujo en el callejón a empujones. De acuerdo recordaba el declarante:

“La mujer dio tres gritos, pero no muy fuerte”.

El ofensor cifraba unos treinta años, lucía un bigote castaño y portaba una gorra con visera negra. Lo más curioso de esta deposición consiste en que Schwartz narró que, casi al mismo tiempo, un segundo hombre salió de la cervecería situada en la esquina de la calle Fairclough y se detuvo silenciosamente en la sombra mientras encendía una pipa. Este último aparentaba unos treinta y cinco años, medía un metro ochenta y vestía con decoro, a diferencia del gandul que agredió a la ramera.

El atacante de Stride se percató de la cercana presencia del testigo y de su notoria apariencia extranjera y, para ahuyentarlo, le espetó en son de amenaza: *“¡Lipski!”*. Se trataba de un insulto, ya que Lipski era el apellido de

un judío que el año anterior había sido acusado de victimar a una mujer en el East End. Tanto Israel Schwartz como el hombre bien vestido se alejaron cautelosamente de allí, y esa asustadiza prudencia sellaría la suerte de “Long Liz”, cuyo cuerpo inerte sería descubierto minutos después por el conductor de un pony.

Se consideró que este testimonio representó el más certero de cuantos aportaron la fisonomía del homicida. La descripción ventilada en los diarios habría puesto tan nervioso al criminal que aquél se creyó en la necesidad de intimidar al testigo.

Abona tal sospecha una misiva fechada el 6 de octubre de 1888 remitida a éste por alguien que, tras iniciar su mensaje con la frase *“Te creíste muy listo cuando informaste a la policía”*, le prevenía que se equivocaba si pensaba que no lo había visto. Concluía sus líneas con la amenaza de matarlo y de enviarle las orejas a su esposa si enseñaba esa carta a la prensa o si ayudaba a la policía de cualquier manera.

El degollado cadáver apareció en el pasaje del club político donde se celebrara una animada reunión. Los concurrentes fueron alertados por Louis Dienschutz, portero de ese establecimiento que transitaba en su carro guiado por un pony y que, literalmente, se “chocó” con el tendido orgánico. Dieron la voz de alerta y, además de los pesquisantes, concurrió allí un médico de apellido Blackwell que vivía en el barrio. Luego arribó el forense de la policía doctor Phillips. Ambos galenos se abocaron al análisis *in situ* del cuerpo, y dispusieron que fuese trasladado en una ambulancia manual a la morgue.

Mientras tanto, y a modo de medida precautoria, los custodios examinaron las manos y la ropa de aquellos asistentes a la reunión política que todavía no se habían retirado. No detectaron nada sospechoso. Simultáneamente, otro grupo de policías requisaba las viviendas y los albergues aledaños, e irrumpía en las tabernas en pos de cazar al degollador u obtener pistas para posibilitar su aprehensión. También esta vez la providencia les fue esquiva.

Minutos después, los agentes que acudieron por motivo de la muerte de Stride se enteraron que a unas cuadras en dirección Oeste, en Aldgate - que formaba parte de la “City de Londres” y, por ende, quedaba fuera de la jurisdicción de la Policía Metropolitana-, habían encontrado a una segunda víctima salvajemente mutilada. ¡El “Asesino de Whitechapel” - pues así lo tildaba entonces la prensa- había tenido el tupé de matar a dos mujeres en la misma noche!

Edward Watkins, policía de la City, patrullaba circundando la plaza Mitre cada quince minutos, con tediosa regularidad. Enfocó el haz anaranjado de su linterna de ojo de buey hacia el pavimento de la plaza, pero no captó nada fuera de lo normal. En su siguiente ronda, a la 1.45 de la madrugada, descubrió un cuerpo femenino con las polleras levantadas sobre el pecho. Yacía bañada en sangre. *“La habían despanzurrado como si fuese un cerdo expuesto para la venta en el mercado. Sus entrañas estaban echadas formando un montón alrededor del cuello”*, relataría ulteriormente.

Corrió en pos de auxilio hasta la caseta ocupada por George Morris, velador de los almacenes de la empresa Kearly and Tonge, que bordeaban la plaza.

_ Amigo, ¡Por favor ayúdeme!

_ ¿Qué pasa?_ preguntó el cuidador, emergiendo de la pesadez del sueño que a aquella hora lo había vencido.

_ ¡Han destripado a otra mujer! ¡El asesino volvió a atacar! - musitó Watkins, que en sus diecisiete años de experiencia nunca se había enfrentado a una monstruosidad semejante y a duras penas lograba disimular su pánico.

El primer profesional en llegar al escenario fue el doctor George William Sequeira, un residente del barrio. Asistió al médico policial Frederick Gordon Brown quien arribó a las 2.18, según quedó anotado con puntillosa exactitud en el reporte de la autopsia. También acudieron un inspector y dos agentes. Pronto comparecería allí asimismo el máximo responsable policial de la City de Londres, Comandante Henry Smith.

Al rato convocaron a este jerarca a la entrada de un edificio de la calle Goulston. Sobre el piso yacía un trozo de delantal manchado con sangre que, conforme se sospechaba, el ejecutor le había arrancado a la mujer. La prenda parecía servir para señalar hacia la pared interna donde lucía trazada con tiza una extraña consigna: *“Los Judíos son los hombres que no serán culpados por nada”* (aunque en realidad en vez de *“Judíos”* decía *“Juwes”*, expresión carente de significado).

A las cinco de la mañana se apersonó en el lugar de esa pintada el supremo jefe de la Policía Metropolitana, General Charles Warren, bajo cuya competencia caía esa presunta prueba. Warren mandó borrar el graffiti sin esperar a que amaneciera para ser fotografiado. Henry Smith y otro inspector de la City allí presente aceptaron a regañadientes esa decisión.

Catherine Eddowes -tal era el nombre de la víctima de la plaza Mitre- había nacido en los Midlands, era hija de un artesano que trabajaba en hojalata y de niña fue trasladada a la capital británica, donde la criaron en una escuela de caridad. Contando con diecinueve años se fugó con un soldado bastante mayor llamado Thomas Conway, cuyas iniciales ella llevaba tatuadas en su antebrazo derecho. Convivió con el soldado durante doce años y procreó tres hijos.

Durante sus últimos cuatro años mantuvo un vínculo estable con el vendedor ambulante John Kelly y desempeñaba labores zafrales como, por ejemplo, segar lúpulo en la ciudad de Kent, desde donde arribó con su pareja al East End días antes de su óbito. Aunque su amante y otros conocidos lo negaron en la instrucción, con toda probabilidad ejercía el meretricio en forma ocasional.

En 1888 su vida discurría en neto deterioro. Con cuarenta y seis años vivía alejada de sus hijos, quienes renegaban de ella. Tanto le rehuían, que su hija mayor casada suministró una dirección falsa cuando Kate la buscó a fin de solicitarle un préstamo. Ese pedido de dinero frustrado fue la razón de que la mujer estuviera en Whitechapel por entonces, pues ella y John se habían gastado las magras ganancias obtenidas en la recolección de lúpulo.

Empeñaron unas botas del hombre para que la noche anterior ella durmiera en una pensión y, como no alcanzaba para los dos, él se despidió en busca de un asilo masculino donde pernoctar. A la mañana siguiente se re-encontraron en un mercadillo de ropa vieja sito en Houndsditch, entre las calles Aldgate y Bishopsgate, y desayunaron con lo que les quedaba del dinero recibido por las botas. Luego se fueron cada uno por su lado, tras prometer volverse a reunir a la noche en aquel mismo sitio.

Pero para ese momento la mujer ya se había olvidado de esa cita. Era una alcohólica perdida, y en tal estado se encontraba la noche del 29 de setiembre.

_ ¡Tuuh, tuuh! ¡Abran paso! ... ¡Tuuh, tuuh!_ gritaba con voz estridente y pastosa por la ingesta de ginebra imitando el ruido de un carro de bomberos, al tiempo que se aferraba como podía al caño de una farola a gas. No era una borracha violenta, pero sus chillidos ahuyentaban a los clientes del puestero delante de cuyo expendio se había ubicado tras salir de la taberna. El comerciante mandó a su aprendiz en busca de algún vigilante, y al rato aparecieron dos policías de la comisaría más próxima, que era la de Bishopsgate.

_ ¡Vamos, ven con nosotros a la comisaría! Te quedarás encerrada hasta que se te pase la resaca_ le ordenó el más viejo de los dos. No opuso resistencia y la transportaron asiéndola cada uno por un brazo, porque a duras penas podía mover las piernas.

Una vez en la comisaría fue conducida frente al escritorio del agente de guardia, George Hutt, quien le preguntó:

_ ¿Cómo te llamas?

_ Nada_ rumió, al tiempo que se dejaba caer sobre el policía Simmons, que trabajosamente la sostuvo.

_ No puede ni mantenerse en pie. ¿La pongo en el calabozo?
Hutt asintió con la cabeza.

Próximo a la 1 de la mañana se reincorporó y, otra vez, preguntó cuándo la dejarían marcharse.

_ Cuando seas capaz de cuidar por ti misma _ repuso el guardia acercándose a la celda con el cuaderno de ingresos y una pluma en la mano. Y, a propósito: ¿Cómo te llamas y dónde vives?

_ Mi nombre es Mary Ann Kelly y vivo en el número 6 de la calle Fashion _ mintió.

El policía tomó nota y, comprobando que al menos podía mantenerse erigida, le abrió la reja.

- _ Mi marido me dará un tremendo rezongo cuando se entere que estuve presa.

_ Y te lo tendrás bien merecido _ le contestó Hutt escoltándola hasta la salida _ No tienes derecho a emborracharte. Buenas noches.

El agente de guardia la había tratado bastante bien, pero Eddowes no toleraba a los polizontes. Al darse cuenta de que no irían a volver a encarcelarla se despidió con un insulto.

_ Buenas noches, gallo viejo.

“Gallos viejos” o “moscardones azules” -por el color de su uniforme- representaban algunos de los epítetos despectivos con que los habitantes del East End se referían a los policías.

Luego de salir a la calle, a la 1.15 de la mañana, Catherine giró a su izquierda en dirección a Houndsditch, donde prometiera reunirse con John Kelly nueve horas antes. Sin embargo, no siguió recto por ese sendero sino que en cierto momento ejecutó un rodeo y, por razones que se desconocen, se encaminó con destino a la plaza Mitre.

A poco más de media hora de haber abandonado la comisaría Kate se encontró con Jack el Destripador.

Pasó el mes de octubre sin que se sumaran nuevos crímenes, y aún las prostitutas que vivían aterrorizadas imaginaron que la existencia retornaba a su normalidad -dentro de lo que podía reputarse normal en Whitechapel-. Las que habían dejado de frecuentar los lugares en que se contactaban con clientes, o en donde iban para beber una copa y relajarse entre una faena y otra, volvían a atreverse a salir.

_ Hola Jeannette, me alegra verte. Pensé que nos habías abandonado. Hacía más de un mes que no te dejabas caer por acá_ la saludó la corpulenta esposa del dueño del pub Britannia, el más próximo a donde ella se alojaba, en el número 26 de la calle Dorset, una especie de conventillo llamado Miller's Court.

_ Buenas tardes señora Ringer, yo también me alegro de verla a usted. Aquí puedo venir a empinar un trago sin pensar en el trabajo, ni ser molestada cuando no tengo ganas de salir con un tipo.

_ ¿Quieres que te sirva ginebra, o prefieres una pinta de cerveza?

_ La cerveza me apetece mejor hoy.

En realidad a Mary Jane Kelly le apetecía la ginebra, pero la cerveza era más barata y tendría que ahorrar o pronto la echarían literalmente “a patadas” de su habitación número 13 por morosa. Aunque era demasiado joven comparada con las demás víctimas -pues sólo tenía veinticinco años- la irlandesa pelirroja de ojos azules había comenzado a abismarse por una pendiente sin salida.

Extrañaba a Joseph Barnett, su concubino hasta sólo nueve días atrás. El 30 de octubre aquél había abandonado la vivienda que compartían, luego de una violenta pelea donde ambos amantes se arrojaron con cuanto objeto tuvieron a mano. Incluso rompieron el vidrio de una de las ventanas. La chica ni siquiera podía recordar ahora el motivo de la gresca, de tan ebria que entonces se encontraba.

Pero se hacía de noche, la noche del 8 al 9 de noviembre. Apuró el último sorbo de su cerveza y se despidió de la señora Ringer, que de nuevo tuvo la gentileza de fiarle. No podía seguir viviendo así, necesitaba ganar dinero.

Sin Joe ocupando su habitación se facilitaba su trabajo, no tendría que hacer la molesta faena de pie en un callejón. Además, podía conseguir clientes mejores, dispuestos a pagar bien por la comodidad de una cama y de un cuarto caliente.

Aquella madrugada varias vecinas y colegas la vieron entrar y salir incansablemente de su pieza llevando allí a candidatos muy diversos. La señora Mary Ann Cox, una viuda de treinta y un años, también prostituta, la halló del brazo de un tipo desarreglado, bajo, gordo, de mejillas sonrosadas por el exceso de alcohol y bigote rubio. Para tornarlo más ridículo aún, el cliente aferraba una jarra de cerveza. Kelly abrió la puerta del número 13 y lo hizo pasar, pero antes de entrar ella misma vio a Cox que se retiraba de su habitación -la cual quedaba enfrente a la ocupada por la pelirroja- y le anunció:

_ Amiga, te voy a dedicar una canción_ tras lo cual se puso a entonar una melodía titulada *“Hoy dejé una violeta en la tumba de mi madre”*. Aparte de que la canción era triste Mary Jane desafinaba. Al rato la viuda volvió a verla salir en busca de otro cliente. El último testigo que la habría avistado en esa velada fue un obrero amigo suyo, George Hutchinson, quien describiría a su acompañante como un sujeto muy elegantemente vestido y *“con pinta de extranjero, tal vez un judío”*.

El domingo 9 de noviembre era un día festivo para los londinenses en el cual se celebraba la fiesta del Lord Mayor, distinción que recibe el Alcalde de Londres, York y otras ciudades importantes del Reino Unido. Pero no todos los londinenses estaban de espíritu alegre esa mañana. Mientras oía el paso de la carroza que transportaba al Lord Mayor y los vitoreos de la muchedumbre, John Mc Carthy -locador de Kelly y dueño de un bazar con frente a las covachas de Miller's Court- refunfuñaba al revisar sus cuadernos de cuentas. Ocurría que, desde semanas atrás, los números no le cerraban, y únicamente se venía sosteniendo gracias a las ventas de su negocio.

En una situación normal sus ingresos principales provenían de las habitaciones que alquilaba a las prostitutas en el edificio del número 26 de la calle Dorset, y ahora la mayoría de ellas le estaban adeudando. Al reflexionar sobre la razón que provocaba esos atrasos Mc Carthy masculló para sí: *“¡Es por culpa de ese maldito de Jack el Destripador! Las tipas tienen miedo de salir a trabajar y cada vez consiguen menos plata. Por eso es que les cuesta tanto pagar ahora”*.

El arrendador se consideraba un hombre razonable. Entendía que había surgido una causa que justificaba que sus inquilinas ganaran menos, y por el momento haría la vista gorda y no las acosaría. Sin embargo, al puntear con su lápiz repasó la deuda que mantenía la pensionada del número 13. El importe ascendía a una libra y nueve chelines, eso era demasiado. Por poco que estuviera trabajando le parecía claro que la irlandesa se estaba pasando de lista.

_ ¡Indian Harry!_ voceó, llamando por el seudónimo a Thomas Bowyer, su empleado de cobranzas, que había salido del bazar para contemplar el desfile_. Ven acá de una vez hombre, que te necesito.

_ Sí señor, a la orden_ contestó aquél, entrando con paso desganado y dirigiéndose al escritorio donde su empleador hacía las cuentas.

_ No te voy a mandar lejos. Quiero que cruces la calle y vayas hasta lo de Mary Kelly para que, de una vez por todas, me pague el alquiler que me debe _ levantó el cuaderno, y apuntando con su dedo índice le señaló la cantidad que la mujer adeudaba. _ Si no puedes obtener el total cuando menos no regreses con las manos vacías.

El otro asintió y fue hasta el perchero en procura de su abrigo. No es que hiciera mucho frío esa mañana, pero el gabán oscuro que ahora se ceñía completaba su apariencia de hombre serio, y él se figuraba que lo volvía más digno de respeto ante los morosos.

A las 10.45 el cobrador golpeó a la puerta del número 13. Dos, tres veces. No hubo respuesta. ¿Estaría la mujer adentro y fingiría no escuchar? A efectos de salir de dudas, Indian Harry se dirigió a la parte lateral de la vivienda para mirar por la ventana.

El vidrio tenía una rotura que permitía introducir la mano para recorrer la cortina interna. Cuidando no lastimarse apartó la sucia tela, y aplicó un ojo a la abertura a fin de escrutar hacia el interior. Lo que vió le hizo proferir un alarido de terror y retiró tan rápido la mano que se raspó el dorso, el cual empezó a sangrar levemente.

El macabro hallazgo que Mr Bowyer tuvo la desgracia de hacer resultó uno de los más espantosos y depravados que consignan los anales de la criminología mundial.

Sobre la cama bañada en sangre reposaban maltrechos despojos de aquella que en vida fuera una sensual cortesana. Únicamente llevaba puesto un menguado camisón que dejaba ver el atroz estropicio inflingido a su organismo. Su estómago lucía abierto en canal y habían seccionado su nariz, sus senos y sus orejas. Trozos de muslo y fragmentos de piel de su cara yacían junto al cuerpo descarnado. Los riñones, el hígado y otros órganos se esparcían en torno al cadáver y encima de la mesa de luz.

El dantesco cuadro llenó de horror al cobrador, quien fue corriendo al bazar de su patrón y le comunicó el terrible descubrimiento. Ambos regresaron a la pensión y, escudriñando desde la ventana, volvieron a comprobar el hecho. El dueño envió a su empleado a buscar ayuda a la comisaría de la calle Commercial mientras él se quedaba montando guardia. Al rato arribaron los inspectores Beck y Abberline y el Superintendente Arnold. También se llamó al médico forense Phillips.

Ninguno de los policías se decidía a impartir la orden de forzar la entrada para acceder a la escena del crimen, pues aguardaban instrucciones de Sir Charles Warren. Pasaban las horas sin tenerse noticias de éste, hasta que se supo la sorprendente novedad de que el jefe supremo había presentado su dimisión aquella misma mañana.

A las 13.30 el Superintendente Arnold asumió la responsabilidad de mandar quitar la ventana para tomar fotografías al interior. Luego de efectuada esta tarea se requirió al propietario que rompiera la puerta a fin de hacer posible el ingreso, lo cual éste hizo valiéndose de una piqueta.

“¡Parecía más la obra de un demonio que de un hombre!” exclamó John Mc Carthy al testimoniar en la instrucción subsiguiente, dejando constancia de la tremenda impresión que le produjo el monstruoso hallazgo, que estremeció incluso a los más endurecidos policías que concurrieron a la tétrica habitación.

Este brutal crimen puso punto final, según las apariencias, a la furia asesina desatada por Jack. No se llegó nunca a procesar a nadie por las abominables muertes, y Mr James Berry, quien ejercía por aquellos años el cargo de verdugo oficial de Gran Bretaña, no pudo ejecutar al culpable. A no dudar que lo hubiera ejecutado, ya que la muerte en la horca constituía, de acuerdo a la legislación imperante, el destino que la ley y la sociedad agredida le reservaban al sádico personaje.

Los estudiosos de la saga vesánica de Jack el Destripador hablan de la existencia de cinco víctimas de su segura autoría, a las cuales adjetivan como “canónicas”. Ellas fueron: Mary Ann -“Polly”- Nichols, Annie -“La Morena”- Chapman, Elizabeth -“Long Liz”- Stride, Catherine -“Kate”- Eddowes y Mary Jane Kelly, también apodada “Marie Jeannette”, “Fair Emma” o “Ginger”.

En contraposición con estas cinco infortunadas, cuyos desenlaces hemos relatado líneas atrás, se han propuesto -mediante formulaciones dotadas de mayor o menor seriedad y aportación de pruebas- a otras posibles asesinadas a cargo del desalmado perpetrador. Entre estas últimas cabe destacar los nombres de “Fairy Fay”, (26 de Diciembre de 1887+) Emma Elizabeth Smith, (13 de abril de 1888+) Martha Tabram (7 de agosto de 1888+), Alice Mc Kenzie (17 de julio de 1889+), Frances Coles (13 de febrero de 1891+) y Carrie Brown (24 de abril de 1891+).

A tales mujeres se las reputaría como eventuales presas humanas cobradas por el mutilador victoriano, en tanto se las denomina redundantemente “víctimas no canónicas” (1).

(1) Casebook Jack the Ripper, sitio web en Internet.

Fairy Fay (Fay la Alegre) nunca fue identificada, y únicamente se la llegaría a conocer por medio del sobrenombre que le impuso la prensa. Su cadáver profusamente apuñalado se encontró en las cercanías de la calle Commercial la noche siguiente a la Navidad de 1887. Aunque jamás se acreditó su identidad han quedado registros referentes a sus últimas horas.

Había estado alcoholizándose y armando alboroto en una taberna aledaña a la plaza Mitre, de donde el encargado la sacó a empujones a medianoche una vez que el local cerró. Vivía bastante lejos y tomó un atajo a través de un callejón lateral de la ronda comercial. Allí fue sorprendida por un anónimo ultimador que, de improviso, la agredió ferozmente por la espalda propinándole numerosas cuchilladas.

Un homicidio impune, posterior al de la casi mítica Fairy Fay, lo representó el concretado contra Emma Elizabeth Smith. Esta desdichada viuda, madre de dos hijos, cifraba cuarenta y cinco años, y retornaba procedente de una taberna a su hogar a la 1.30 del lunes de Pascua 13 de abril de 1888. Una cuadrilla que ella describió como *“de tres hombres jóvenes de no más de diecinueve años cada uno”* la ofendió brutalmente apaleándola en la calle Osborn en Whitechapel.

Al arribar en estado agónico al London Hospital de Whitechapel los médicos comprobaron que presentaba ruptura de peritoneo ocasionado por la violenta introducción de un objeto romo. Falleció al día siguiente de haber ingresado al nosocomio a causa de una peritonitis.

Aquel cobarde atentado quedó sin resolver, aunque se atribuyó a pandillas de rufianes organizadas para chantajear a las prostitutas exigiéndoles dinero a cambio de “protección”. En esos tiempos las más conocidas bandas del distrito eran la Old Nichols y la Hoxton Market, ambas designadas así en razón del nombre de la calle y el mercado donde estos gamberros poseían sus guaridas y se congregaban.

Curiosamente, el siguiente día festivo del pueblo inglés tuvo cabida un nuevo y similar crimen en la región. Martha Tabram -también conocida como Turner-, de treinta y nueve años, fue victimada cuatro meses más tarde que Emma Smith, entre la noche del 6 y la madrugada del 7 de agosto, cerca del sitio donde atacaron a aquella. Martha era conocida por ser una “prostituta de soldados”, pues se dedicaba a la atención de esta clase particular de clientes. Practicaba sus recorridas atravesando con regularidad los muelles en busca de soldados de guardia en la Torre de Londres.

En esa mañana Mrs Francis Hewitt, portera del bloque de pisos de los edificios George Yard, oyó un potente grito de “*¡Auxilio! ¡Me matan!*”, pero le pareció habitual y siguió durmiendo hasta la tarde. Tampoco el anciano cochero Albert Crow, que volvía de trabajar a las 3.30, le prestó atención al bulto que vio caído próximo a la entrada cuando penetró en el edificio. Se trataba del cuerpo desangrado de Martha tumbado en el rellano de la primera planta.

Crow justificó no haberse percatado que estaba en presencia de una víctima porque no le prestó atención: “*Estaba muy cansado. Estoy acostumbrado a ver gente dormida o borracha echada sobre las escaleras de entrada*”, explicó cuando depuso en la indagatoria.

Quien sí se percató de qué se trataba fue el estibador John Reeves, también arrendatario en el mismo bloque. No tuvo más remedio que advertirlo porque se cayó de bruces y se ensució sus ropas, tras resbalar con la sangre del copioso charco que al costado del cadáver de la extinta se había ido formando.

La habían apuñalado treinta y nueve veces, quizás con una bayoneta. Si tal hubiese sido el arma empleada para matarla este dato guardaba consistencia con quien habría sido su último cliente de esa velada. Y es que, según su compañera de oficio Mary Ann Connelly -alias “Pearly Poll”-, ambas habían abandonado la taberna Blue Anchor con dos milicianos, uno de los cuales se identificó como cabo.

Una vez que salieron del pub discutieron el precio de los servicios carnales y, no bien se pusieron de acuerdo en el importe, Martha y su soldado se dirigieron hacia los edificios George Yard, cuyo tenebroso rellano se utilizaba para mantener relaciones sexuales. Pearly Poll, a su turno, se encaminó con el cabo rumbo a los recovecos del llamado “Callejón del Ángel”, recinto adecuado para el mismo propósito.

Cuando ambas busconas se despidieron eran casi las 2 de la mañana. Tabram moriría un rato después a manos de un victimario frenético. Su corazón, su hígado, su bazo y la mayoría de sus grandes órganos fueron traspasados mediante incisiones cortas y extrañas, no facturadas con el filo de un cuchillo ordinario.

La testigo principal, Mary Ann Connelly, era una mujerona alta, flaca y poco atractiva que moraba en el albergue de Crossingham en la calle Dorset, un tugurio plagado de ladrones, prostitutas y toda clase de malhechores. Tan asustada se la veía cuando rindió su testimonio en la instrucción sumarial que más de una vez el juez de guardia la amonestó requiriéndole que hablase alto. Cuanto más se esforzaba por alzar la voz menos se le entendía, y el alguacil del juzgado tuvo que repetir su declaración proporcionada en susurros.

La investigación se encargó al Inspector Edmund Reid de Scotland Yard. Éste era el oficial de policía de más pequeña estatura de todo el cuerpo, pero compensaba sobradamente ese desmedro con tenacidad y sagacidad, cualidades que todos sus colegas le reconocían. Desde el inicio se convenció de que la prostituta mentía para encubrir a alguien, y le exigió que fuera con él a la Torre de Londres, donde se organizó un improvisado desfile.

Delante de Pearly Poll, quien lucía un sombrero con coloridas plumas y sus mejores atavíos, avanzaron de dos en dos todos los soldados y oficiales que habían tenido libre del 6 al 7 de agosto. Los inspeccionó lentamente uno por uno, con fingida dignidad, y al final sentenció:

_No está aquí. No reconozco a ninguno.

La tarde entrante idéntico procedimiento se reiteró dentro de los cuarteles Wellington, en Birdcage Walk, donde se obligó a desfilar para el examen a los guardias de ese regimiento. Connolly parecía estar harta y deseando acabar de una vez por todas con aquellos fastidiosos trámites. Optó por cambiar de táctica:

_ ¡Éste, y aquel de allá, el más alto y delgado de todos! Ellos dos fueron los tipos que vinieron con nosotras_ mintió.

Que mentía torpemente fue fácil de esclarecer porque los dos militares señalados por la testigo contaban con firmes coartadas. Uno de los guardias había estado de custodia dentro del cuartel desde las 10 de aquella noche, y le sobraban testigos con los que respaldar su afirmación. El otro acusado, si bien gozó de franco en dicha emergencia, había pernoctado junto a su esposa en su hogar, el cual distaba a varios kilómetros del escenario del crimen, y también podía demostrarlo.

Aquel sañudo asesinato quedó impune, y probablemente ni siquiera se conservarían registros del mismo de no ser porque representó el preludio de la orgía de sangre gestada por el criminal más misterioso de todos los tiempos, quien sólo tres semanas luego inauguraría su serie finiquitando a su primera víctima indiscutida.

¿Fué Martha Tabram una presa humana primeriza de Jack el Destripador?

Aunque algún autor sugirió que por aquel entonces éste era novato en materia de homicidios, y que ello justificó la torpeza en la ejecución, no parecerían aceptables tales argumentos. En este caso el arma esgrimida fue un cortaplumas o una hoja de bayoneta, y no un cuchillo. Además, el agresor actuó haciendo gala de un modo de operar frenético, lo cual refleja un ataque improvisado y llevado a cabo en un descontrolado acceso de ira. Nada de esto armoniza con la fría y metódica precisión quirúrgica que caracterizó a los posteriores degollamientos con mutilación.

Otra prostituta cuya muerte se sospechó que pudo haber sido facturada por el desventrador fue Alice Mc Kenzie, a quien se conocía por el alias de “Pipa de arcilla”, dado que solía portar una pipa de dicho material asida a un collar, la cual al ser visualizada caída bajo su cuerpo ayudó a que la individualizaran. Alice resultó victimada el 17 de julio de 1889; vale decir, se trató de la primera asesinada luego de la seguidilla adjudicada al Destripador y a la cual, por lo común, se deja afuera de su lista, aunque algunos estudiosos la han incluido.

El doctor Thomas Bond -uno de los facultativos que examinaron el cadáver- opinó que su matador era el tan buscado asesino serial. Del hecho de que, desde el principio, las autoridades temieron que este homicidio pudo haberlo cometido el criminal de Whitechapel da cuenta la circunstancia de que dicho forense fue llamado para colaborar en esta pericia a causa de que había tenido intervención en la autopsia de Mary Jane Kelly.

El médico creyó constatar notables coincidencias entre las muertes inequívocamente inferidas por el monstruo de Londres y la forma en que Mc Kenzie fue ultimada. No obstante, prevaleció el parecer de los doctores George Bagster Phillips, Frederick Gordon Brown y otros galenos, quienes desestimaron cualquier posibilidad de que el fallecimiento de esta mujer configurase una tarea a cargo del ya por entonces afamado psicópata.

Transcurrirían casi diecisiete meses de acaecido ese crimen hasta que un nuevo hecho de sangre volviera a ser atribuido a Jack the Ripper.

El 13 de febrero de 1891, Benjamin Leeson acudió presuroso en respuesta a los insistentes silbidos de auxilio. Aquella madrugada un frío glacial azotaba a Londres, y en las calles desiertas la niebla le ganaba espacio a la lánguida luz de las farolas a gas.

La ronda del custodio iba desde de la casa de la moneda hacia el barrio de Swallow Gardens; esta zona circundaba un arco del puente en torno al cual discurría un ferrocarril, y abarcaba las calles Royal Mint y Chambers. En Swallow fue donde Leeson se encontró con el responsable de los estridentes llamados, el joven agente de la metropolitana Ernest Thompson, junto a dos vigilantes nocturnos.

_ ¿Qué sucede?_ interrogó Leeson

_ Han matado a otra mujer_ repuso Thompson, y tras hacer una pausa para tomar aliento exclamó _ ¡Ha sido Jack el Destripador!

Thompson era un agente bisoño que apenas llevaba seis meses revistando en el cuerpo policial. Casi temblaba de miedo apuntando con su índice al bulto que, caído sobre los adoquines, interrumpía el paso. Se trataba de una joven cuya ropa lucía desarreglada, y a la cual habían atacado encarnizadamente. Un profundo tajo abría su cuello y exhibía otras heridas, también sangrantes, en la región inferior del tronco. Leeson conocía de vista a la víctima, una ramera local de veintiseis años, cuyo alias “Carrot Nell” -por su cabello color zanahoria- ocultaba el nombre real de Frances Coles.

Al inclinarse para examinarla el policía comprobó que la mujer aún respiraba, aunque era evidente que estaba agonizante y nada podía hacerse ya para salvarle la vida. Rápidamente se alertó a cientos de policías que rodearon el perímetro del crimen en pos de cortarte la vía de escape al homicida, y se organizó una búsqueda casa por casa. El forense Phillips fue convocado a la comisaría donde se trasladó el cadáver y certificó el fallecimiento.

En un arroyo próximo al lugar de la agresión se localizó un sombrero de crespón negro que la mujer estrenaba -el viejo lo llevaba prendido a su chal-. La propietaria de una tienda sita en Bakers’ Row, Spitalfields, identificó el sombrero y contó que la occisa lo había adquirido la tarde anterior por cinco chelines.

Entregó un adelanto de tres chelines a cambio de la prenda y prometió abonar el resto más tarde. Mientras realizaba la transacción la tendera observó a un hombre aguardando a Frances fuera de su negocio.

_ Era gordo, de mediana edad, bigote y barba negros con canas, en forma de herradura. Vestía de manera presentable _ describió.

_ ¿Puede dar más detalles sobre ese sujeto? _ le inquirió un oficial.

_ Sí, sin dudas se trataba de su acompañante. Cuando la chica se retiró de mi tienda se prendió su sombrero viejo en el chal y se llevó puesto el que me compró. El tipo que la aguardaba la tomó del brazo y se fueron juntos conversando muy entretenidos.

Frances se afincaba en una casa de huéspedes de la calle Thrawl, y en la noche de su óbito una persona cuya fisonomía encuadraba con la relación aportada por la tendera se presentó en ese establecimiento preguntando por ella. Una de las manos del hombre estaba ensangrentada, y éste le comentó al casero de la joven -quien lo veía por primera vez- que aquella herida era fruto de una riña generada cuando se resistió a un atraco. La inquilina lo atendió y estuvieron charlando en la cocina de la residencia durante una hora. El visitante se retiró entre la 1 y la 1.30 de la madrugada.

Instantes después, la mujer salió sola y se encaminó a Swallow Gardens, donde fue hallada agonizante por el agente Thomson. Cerca de las 3 de la mañana el mismo individuo retornó a la pensión mucho más maltrecho que la primera vez; profusas manchas de sangre salpicaban sus ropas y se mostraba notoriamente alterado.

La explicación que le suministró al casero consistió en que unos rufianes le habían robado todo su dinero, incluido un reloj de oro y, aunque también esta vez se resistió, le fue peor que en el incidente anterior. Los atacantes lo castigaron duro, además de esquilmarlo.

Tras comunicarle esta historia rogó que esa noche lo dejase dormir allí. El arrendador desconfió del relato y, luego de negarse a brindarle alojamiento, le sugirió que fuera a curar sus heridas al London Hospital. Horas más tarde, al enterarse del homicidio de su inquilina notificó a las autoridades policiales, quienes prontamente ubicaron y pusieron bajo custodia a aquel hombre.

En la comisaría de la calle Leman se congregó una rabiosa multitud creyendo que habían prendido al victimario de Coles y, por consiguiente, a Jack el Destripador. Por razones de seguridad los agentes sacaron a su presa por una puerta lateral, pero los sitiadores advirtieron el truco y, al grito de “¡Asesino!”, convergieron desde todos lados con aviesas intenciones de linchamiento. Los policías se vieron forzados a blandir sus porras contra las cabezas de los enardecidos vecinos para salvarle la vida al detenido el cual, aparte de insultos y amenazas, no pudo evitar recibir varios puñetazos en su rostro que, una vez más, lo dejaron ensangrentado

El tan vapuleado sospechoso era James Thomas Sadler, un marino de cincuenta y tres años que oficiaba de fogonero en el barco S. S. Fez, atracado en el puerto naval de Chatham próximo a Londres. Se declaró inocente negando ser el matador de Frances. Reconoció haberla acompañado en la tarde del 11 de febrero, día en que fuera despedido de su trabajo en el buque. Según adujo, la había conocido un año y medio atrás en una taberna durante un día de franco y, desde entonces, se habían hecho amigos.

Varios testigos declararon que el día del crimen la pareja deambuló bebiendo de bar en bar. El acusado confirmó haber visitado a Coles en su pensión y señaló que se retiró de allí luego de la 1 de la madrugada. Esa fue la última oportunidad en que la habría visto. Reiteró a la policía lo que le dijo al encargado de la pensión; es decir: que rato más tarde resultó interceptado por una pandilla que le aporreó para robarle.

La versión parecía inconsistente, por lo que el indagado quedó encarcelado en la prisión de Holloway mientras se instruía un proceso en su contra. Desesperado, el preso pidió ayuda al gremio de los fogoneros. Harry Wilson, abogado, tomó el caso y lo defendió con destreza. Ofreció al magistrado declaraciones de tres capitanes de barco que tuvieron al marinero bajo su servicio; éstos elogiaron su buen comportamiento y aseguraron que era inofensivo.

El letrado también probó, fuera de duda razonable, la veracidad de los dos ataques callejeros padecidos por Sadler durante la noche del crimen. De esta manera, se acreditó la coartada que justificaba la presencia de heridas y la sangre sobre sus ropas. Pese a todo, se retuvo al fogonero en dependencias carcelarias hasta que el juez consultó con el fiscal del tribunal supremo, y ambos juristas estimaron que debía disponerse su definitiva liberación en vista de la ausencia de pruebas.

Cierta prensa atribuyó el violento deceso de la bonita pelirroja a Jack el Destripador, y el suyo devino el último de los crímenes cometidos en Gran Bretaña que se quiso incluir en el elenco fatal del depredador de Whitechapel. Sin embargo, andando el tiempo, se consideró que se trataba de un asesinato de imitación. Similar pero perpetrado mediante otro *modus operandi* por un ultimador diferente. Esta posición prevalece hasta el día de hoy.

A poco más de dos meses de la muerte de Frances Coles se verificó el último homicidio que con insistencia -y algunas posibilidades- se pretendió facturado por este criminal. En tal emergencia, extrañamente, el atentado no se consumó en Inglaterra sino en otro continente. Esta circunstancia apoyaría la teoría de que el Destripador no fue capturado, pues se había alejado astutamente del teatro de sus crímenes tras haber emigrado, o por tratarse de un marinero itinerante.

En algún momento entre la noche del 23 y la madrugada del 24 de abril de 1891, en la habitación número 31 del hotel East River cercano al puerto de Manhattan, Nueva Jersey, halló la muerte una veterana prostituta a quien se conocía como “Old Shakespeare”, porque cuando estaba borracha se ponía a recitar párrafos de la obra de aquel glorioso dramaturgo. Su nombre verdadero era Carrie Brown.

Entre las 10.30 y las 11 de la noche del 23 de abril la vieron ingresar con un hombre a ese hotel, al cual habitualmente llevaba a sus clientes. La veladora nocturna del hospedaje, María Minitier, describió al acompañante como de unos treinta y cinco años, rubio, fornido, de nariz larga y aguileña, bigote claro y apariencia de marino extranjero. Vestía una chaqueta marrón oscura, pantalón negro y sombrero hongo negro. Según Minitier, el cliente se encargó de hacer la gestión para reservar la pieza y en todo momento se mostró muy discreto, y hasta temeroso de ser observado.

A la mañana entrante, un empleado de nombre Eddie Harrington ingresó al cuarto y encontró a Brown muerta sobre la cama. El forense Jenkins certificó que la habían estrangulado con una prenda íntima que seguía enroscada a su cuello. El médico asimismo registró profusos cortes que comenzaban en la región inferior del abdomen, alcanzando a los intestinos y al área vaginal. También lucía, a modo de sangrientos tatuajes, extrañas incisiones grabadas en las nalgas. Según toda la apariencia, el objeto causante de las heridas lo constituyó un cuchillo de cocina muy fuerte y afilado que apareció en el lugar del homicidio.

La policía detuvo a un residente del hotel que moraba en la habitación número 33, la cual daba frente a la que Carrie ocupaba cuando fue asesinada. Se trataba del argelino Amir Ben Alí -apodado “Frenchy”-, quien no se asemejaba en lo más mínimo al cliente descrito por los testigos. Éste negó la acusación, pero igualmente fue condenado a cadena perpetua. El Jefe de Policía de Nueva York, Inspector Thomas Byrnes, se ensañó con el arrestado y proclamó a la prensa que no cabía la menor duda respecto a la culpabilidad de Amir.

El argelino fue trasladado a la cárcel de Sing Sing y, tiempo más adelante, se lo confinó en un hospital para criminales dementes. En 1902, al cabo de once años, se revisó su causa penal acreditándose mal manejo por cuenta de la policía y de la fiscalía. Se dio a entender que le habrían “plantado” pruebas incriminatorias en su habitación, donde se adujera haberse localizado ropas con manchas de sangre, pretendidamente de la víctima. Al perder eficacia aquellas supuestas evidencias el caso derivó, por vía de petición de indulto, al entonces Gobernador Benjamin Odell, jerarca que conmutó la pena de Alí y, seguidamente, se ordenó su puesta en libertad.

Una vez libre Frenchy circuló el rumor, recogido por los periódicos, de que aquel crimen había sido faena de Jack el Destripador venido a los Estados Unidos, por la clase de mutilaciones y la extracción de órganos. No obstante, ya era demasiado tarde para organizar una investigación seria, en tanto hasta el informe de la autopsia originaria a cargo del doctor Jenkins se había extraviado.

Las difuntas que encontraron tan patético destino bajo el cuchillo de aquel vándalo de estertores del siglo XIX sufrieron la desgracia de haber habitado dentro de uno de los sectores urbanos más conflictivos y miserables de la capital inglesa: el East End; y más precisamente, en el sumergido distrito de Whitechapel (literalmente “Capilla blanca”, en honor a la iglesia St. Mary Mattfelon allí emplazada, la cual fue destruída por la fuerza aérea germana durante la Segunda Guerra Mundial.).

Dicho segmento de la populosa urbe británica fue calificado indistintamente con los mote de “El abismo” o “El infierno”, observándose aquí la nomenclatura que a su respecto acuñase el insigne escritor norteamericano Jack London. En el año 1902 el artista decidió ir a convivir durante un período con los desamparados en las callejuelas y los albergues situados en los suburbios de la Inglaterra victoriana para redactar, cimentado en sólido conocimiento de primera mano, su impresionante alegato de denuncia social contra las infrahumanas condiciones de vida en el Este de Londres. (2).

(2) London, Jack, *Gente del abismo*, traducción de Alex Blasco, Ediciones de Intervención Cultural S.L., Colección El Viejo Topo, Barcelona, España, 2001.

La escabrosa celebridad adquirida por el asesino serial Jack el Destripador se construyó a lo largo de un lapso inferior a las diez semanas. De hecho, desde el 31 de agosto de 1888 -óbito de la primera víctima canónica- pasando por la llamada “Noche del doble acontecimiento” y a lo largo de aquel octubre, donde sus matanzas representaron noticia de portada en los rotativos británicos, se consolidaría su reinado de terror.

A partir de la fatal madrugada del 30 de setiembre de ese truculento año la prensa y el público se enterarían del alias que se había puesto a sí mismo el criminal. Y aún cuando al presente existan pertinaces recelos de que el inquietante seudónimo se lo atribuyeron periodistas sedientos por vender noticias, lo cierto fue que en todo el orbe se llegó a identificar por medio de aquel pegadizo apodo a ese homicida sin parangón.

Esas escasas semanas fueron suficientes para que el mundo contara con un nuevo ícono del miedo. Y, tras transcurrir un mes de octubre bajo una tensa calma precursora de tempestad, el pánico escalaría hasta sus cotas más elevadas. El nueve de noviembre de 1888 el desmembrador concretó la más espeluznante de sus malévolas hazañas cuando en el amanecer de ese día destruyó a Marie Jeannette Kelly, en el interior del lóbrego cuartucho que aquella atrayente cortesana rentaba en la pensión de Miller’s Court.

Luego saldría para siempre de escena, esfumándose tan abruptamente cuán repentina había devenido su irrupción. Dejaría detrás de sí la sangrienta estela de un puñado de hechos acreditados y las semillas de una persistente leyenda que, de tanto prolongarse al cabo de los años venideros, pareciera no alcanzar nunca su fin.



Mister John Mc Carthy
Arrendaba la fatídica habitación
No. 13 de Miller's Court a Mary Kelly.



Mary Jane Kelly
Famosa y tétrica fotografía
de su desfigurado cadáver.



Restos de Mary Kelly fotografiados desde otro ángulo.



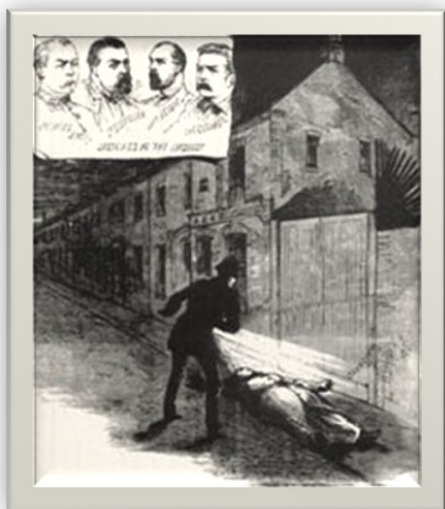
Entrada de la pensión de Miller's Court con frente al número 26 de la calle Dorset.



Fotografía mortuoria de **Martha Tabram**
a quien algunos conceptúan como la
primera presa cobrada por el Destripador.



Mary Ann "Polly" Nichols en la morgue.
Única fotografía conocida.



Descubrimiento del cadáver de Polly Nichols.
En el recuadro superior: caricatura del juez
y de los médicos forenses actuantes.



Annie Chapman y su esposo John
Única fotografía tomada en vida a una de las víctimas.



Annie Chapman con un cliente momentos previos a su muerte, vista por la testigo Elizabeth Long



El fatídico patio trasero del número 29 de la calle Hambury



“Long Liz” Stride

Primera víctima en la noche
del “doble acontecimiento



Fachada del **club político de la calle Berner** en cuya entrada fuera degollada Liz Stride.

(5) Vanderlinden, Wolf, Carl Ferdinand Feigenbaum. Una vieja sospecha reaparece, Ripper Notes, número 28, marzo 2008.



“Kate” Eddowes.

Segunda víctima del 30 de setiembre de 1888.
Fue agredida en la Plaza Mitre.



Frances Coles

Una de las “víctimas no canónicas”.



James Sadler

Acusado de asesinar a Frances Coles.



Comisaría de la calle Leman a cuya salida casi lincharan al sospechoso James Sadler



Alice “Pipa de arcilla” Mc Kenzie.
¿Fue finiquitada por el Destripador?

CAPÍTULO II

Jack. El asesino psicópata.

El hombre que años después se convertiría en sospechoso de haber sido Jack el Destripador sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal cuando tañeron las campanadas de la cárcel de Sing Sing. Su hora final había sonado. Muy pronto los guardianes vendrían a buscarlo para conducirlo al patíbulo. Aunque alemán de nacimiento, y de fe católica, nunca había respetado los mandamientos cristianos ni, mucho menos, observado las palabras de las sagradas escrituras.

Pero aquella alborada, mientras fenecía su última noche sobre la tierra, la había pasado en constricción recibiendo el auxilio espiritual de dos sacerdotes. Humilde, se había arrodillado y vaciado su alma desahogándose ante los servidores del Señor. ¿Qué enormidades les había confesado? Los religiosos ahora tendrían que cargar para siempre con sus terribles confidencias en acatamiento del secreto de confesión. ¿O tal vez, ni siquiera ante éstos el reo había abierto en verdad su alma?

Ya era bastante la culpa conocida por todos con la cual cargaba: el asesinato espantoso de una pobre viuda. Muerte a cuchillo, sin piedad. Ahora la justicia norteamericana que lo había atrapado no tendría conmiseración para con él. Los guardias ya lo sacaban a rastras de su celda rumbo a la cámara del horror. Se sentó en la silla eléctrica sin oponer resistencia. Se quitó los lentes entregándoselos a su sacerdote confesor preferido y le pidió que los guardase para que fueran enterrados junto con él.

El padre Bruder se mantuvo bien cerca suyo mientras lo amarraban con las correas. Los asistentes pudieron ver muy claras las lágrimas en los ojos del siervo de Dios. El condenado le besó la mano. Luego, esbozando una forzada sonrisa cómplice, hizo un gesto amistoso hacia el verdugo: *“Yo también he estado en el lugar en que tú estás ahora”* parecía decirle.

Y es que, después de todo, también él había sido verdugo de sus semejantes, y sin siquiera concederles un juicio previo justo, ni la menor posibilidad de defensa.

Wardem Sage, el ejecutor pagado por el Estado, le agradeció el saludo y se puso presto a su tarea. Le ajustó los electrodos a la base del cráneo y en la pantorrilla de la pierna derecha. El médico de la prisión, doctor Irvine, se aproximó también. Chequeó de un vistazo la situación y se dio media vuelta dirigiéndose a Mr Davis, el carcelero encargado de aplicar la corriente eléctrica.

Con un ademán adusto le indicó que procediera. El funcionario bajó la manivela y el primer impacto eléctrico atravesó por el cuerpo del ajusticiado. La corriente escaló a mil ochocientos veinte voltios. Eran las 11 y 16 minutos de la mañana del lunes 27 de abril de 1896. Tras treinta segundos, el voltaje descendió hasta los trescientos voltios. El circuito se apagó e, instantes después, volvió a encenderse atizando un segundo relámpago de otros mil ochocientos veinte voltios.

Eran las 11 y 17 minutos. El penado estaba muerto. Calcinado y humeante en las zonas donde sufrió las descargas. Su rostro azulado delataba a las claras que la vida se le había escapado definitivamente. Pero debía seguirse con el rito fúnebre. Los forenses Irvine y Gibbs, hurgaron bajo la camisa del reo y palparon su pecho examinándolo con sus espectrómetros, tras lo cual con parcos movimientos de sus cabezas confirmaron el deceso.

La menguada asistencia soltó la respiración trabajosamente contenida. A las 11 y 18 minutos Carl Ferdinand Feigenbaum, el asesino psicópata, fue declarado clínicamente muerto.

La historia oficial, por su parte, registra la comisión de un único asesinato de segura autoría de este delincuente el cual -atento a su saña y gravedad- bastó para condenarlo a muerte.

La viuda Juliana Hoffman contaba con cincuenta y seis años el 1º de setiembre de 1894, fecha en cuya madrugada moriría degollada. Por entonces vivía junto con su llamativamente joven hijo, de sólo dieciséis años, en una habitación precaria sita en la calle Sexta Oriente de la ciudad de Nueva York, en el segundo piso de un vetusto edificio en cuya planta baja se emplazaba un almacén.

Una segunda muy modesta habitación de la cual eran inquilinos se la habían subarrendado a un alemán de cincuenta y cuatro años. El miércoles 29 de agosto dicho sujeto había acudido a la casa en respuesta al anuncio colocado en un periódico barrial donde se ofrecía en alquiler la pieza con muebles.

—Es justo lo que andaba buscando. Me quedo con ella— anunció aquél, mientras le daba la espalda inspeccionando el lugar. Segundos más tarde, como si repentinamente hubiese recordado algo, volviéndose hacia ella añadió:

—Eso en caso de que usted esté conforme con que yo sea su inquilino, por supuesto.

— ¿Porqué no habría de estarlo? Usted parece ser un buen hombre. Y también le ha caído simpático a mi hijo cuando vino hoy por la mañana y yo no me encontraba. Si dispone del dinero que pido como adelanto la pieza es suya— repuso la interpelada.

Aquella era una mujer de mediana estatura, ataviada para la ocasión lo más decorosamente que sus exiguos ingresos le permitían. Lucía su larga cabellera negra atada con un rodete, y en ella las canas que principiaban a aparecer enmarcaban una cara casi sin arrugas. Era un rostro más agraciado del que cabría esperar considerando su edad y las muchas fatigas que la vida le impusiera. También destacaba su cuello, el cual parecía más blanco, terso y esbelto que el resto de su cuerpo.

Y ese cuello -más exactamente la garganta- cautivó la atención de su interlocutor, quien enfocó allí, durante un fugaz instante, una intensa y extraña mirada.

—Gracias señora. Estoy contento por haberme puesto de acuerdo con usted tan rápidamente— afirmó el otro con tono deferente, al tiempo que extendió su diestra para que ella se la estrechara en gesto de aprobación. Aunque la palma era áspera, su mano poseía una delicadeza contrastante con la tosquedad de sus demás rasgos.

El tipo con el cual Juliana acababa de cerrar el trato se había presentado como marinero sin ocupación actual. Dio la excusa de que al día siguiente comenzaría a trabajar de florista en una tienda local y que, merced a ese salario, podría hacer frente al pago del precio pactado, consistente en un dólar por semana más ocho centavos diarios a cambio del desayuno. No obstante, se apresuró a informar que traía consigo los dos dólares requeridos a fin de señalar la habitación.

Próximo a las 22 horas del viernes 31 de agosto de 1894 el flamante subarrendatario permanecía en su pieza, y con una oreja aplicada contra la pared divisoria aguardó, expectante, que se hiciera silencio del otro lado. En la habitación contigua, y sin recelar de las intenciones de su taimado huésped, dormía la señora en su cama instalada al costado de una de las ventanas, en tanto su hijo reposaba en un largo sillón. Ese improvisado lecho se ubicaba en el extremo opuesto y sobre el mismo se cernía una cerrada penumbra.

A causa de la oscuridad fue que Feigenbaum, tras abrir furtivamente la puerta, no se percató que una segunda persona estaba dentro. Las dos noches anteriores había visto al chico escabullirse para penetrar en el apartamento de la criada del edificio, y dio por seguro que también esta vez aquél pernoctaría allí. Pero la sirvienta tenía marido, un viajante de comercio que precisamente retornó a su hogar ese día.

El joven durmiente representó el único testigo ocular del homicidio. Se levantó sobresaltado a mitad de la noche al oír los gritos proferidos por su madre y vio al inquilino reclinado sobre la cama de la mujer, la cual dificultosamente pugnaba por ponerse en pie y repeler la agresión. El atacante esgrimía un cuchillo en su mano derecha y ya había inferido una incisión en el cuello de la señora. Esa acometida no fue mortal, y seguramente la ejecutó el ofensor cuando su víctima permanecía dormida.

El muchacho acudió en defensa de su progenitora y pateó al atacante mientras éste permanecía de espaldas haciéndolo trastabillar, intervención que le permitió a la agredida reincorporarse e intentar el escape.

Feigenbaum dio media vuelta encarándose con el jovencito y lo amenazó blandiendo en alto el cuchillo sangrante, gesto que hizo a éste huir hasta la ventana, treparse a la cornisa y comenzar a gritar hacia la calle en demanda de auxilio. Sus patéticos alaridos de *¡crimen!*, *¡policía!* alertaron a vecinos y transeúntes, quienes empezaron a congregarse en el pórtico de ingreso del edificio. Empero, Juliana Hoffman se hallaba mal herida, y el criminal capitalizó su debilidad para seguir ofendiéndola encarnizadamente. Le hizo perder el equilibrio y se montó sobre ella inmovilizándola, luego de lo cual rasgó su garganta hasta herir la vena yugular con un profundo tajo propinado de izquierda a derecha en la base del cuello, frente a la impotente mirada de su hijo que continuaba encaramado sobre la cornisa reclamando desesperadamente ayuda.

La ayuda llegó pronto pues, además de vecinos y curiosos, dos agentes de la comisaría local hicieron acto de presencia y persiguieron al prófugo mientras éste procuraba evadirse atravesando un corredor aledaño descalzado, y con sus manos y su camisa manchadas de sangre.

El agresor se había dado cuenta de que no podía salir por la entrada principal del edificio, que estaba atestada de gente y optó por trepar al techo quitándose el calzado para hacer mejor equilibrio. Desde allí se lanzó rumbo a un corredor que daba a la calle Sexta, pero su maniobra fue percibida y los policías lo interceptaron, reduciéndolo al cabo de una corta refriega. Lo trasladaron mediante la fuerza a la habitación del crimen donde fue identificado por testigos que habían acudido en socorro de la moribunda.

El detenido no se amilanó frente a las acusaciones. Por el contrario, de inmediato improvisó una coartada que -aunque increíble- mantuvo terca-mente a lo largo de su ulterior enjuiciamiento penal. Pretextó a sus aprehensores que el asesino era un conocido suyo de apellido Weibel al cual por caridad le había permitido pernoctar en su cuarto, puesto que el individuo le aseguró que no tenía donde quedarse.

El pérfido acompañante esperó a que Carl se durmiese y se deslizó hacia la habitación de Mrs Hoffman con el propósito de robarle. Al ser sorprendido por la señora comenzó a apuñalarla provocando sus agónicos gritos. Los ruidos lo despertaron y -según pretendió- se trabó valientemente en combate con el intruso, aunque con escasa fortuna porque aquél era más robusto y lo dejó inconciente de un duro golpe.

Una vez repuesto, y al percibir el tremendo alboroto suscitado, creyó que lo irían a confundir con el homicida y entró en pánico. Por eso fue que escaló hasta el techo, y desde allí saltó con destino al corredor donde los policías lo aprehendieron. Justificó las secuelas hemáticas que impregnaban sus manos y su camisa como fruto del forcejeo con el tal Weibel, quien quedara ensangrentado a raíz de su salvaje ataque contra la mujer.

En el escenario del atentado se hallaron evidencias materiales que incriminaban al presunto florista. Por ejemplo, en la habitación que rentaba se ubicó una vaina de tela azul para guardar cuchillos y una piedra de las que se usaban a fin de afilar instrumentos cortantes.

Pero, claro está, lo más lapidario a los efectos de condenarlo fueron los numerosos y armónicos testimonios oculares ofrecidos en su contra, así como el hecho de haber sido apresado en plena fuga con las manos y ropas ensangrentadas y, sobre todo, el dramático testimonio rendido entre sollozos por el adolescente hijo de la víctima.

La razón del homicidio aducida por la acusación fiscal consistió en el hurto, pues Juliana Hoffman guardaba en su armario una modesta suma dentro de un libro de oraciones, y ese importe no se recuperó. No obstante, si el móvil fincaba en robar no se explica por qué motivo el supuesto ladrón portaba un filoso cuchillo si -conforme se destacó en el juicio- el hombre sabía dónde se ocultaba ese dinero y el armario no estaba cerrado con llave. Asimismo, si nada más quería hurtar no se justificaba que penetrara a la habitación sabiendo que allí se encontraba la señora, cuando hubiera resultado más seguro aguardar a que aquella se retirase y después entrar a cometer el latrocinio.

Y lo que torna aún menos plausible la hipótesis del robo como explicación de ese crimen es la tan sañuda vesania de la cual hizo gala el ultimador. En realidad, todo apunta a que se trató del clásico asesinato perpetrado por placer, o motivado en la compulsión de “matar por matar” que obsesiona a un victimario en cadena.

A términos del siglo XIX la idea de que podían operarse crímenes carentes de las razones tradicionales como el lucro, la codicia, el odio o la venganza no gozaba de crédito, dado el estado incipiente por el cual atravesaba entonces la criminología.

Durante su proceso Carl Feigenbaum fue patrocinado por dos letrados que actuaron de oficio. Uno de ellos fue William Sandford Lawton, quien era socio de un bufete de abogados de Nueva York. Luego de fallecido en la silla eléctrica su patrocinado, Lawton concluyó que no tenía ya razones legales para seguir atado por su voto de confidencialidad y optó por hacer públicas unas declaraciones que le había formulado su asistido, así como por brindar sus opiniones personales respecto de determinado escabroso asunto.

Ese asunto consistía en que el curial estaba persuadido de que su malogrado cliente no era otro más que el ya por esas fechas célebre y tétrico desmembrador de prostitutas de Whitechapel, Inglaterra.

Durante los dos años que mediaron entre la detención del matador de Mrs Hoffman y su ejecución, defensor y defendido sostuvieron muchas conversaciones y llegaron a construir una buena relación. En virtud de ello, Carl Feigenbaum le habría confiado a William Lawton que periódicamente se veía poseído por una enfermedad pasional totalmente absorbente que se apoderaba de él en forma irrefrenable, al extremo tal de que sólo podía satisfacer su ardiente amor hacia las mujeres matando y mutilando a una de éstas.

En declaraciones a la prensa norteamericana el abogado manifestó que el impacto ocasionado por esa confidencia fue tan poderoso que no supo qué camino debía tomar, y que en seguida le vino a la mente el recuerdo de las carnicerías de Jack el Destripador en Londres. Señaló que comenzó a indagar los movimientos de su patrocinado, y se enteró que el hombre se hallaba presente en Wisconsin cuando se produjeron unos crímenes de mujeres en aquel Estado.

Otro de sus asertos residió en que cuando le insinuó a su cliente acerca de su posible participación en los homicidios del East End aquél se puso de repente muy serio y le respondió: *“El Señor es el responsable de mis actos y sólo ante él puedo confesarme”*.

Lawton insistió en que el tono empleado por su defendido implicó una clara confesión de culpa que lo dejó conmocionado y lo determinó a cotejar las fechas de las mutilaciones victorianas con las actividades del penado. Dijo que tras chequear esas fechas le preguntó a aquél si había visitado Londres durante tales oportunidades, a lo cual su asistido contestó en todos los casos que sí, y luego cayó en un profundo y sepulcral silencio. Igualmente, se habría interrogado a Carl Feigenbaum si disponía de conocimientos técnicos sobre cirugía y disección. En esta ocasión, según su abogado, el requerido: *“Fingió una ignorancia que no era natural”*.

Esta actitud del reo indujo a Lawton a sostener: *“El hombre era un diablo. El motivo de sus crímenes era un espantoso deseo de mutilar. Me juego mi reputación profesional que si la policía rastrea sus movimientos en los últimos años ello los conducirá a Inglaterra, Londres y Whitechapel. Ha estado viajando como marinero por toda Europa y estuvo en el tiempo de los crímenes en aquel país. A primera vista parecía un simplón, casi un imbécil, pero en realidad era un sujeto muy listo. Tenía medios propios como quedó demostrado por un testamento que hizo antes de morir, aunque siempre expresó que vivía en la mayor pobreza.”*

También el fiscal de la causa, Vernon M. Davis, concordó con el parecer vertido por el defensor, agregando por su parte: *“Si se probara que Feigenbaum fue Jack el Destripador ello no me sorprendería grandemente porque siempre lo consideré un tipo astuto, rodeado de mucho misterio, y nunca se supo bien sobre su verdadera vida”*.

De su astucia y su afán por despistar dio debida cuenta su comportamiento al cabo del proceso. Por ejemplo, declaró que era oriundo de Karlsruhe, Alemania, aserto que fue contradicho por un testigo, quien aseguró que el reo le había comentado ser originario de una ciudad llamada Capitolheim. El encausado alegó haber hecho su arribo a los Estados Unidos en febrero de 1890. Esta información no fue ratificada y sólo se supo, con relativa certeza, que estuvo en aquel país luego de 1891.

De acuerdo depuso otro testificante, el alemán le afirmó que era casado. También este dato queda en duda, puesto que no sólo no proporcionó detalles relativos a la existencia de su esposa sino que al ser arrestado se identificó frente a la policía como de estado civil soltero. Aseveró que su ocupación era de jardinero y que igual labor cumplía en Alemania. Trató en todo momento de ocultar que su actividad básica era la de marino mercante, aunque ciertas declaraciones suyas indirectamente avalan que esa resultaba su profesión. También escondió pormenores de su arribo y estancia en Norteamérica.

Se limitó a contar que tras desembarcar en tierra estadounidense había residido en Orange County, California. Más tarde, ante preguntas directas que se le formularon en la corte, admitió haber residido sucesivamente en las ciudades de Port Austin, Michigan, Sioux Falls, Dakota del Sur y Sioux Falls, Oregón.

No quedó claro si esas interrogantes le fueron planteadas porque le habían sido requisados documentos donde se mencionaban dichas ciudades, lo cual hacía presumir que estuvo en ellas, o a los efectos de comprobar si estaba conectado con crímenes o ataques contra mujeres que hubieran sucedido en estos lugares. En general, se mostró remiso en informar donde estuvo residiendo o qué clase de trabajos realizó.

Lo más seguro fue que no entró al país de manera oficial, dado que en la Oficina de Migraciones no se ubicaron constancias del ingreso de ningún Carl Feigenbaum por aquellos tiempos.

Durante la investigación le fue detectada, dentro de la habitación que rentaba a su víctima, una caja conteniendo documentos varios. Entre éstos destacaba un manojo de cartas remitidas por una mujer de nombre Magdalena. El hombre pretendió que se trataba de epístolas que le mandaba una señora desde Europa para que él después las hiciera llegar a manos de un marino conocido suyo de nombre Anton Zahn, quien al tiempo de las remisiones carecía de domicilio fijo. Empero, lo más factible es que las misivas fueran dirigidas a él mismo, extremo que indujo a pensar que ese debía ser su nombre verdadero y que Feigenbaum configuraba un apellido falso.

Sobre cuál conformaba su familia, al principio aseguró que vivía sólo en Estados Unidos y que tenía dos hermanos en Alemania, pero luego se desdijo de esto último. Más adelante, se supo que él tenía una hermana llamada Magdalena Strohband, y debió reconocer que las cartas se le habían enviado a él y no al pretendido Anton Zahn.

Se especuló también que el sujeto podría haber escamoteado esos papeles con el fin de apropiarse de identidades ajenas.

Por cuanto venimos relevando, Feigenbaum era un mentiroso compulsivo y un manipulador nato, tal cual quedó patentizado por sus actitudes durante el proceso. Tales facetas pautan su personalidad definiéndolo como un psicópata criminal, en tanto esos rasgos devienen inherentes a este tipo de transgresores. En efecto:

“...Entre los criterios básicos para reconocer el comportamiento de un psicópata se encuentran la negación, la mentira continua y el intento permanente de manipulación. Es típico de la forma en que una personalidad psicopática lo niega absolutamente todo... el asesino trata de matizar para dar a cada detalle un giro que lo favorezca. Muchos asesinos en serie niegan su responsabilidad, creyendo que mientras sigan mintiendo podrán seguir con vida...” (3)

(3) Ressler, Robert y Schatchman, Tom, Dentro del monstruo, Un interno de comprender a los asesinos en serie, traducción de María Faidella, Alba Editorial, Barcelona, España, 2003, pag. 114.

Aunque fue su abogado quien sugirió inicialmente la posibilidad de que este hombre hubiera sido Jack el Destripador esta sospecha se diluyó con rapidez. Su otro letrado defensor no suscribió el mismo parecer lo cual - adicionado al hecho de que William Lawton falleció en 1897 tras cometer suicidio por causas desconocidas, dando cabida a pensar que era inestable - conllevó a que los periodistas y la gente pronto se olvidasen de Carl Ferdinand Feigenbaum.

La sospecha recaída sobre el marino ejecutado en Norteamérica reapareció muchos años más tarde con renovados bríos merced a una investigación debida al ex detective de la Brigada Criminal británica Trevor Marriott, el cual puso de nuevo sobre el tapete la candidatura de este malhadado degollador al cargo de haber sido el Ripper de la era victoriana.

Marriott en su libro “Jack el Destripador. Investigación del siglo XXI” condensa su caso contra Feigenbaum manifestando:

“...Creo firmemente que Carl Feigenbaum fue Jack el Destripador y que su nombre podrá ingresar a la historia como el del más notable asesino serial de todos los tiempos. Este hombre fue el responsable de una serie de horribles crímenes de pobres, infortunadas y desvalidas mujeres a las que mató en tres continentes durante un período de seis años llevándose el secreto de su identidad a la tumba luego de evadir la detección por más de un siglo. No obstante, los entusiastas de este tema todavía no estarán convencidos de que el misterio está resuelto, y nunca lo estarán. Para esa pequeña minoría el caso de Jack el Destripador se ha convertido en una parte integrante de sus vidas hasta el punto en que ahora están obsesionados por mantener el misterio...” (4)

Las razones que determinaron al ex policía a postular con énfasis la culpabilidad del marinero germano se fundan en una escrupulosa indagatoria que emprendió revisando en los archivos navales los listados oficiales de los barcos mercantes que recalaron en puertos de la bella Albión por las fechas en que se consumaron los homicidios de Whitechapel.

(4) Marriott, Trevor, Jack The Ripper: The 21st century investigation, Editorial John Blake

Su primera idea consistió en que un marino que formara parte de la tripulación del carguero Sylph, proveniente de Barbados, podría haber configurado el criminal. Estudios ulteriores, sumados a la imposibilidad de hacerse con las listas originales donde se relacionaba la tripulación de ese buque -de apenas seis marineros fijos y todos ellos de origen anglosajón- indujeron a Marriott a cambiar de opinión, pues resultaba incierto que dicha embarcación hubiese atracado en muelles del Reino Unido cuando se verificaron los asesinatos.

Extendió con mucho detallismo sus búsquedas a todos los puertos londinenses y concluyó que, entre agosto de 1888 y noviembre de 1889, en los muelles Royal Victoria y Sant Katharine's habían anclado cuatro grandes navíos comerciales ingleses, a saber: el Silvertown, el Diógenes, el Kangaroo y el Calabria.

No obstante, un examen aún más meticuloso de las listas le hizo percatarse que en similares fechas se operó un movimiento regular de mercantes alemanes de modesto calado que atracaron en los dos citados muelles británicos, así como en otros puntos próximos a los mismos. Estos buques teutones utilizaban asiduamente dichos muelles y viajaban entre Londres y Hamburgo o Bremen siendo su tripulación, en todas las ocasiones, inferior a los veinte hombres.

Nacería así la que Trevor Marriott diera en llamar la “Conexión alemana”. El investigador afirmó haber establecido con certeza que tales embarcaciones practicaron paradas en puertos de Londres por la época de los crímenes, y que como el victimario pudo haber sido tripulante de uno de esos barcos habría dispuesto del tiempo y de las oportunidades precisas para ejecutar los atentados.

La factibilidad de tal conexión se vería reforzada por la constatación -a través de reportes de prensa- de haberse consumado un homicidio en octubre de 1889 en la ciudad de Flensburg, en el Báltico, que era un puerto alemán usado para sus travesías por los cargueros germanos de Bremen y Hamburgo. La víctima fue una prostituta cuyo cuerpo se presentaba brutalmente mutilado en forma similar a aquellos con los cuales Jack el Destripador se encarnizara.

El investigador consideró que el navío con mayores probabilidades de haber llevado a bordo al criminal fue el mercante Reiher. Aunque los listados consignando arribos de ese barco a Inglaterra son confusos e incompletos, figuraría ocupando el cargo de maquinista un tripulante de apellido Zahn -posible alias utilizado por Feigenbaum-. El aludido buque había permanecido anclado en la capital inglesa por el tiempo de los dos primeros homicidios. Luego regresó a Alemania y volvió a partir desde el puerto de Bremen el 5 de setiembre de 1888 rumbo a Londres, donde estuvo involucrado en una colisión en aguas del río Támesis, de resultas de la cual quedó inmovilizado.

La tripulación debió por fuerza descender y afincarse por un lapso en el sector Este de la ciudad a la espera de que su nave fuera reparada. Aunque oficialmente no se dejó constancia del anclaje de dicha embarcación parecería evidente que la misma debió atracar en algún tramo de la orilla del caudaloso río.

Otro barco alemán, el Sperber, zarpó desde el puerto de Bremen arribando a la capital británica el 30 de setiembre en horas de la mañana. A la noche tendría cabida el doble crimen que tuvo por víctimas a Liz Stride y Kate Eddowes.

A su vez, el Reiher, ya reparado, continuó navegando y practicando repetidas escalas entre ambos puertos. Quedan constancias de que el buque ya estaba de vuelta en Londres el 8 de noviembre de 1888, día previo al horrible asesinato de Mary Jane Kelly. También permaneció varado en un muelle anglosajón el 17 de julio de 1889, fecha del fallecimiento de la víctima no canónica Alice Mc Kenzie.

En busca de apuntalar su tesis de que el verdugo de prostitutas fue un marino mercante -y en particular, que fue Carl Feigenbaum- Trevor Marriott relevó la existencia de una secuencia de violentas muertes acaecidas en otros países durante una época próxima a los del East End facturados con *modus operandi* semejante, los cuales pudieron ser obra de un psicópata itinerante que aprovechara la movilidad que su forma de vida náutica le permitía.

Si bien la constancia de la veracidad de esos violentos óbitos está dada sólo por crónicas de prensa y no quedarían al presente registros policiales o judiciales de los mismos, de todas maneras, el elenco puesto al descubierto deviene muy sugerente e inquietante.

El 11 de abril de 1890 en Hurley, Wisconsin, Estados Unidos, fue asesinada Laura Whittlesay, alias “Lottie Morgan”. El rotativo Wisconsin’s Star reportó que en Hurley tuvo lugar anoche una escena de crimen que iguala en horror a cualquiera de las perpetradas en Whitechapel, cuando al fondo de una cantina llamada Ives, en uno de los sectores más rudos de la ciudad, fue detectado el cadáver de la citada fémina, la cual ejercía el metreticio. Sobre su ojo derecho se visualizaba un profundo corte que fue la razón del deceso. Un hacha con manchas de sangre se encontró en un galpón anexo. No se duda que esa representó el arma esgrimida para matarla.

Se ubicó al costado de la cabeza de la occisa un revolver de su propiedad con sus cámaras llenas de balas sin usar, lo cual sugiere que intentó defenderse pero su homicida fue más rápido. El móvil no consistió en el robo ya que la difunta lucía en sus dedos anillos con engarce de diamante y otras joyas de subido precio, así como más de veinte dólares en metálico. Morgan fue vista por postrera vez a la hora 11 en la cantina de John Sullivan, y desde allí se trasladó a través de un callejón anexo para llegar a su habitación, siendo interceptada en el camino por su matador quien probablemente estaba al acecho. La policía no dispone de pistas. Lottie era una actriz favorita de los teatros de variedades locales, pero desde tiempo atrás venía atravesando por una mala racha.

A su vez, el periódico Bessemer, de Michigan, dedicó un conciso artículo a ese crimen señalando que Lottie Morgan contaba con alrededor de veintisiete años y pertenecía al bajo mundo. Fue hallada muerta en la mañana del 11 de abril detrás de una cantina en Hurley, su cabeza estaba rajada y su cuerpo espantosamente amputado con un hacha. Se culminaba anunciando que la policía venía trabajando sobre una pista y, literalmente, el reportero proclamaba que este era un caso de Jack el Destripador.

El 28 de abril de 1890 un diario alemán de Benthén, ciudad lindante con Polonia, informó que en dicha zona había tenido efecto una espantosa barbarie análoga a las inferidas por Jack the Ripper. El cadáver de una mujer fue localizado detrás del hospital militar de la ciudad. El abdomen había sido abierto desde el ombligo, y el resto de su organismo sometido a salvajes mutilaciones incluyendo la cara. El grado de sadismo recuerda al ataque contra Mary Jane Kelly en Londres. La víctima era esposa de un sastre de la localidad.

Ese asesinato sigue sin ser resuelto.

El 4 de diciembre de 1890 en Berna, Suiza, un periódico local comunicó que la ciudad, normalmente apacible, se hallaba espantada por un ataque semejante a los ocasionados por Jack el Destripador en Whitechapel, Londres. Cuando unos hombres incursionaban a través de un bosque de la vecindad detectaron el cuerpo de una joven campesina que fue degollada y mutilada de forma impactante. Se informó que no hay rastros de su homicida.

Esta muerte nunca fue esclarecida.

El 24 de abril de 1891 en la ciudad norteamericana de Nueva Jersey ocurrió un crimen que gozó de más cobertura de prensa que los previamente nombrados, y del cual sí se guarda constancia en archivos policiales. Se trató del cometido contra Carrie Brown, una prostituta veterana registrada en el hotel East River situado en la esquina sureste de las calles Catherine Slip y Walter. Se la había visto en compañía de un hombre entre las 20 y 30 y las 23 horas de la noche del 23 de abril. Su cadáver fue descubierto yaciendo encima de su cama al amanecer siguiente. Estaba desnuda desde las axilas hacia abajo, de acuerdo informó el empleado nocturno que así la halló.

El cuerpo denotaba secuelas de crueles laceraciones con sinuosas heridas en la región abdominal y vaginal. Asimismo, exhibía extraños cortes practicados en sus nalgas, como si el asesino hubiese querido dibujar sobre ellas. Había sido estrangulada con una prenda íntima.

El doctor Jenkins, médico forense encargado de practicar la autopsia, explicó que quien la eliminó le arrancó y se llevó una porción de los intestinos de la desgraciada extinta.

Otro eventual crimen que pudo ser facturado por un marino itinerante - eventualmente Feigenbaum- sucedió el 25 de octubre de 1891 en Berlín, Alemania. Noticias de esta agresión fatal quedaron registradas en la edición del día siguiente del *The Times* de Londres, el cual reportó que aquella ciudad hervía en ebullición por un ataque semejante a los inferidos por el Destripador en Gran Bretaña.

Una mujer de apellido Nitsche fue abordada en horas nocturnas en el Holzmarkt Gasse -un pequeño edificio de viviendas ubicado en la zona norte de la capital germana- por un sujeto que la acompañaba a su vivienda emplazada en el mismo lugar donde residía un matrimonio de apellido Poetsch. Esa casa no era la morada habitual de la dama pero ésta la usaba de forma ocasional. No bien aquella ingresó al inmueble fue ofendida por su acompañante, quien le cortó el cuello y luego le rajó el cuerpo desde la garganta hacia abajo.

Cuando otra señora llamada Mueller -quien también hacía uso de esa habitación y se despertó por los gritos de la agredida- intentó intervenir el ofensor la empujó y escapó hacia la calle. Un hombre que acompañaba a Mueller corrió en su persecución sin éxito. El examen forense sobre el apartamento no arrojó resultados positivos. Se ubicó un cuchillo que pertenecía a la difunta y que su verdugo empuñó para infligir la segunda herida. El primer cuchillo blandido, que tenía forma de daga, se lo llevó consigo el atacante. Se pensó que éste era una persona mentalmente insana.

El homicida jamás fue apresado.

El homicida jamás fue apresado.

El 31 de enero de 1892 se verificó un nuevo asesinato en Nueva Jersey, Estados Unidos. En esta ocasión la víctima sería una anciana de setenta y tres años, Elizabeth Senior. La fenecida fue encontrada en su casa cercana a donde había sido ultimada Carrie Brown el pasado año. La garganta de Mrs Senior resultó seccionada y su cuerpo sufrió varias cuchilladas. Parece que el ultimador hizo gala de gran calma. Se lavó las manos y procedió al saqueo de la finca antes de retirarse.

Es otro crimen que continúa sin tener solución.

El 3 de abril de 1892 en la capital germana un periódico regional notició que la población de la ciudad estaba convulsionada por un asesinato del perfil de los de Jack el Destripador. El cadáver de una prostituta fue hallado estrangulado yaciendo sobre la escalera de una vivienda aledaña a la jefatura de policía en Kaiser Wilhelmstrasse. El victimario fue interrumpido en su faena y huyó sin poder desfigurar al cadáver como -según parecía- era su propósito.

Tampoco nunca nadie sería procesado por dicho crimen.

El colofón de esta sangrienta retahíla fue la violenta muerte de Juliana Hoffman el 31 de agosto de 1894 en Nueva York. Aquí, como ya vimos, el culpable resultó capturado tras cercenar el cuello a su víctima y no pudo concluir su abominable tarea de mutilar. El asesino, nuestro ya tan familiar marino mercante, pudo igualmente haberse llamado Anton Zahn o Carl Zahn, y tantos méritos hizo como psicópata y sádico criminal que a su respecto su abogado patrocinante sentenció: *“Creo que Carl Feigenbaum, a quien han visto morir en la silla eléctrica puede fácilmente estar conectado con los crímenes del Destripador en Londres”*.

A modo de síntesis de su acusación contra Feigenbaum/ Zahn el experto Trevor Marriott subrayó que a partir de su ejecución en el año 1896 ya no se consumaron en los Estados Unidos homicidios con parecido *modus operandi* que aquél, al igual que no los volvió a haber en Inglaterra luego de que el marinero zarpó de ese país.

Enfatizó que tras su arribo a tierra americana en 1891, y mientras permaneció allí, fue que se sucedieron barbáricos crímenes contra mujeres. Dado que podría haber sido tripulante de navíos comerciales alemanes que iban y venían desde su país a Norteamérica fue posible que matase en suelo teutón y también en tierras europeas, donde aquellos barcos pudieron hacer escala en el entorno de las fechas de los asesinatos comprendidos dentro del precedente elenco. La hipótesis sugerida por este perito aunque está correctamente elaborada, es apoyada por respetable prueba documental y cuenta con plausibles argumentos, suscitó -pese a todo- radicales críticas a cargo de otros especialistas en la historia.

Por ejemplo, el ripperólogo Wolf Vanderlinder puso en tela de juicio las conclusiones básicas ofrecidas en el libro de Trevor Marriott. Resumiendo los motivos que justifican su escepticismo plantea:

“... ¿Carl Feigenbaum fue Jack el Destripador? Parece poco probable. No se puede confiar sólo en la palabra William Lawton. La supuesta confesión no fue compartida. El confesor se negó a confesar. No ha sido demostrada la conexión con Whitechapel, Londres en 1888. La serie de asesinatos con mutilación cometidos en Wisconsin no existió. El co-abogado, que conocía al sospechoso, desestimó los dichos de su colega. La historia desapareció rápidamente... La teoría es plausible pero no demostrada ¿Podría ser el Destripador un marino alemán? Si, pero también podía serlo un marinero americano, portugués o malayo, o un carnicero, panadero, sastre, mendigo o ladrón. ¿Podría haber sido Carl Feigenbaum? No, con la casi completa falta de pruebas que se han presentado para apoyar su candidatura...” (5)

Pero este sórdido itinerante no sería el único asesino psicópata que mató mujeres en tierras de Norteamérica al cual se confundiría con Jack el Destripador. Otro individuo con características notoriamente psicopáticas coincidió con éste en igual tiempo y lugar. También a aquél se le atribuye haber finiquitado a una prostituta sindicada como posible presa humana del ultimador secuencial victoriano; a saber, Carrie Brown.

(5) Vanderlinden, Wolf, Carl Ferdinand Feigenbaum. Una vieja sospecha reaparece, Ripper Notes, número 28, marzo 2008.

La descripción tan genérica podía valer para el marino germano pero también servía para el otro sospechoso, que era de origen polaco y su fisonomía delataba a las claras que no se trataba de un anglosajón.

Las suspicacias recaídas sobre Feigenbaum de haber sido el homicida de Brown nacieron a partir de la investigación emprendida por Mr Marriott, quien dentro del elenco de posibles víctimas de dicho delincuente incluyó a esa veterana meretriz de Nueva Jersey. Pero otros autores ya habían trasladado sus sospechas contra un psicópata que, al igual que el matador alemán, fue condenado a muerte por la justicia, y al que se le comprobó haber consumado tres uxoricidios -incurrió repetidamente en bigamia-. Todos estos crímenes los llevó a cabo mediante la aplicación de venenos y por fines de lucro.

Y resulta que tanto Carl Ferdinand Feigenbaum como Severin Antoniovitch Klosowski -tal el nombre completo de este otro candidato a haber sido Jack el Destripador- por una extraña casualidad estaban ambos presentes en suelo de Nueva Jersey cuando devino brutalmente liquidada Carrie Brown.

Klosowski con el andar del tiempo llegó a adoptar de hecho el apellido Chapman, copiándolo del de una de sus ocasionales amantes para así parecer más británico. La compañera de aquel hombre se llamaba -por una curiosa coincidencia- Annie Chapman, al igual que la segunda víctima canónica del exterminador de Whitechapel.

El individuo había nacido en Polonia durante el año 1865, país del cual emigraría siendo niño, pasando a residir en la ciudad checa de Praga donde ejerció su primera ocupación trabajando como auxiliar de barbero. Se alistó en el ejército ruso en calidad de “feldscher”; es decir, asistente sin título pero con conocimientos de cirugía, farmacia y medicina de los que cabía esperar de un cirujano de barbería. En aquel entonces, un asistente de barbería no se limitaba a ofrecer a sus clientes el servicio de corte de cabello y rasurado, sino que estaba capacitado para practicar operaciones de cirugía menor, tales como la aplicación de ventosas o la extirpación de verrugas.

(13) Wilson, Colin, Los asesinos. Historia y psicología del homicidio, traducción de Lena Poole de Magrans, Ediciones Luís de Caralt, Barcelona, España, 1976, pag. 84.

Y, precisamente, como ayudante de barbero hallaría Severin su inicial empleo cuando arribó a Gran Bretaña a sus veintitrés años en 1888. Apparentemente, la de Klosowski fue una de las iniciales pistas que siguió Frederick Abberline mientras trataba de ubicar a un asistente de barbero alemán conocido como “Ludwig”, el cual había resultado detenido por las autoridades por su posible vinculación con el caso, pero se lo liberó antes de que el detective pudiera interrogarlo.

Abberline, quien por algún motivo no quedó conforme con dicha liberación, siguió tras el rastro del presunto Ludwig, y aunque no lo pudo encontrar se le reportó sobre la existencia de un individuo con un extraordinario parecido físico con éste, cuyo nombre sonaba como “Sholski” o algo similar.

Se trataba, este último, de un polaco que fungía como auxiliar de barbero y que podría estar también involucrado en la historia del Destripador, según le fuese informado secretamente al inspector. Sucesivos rumores llevaron al pesquisante a dirigirse a una barbería situada en West Green Road, donde se enteró que aquél ya no trabajaba allí y que su verdadero nombre era Severin Klosowski.

El tenaz policía persistiría en buscar sin suerte a dicho sujeto, pese a que un vendedor ambulante de insumos para peluquería de apellido Levisohn -que conocía de primera mano al hombre- le aseguró que el muchacho no tenía instintos homicidas y que sólo estaba interesado en instalar su propio negocio, pero no en matar prostitutas.

Empero, del hecho de que este jerarca policial nunca terminó de descartar al elusivo ayudante de barbero del elenco de sospechosos da cuenta el comentario que le realizara al Sargento George Godley quince años más tarde, luego de que ese policía finalmente detuviera al envenenador. Y resulta que, de acuerdo pretende una muy repetida anécdota, cuando por el año 1903 Godley capturó al criminal apodado George Chapman, el Inspector Abberline felicitó a su antiguo subordinado porque finalmente le había echado mano al escurridizo asesino del East End.

Lo cierto fue que no se arrestó a aquel individuo bajo la acusación de haber incurrido en los crímenes de Jack, sino por la comisión de varios asesinatos de su propio sello, llevados a cabo a través del uso de venenos.

Pero, antes de arribar a tan patético desenlace, el joven polaco -tras trabajar en forma itinerante en Inglaterra de 1888 a 1890- cumpliría su vieja aspiración de instalar su barbería propia. No le sonreiría el éxito financiero en ese emprendimiento, y en las postrimerías del año 1890 cerraría el fallido negocio para emprender viaje con destino a Estados Unidos en compañía de su flamante esposa Lucy Baderski, hermana de un sastre co-terráneo suyo.

Una vez en tierra norteamericana, abrió otra peluquería en la ciudad de Jersey, y al cabo de poco tiempo su cónyuge lo abandonó cansada de las continuas infidelidades de Severin. La mujer retornó a fines de 1891 al Reino Unido, siendo seguida por nuestro barbero, quien para el año 1893 convivía con otra señora -la ya citada homónima de la víctima del Destripador-, ocasión donde adoptaría el alias de George Chapman y cambiaría de ramo mercantil instalando una taberna.

Como si la modificación de nombre asumida le hubiera provocado igualmente una desviada mutación en su personalidad, Klosowski/Chapman comenzó a descender por el barranco del delito.

La taberna a cargo de George Chapman se hallaba emplazada en City Road, pero el dinero gracias al cual se mantenía ese negocio provenía de los ahorros de Isabella Spink, una mujer de mediana edad que se había divorciado de su marido para casarse con el ex barbero el cual, por el contrario, nunca se divorció de su primera esposa. Luego de una corta y repentina enfermedad, la vida de esta señora se apagó en el año 1897.

El tabernero empleó pronto, en calidad de camarera de su negocio, a Bessie Taylor, con la que contrajo nuevas y viciadas nupcias. Esta fémina, al igual que ocurriera en el caso de Mrs Spink, fallecería a consecuencia de una desconcertante enfermedad que la invadió en forma abrupta.

Pese a los comentarios sorprendidos de los médicos que la asistieron en sus últimos días, y que se mostraron impotentes para determinar la causa de su decaimiento, nadie acusaría a su cónyuge y empleador.

En 1901 una nueva chica resultó contratada para trabajar como moza en el establecimiento del polaco. Maud March -así se llamaba la misma- tras casarse con su patrono, se vio de repente afectada por extraños síntomas que la condujeron rápidamente a la muerte. La madre de la joven sospechó que Chapman debía ser el responsable del fenecimiento de su hija, y lo denunció ante las autoridades.

La ulterior investigación forense establecería que el deceso de la muchacha fue debido a un envenenamiento causado por la ingesta de antimonio. El antiguo barbero se había valido de su dominio de los rudimentos en materia farmacéutica para lo cual su oficio lo había capacitado. Sin embargo, no conseguiría engañar a los médicos forenses encargados de examinar el cadáver de esta tercera víctima, quienes fácilmente detectaron la presencia de rastros de veneno en el organismo de la occisa.

Las exhumaciones ordenadas sobre los cuerpos de Isabella Spink y de Bessie Taylor demostraron, sin sombra de duda, que sus muertes habían devenido sendos homicidios facturados con idéntico *modus operandi* que el utilizado para finiquitar a Maud March. Quedaba muy claro quien era el responsable, y le tocaría -como ya se señalara- al Sargento George Godley de Scotland Yard el mérito de arrestar personalmente al envenenador.

La tesis de que Severin Antoniovich Klosowski tenía un doble la expuso el escritor Donald Mc Cormick (6). Lo novedoso del planteo estribó en que ese comentarista en realidad creía que el asesino era el doble o socios de George Chapman, y que este último más bien constituía el cómplice de Jack el Destripador, pero no era el criminal mismo.

(6) Mc Cormick, Donald, The identity of Jack the Ripper, Editorial Jarrols, Londres, Inglaterra, 1959.

Después de todo, Klosowski/Chapman acreditó ser un envenenador, y esa faceta parece alejarlo radicalmente del estilo sangriento empleado por Jack. Ese doble era también un cirujano de barbería que por razones desconocidas se hacía pasar a veces por George Chapman. El citado autor sugiere para el papel de clon ultimador a un ficticio personaje encarnado por un psicopático homicida ruso: el doctor Alexander Pedachenko. La variante que aquí se ofrece radica en que en vez de tratarse de un médico demente, el mismo tendría el oficio y la destreza de un cirujano de barbería, y escaparía indemne tras inferir sus agresiones merced a su asombrosa capacidad para disfrazarse de mujer.

Y si ya concita asombro la extraordinaria coincidencia de que dos candidatos a la identidad de Jack el Destripador convergieran en la ciudad norteamericana en que fue mutilada Carrie Brown: ¿Qué cabría decir si un tercer sospechoso también estuviese estado merodeando en igual tiempo y lugar?

No obstante, desafiando las estadísticas y la lógica, es posible que otro oscuro personaje, evadido de un hospital, donde lo recluyeran por haber degollado a su cónyuge, residiese por Abril de 1891 en Nueva Jersey. Su nombre: James Kelly, de oficio tapicero.

Aunque los escritores James Tully y Jim Morrison fueron los primeros en publicar libros propugnando la culpabilidad de este hombre, su nominación experimentó un rebrote muy mediático tras la investigación del detective estadounidense Ed Norris, difundida en Discovery Channel.

Lo más subrayable de dicha indagatoria fue que se logró acceso a una copia guardada en los archivos del hospicio para alienados de Broadmoor, próximo a Londres, donde consta un relato formulado por aquel individuo meses antes de su deceso en 1929, del que surgen alarmantes pistas que lo asociarían con los crímenes del East End.

James nació el 20 de abril de 1860 en Preston, Lancashire, siendo hijo natural de Sarah Kelly, como quien dejó al infante al cuidado de su madre Therese. Aunque la mujer se desentendió de su vástago, cuando menos le legó al fallecer – el 29 de julio de 1874 – una pequeña fortuna valuada en 25000 libras esterlinas a ser administrada por una reserva fiduciaria, de la cual el beneficiario podría disponer al cumplir veinticinco años.

A los quince años descubrirá que su abuela no era su madre, y que esta última le habría dejado una herencia. A esa edad, comienza a aprender labores de oficina y rudimentos de contabilidad. Tras morir su abuela se emplea en Liverpool en la casa de empeños de Isaac H. Jones. De aquella época datan los iniciales reportes sobre su comportamiento errático e irracional, que se traducían en frecuentes reyertas con camaradas de tareas.

A términos de 1878, abandona su faena administrativa y pasa a dedicarse al oficio de tapicero. Se muda a la capital británica, donde se contacta con los abogados que administran su fondo fiduciario y estos acuerdan anticiparle un porcentaje del dinero a fin de que lo aplique a sus estudios y manutención. Durante esos días intercala a su actividad de tapicero la práctica de trabajos portuarios ocasionales.

Desde principios de 1879 se desempeña en una tapicería en el número 37 de la calle Collinwood y hace nuevos amigos. Entre estas amistades resalta un estibador de treinta y cinco años llamado John Merritt, del cual se convierte en compinche inseparable y con el que Kelly sale de parranda recorriendo los bares del East End, dando rienda suelta a su afición por el alcohol y por el trato con meretrices.

El siguiente hecho de transcendencia tiene efecto en la Navidad de 1881 cuando conoce a Sarah Brider, de diecinueve años, moza recatada y de familia religiosa, quien presenta su novio a sus padres. James le cae en gracia al matrimonio Brider, pues se muestra como un joven trabajador, bien educado y católico. Al poco tiempo, le permiten que venga a vivir con ellos como huésped a su finca del número 21 de la calle Lane. Allí Kelly deberá compartir una habitación con un inquilino de los Brider, mientras que en el resto de la vivienda habitan, Sarah, sus padres, una hermana y tres hermanos de ésta.

El joven difiere matrimonio sirviéndose de diversos pretextos, y se presume que por entonces contrajo una enfermedad venérea, producto de sus relaciones con ramerías. En abril de 1883 obtiene un empleo estable en la tapicería de John Hiron. Entre tanto, el comportamiento de Kelly se torna cada vez más raro y explosivo. Cuando le enrostran su mala conducta aduce en su descargo que no sabe lo que hace, y que sufre martirizantes jaquecas y dolores insoportables en sus oídos.

A todo ello, se fija para el 4 de junio la fecha de su boda y la ceremonia se lleva a cabo en la parroquia de San Lucas, pese a que tres días atrás al tapicero lo habían despedido. Al parecer disputaba de continuo, sin razones válidas, con compañeros de labor y clientes, por lo que Mr. Hiron se vió obligado a echarlo pues “*era evidente que no estaba bien de la cabeza*”, según declararía este patrono en la ulterior instrucción judicial. Es el testimonio, sumado a un informe médico, contribuyó a salvar al ex empleado al cual le conmutaron la pena de muerte, reemplazándola por la de confinamiento por tiempo indeterminado en un hospital psiquiátrico.

James Kelly se había casado con la muchacha que aparentemente amaba, pero estaba destinado a no ser feliz con ella. Los cónyuges seguían conviviendo con los padres de la esposa en un ambiente de opresiva ausencia de intimidad. Hasta se rumoreó que el matrimonio no llegó a consumarse. Lo cierto era que el sujeto estaba más paranoico que nunca.

Reñía con la chica y, desplegando celos obsesivos, le recriminaba por su pretendida infidelidad. En la más violenta de sus peleas el flamante marido tildó a su mujer de “*prostituta barata*”, y la acusó de haberle transmitido la enfermedad sexual que le aquejaba – días antes su suegra había localizado, por casualidad, las jeringuillas con que Kelly se suministraba inyecciones curativas -.

Así fue como el 21 de junio de 1883, a apenas diecisiete días de su casamiento, el tapicero extrajo de sus ropas una navaja de muelle con la cual rasgó profundamente el cuello de su desdichada esposa, en el curso de un estallido de cólera tan absurdo como incontrolable.

Ante los gritos de la violentada acudió su madre, quien forcejeó con el atacante tomándolo por el cabello. Kelly golpeó a la mujer y la arrojó al suelo. Luego, en vez de huír o de brindar asistencia a Sarah, que aún vivía, se encerró en su habitación. La señora Brider se reincorporó y salió corriendo en busca de socorro. Trasladaron a la herida al hospital de San Bartolomé.

A su vez, el ofensor fue derivado a la comisaría barrial, sin oponer resistencia. Interrogado acerca de los móviles de su agresión, expresó a los policías: *“No sé por qué lo hice. Debo estar loco”*. El 23 de junio Maynard, Inspector de Scotland Yard, lo condujo al hospital donde convalecía Sarah a fin de establecer un careo entre el agresor y la agredida, pero los médicos manifestaron al detective que ello resultaba imposible, pues la paciente agonizaba.

El 24 de junio se verificó el deceso de la joven, y al día entrante, el uxoricida fue acusado formalmente de homicidio de primer grado. Incluso el doctor Oliver Treadwell, primer profesional que lo examinó, concluyó que el peritado gozaba del pleno uso de sus facultades mentales. El veredicto emitido por el jurado fue de culpabilidad sin atenuantes, y se lo condenó a expiar su crimen en la horca.

Enfrentado a la ominosa posibilidad de morir, el encausado aseguró a la prensa que ese no podía ser su destino, y que creía, que todavía no había llegado su hora, pues sabía que *“Dios tenía una misión para que él cumpliera”*. El 2 de agosto apeló la sentencia, declarándose inocente, bajo alegación de padecer locura, mediante un libelo interpuesto ante la corte por sus abogados. Al pie de ese escrito, lucían las firmas de varios conocidos del matador quienes rogaron al tribunal de Old Bailey, donde se juzgaba su causa, que le concediesen la vida por tratarse de un desequilibrado. Llamativamente, entre los firmantes de la petición de gracia se contaban los progenitores de la víctima.

El descargo no funcionó. El 3 de agosto el Ministerio del Interior británico denegó la clemencia, y se confirmó la imposición del castigo máximo fijándose fecha para su ejecución, la cual quedó dispuesta para el próximo 20 de agosto.

La salvación del condenado devino por entero providencial. A último momento, el 7 de agosto, el doctor W. Orange, médico psiquiatra y superintendente de Broadmoor, lo sometió a revisión clínica y dictaminó que estaba irremisiblemente orate. Las declaraciones de su antiguo jefe, Mr. John Hiron, aportando una narración pormenorizada de las actitudes anormales de su empleado, también resultaron decisivas lo cual, adicionado a que sus defensores – o el propio Kelly – sensibilizaron a los padres de Sarah, al extremo de que los principales damnificados pidieron que se perdonara al reo, forjaron un ambiente propicio a la indulgencia. Finalmente, le fue cancelada la pena capital y se ordenó, en sustitución, su enclaustramiento en el hospicio.

Durante su reclusión, aparentó ser un prisionero modelo. Trabajaba en la carpintería del internado y tocaba el piano. Parecía resignado a su suerte, y ni los custodios ni los facultativos imaginaban que planeaba fugarse. En realidad, estuvo durante años pergeñando su evasión y la forma en que la llevó a cabo dio prueba de suma astucia.

Con enorme paciencia y gran habilidad manual, valiéndose de un trozo de metal, confeccionó una llave que encajaba exactamente con la cerradura del portón de ingreso del establecimiento. Por ende, una vez que tuvo listo el duplicado, se limitó a aguardar una desatención de los vigilantes, y cuando la oportunidad sobrevino – el 23 de enero de 1888 – abrió con tranquilidad la puerta, escapando fantasmalmente.

Se arguyó que afuera del recinto lo esperaba su compinche John Merritt, y que utilizó dinero que aún restaba de su fondo fiduciario a fin de sobornar a los guardias y obtener cobijo una vez libre. Fuere como fuere, lo cierto es que el fugado acreditó que no estaba loco y jamás lo volvieron a capturar. Se mantuvo en el anonimato a lo largo de treinta y nueve años burlando la orden de arresto pronunciada por las autoridades.

El hecho de que Scotland Yard recelaba del desaparecido quedó patentizado porque al otro día del homicidio de Mary Jane Kelly – o sea, el 10 de noviembre de 1888 – un grupo de agentes concurrieron a su antiguo domicilio – el que compartía con la familia Brider – y su ex suegra le informó a los policías que el tráfuga no había regresado por allí. Lo habrían buscado asimismo por alojamientos en donde moró previo a vivir con la chica que asesinara, pero quienes atendieron a los detectives, tampoco sabían de su paradero. La pesquisa cesó prácticamente al tiempo de comenzar. Se desinteresaron de James Kelly, sin saber que – atento éste confesaría mucho después – aún habitaba en tierra inglesa.

Pasarían casi cuatro décadas, y el 11 de febrero de 1927, cifrando sesenta y siete años, aunque aparentando muchos más, un envejecido James Kelly llamó a la puerta del asilo de Broadmoor suplicando que lo volvieran a admitir pues *“estaba muy cansado y quería morir junto con sus amigos”*.

El inesperado retorno del fugitivo despertó el interés de algunos periódicos. Entre estos del The News of the World, que en su edición de la jornada entrante le dedicó unas escuetas líneas describiendo al arrepentido como: *“un pequeño hombre enjuto, de pelo gris y cara arrugada con los pies doloridos y medio muerto de hambre”*. Dos años después intentó escapar de nuevo pero fracasó. Estaba viejo y achacoso. Expiró a los sesenta y nueve años el 17 de setiembre de 1929 de neumonía lobular doble, conforme se relacionara en su acta de defunción.

Pero: ¿Cuáles indicios abonan que James Kelly pudiese haber sido Jack el Destripador? El ya citado policía Ed Norris accedió a una copia del relato efectuado por el sospechoso meses antes de fallecer, obrante en los archivos del asilo de Broadmoor. En su narración el interno reportó que tras su huida se dirigió a Londres, confesión que lo ubica en el escenario de los crímenes en el tiempo cuando ellos acontecieron.

Otro dato relevante es que en esas notas el escritor asume que tiempo más adelante emigró a Estados Unidos luego de residir en ciudades de Europa como París y Rotterdam. En una carta el sospechoso puntualiza que el navío que lo trajo desde Rotterdam a Nueva York fue el mercante Zaandam. La venida a Estados Unidos de dicho barco consta en los archivos de un museo marítimo neoyorquino donde se descubrió que arribó al puerto el 7 de octubre de 1890, tal cual se mentaba en aquella misiva.

Por consecuencia, quedó documentalmente comprobado que el prófugo se hallaba en suelo estadounidense desde meses previos al homicidio de Carrie Brown. En esa época era fácil ingresar al territorio norteamericano, puesto que aún no existían los pasaportes, los sistemas de huellas dactilares u otros métodos de control. Estados Unidos resultaba por entonces un paraíso para los delincuentes en fuga. Y el convicto escapado del hospicio inglés franqueó sin problemas la aduana con nada más afirmar que se llamaba John Miller – nombre muy corriente – confundándose acto seguido, entre la muchedumbre.

La llamada “confesión” elaborada por James Kelly en el ocaso de su existencia contiene párrafos curiosos. En uno de ellos el redactor reconoce: *“se que no me conecto bien con el mundo externo. Debo luchar continuamente contra la envidia, el resentimiento y la malicia. Esta situación es peor a causa de las personas impúdicas. Contra esta gente he estado con pie de guerra desde que dejé el asilo de Broadmoor”*. Ed Norris considera que esta declaración de *“haber estado en pie de guerra”* deviene clave, pues pone de relieve la psicopatía que embarga a Kelly y desvela su perfil de “asesino misionero”, a la vez que trasunta odio enfermizo a las mujeres de condición baja y a las prostitutas.

El desalmado crimen de Carrie Brown conformó el punto de partida de la pesquisa que venimos citando, pero no habría sido la única barbarie perpetrada por este hombre en suelo estadounidense. Se hace referencia al asesinato de otra meretriz el 7 de agosto de 1891 en el East River al sudeste de Nueva York, dotado de características análogas al consumado sobre la apodada “Old Shakespeare”, y se destaca que el sospechoso admitió en su narración haber estado trabajando cerca de allí por esas fechas.

De acuerdo con esta proposición, el fugitivo comenzó a ultimar prostitutas no bien abandonó su encierro el 23 de enero de 1888. Annie Millwood (25 de febrero de 1888), Ada Wilson (28 de marzo de 1888) y Martha Tabrárn (7 de agosto de 1888) devendrían sus iniciales presas humanas según pretende dicha investigación (aunque corresponde aclarar que ni Annie Millwood ni Ada Wilson fallecieron y que ambas se recuperaron de las heridas sufridas). En los primeros avances aún no destripaba, sino que apuñalaba profusamente, denotando que estaba diestro en esgrimir armas blancas, pues en esos tiempos un tapicero sabía emplear los cuchillos y debía contar con considerable fortaleza para ejecutar su oficio.

Además de las tres féminas mencionadas, James Kelly mató a su esposa y a las cinco víctimas canónicas. Por lo tanto, Carrie Brown fue – según dicha hipótesis – su agredida número diez. Sobre una nalga de esa fallecida se trazó un extraño corte a cuchillo semejante a una letra equis (algunos creyeron ver allí el dibujo de una cruz invertida). No obstante, el detective plantea que en vez de una letra equis el asesino estampó un diez en números romanos. Ello tendría sentido, pues acorde con esta formulación Carrie conformaba la décima víctima del destripador, y este creyó conveniente anunciarle al mundo que había alcanzado esa marca, dejando los sangrientos tajos impresos en la desafortunada mujer.

Por último, la indagatoria culmina con un golpe de efecto, al cotejar un retrato robot moderno de Jack el Destripador – diagramado en base a testimonios de la época – con la fisonomía que exhibiría un juvenil James Kelly. El ficticio rejuvenecimiento se consiguió utilizando una fotografía tomada a este en Broadmoor cuando reingresó a aquella institución psiquiátrica en 1927 y contaba con sesenta y siete años. El parecido entre ambos rostros – magia de la tecnología mediante – deviene notable.

Y, si en tiempos contemporáneos a Jack the Ripper el marino Carl Feigenbaum, el barbero Severin Klosowski y el tapicero James Kelly representaron arquetípicos homicidas psicópatas dignos de asumir la identidad de aquel escurridizo delincuente, el pasado siglo XX tampoco estuvo escaso de maníacos que trataron de emular sus tropelías.

Muy altos y claros atronaron los ecos del recuerdo impreso por las pérfidas andanzas de Jack el Destripador, trayendo a la memoria colectiva de la ciudadanía británica lúgubres reminiscencias, cuando durante el transcurso de la década de mil novecientos setenta se supo de la existencia de un asesino secuencial que, al igual que su notable antecesor, se caracterizó por mutilar encarnizadamente a aquellas mujeres que finiquitaba –preferentemente a prostitutas- y cuyas despiadadas hazañas mantuvieron durante varios años en vilo a la población del Reino Unido.

La prensa tildó a dicho ejecutor con el seudónimo de “Destripador de Yorkshire” atendiendo al *modus operandi* ultimador del cual se valía, y en honor a la ciudad inglesa donde desplegaba sus fatídicas agresiones.

Peter William Sutcliffe fue un psicópata asesino y -al igual que sucediera con aquellos contemporáneos a Jack el Destripador que fueran Carl Feigenbaum, Severin Klosowski y James Kelly- se tornan de perfecta aplicación a su personalidad las reflexiones siguientes:

“ ...Se denominan psicópatas a aquellos individuos que sin presentar alteraciones en el curso del pensamiento, a pesar de tener muchas veces un nivel intelectual normal o superior, cuentan con graves desequilibrios caracterológicos, por deficiente integración de la personalidad...A diferencia de los psicóticos, los psicópatas son plenamente racionales y conscientes de lo que hacen y de por que lo hacen. Su conducta es el resultado de su elección libremente realizada... sus actos no son el producto de una mente desequilibrada, sino de una decisión racional, calculada, combinada con una escalofriante incapacidad para tratar a los demás como seres humanos, dotados de pensamiento y sentimientos...actualmente, se sabe que los psicópatas no tienen una pérdida de contacto con la realidad, ni experimentan los síntomas característicos de la psicosis, como alucinaciones, ilusiones o profundo malestar subjetivo y desorientación...” (7)

(7)Torre, Raúl y Silva, Daniel, Perfiles criminales, editorial dos y una, Buenos Aires, Argentina, pags. 242, 245 y 246.

Tan cauto -y paradójicamente cerebral- demostró ser este depredador, que su aprehensión finalmente sería debida tan sólo a la buena suerte de la policía. El 2 de enero de 1981 dos agentes del sur de Yorkshire detectaron por casualidad un vehículo que estaba sospechosamente mal aparcado a la entrada de una carretera privada. Dentro del rodado estaba el asesino, y se preparaba para segar una nueva vida en la persona de la meretriz sentada a su lado. El sargento Bob Ring y el agente Robert Hides se apersonaron entablando una charla de rutina con el conductor. Al chequear las placas del automóvil descubrieron que las visibles habían sido adosadas torpemente encima de otras chapas legítimas, en clara señal de que el vehículo era robado.

Antes de ser puesto bajo arresto el infractor logró desembarazarse de las herramientas, con que pensaba ultimar a la mujer, arrojándolas sobre una pila de hojas. Una vez en la comisaría otras pruebas incriminarían al detenido. Allí podía apreciarse el retrato robot del destripador de Yorkshire, y sus sorprendidos captores advirtieron el gran parecido entre esa imagen y el rostro del hombre al que habían detenido por el muy menor delito de hurto. No versarían respecto al robo de un coche las preguntas que comenzaron a formularle los investigadores, sino por su autoría en múltiples homicidios. El detenido cayó en gruesas contradicciones. Tras un maratónico interrogatorio que insumió dieciséis horas el psicópata confesó de plano, aportando serenamente los detalles de sus sádicas andanzas.

Parece muy discutible que este individuo fuera un enajenado legalmente inimputable, pese a lo mucho que se esforzó por hacerse pasar por loco. Era demasiado perfecto el grado de organización de sus crímenes que lo mantuvo impune durante casi diez años, y por ello en primera instancia la corte lo sentenció a cadena perpetua bajo el cargo de trece homicidios comprobados, siendo derivado a un presidio de alta seguridad desde mayo de 1981.

Sin embargo, nada más estuvo encarcelado allí durante un año y cuatro meses. Los psiquiatras lo examinarían a fondo concluyendo que debía ser recluido en un instituto para enfermos mentales; y es en el hospital inglés de Broadmoor donde aún permanece internado, tras haber sido trasferido hasta allí desde la prisión de Parkhurst. Para la integridad física de este maníaco ciertamente devino una bendición su traslado al hospicio porque en la cárcel su vida corría grave peligro. La más seria de las agresiones – donde estuvo al borde de perder un ojo- la sufrió a manos de dos indignados compañeros de celda, quienes lo apalearon con saña provocándole heridas en su cabeza y su rostro.

La razón de su definitiva internación, y de su previo encarcelamiento, serían sus violentos crímenes. Para concretarlos se valía de un arsenal de armas improvisadas muy dispar. Acometía tanto con martillos y cuchillos como con sierras metálicas. No obstante, su arma letal favorita consistía en destornilladores, cuyas puntas afilaba para blandirlos a guisa de puñales. Su encarnizamiento era tan tremendo que en una autopsia los forenses llegaron a contar cincuenta y dos puñaladas en el cadáver de turno.

La captura y puesta en prisión de un elevado número de psicópatas que, a su vez, eran asesinos en serie le ha permitido a los psicólogos y psiquiatras forenses analizar de primera mano el desviado comportamiento mental que éstos exhiben. Aunque no predomina una opinión uniforme acerca de cómo funciona el mecanismo psíquico que conduce a un individuo común a transformarse en un homicida en cadena se han formulado, no obstante, planteos altamente fundamentados y sugerentes.

Por ejemplo, ha sido muy difundido el esquema postulado por el psicólogo e investigador policial norteamericano doctor Joel Norris quien, después de entrevistar a muchos homicidas seriales, desarrolló su teoría consistente en que durante el proceso cerebral por el cual atraviesa esta clase de delincuentes necesariamente se presentan siete etapas o fases mentales que conducen sus acciones a desembocar en un desenlace fatal. (8)

(8) Norris, Joel, *Serial Killers*, Editorial Anchor Books, Washington, Estados Unidos, 1989

Al inicial de estos estadios se lo tilda “fase de aura”, y en el mismo se visualiza un pasmoso grado de confusión en el pensamiento exteriorizado por el individuo, quien va dejando entrever signos delatores de una psicopatía que llegará rápidamente a convertirse en una auténtica obsesión.

El psicópata experimenta con tan virulenta lucidez sus fantasías que éstas se van mezclando de manera crecientemente peligrosa con la realidad, alcanzando un extremo donde el sujeto afectado no logrará diferenciar entre ambas. El individuo torna a depender de modo progresivo de esas fantasías hasta un punto donde aquellas comienzan a gobernarlo por completo. Lo que inicialmente se traducía en inofensivos juegos oníricos pasa a ocupar un tiempo y un espacio cada vez más esencial dentro de su vida consciente.

La segunda etapa de esta funesta retahíla mereció el nombre de “fase de búsqueda”. Aquí el maníaco toma la irrevocable decisión de perpetrar el crimen y comprende que para ello debe hallar una víctima adecuada a sus particulares necesidades. Hay psicópatas que al arribar a este grado se dan por satisfechos con reafirmar sus fantasías e imaginan que consuman el delito, pero no avanzan más allá.

Pero si la resolución de asesinar para cumplir con su morbo deviene más poderosa se entra de plano en la “fase de seducción”, que es aquella en la cual el futuro asesino establece contacto con posibles objetos de agresión desplegando su magnetismo individual y su dialéctica. Comienza a disfrutar con su “actuación” y busca hacer bajar la guardia a su oponente preparando el camino para un ataque de improviso. Algunos perturbados pueden contenerse al arribar a esta etapa y se conforman con haber establecido ese contacto con eventuales víctimas y luego retroceden.

Empero, la mayoría ya no son capaces de reprimirse ni detenerse y ascienden al siguiente escalón dentro de esta neurosis conocido como “fase de caza”. En la etapa de cacería se avanza abruptamente de la cautelosa pasividad a una febril actividad. El victimario ya ha escogido el tipo de presa humana que considera “apropiado” y se apresta a entrar en contacto decisivo con ella.

Dependiendo de la personalidad del agresor, éste empleará su encanto y atractivo personal -si los tuviere- en pos de inducir a la víctima a caer en una trampa, o bien llevará a término una sucesión de encuentros inspirados en el propósito de ganarse su confianza previamente a acometerla. El tiempo que insume este estadio de su proceso mental puede prolongarse durante unas semanas o meses, o bien durar apenas unos instantes. Lo cierto es que esta etapa inevitablemente se cumple siempre antes de entrarse en la denominada “fase de captura”.

Esta última comporta el quinto hito dentro de la anómala conducta psíquica del criminal. Aquí es cuando el asesino –literalmente hablando- se despoja de su máscara, y hace uso de la fuerza a fin de retener a su presa o para conducirla a donde quiere. Se trata de un punto de no retorno. La sorprendida víctima cobra conciencia por primera vez de las intenciones letales que animaban a su contraparte y, debido a ello, ahora el matador ya no podrá echarse atrás. Seguidamente se instala la “fase de asesinato”, propiamente dicha, la cual cristaliza y da culminación a las precedentes imagerías sádicas o de dominación. Acá es cuando el ultimador pierde absolutamente cualquier resto de percepción de la realidad y se embarca de lleno en la realización a cualquier precio de sus planes y deseos.

Ha desembocado en la fase que justifica la existencia de todas las etapas anteriores. Se trata de la razón de ser de la totalidad del proceso mental precedente, y el ejecutor –imbuido de enfermizo éxtasis- no vacila en llevar a término el crimen soñado con todos sus tétricos añadidos. A la última de las instancias de este patológico impulso cerebral se la designa como “fase de depresión”. A ella únicamente se ingresa una vez consumada efectivamente la agresión física. La excitación despertada por el acto de asesinar ha alcanzado su paroxismo.

Posteriormente, el maníaco queda abrumado bajo una intensa depresión y abulia, lo cual no quiere decir que sea capaz de reconocer la maldad de sus actos y, mucho menos aún, que sienta remordimiento. Comprende, eso sí, que el placer esperado no fue tan deleitoso como lo imaginó, y hasta puede calibrar que los riesgos son demasiado grandes en comparación con el relativamente magro fruto cosechado.

Sin embargo, en caso de que en verdad estemos en presencia de un psicópata homicida esta fase no le dura mucho y, tiempo más tarde, vuelve a transitar de manera sistemática por el antedicho proceso, el cual nada más se detiene si el ultimador se enferma o incapacita, o si es capturado o muere.

El asesino, en definitiva, no hace sino llevar a cabo una fantasía de carácter ritual. No obstante, una vez sacrificada la persona agredida, se esfuma la identidad que la misma conservaba dentro del imaginario del criminal. La víctima ya no representa lo que el victimario suponía al principio, a saber: la novia que lo rechazó, la voz retumbante de la madre odiada, o a aplastante lejanía provocada por el padre ausente. Todos estos fantasmas permanecen grabados de la forma más vívida en la psiquis del ejecutor luego de perpetrado el crimen, y éste no ha logrado ahuyentarlos de su interior.

Por el contrario, su intangible presencia se le torna cada vez más opresiva y ominosa, y metafóricamente le “obliga” a repetir el enfermizo ciclo que lo empuja a volver a matar. El desastre cometido no borra ni cambia el pasado, porque el psicópata termina por odiar más. De allí el carácter adictivo de su mecanismo mental y la imposibilidad de detenerse. El clímax obtenido instantes atrás tan sólo resulta un espejismo que no logra compensar esos sentimientos contradictorios, y tampoco llena su hondo vacío ni le sacía la febril ansiedad que lo agobia.

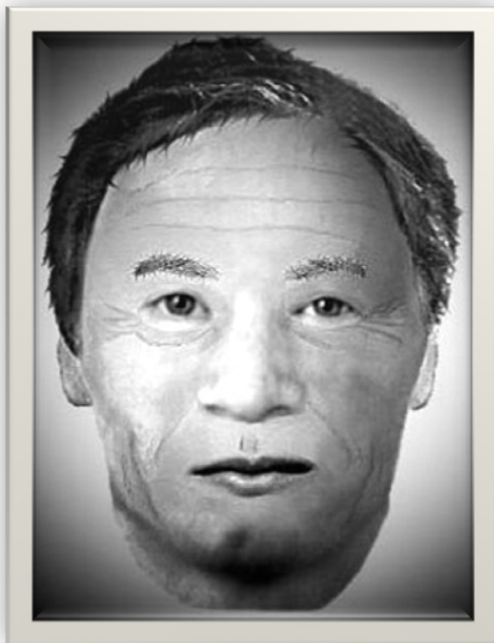
No necesariamente todos los asesinos son psicópatas y no obligatoriamente un psicópata resulta también un asesino. Muchos psicópatas llevan vidas socialmente aceptables y se dedican a infligir daño a su prójimo de forma menos dramática que los homicidas. De conformidad se ha enfatizado acerca de estas características:

“...Durante mucho tiempo se ha creído que casi todos los criminales eran psicópatas. Nada más lejos de la realidad. Muchos asesinos no son psicópatas y no todos los psicópatas son asesinos. Aunque también es cierto que abundan entre los asesinos...Su comportamiento no es espontáneo sino que está muy estudiado. Además, el resultado final suele ser también diferente. Sus asesinatos son crueles y fríos. Es difícil que un psicópata tan sólo dispare contra otra persona en una situación determinada. Normalmente buscará una forma de darle muerte muy rebuscada y sádica...” (9)

En cuanto atañe a Jack el Destripador, ya fuera que el célebre desmembrador estuviera encarnado o no por alguno de sus tres contemporáneos cuyas vidas se describieran en este capítulo, una cosa parece inequívoca: fue un criminal psicópata. Y aunque su conducta mostró pautas que son en extremo difíciles de clasificar, pues no todo en él sigue el esquema del homicida en serie organizado, no puede decirse que fuera un desorganizado puro. Ciertamente, no era un psicótico. No padecía un desorden psíquico.

Se trató de un asesino extraordinario y cerebral. Cabría admitir que la buena suerte pudo haber influido para que no lo capturasen. Sin embargo, la fría inteligencia de una perversa mente es el rasgo más notable que se vislumbra detrás de sus macabros crímenes.

(9) Bielba, Ariadna, Jack el Destripador y otros asesinos en serie, Editorial Edimat Libros, Madrid, España, 2007, pags. 23 y 24.



Fotografía Robot de **Carl Feigenbaum**.
Estudios modernos sostienen que detrás de este itinerante
psicópata se oculta la identidad de Jack el Destripador.



Severin Klosowski
Envenenador de mujeres y sospechoso
de ser el mutilador de Whitechapel.



El apodado **George Chapman** junto a **Bessie Taylor**, una de sus víctimas



Carrie Brown: posible víctima del Ripper y tal vez también de Feigenbaum, Klosowski o Kelly.



Extrañas incisiones sobre el cadáver de **Carrie Brown**.



Fotografía de incierta datación del psicópata **James Kelly**



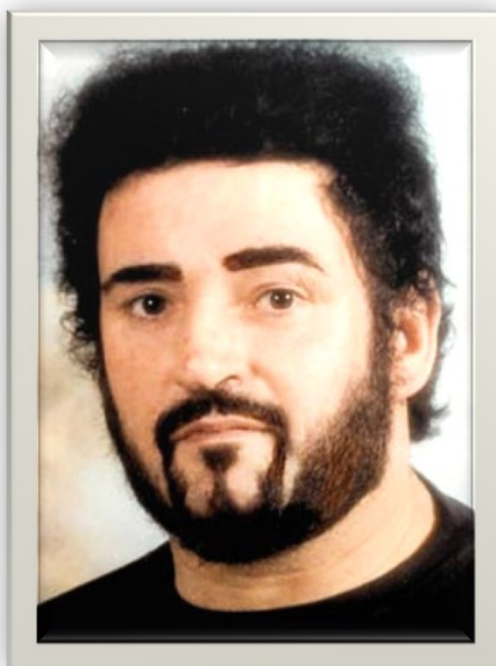
James Kelly según los registros del asilo al cual retornó ya anciano



Presunta imagen del criminal con una cuidadora del asilo



A la izquierda: retrato hablado de Jack el Destripador
A la derecha: apariencia que tendría Kelly en 1888



Peter William Sutcliffe.
El “Destripador de Yorkshire”.



El destripador tras ser agredido en prisión.



Arsenal utilizado por el Ripper de Yorkshire.

CAPÍTULO III

Jack. El asesino enamorado

Joseph Barnett tenía treinta años y estaba cesado de su trabajo habitual cuando fue brutalmente asesinada su ex novia Mary Jane Kelly el viernes 9 de noviembre de 1888. Su actividad usual consistía en trabajar como changador en el mercado de pescado de Billingsgate, aunque ocasionalmente laboraba de peón en la construcción.

Fue el último concubino de la joven y sensual irlandesa conocida como “Marie Jeannette”, “Fair Emma”, “Ginger” y por varios otros seudónimos, y hasta escasos días precedentes a la tragedia compartió con ella la minúscula habitación número 13 del edificio de Miller’s Court situado en el número 26 de la calle Dorset. El 30 de octubre se había separado de la chica luego de protagonizar una violenta pelea en cuyo transcurso los airados amantes se agredieron lanzándose con cuanto objeto contundente tuvieron a mano y, de resultas de tal estropicio, se rompió el vidrio de la ventana contigua a la puerta que daba ingreso al modesto alojamiento.

Testimonió posteriormente que, una vez acontecida dicha reyerta, a pesar de la separación, ambos volvieron a verse fuera de la vivienda algunas veces más, aunque sólo en plan de amigos. Tanto él como Mary adoptaron, a partir de entonces, la costumbre de introducir el brazo a través de esa hendidura a fin de abrir desde adentro el pórtico empujando el cerrojo interior, puesto que habían extraviado la única llave y no contaban con dinero para fabricar una copia.

Esa versión, sin embargo, parecía incongruente y suscitó la desconfianza de los pesquisas porque si, a partir de aquel enfrentamiento, el concubino se había alejado de la mujer y no reincidió a cohabitar con ella, no se justificaba que hubiese vuelto a ingresar en la habitación.

No obstante, él se defendió al ser interrogado y explicó que, pese al mencionado incidente, ambos se mantuvieron en cordiales términos y que concurrió a visitarla a la casa de inquilinato a fin de ofrecerle auxilio económico.

A su vez, no escasearon deponentes ratificando que el joven regresó en más de una oportunidad para visitar a su querida y, asimismo, que los vieron bebiendo en una taberna en compañía de Julia Venturney, otra joven residente de Miller's Court, información esta última que apoya los dichos de Joseph Barnett sobre que la inestable pareja se hallaba en proceso de reconciliación.

Tras la defunción de Kelly una de las declaraciones registradas en la encuesta judicial devendría particularmente conflictiva para los investigadores. Se trató del testimonio vertido por un sastre de la calle Dorset llamado Maurice Lewis.

Este caballero insistió en que conocía muy bien a la fallecida, y que incluso la noche precedente la había visto en otra taberna, la "The Horn O' Plenty". Insistió en que no podía equivocarse de persona y que sin dudas fue a ella a quien contempló bebiendo ginebra en el pub Britannia - popularmente conocido como el "Ringers"- en compañía de Joe Barnett, al cual él identificaba por el apodo de "Danny", y de otra mujer, que afirmó se trataba de la aludida Julia Venturney.

Lo preocupante de esa testificación se centró en la hora en que el testigo aseguró haber avistado al alegre trío, a saber: las diez de la mañana del nueve de noviembre de 1888. Ocurre que -de atenernos a los reportes forenses- la infeliz muchacha ya había sido masacrada horas atrás y, desde entonces, su destrozado cadáver debía irremediablemente estar yaciendo encima del triste camastro en la habitación número 13 de Miller's Court.

Fuere como fuere, tras descubrirse el dantesco cuadro, la policía se vio obligada a derribar la puerta de entrada por mediación del arrendador John Mc Carthy, quien fue autorizado a hacer uso de una piqueta para poderla abrir a la fuerza.

De aquí que la especulación más lógica consiste en pensar que el asesino sencillamente se retiró abriendo la puerta y cerrándola con llave, la cual hizo desaparecer a posteriori y nunca más fue recobrada, a despecho de que los agentes de Scotland Yard registraron palmo a palmo el mísero cuartucho.

La idea de que, una vez concluida su inhumana tarea, Jack el Destripador trancó la puerta desde adentro sirviéndose de un mueble y, tras ello, escapó saliendo por la ventana contigua, carece de respaldo probatorio. Se trató sólo de un persistente rumor.

Los oficiales de policía que ingresaron no dejaron consignado ese dato en sus informes y, más aún, las fotografías de las ventanas laterales de la vivienda revelan que se trataba de persianas fijas adosadas a la pared exterior. Para evadirse saltando desde una ventana el homicida forzosamente tendría que haber roto los vidrios.

Empero, la única hendidura existente se había originado en una época anterior a la noche del crimen -posiblemente como consecuencia de la trifulca relatada por Barnett- y su diámetro era tan angosto que apenas permitía introducir por ese conducto el grosor de un brazo.

Según sostuvo, una versión actualmente desacreditada, en la extraviada autopsia del doctor George Bagster Phillips se habría dejado constancia de que Ginger Kelly atravesaba por su tercer mes de embarazo. Si tal fuera el caso, el padre de la criatura podía haber sido Joseph Barnett u otro amante relativamente estable cuyo trato la mujer cultivaba desde tiempos precedentes a pasar a cohabitar con el mozo de Billingsgate.

Este segundo individuo se apellidaba Fleming y su nombre era Joseph al igual que Barnett. Pero también, claro está, el procreador podría serlo cualquiera de los ocasionales clientes de la bella meretriz.

Julia Venturney, la atractiva y vivaz viuda que moraba en la pieza número uno de aquella modesta casa de huéspedes, testimonió ante la justicia que Joseph era un hombre decente y muy trabajador, aunque frecuentemente estaba en paro.

También les contó que el muchacho quería sinceramente a su compañera, a la cual intentaba sin suerte de apartar de la prostitución y del alcohol, y que aquél le confió que no estaba dispuesto a seguir conviviendo más con ella a menos que la bonita fémina abandonase para siempre su vida disoluta.

Al parecer, mientras el hombre se hallaba con empleo ayudaba a la manutención de la chica, y ésta no ejercía el meretricio ni se alcoholizaba durante esos intervalos. El problema radicaba en que Joe solía estar desocupado, situación que precipitaba las fricciones entre ambos provocando que, acuciada por la necesidad, ella volviera a vender su cuerpo recorriendo las callejuelas de Whitechapel en busca de clientes.

La realidad era que la irlandesa no conocía otra manera para poder afrontar el abono de su renta y mantenerse. Y aún dedicada a su profesión las ganancias obtenidas no le bastaban para saldar sus cuentas. Tanto era así que a la fecha de su muerte su atraso en el pago de los arriendos ascendía a una libra y nueve chelines.

Ese adeudo determinó que Thomas Bowyer, el dependiente a cargo de las cobranzas, aporreara su puerta a las ocho de aquella lúgubre mañana y, tras correr la escuálida cortina que cubría el cristal roto -para averiguar si la inquilina estaba dentro y fingía no oírlo-, escudriñó por la hendidura captando la conmoviente visión de aquél cuerpo irreconocible y mutilado sobre el camastro tinto en sangre.

El último día en la existencia de la mujer su casi adolescente vecina Lizzie Albroom, había acudido hasta su pieza a visitarla, y allí emprendieron una animada plática que fue interrumpida bruscamente por Mary, quien le aconsejó a su oyente: “*Hagas lo que hagas, no termines como yo*”, palabras sombrías y premonitorias si las hay.

¿Era lesbiana o, al menos, bisexual, Ginger Kelly? Y si tal fuera el caso: ¿Esa equívoca condición precipitó la decisión criminal que se atribuye a su amante masculino?

Esta idea fue introducida por diversos comentaristas.

Aún en la excepcional novela gráfica “From Hell”, con dibujos de Eddie Campbell y guión diseñado por Alan Moore, se plantea esa posibilidad y se la sugiere como la verdadera causa de la disputa a raíz de la cual se rajó el vidrio de la ventana. (10)

Joseph Barnett dispuso de oportunidades más que suficientes para ser el matador de su amante, e igualmente para finiquitar a las precedentes víctimas del depredador. En la teoría que lo postula como el culpable de las muertes se indica que, dada su relación sentimental con Mary Kelly, representaba una figura familiar para otras compañeras de oficio de aquella, circunstancia que contribuyó a que las mujeres no estuvieran en guardia cada vez que él procedía a atacarlas.

Las prostitutas tendrían por fuerza que estar alertas sabiendo que un demente criminal las acechaba. De allí que el hecho comprobado de que en todos los casos murieran sin percibirse signos de lucha deja entrever que el agresor las había tomado por sorpresa -dato extraño pero veraz- cuando no era lógico que, en tales circunstancias, se confiaran frente a la presencia de un extraño, por más necesitadas de dinero y de aceptar a un nuevo cliente que estuvieran.

(10) Moore Alan y Campbell Eddie, From Hell, traducción de Jaime Rodríguez y Nuria Barba, Editorial Planeta De Agostini, Barcelona, España, 2003, viñetas de páginas 323 a 325.

En cuanto a las desfiguraciones que presentaban los cuerpos se alegó que la destreza adquirida por este individuo, gracias a su labor como cortador de pescado en el mercado, le habría proporcionado los rudimentos técnicos esenciales que el macabro desmembrador victoriano acreditó dominar a la hora de diseccionar los organismos.

La mayor dificultad para aceptar que Joe fuera el asesino reside en los motivos. Para el autor Bruce Paley -“Jack el Destripador. La simple verdad” (11)- Barnett efectivamente era el homicida y su motivación fincaba en una mezcla de celos, frustración, y orgullo masculino herido.

En verdad, culpabilizar a este sujeto entraña incursionar en una hipótesis de formulación simple, tal cual anuncia el título del mentado ensayo, y en su llana sencillez descansa la fuerza convictiva insita en el planteo. El responsable era un individuo común y corriente que conocía a las víctimas y frecuentaba los lugares donde ocurrieron los asesinatos. Se trataba de un integrante del sumergido East End que moraba en cochambrosas habitaciones y contaba con magros ingresos producto de labores de inferior jerarquía. Habitaba en los contornos de la capital inglesa y, más concretamente, en los paupérrimos distritos de Spitalfields o Whitechapel.

No provenía, por cierto, de distinguida alcurnia. Tampoco era célebre, adinerado, ni ostentaba un brillante coeficiente intelectual. Pese a tales desmedros, en la hipótesis de haber sido el homicida, hizo gala de notable habilidad y astucia, al extremo de verse libre de suspicacias y quedar impune para siempre.

La conjetura de que Jack el Destripador no era más que un individuo anodino y trivial que pertenecía a las clases bajas y residía en la misma localidad donde sobrevinieron los mortíferos atentados devino refrendada por opiniones de modernos expertos criminólogos.

(11) Paley, Bruce, *Jack the Ripper. The simple Truth*, Book Editorial, Londres, Inglaterra, 1995.

Nada menos que el prestigioso perito en el fenómeno de la criminalidad en cadena Robert K. Ressler se inclinó por que de ninguna manera el ultimador podía haber constituido un gran personaje. De tal suerte aseveró:

“...La incapacidad para comprender la violencia contra desconocidos es un elemento que, a posteriori, demuestra claramente que el camino seguido por los investigadores en el caso de Jack el Destripador era erróneo...Seguimos los pasos de Jack el Destripador y vimos que algunos de los lugares aún seguían allí –un bar donde había recogido a algunas víctimas-, mientras que otros habían sido demolidos. Basándome en el recorrido, llegué a la conclusión de que la policía se había equivocado al determinar el tipo de sospechoso, porque concentró sus esfuerzos en buscar entre individuos de clase alta: médicos, políticos e incluso un miembro de la realeza. Sin embargo, las víctimas, los lugares que frecuentaban y las circunstancias que rodeaban los crímenes daban a entender que el autor de los delitos pertenecía a la misma clase social que las víctimas prostitutas; si el asesino hubiese pertenecido a una clase más alta, los vecinos habrían advertido y comentado su presencia en la zona...” (12)

Este parecer se contrapone a la idea mediática que vislumbra en el Destripador a una persona de la más rancia sociedad británica quien luciendo impecable vestimenta, rematada con el consabido sombrero de copa, merodea por los arrabales del neblinoso Londres a la caza de sus presas humanas, mientras se traslada en un elegante carruaje guiado por su cochero privado.

La imagen de un ejecutor perteneciente a la clase aristocrática ha sido defendida con variados argumentos, a saber:

“...La observación de que la personalidad psicópata precisa indolencia para evolucionar es un argumento que favorece la teoría de que Jack el Destripador perteneciera a las clases privilegiadas, en vez de ser, como se ha sugerido, carnicero o barbero, o, incluso, médico...” (13)

(12) Dentro del monstruo, pags. 77 y 78.

(13) Wilson, Colin, Los asesinos. Historia y psicología del homicidio, traducción de Lena Poole de Magrans, Ediciones Luís de Caralt, Barcelona, España, 1976, pag. 84.

Barnett como criminal resultaba un individuo carente de fortuna que, en principio, no exhibía bastante inteligencia como para hacer pensar que iría a salir bien librado. Sin embargo, evitó la segura ejecución que hubiera sido su inexorable destino si era desenmascarado y aprehendido. Al parecer, además, gozó de una existencia relativamente larga. Conforme indagó el referido escritor Bruce Paley, un homónimo suyo falleció en 1926 en la localidad británica de Stepney, a la edad de sesenta y ocho años; bien podría tratarse del amante de Marie Jeannette y haber constituido igualmente -ciñéndonos a esta propuesta- su bárbaro matador.

La bestialidad que tuvo por objeto a Mary “Fair Emma” Kelly devino, entonces, un crimen pasional, específico y personalísimo. No se trató de uno más de los asesinatos, o del último homicidio de una retahíla sangrienta originada por la vesania de un demente, sino del crimen primordial, aquél que por sí sólo explica y da solución a todos los demás crímenes atribuidos al filoso cuchillo de Jack el Destripador: la auténtica clave del enigma.

Enfermo de pasión por la cautivante pelirroja Barnett habría tratado de persuadirla para que abandonase su vida promiscua y se comprometiese en exclusiva con él. A tal fin, la emprendió contra las compañeras de oficio de su novia, finiquitándolas de una forma singularmente violenta y sádica. Si Mary creía que podía transformarse en la próxima víctima de un implacable psicópata era factible que se convenciera de que lo mejor para ella consistía en renunciar definitivamente a las calles, y pasar a vivir segura bajo la cálida protección brindada por su devoto amante.

El retorcido plan daba la impresión de ir transitando por exitoso camino. La joven transcurría sus días sumida en el temor tras enterarse de los brutales homicidios que se iban acumulando a su alrededor. Diversos testimonios dieron cuenta de la zozobra que la embargaba por aquel entonces. Por ejemplo, después del doble crimen del 30 de setiembre, dejaría de concurrir al pub Britannia donde antes asistía habitualmente. Pero al sorprender el joven a su amante compartiendo el lecho con otra prostituta llamada María Julia Harvey -según una versión las sorprendió en medio de una relación lésbica- se retiró de la vivienda humillado y derrotado en su afán reformador.

En la tenebrosa madrugada del 9 de noviembre de 1888 Joseph habría arribado a la habitación número 13 de Miller's Court para ensayar un postrero intento conciliador -penetró valiéndose de la llave, que nunca se había extraviado como falsamente adujo- y trató de hacer, de una vez por todas, las paces con su antigua concubina. Sobrevendría el tajante rechazo de la mujer, otra violenta disputa, y la furia criminal del hombre se dispararía como jamás antes ocurriera. Eso explicaría la extensión y el salvajismo de las mutilaciones.

En cuanto a lo que figura en los registros policiales consta que, luego de enterarse del asesinato de su amante, Barnett se presentó de manera voluntaria ante las fuerzas del orden. De acuerdo parece, estaba muy nervioso al principio, pero los investigadores creyeron su coartada de que la noche del homicidio la había transcurrido durmiendo sólo en su habitación de Billingsgate.

No hay indicios para especular que este obrero hubiese sido considerado sospechoso por Scotland Yard. Y pronto su inicial nerviosismo se trocó en entusiasta cooperación pasando a suministrarles a los detectives numerosos detalles de su relación amorosa con la difunta.

¿Fue Joe Barnett el asesino de su amada y, además, Jack el Destripador? Casi seguramente no, atento a la carencia de evidencias para incriminarlo. La hipótesis que lo pinta como un hombre que se abismó en los crímenes más bárbaros cegado por el amor frustrado, aunque literariamente devenga seductora, termina resultando demasiado artificiosa y forzada.

Poco se sabe a ciencia cierta del gris cortador de pescado y peón de albañil ocasional. Tal vez continuó residiendo en Whitechapel. Es posible, también, que haya contraído enlace o que se buscara una nueva concubina, tratando de olvidar la tormentosa tragedia caída cual funesto rayo tan cerca suyo. Quizás, conforme se especulara, se mudó del distrito y, sin llamar la atención, concluyó oscuramente su existencia casi cuarenta años más tarde.

Entre la noche del 8 y la madrugada del 9 de noviembre de 1888, Mary Jane Kelly fue vista mientras era abordada por hombres, cuando menos, en dos oportunidades. La testigo del primer avistamiento fue la viuda Mary Ann Cox, una prostituta de treinta y un años que vivía en la pensión de Miller's Court.

Pero no cabe dudar que el más trascendente testigo que la habría observado en compañía masculina, horas previas a su deceso, sería un individuo llamado George Hutchinson. Se presentó tres días después del crimen, el 12 de noviembre, en la estación de policía de la calle Comercial, y su inicial deposición fue recogida por el sargento de guardia Edward Badham.

Tan interesante pareció su testimonio que se llamó al Inspector Frederick Abberline para interrogarlo. El detective aseguró en un reportaje de prensa que aquellas deposiciones parecieron veraces y muy sugestivas. Señaló en concreto: *“Lo he interrogado esta tarde y tengo la opinión de que su declaración es verdadera. Él me informó que en ocasiones le había dado unos chelines a la fallecida y que la conocía desde hacía tres años. También me dijo que le sorprendió que el acompañante de Kelly fuera un hombre tan bien vestido”*.

Si damos crédito a la especie que a la policía aportó este testificante, por aquel tiempo se alojaba en el hogar Victoria de la calle Comercial y regresaba de Romford, en Essex, cuando advirtió como un sujeto se apercibía a la muchacha que él conocía por el mote de “Ginger”. Se trataba, a todas luces, de un posible cliente que requería los servicios de la atractiva ramera. De acuerdo se conjetura, el deponente también resultaba a su turno uno de los clientes habituales de dicha joven.

Declaró que hacia las dos de la madrugada del día 9 de noviembre, justo antes de arribar a la calle Flower and Dean, se encontró con Marie Jeanette Kelly, la mujer asesinada. Eran amigos o, cuando menos, tenían mucha confianza entre sí. De otra forma no se explica que ella le preguntara si tenía algo de dinero para prestarle, de conformidad informó Hutchinson. Él estaba sin un penique, y así se lo dijo. Ella le contestó que debía conseguir dinero para pagar el alquiler y prosiguió su camino.

El denunciante relató de qué modo un individuo que venía transitando en dirección contraria a la de la joven le dio un golpecito sobre el hombro y le susurró al oído unas palabras que la hicieron echarse a reír. Tras esto, el informante habría escuchado que ella le decía: *“De acuerdo”*, a lo cual el presunto cliente respondió: *“Saldrás ganando lo que ya te he dicho”*. Acto seguido, le acomodó su brazo derecho por encima de los hombros y ambos se marcharon caminando hacia a la pensión de Miller’s Court.

En la mano izquierda el sospechoso aferraba: *“Una especie de paquete sujetado por una especie de correa”*, atento indicó con lenguaje redundante el testigo, quien añadió: *“Yo estaba parado bajo la farola de la taberna Queen’s Head y me quedé mirándolo”*

La descripción aportada prosigue dando cuenta de que el acompañante de Mary resultaba ser un individuo de cabellos negros y con apariencia de extranjero, posiblemente un judío. En cuanto refería a su indumentaria, aquel hombre iba vestido con un gabán largo de color oscuro con cuellos y puños ribeteados en piel de astracán, su chaqueta y sus pantalones eran de tono también sombrío, usaba camisa de cuello blanco y corbata negra.

Portaba un sombrero de fieltro opaco, el cual llevaba tan hundido sobre la frente que no permitía observarle con claridad el rostro. Calzaba polainas oscuras con botones claros sobre zapatos abotonados. Pendía de su chaqueta un reloj de bolsillo asido por una gruesa cadena de oro que traía engarzado un ostentoso sello con una piedra de color rojo. Un par de finos guantes de cabritilla enfundaban sus manos completando su elegante atuendo.

En cuanto a su estatura, la misma oscilaba en torno al metro setenta, su edad entre los treinta y cuatro y treinta y cinco años, su tez era de tonalidad clara tirando a pálida y lucía un afinado bigote.

¿Por qué razón demoró tres días Hutchinson en apersonarse a la policía y radicar su denuncia? Este atraso hizo especular que tal vez él era el criminal y que se tomó ese tiempo para buscarse una coartada. (14)

(14) Hinton, Bob, *From Hell. The Jack the Ripper mystery*, Editorial Old Bakehouse, Londres, Inglaterra, 1998.

¿El motivo? Según proponen escritores como Bob Hinton, el individuo efectivamente era Jack el Destripador. Sabía que se había arriesgado demasiado en esa emergencia y que lo habían sorprendido montando guardia en la entrada de Miller's Court acechando a la meretriz. Así lo declaró a la policía la vecina Sarah Lewis, quien informó que en la madrugada del crimen vio a un sujeto en actitud extraña vigilando frente al edificio.

El asesino necesitaba distraer la atención antes de que la policía lo detectara en base a las descripciones que, a no dudar, irían a suministrar aquellos que lo sorprendieron merodeando esa noche. Se presentó con la historia de haber observado a la occisa abordada por un extranjero rico. Sabía que así las miradas apuntarían a un hebreo, y la xenofobia que desde la acusación contra “Mandil de Cuero” -John Pizer- se venía desatando haría el resto. No desconfiarían que un decente trabajador inglés como él era el verdadero responsable.

Para dotar de mayor colorido a su narración, Hutchinson concedió un reportaje a un periódico asegurando que, desde el día siguiente a la muerte de su amiga, salió en busca del matador y a los pocos días vio otra vez al presunto culpable. Lo siguió pero no pudo darle caza, pues el individuo olfateó su presencia e intenciones, y apresuró su paso atravesando por una callejuela de Spitalfields, donde se le escabulló.

También existen versiones acusando a este problemático testigo haber sido el verdugo de Mary Jane Kelly, pero no así de las restantes víctimas de Jack el Destripador. Se dijo que George era un cliente amistoso de la chica y que estaba perdidamente enamorado de ella. Al saber que ésta había roto su relación con Joe Barnett creyó que su oportunidad había al fin llegado.

Aquella madrugada se presentó ante la mujer solicitando sus servicios como un cliente más. Una vez dentro de la habitación, le manifestó su amor y le propuso que se fuera a vivir con él. La muchacha lo despreció. Sobrevino una agria pelea y enardecido por el despecho, él la estranguló. Al darse cuenta de la barbaridad cometida pensó que podía lograr que se atribuyera la muerte a otra de las bestialidades del aniquilador del East End.

Ello justificó las mutilaciones, en las cuales esta vez estaba ausente la precisión ginecológica que caracterizó al resto de la matanza.

Tan burda fue la desfiguración practicada que uno de los agentes que ingresaron a la habitación al despuntar el alba declaró que si eso era obra de un cirujano entonces era muy fácil ser cirujano. Y uno de los forenses encargados de la autopsia de Kelly, el doctor Thomas Bond, opinó que el victimario ni siquiera demostró poseer conocimientos de disección propios de un matarife.

En suma, de acuerdo con esta hipótesis, Hutchinson no resultaría ser un asesino sino que, de hecho, actuó en un homicidio en concreto a la manera de un copycat. No tenía previsto asesinar a la joven y la mató en un acceso de cólera. Fue después que se le ocurrió tratar de echar ese crimen a la cuenta de los del Destripador. Eso explica que no copiara adecuadamente el modelo de aquellas muertes. Sabía que carecía de la destreza quirúrgica de la cual -según pregonaba la prensa- hacía alarde ese criminal. Intuitivamente comprendió que sólo dejando irreconocible al cadáver, y amputando como un poseso, tendría chance de burlar a los investigadores.

Únicamente la fobia y la tremenda conmoción que aquellos crímenes venían generando hicieron posible que el flamante y torpe ejecutor saliera bien librado. El único parecido entre el crimen de Mary con las precedentes mortandades radicaba en la condición de prostituta que revestía la víctima. El monstruoso estropicio inflingido al cuerpo volvía imposible establecer de qué manera se había quitado la vida a la joven.

Se trató de una carnicería pavorosa y demencial, sin punto de comparación con los precedentes homicidios. Aquellos -aunque también fueron horribles- denotaban, sin embargo, un patrón regular y una justeza casi clínica. Y ello a pesar de que el matador se vio forzado a operar en contados minutos y en plena vía pública. En el asesinato de Kelly por única vez actúa dentro de una habitación a resguardo de testigos y dispone de mucho más tiempo.

Empero, en lugar de limitarse a extraer los órganos -lo cual era su obsesión-, y tal vez inferir alguna amputación facial a guisa de firma como hizo con Eddowes, el ejecutor se sumerge en una orgía mutiladora carente de cualquier justificación lógica.

La teoría de un copycat interviniendo en la masacre de Whitechapel -es decir, un asesino que mató a una víctima específica, ya fuera deliberadamente o en virtud de un imprevisto arranque de celos o de furia- no deviene tan absurda como a primera vista podría parecer. Por un lado, cabe considerar las sospechas de que Liz Stride pereció a manos de su amante Michael Kidney, quien habría tenido la suerte de que la policía pensara que dicha muerte era una de las cometidas por Jack.

Pero más seguro que ese caso fue el de William Waddell. Este sujeto ultimó a su novia, Jane Beadmoore, escasos días antes de tener efecto el doble crimen del 30 de setiembre. Tras matarla, mutiló al cadáver de la forma que lo hacía el Ripper. Dos meses más tarde fue capturado y confesó que los cortes ventrales los había inferido buscando que culpasen al asesino del Este de Londres para así poder salir impune. De nada le valió la treta a este imitador. Lo desenmascararon y pagó su culpa en la horca.

Otros autores especularon que George Hutchinson no era el victimario sino un cómplice involuntario de aquél, y que su testimonio constituyó una maniobra de distracción. Karen Trenouth, por ejemplo, pretende que el declarante sorprendió, momentos previos al crimen, a un compañero de logia suyo junto a una chica que él fingió que se trataba de Mary Kelly pues -al enterarse al día entrante del espantoso asesinato- comprendió que su colega era el Destripador. (15)

Dicho camarada resultaba ser nada menos que el Príncipe Albert Víctor, y el deseo de encubrirlo determinó que Hutchinson proporcionara una descripción muy opuesta a la fisonomía de aquél para que las suspicacias no recayeran sobre su hermano masón.

(15) Trenouth, Karen, *Jack the Ripper, The satanic team*, Editorial Authorhouse, Londres, Inglaterra, 2007.

Conforme sugiere dicha escritora, la tardanza en radicar la denuncia se debió a que la esposa de George estaba a punto de dar a luz. También aduce que el hombre no era británico sino australiano, pues sus padres habían emigrado desde 1853 a Australia.

Refiere a un George Henry Hutchinson, de ocupación albañil -y masón- casado y padre de ocho hijos, cuya segunda hija nacería poco después del 9 de noviembre de 1888. Deviene llamativo que ese nacimiento, al igual que el de todos los restantes vástagos, tuvo cabida en Australia, lo cual implica que este sospechoso de encubrimiento nada más se hallaba de paso por la capital inglesa en aquellas infaustas fechas.

Otra curiosidad de la especulación manejada por la ensayista finca en su afirmación de que Marie Jeannette Kelly en realidad se llamaba Mary Jane O'Brien, y que el apellido Kelly lo usaba como seudónimo. Más arriesgado aún resulta su aserto de que no fue a Kelly-O'Brien a quien se victimó en la pensión de Miller's Court. La infeliz cuyo masacrado cuerpo se encontró allí era Winifred May Davies, una prostituta amiga de Kelly recién llegada del exterior, a quien la generosa irlandesa le prestó su habitación para que pernoctase aquella noche. Fue a esta joven a la cual abordó el desequilibrado de sangre real.

Siempre produjo recelo el hecho de que Hutchinson, quien tan minuciosos detalles prodigó acerca del presunto cliente sospechoso, no describiera físicamente a la víctima, pese a asegurar que la conocía muy bien. A partir de los dichos de este testificante los investigadores concentraron sus esfuerzos en aprehender a un individuo de origen extranjero, más especialmente a un judío. Por cierto, todo lo contrario al Príncipe Albert Víctor.

Mary Jane Kelly, por su parte, anduvo esa noche por las calles bebiendo de taberna en taberna, y por eso fue identificada en una de ellas después de la hora cuando se suponía la habían ultimado, tal cual registraron las declaraciones de Caroline Maxwell y de Maurice Lewis. La pelirroja, al saber de la tragedia, huyó de Inglaterra. Terminó su existencia, transcurridos muchos años desde aquel nefasto 9 de noviembre de 1888, en tierras de Canadá.

Ninguna prueba documental avala tan cautivantes especulaciones. El George Hutchinson propuesto como encubridor de su hermano masón de sangre imperial carece de cualquier asidero. No obstante, no deviene más aventurada esta hipótesis que aquella que lo postula como un asesino copycat que finiquitó a una única víctima poseído por el despecho sentimental. Tampoco resulta más descabellada que la teoría según la cual ese anodino obrero no fue otro sino el mismísimo Jack the Ripper.

Todas las disquisiciones donde se propone que este personaje representó algo más que un testigo poco fiable -cuyas declaraciones tuvieron por móvil un desmedido afán de protagonismo- son tan neblinosas como el denso aire de las noches en las cuales el verdadero criminal practicó sus sanguinarias irrupciones.

Y si las conjeturas de que las malhadadas víctimas del Destripador hallaron su horrendo desenlace por culpa de los pervertidos sentimientos amorosos que la más sensual de ellas despertase en su verdugo se revela tan endeble en los casos de Joseph Barnett y de George Hutchinson antes referidos: ¿Qué cabría decir de una relativamente nueva hipótesis que vio la luz a partir del año 1992?

De acuerdo se pretende en esta formulación, las muertes con mutilación del East End no se produjeron por causa del amor malsano que sentía el criminal respecto de alguna de las extintas, sino debido a los celos y al despecho que carcomían a un marido engañado.

Así es, por increíble que suene, la peregrina historia no sólo fue planteada con visos de seriedad sino que logró erigirse en una de las propuestas más seductoras y populares. Y ocurre que, en efecto, James Maybrick -tal el nombre y apellido del personaje en cuestión- ha devenido, desde hace ya unos cuantos años, uno de los candidatos más controversiales a ocupar el cargo de haber sido el responsable de estos precursores homicidios en cadena. Su figura ha dado origen a una verdadera “Maybrickmanía” dividiendo y enfrentando acremente a los expertos. Este antiguo comerciante fungiendo en el rol de Jack the Ripper cuenta con tantos sostenedores como detractores. Y el interés

por su persona, en vez de decrecer, parece aumentar año tras año.

Al punto tal ello se tornó así que una de sus más entusiastas propagandistas, en un libro de bastante reciente data, sugirió que ese traficante de algodón ya estaba práctico en matanzas antes de perpetrar sus fechorías en el otoño de 1888, en tanto despacharía a siete mujeres y a un hombre - todos ellos de raza negra- en la localidad de Austin, Estado de Texas de los Estados Unidos durante el ocaso de 1884 y a lo largo de 1885. (16)

Aquellos atentados mortales serían recordados en las páginas negras del delito bajo la muletilla de “La masacre de Austin”, y al impune verdugo se lo conocería mediante el alias criminal de “El loco del hacha”, en atención al arma que esgrimía a la hora de ultimar a aquellos desgraciados cuyas vidas cayeron segadas por su demencial saña. La referida masacre seguramente no fue producida por el anónimo perpetrador que tres años más adelante se volvería célebre al despanzurrar prostitutas en Londres. Sólo por citar algunas insalvables diferencias entre una y otra secuencia fatídica, vale resaltar que no sintonizan ni el *modus operandi* utilizado ni la elección de la clase de víctimas.

Los crímenes seriales de Austin no fueron siquiera obra del matador británico, y mucho menos aún, por cierto, podrían serle endilgadas a James Maybrick aquellas violentas muertes habidas en suelo norteamericano. Pero, aunque con toda probabilidad el industrial de Liverpool no fue el loco del hacha -pese a que por razones mercantiles hubiese recalado en suelo de Estados Unidos-, a partir de la divulgación del resonante manuscrito que se le atribuyó, se ganó sobradamente un lucido puesto dentro de la nómina de sospechosos a la identidad del desmembrador de tiempos de la Reina Victoria.

La figura y el recuerdo de aquel empresario oriundo de la ciudad de Liverpool fueron rescatados del olvido merced al tenor de un vetusto álbum para postales y fotografías sobre cuyas páginas se reprodujo con tinta negra un diario íntimo, presuntamente redactado por el entonces acaudalado comerciante algodonoero.

(16) Harrison, Shirley, The american connection, Editorial John Blake Publishing Ltd, Londres, Inglaterra, 2004.

Habían transcurrido más de cien años desde su muerte sobrevenida en 1889 cuando un chatarrero británico desocupado, de nombre Michael Barrett, adujo haber encontrado fortuitamente un documento en donde el extinto mercader se incriminaba admitiendo su responsabilidad en los asesinatos de Jack el Destripador.

La credibilidad que merecía ese presunto recaudo privado fue puesta en tela de juicio ya desde el comienzo de ser develado su texto. La primera empresa editorial que se echó atrás ante la propuesta de publicar las notas fue Warner Books. Dicha compañía le encargó, en agosto de 1993, al experto en documentología Kenneth Rendell redactar -con la colaboración de otros técnicos- un informe dando su parecer sobre la veracidad o no a del álbum que fuera utilizado para confeccionar sobre él un diario personal.

Este especialista ofreció su reporte definitivo en el mes de setiembre de 1993, deviniendo sus conclusiones netamente desfavorables a la credibilidad del instrumento. Entre otros aspectos, el examinante percibía que la formación que se daba en el manuscrito a las letras no concordaba con la manera cómo se escribía a términos del siglo XIX en Inglaterra, y que se apreciaba uniformidad en el trazo de la tinta y en la inclinación de la escritura al pasarse de una anotación a la siguiente.

Dado que lo lógico era suponer que tales anotaciones se habían formulado en ocasiones diferentes, forzosamente la letra tendría que delatar ciertas alteraciones, aunque hubiera sido escriturada por la misma mano.

De aquí que la uniformidad en los trazos que, a su criterio, denotaba el diario le parecía en extremo sospechosa. Sin embargo, otras inferencias postuladas por este analista no parecerían, en principio, aptas para fundamentar conclusiones decisivas.

Por ejemplo, postuló que el análisis de la escritura por sí sólo devendría de importancia fundamental a la hora de establecer la falsedad del diario.

A tales efectos, con el auxilio de dos peritos calígrafos, cotejó los grafismos del manuscrito con la caligrafía que exhibía la carta remitida a la Agencia Central de Noticias de Londres fechada el 25 de setiembre de 1888, conocida como “*Querido Jefe*”, partiendo de la suposición de que aquella había sido creada por el asesino, a quien se le atribuyera.

Kenneth Rendell consideró, respaldado por el parecer de los grafólogos, que la caligrafía de esa carta no había resultado falseada sino que era sincera y espontánea y, a su vez, los tres expertos concluyeron que la letra contenida en el diario para nada armonizaba con la grafía presente en aquel mensaje.

De todos modos, esta prueba reputada irrefutable tal vez no lo sea tanto, si se atiende a que ni siquiera aquella misiva podría ser tajantemente ponderada una elaboración del verdadero criminal. Por ende, si la caligrafía del manuscrito no casa con la de las cartas esa discordancia por sí sola deviene insuficiente para decretar la falsedad del instrumento.

También se llevó a cabo un sofisticado análisis con una máquina de transporte iónico sobre el papel y la tinta del documento por medio de un microscopio de sonda escaneadora, con el objetivo de determinar la fecha aproximada en que la tinta fue empleada al escribir encima de dicho papel. Según este peritaje, la tinta fue aplicada en una fecha promedio establecida en 1921, con un margen de error de doce años.

Pero, en contraposición con estos datos y pruebas de acuerdo con los cuales sería apócrifo el diario, y falso, por ende, el aparentemente fenomenal descubrimiento, existiría información verdaderamente significativa en pro de su veracidad que no puede ser descartada siquiera por los más escépticos.

Entre ella emerge como primordial ejemplo el de la letra “m” garabateada, aparentemente con la sangre de Mary Jane Kelly, encima de la pared interior de la habitación ocupada por aquella víctima, y que en algunas fotografías puede visualizarse con bastante precisión. La presencia de tal consonante recién se habría advertido a posteriori de la publicación del diario.

En el libro que incluye el texto adjudicado a Maybrick se ofrece una ampliación de la espeluznante foto del mutilado cadáver de aquella desgraciada meretriz donde por encima de su cuerpo yacente se puede apreciar con relativa nitidez una forma que semeja el contorno de un letra “m” mayúscula y, a la izquierda de la misma aunque ya no tan nítida, parecería haberse garabateado una consonante “f”, también mayúscula.

Conforme narra el diario, la esposa del presunto autor -la hermosa y casquivana Florence Maybrick- fue la causa de los celos que incitaron la demencia homicida de James Maybrick, “f” y “m” constituían, pues, sus iniciales. Y tales iniciales son las que se pretende que el asesino dejó pintadas con sangre en la pared de aquella habitación antes de huir.

En su supuesta confesión el hombre habría hecho constar que la infortunada Mary Jane Kelly le traía recuerdos de su adúltera esposa:

“...me recordaba a la puta. Muy joven a diferencia de mi...”

Y luego, en una especie de inconexo poema se apunta:

*“Su inicial allí
Una inicial aquí y una inicial allí
Hablarían de la madre putañera...” (17)*

La “puta” o la “madre putañera” constituyen algunos de los duros epítetos con que el redactor alude a Florence Chandler, cónyuge de James Maybrick, aunque en otros tramos de la narración se la calificará en forma cariñosa con el alias de “conejito”.

Así pues que en la especulación de que aquel industrial verdaderamente hubiera sido Jack el Destripador -y lo que allí se cuenta resultase verídico - dichas letras, que en fechas bastante recientes fueron por primera vez percibidas en fotos de la época, coinciden con las iniciales del nombre y apellido de casada de Florence Maybrick.

(17) Harrison, Shirley, Jack el Destripador, Diario, traducción de Jordi Mustieles, Ediciones B grupo Z, Barcelona, España, 1993, pag. 413

Los impactantes trazos sanguinolentos en forma de iniciales “f” y “m” encartan una seria y válida interrogante: ¿Cómo en el diario fue posible hacer mención a estas consonantes si ninguna información de la presencia de las mismas se poseyó sino hasta después de realizada la publicación del manuscrito en el año 1993?

Lo más desconcertante sería que en ninguna de las ediciones conocidas de libros o publicaciones sobre Jack el Destripador se habían hecho alusiones a la localización de esas letras aparentemente dibujadas con sangre sobre la pared de aquel sórdido cuartucho.

Nos encontraríamos frente a un dato inédito acerca de un hecho probable que únicamente deviene mencionado en el diario. Ni Michael Barrett -en la hipótesis de que él hubiese sido el plagiador- ni otro falsificador, por mucho que esculcaran en la literatura vinculada con aquellos crímenes, hubiesen podido dar con esa información, puesto que nadie antes habría advertido y divulgado la existencia de las sanguinolentas iniciales. Podría tratarse de un detalle que exclusivamente lo podía saber el culpable.

Deviene igualmente bastante novedoso el terrible dato de que el asesino le arrancó el corazón a Marie Jeannette Kelly. Este hecho fue omitido en la lista interna de la policía, y sólo se lo cita en las notas de su autopsia la cual durante mucho tiempo estuvo extraviada y fue recuperada en fecha reciente.

Aparentemente por ningún conducto se podía haber sabido que el cadáver de aquella desgraciada fue profanado de tan cruel manera pero, pese a todo, en el manuscrito se formula una clara mención al robo de ese órgano.

Al llegar casi al final de su redacción, y en uno de los raros párrafos donde el fabricante del diario parecería mostrar arrepentimiento pidiéndole perdón a Dios por las aberraciones que infirió sobre el cuerpo de la chica -única de las víctimas que designa por su nombre o, mejor dicho, por su apellido- se deja constancia:

“...esta noche rezaré por las mujeres que he asesinado. Que Dios me perdone los actos que cometí con Kelly, sin corazón, sin corazón...”. (18)

Otro posible dato corroborante radica en el descubrimiento, operado en junio de 1993, de un costoso reloj de oro de bolsillo con cadena, en cuya parte interna de su tapa porta grabada la firma *“James Maybrick”*. El elegante artefacto ostenta asimismo talladas las iniciales de los nombres de las cinco mujeres cuyo asesinato se debió con seguridad al psicópata y, además, la declaración: *“Yo soy Jack”*.

De consuno con peritajes a cargo de técnicos en metalurgia, ese reloj habría sido elaborado por el año 1846 y la grabación ejecutada al imprimir las letras en el metal delataba poseer una vejez no inferior a los años 1888 o 1889. Las pericias que se efectuaron, no bien se descubriera la existencia del reloj y su dueño lo hiciera llegar al editor del diario de Jack, fueron presuntamente positivas pero siempre cabía lugar para la sospecha, considerando que habían sido realizadas a encargo y costo de la parte interesada. No obstante, se llevaron a cabo nuevos análisis por reputados especialistas de las universidades británicas de Manchester y de Bristol y sus resultados armonizaron con las primeras pericias, por lo cual la antigüedad no sólo del artefacto, sino de las llamativas referencias talladas sobre el metal, habría quedado acreditada.

Por cuanto venimos relevando se torna en extremo polémico el hallazgo de un recaudo albergando la confesión del responsable de tan atroces crímenes que cargaban con más de cien años sin resolverse; y existen datos, pruebas y razonamientos válidos en defensa tanto de la veracidad cuanto de la falsedad.

Pero, en 1995 Michael Barrett, el autoproclamado descubridor de aquel instrumento, se retractó públicamente, admitiendo que había inventado toda la historia. Este hecho pareció ponerle punto final a la discusión.

(18) Jack el Destripador, Diario, pag. 461.

No obstante, tiempo después, el hombre se desdijo de su anterior retractación alegando haberla efectuado bajo la insoportable presión de los medios y pretendió que con esa fingida confesión de haber cometido plagio sólo buscaba que la prensa lo dejara en paz.

Así fue como la salida a luz del manuscrito que nos interesa recién se pudo llevar a término tras operarse variadas marchas y contramarchas, y la edición de aquellas notas cuyo parto fuera tan dificultoso supondría solamente el preludio de los enconados debates que se originaron luego de que las mismas se transformaron en un libro y se inició su circulación pública.

El diario de Jack el Destripador fue publicado finalmente por la editorial Smith Gryphon Ltda en el año 1993, y contó con un extenso comentario a cargo de la escritora Shirley Harrison contratada al efecto.

Lo más impactante del documento radica en que su autor culmina su confesión firmando con el archiconocido seudónimo delictivo y, aunque en ninguna porción del texto se alude de manera explícita a James Maybrick como su creador, los abundantes y concretos datos que allí se incorporan tornan imposible atribuirle la facturación de ese diario a otra persona que no fuese a él.

El supuesto confeso ejecutor no deviene un desconocido para los anales de la criminología inglesa. Por el contrario, el caso que lo tuvo por protagonista fue uno de los más publicitados de su tiempo. Tanto lo fue que su notoriedad, sobrevenida a mediados del año 1889, desplazó de las primeras planas de los periódicos a las carnicerías del Destripador, las cuales no se habían vuelto a repetir desde el crimen del nueve de noviembre del año anterior.

Pero este hombre no fue famoso por asesinar a alguien sino, a la inversa, por resultar -presuntamente- víctima de homicidio. Y ocurre que el adinerado industrial algodonerero había fallecido bajo circunstancias confusas en el mes de mayo de 1889.

Tan extrañas fueron consideradas las alternativas que rodearon su deceso que Florie, su joven y bella esposa norteamericana, pasó varios años en la cárcel purgando condena bajo la acusación de haber sido la causante del eventual asesinato de este hombre, al administrarle una forzada ingesta fatal de arsénico.

El individuo postulado a constituir el celeberrimo criminal victoriano provenía de una respetable familia que a la fecha de su nacimiento -24 de octubre de 1838- llevaba sesenta años instalada en la ciudad portuaria de Liverpool.

De hecho, nuestro personaje fue el primogénito de sus padres porque William, el primer hijo del grabador de metales William Maybrick y su esposa Susannah, falleció cuando apenas contaba con tres años de edad. A James Maybrick le siguieron Michael, nacido en 1841, quien de adulto se convertiría en un afamado compositor, Thomas -1846-, y Edwin -1851-, estos dos últimos se inclinarían, al igual que James, por la actividad mercantil.

El destino profesional de James sería el comercio algodónero, notablemente incrementado en Inglaterra a raíz de la guerra civil norteamericana que generó gran escasez de algodón, lo cual volvió el negocio de compra-venta abierto para los hábiles especuladores, actividad en la que este hombre destacaba por condiciones innatas.

En 1868 se dio cabida en el Reino Unido a un sistema de ventas análogo a la bolsa de valores. Ello permitía vender el algodón que no se poseía con la expectativa de poder cubrir la venta comprando a un precio más bajo en el futuro, lo cual aumentó el aspecto azaroso de este rubro en el mercado.

En 1878 el industrial se trasladó a Estados Unidos y fundó una agencia en el puerto algodónero de Norfolk, estado de Virginia. Desde entonces dividía su tiempo en la atención de negocios entre Gran Bretaña y Norteamérica. En 1880, durante uno de esos frecuentes viajes marítimos conoció a la joven Florence Chandler, de sólo dieciocho años.

Un dato relevante es que James tres años antes de ese hecho -en 1877 cuando cifraba treinta y nueve años- contrajo malaria. Su mejoría se debió a un tratamiento a base de estricnina y arsénico y, desde allí, su organismo se fue volviendo adicto a esas sustancias.

Por su parte, aquella muchacha que resultaría su futura esposa había nacido el 3 de setiembre de 1862 en la ciudad de Mobile, estado de Alabama, procedente de una familia de elevada alcurnia. Florie era huérfana de padre, y su madre era la Baronesa Caroline Von Roques. La joven era por demás atractiva, de cabellera rubia y cautivantes ojos azules.

Tras el casamiento la pareja pasó a residir en una mansión palaciega sita en la zona más coqueta y reservada de Liverpool, a la cual llamaron Battlecrease House. Su estándar de vida era propio de la clase pudiente inglesa de fines del siglo XIX, y disfrutaban de múltiples comodidades dentro de las cuales se incluía el servicio doméstico de criadas, mayordomos y jardineros.

Empero, ninguno de tales bienes y privilegios devendría suficiente para evitar la desgracia destinada a recaer sobre los cónyuges en tanto el ocio, el aburrimiento, y un matrimonio fundado en falsas expectativas, aparejarían consecuencias funestas.

La infidelidad haría irrupción en escena.

Aunque James Maybrick no se caracterizaba por ser un fiel esposo - puesto que como mínimo tenía una amante regular y frecuentaba los burdeles- serían los deslices de Florie los desencadenantes de la tragedia. Pues resultó que la bella Florence también encontraría un amante estable en la persona de un próspero comerciante vinculado a los negocios de su marido.

Este amante sería Alfred Brierley, hombre apuesto y adinerado de treinta y seis años, con quien la infiel Florie mantendrá un tórrido amorío a escondidas. Según se nos cuenta en el diario, Maybrick sabía perfectamente de los devaneos e intrigas en que estaba inmersa su mujer, pero fingía desconocerlos.

Seguiría con expectación y sigilo los avatares de la relación clandestina que vivía su cónyuge, y se iría fermentando en su interior una morbosa fascinación que, al cabo, lo convertiría en un sórdido voyeur de aquel amantazgo.

Y peor aún -si concedemos crédito a lo que dice el manuscrito-, resultarían el dolor y la furia desatados al descubrir la infidelidad de su esposa la causa motora que transformaría a James Maybrick de apacible y típico burgués de postrimerías de siglo XIX en un depravado asesino serial.

Se trata de una narración digna de “Dr Jekyll y Mr Hyde”, demasiado efectista para acompañar con el drama que los crímenes de Jack el Destripador provocaron. Estamos en presencia, además, de una historia con ribetes casi románticos: la pasión sexual irrefrenable, el amor propio herido del esposo engañado, la doble moral burguesa de la Inglaterra de aquella época... Todos esos conceptos confluyendo como si de piezas de un demencial rompecabezas se tratase.

Basta con agitar fuerte la retorta y sale a escena el monstruo. Robert Louis Stevenson, creador de la fábula “El extraño caso del Dr Jekyll y Mr Hyde”, que por 1888 hacía furor en los teatros ingleses, no podría haber quedado más complacido al contemplar cómo su fantasía resultaba tan fielmente copiada por la realidad.

Claro está, que la realidad no sería tan romántica ni espectacular si nos adscribimos a la postura de escéptica crítica que casi unánimemente han mostrado los ripperólogos respecto del contenido del diario, negando enfáticamente la existencia de cualquier veracidad en la historia allí relatada.

Y es que las inconsistencias que revela la narración devienen demasiado grandes. El texto, como se dijera, fue impreso sobre un álbum destinado a guardar postales y fotografías, y carece de varias de sus hojas iniciales que fueron arrancadas. Sin embargo, el lector no pierde el hilo por esa ausencia de páginas, puesto que en la primera hoja disponible ya se entera cómo fue que el marido averiguó estar siendo objeto de engaño por parte la joven mujer.

Maybrick se reserva para sí ese descubrimiento, pero adopta una decisión fatal: como revancha al saberse traicionado eliminará salvajemente a prostitutas profesionales, a quienes sacrificará en sustitución de su adúltera esposa.

Contra estas infelices descargará toda su ira, la cual no se permite hacer caer sobre la madre de sus dos pequeños hijos a quien alternativamente - y de acuerdo a sus ciclotímicos cambios de humor- designa en el manuscrito con el cariñoso alias de “*conejita*”, o bajo los humillantes mote de “*la madre putañera*” o “*la puta*”.

Amén de las muchas incongruencias que denota esta pretendida confesión escrita, tal vez la tacha más grande que cabría oponerle a su pretensión de autenticidad radica en la notoria ausencia de razones para constituirse en asesino de meretrices que brinda el supuesto confeso victimario.

En lugar de castigar a la infiel y al canalla seductor el redactor se vengará... ¡Matando prostitutas en Londres! O sea, ni siquiera elige ultimarlas en su Liverpool natal sino en la capital británica, a la cual tiene razones de negocios legítimas para acudir, según se nos informa.

Si bien es aceptado que los psicópatas carecen de motivaciones racionales para cometer sus crímenes, ya que el estudio de la mente de éstos demuestra que los móviles propulsores de sus actos suelen ser de lo más descabellados, por lo menos se reconoce en ellos un elemento de transición, un proceso que los conduce fatalmente a incurrir en las patologías que los convierten en azote de sus semejantes. Un psicópata no deviene tal de golpe y porrazo por virtud de una única situación adversa, por muy estremecedora que la misma le pudiere significar.

¿Cuántos son los maridos de tiempos antiguos o modernos que tras descubrir la infidelidad de sus cónyuges toman venganza matando a terceras personas?

Esto parecería que es llevar la ausencia de motivaciones lógicas a un extremo demasiado absurdo, aún para aplicarse sobre un caso de los más misteriosos y raros de la historia del delito como lo fue el de Jack el Destripador. Pero toda regla tiene su excepción.

Una de las muy escasas anécdotas que adquirieron macabra notoriedad, en donde se adujo que la razón de la saga homicida residió en el despecho de un esposo burlado, se verificó en tierras de Hungría a principios del pasado siglo en el poblado de Czinkota, próximo a la capital Budapest, y tuvo por protagonista a un hojalatero de mediana edad llamado Bela Kiss.

Dicho sujeto fue, de acuerdo se ha pretendido, un asesino enamorado a quien la ira producida por la infidelidad condujo al desquicio y transformó en un sistemático segador de vidas. A diferencia con el Maybrick propuesto como Jack el Destripador, este criminal no perdonó a su adúltera mujer, la cual se sumaría a la siniestra lista de cadáveres femeninos que el cruel verdugo fue dejando a su paso.

Aquel hombre poseía una pequeña empresa metalúrgica que prosperó en aquel pueblo. Cuando se afincó en el mismo trajo consigo a su bella esposa María, varios años más joven que él. Pronto se ganó el aprecio de sus vecinos por su carácter atento y servicial. En la casa que arrendó empleó a dos criados que trabajaban durante el día y pernoctaban en sus propios domicilios por expreso pedido de su patrono.

El comerciante solía pasar las tardes fuera de su hogar enfrascado en sus negocios, ausencias que fueron aprovechadas por la chica quien recibía cada vez con mayor regularidad las visitas y atenciones de un apuesto artista itinerante de nombre Paul Bihari.

Tanto los servidores como los vecinos detectaron la infidelidad -la muchacha al parecer era muy descuidada y dejaba las ventanas abiertas cuando tenía sexo con su amante- y compadecidos del pobre esposo pensaron en ponerlo al tanto de la situación.

Un grupo de notables del pueblo se dirigió hasta la mansión arrendada para comunicarle la triste noticia al marido burlado. Para su sorpresa aquél los atendió con semblante sombrío. Invitó a los visitantes a sentarse en el living y les leyó una carta que su mujer le habría dejado. En ella la infiel le comunicaba su intención de abandonarlo para siempre y le pedía que no fuera a buscarla. Tras la lectura, el anfitrión se derrumbó, y prorrumpió en un llanto que dejó turbados a sus visitantes, quienes se pusieron a la tarea de darle ánimo.

Bela Kiss pareció reponerse de su desgracia. Contrató a una anciana viuda como ama de llaves en lugar de los anteriores criados. Con el dinero acumulado fabricó unos depósitos cilíndricos de gran porte que guardaba en el sótano. También comenzó a recibir visitas de mujeres jóvenes, y en su mayor parte atractivas. Éstas pasaban la tarde recorriendo los jardines en compañía del caballeroso y maduro galán, quien luego les mostraba las cómodas dependencias de la finca. En el momento oportuno, el ama de llaves les servía el té, después de lo cual su patrono le solicitaba que se retirase y volviera días más tarde.

Sin embargo, para desconsuelo de la viuda, quien deseaba sinceramente que su amable empleador consiguiese una nueva compañera, al retornar comprobaba que ninguna de aquellas muchachas se había quedado a vivir con él.

Estaba próxima a estallar la Primera Guerra Mundial y el Condestable de Czinkota -cargo equivalente al de Alcalde- se apersonó una tarde al domicilio de Bela con quien había trabado amistad. Al aproximarse la inminente conflagración iban a ser necesarias ingentes cantidades de gasolina, y se rumoreaba que el hojalatero acumulaba mucho de aquel combustible dentro de unos barriles ocultos en su sótano.

Con generosidad su amigo ofreció entregarle esos bidones con su valioso líquido para ser empleados en beneficio de los habitantes cuando las circunstancias así lo exigieran. Acto seguido, destapó uno de los recipientes y el jerarca pudo ver que rebozaba de gasolina. Antes de marcharse le agradeció efusivamente el gesto altruista y el sentido de previsión del cual su vecino hiciera gala.

Mientras el hojalatero proseguía con sus románticas citas, en los periódicos de Budapest se daba cuenta de la desaparición de una serie de mujeres. La policía sospechó de una persona de apellido Hoffman aunque no pudieron echarle el guante.

Durante la guerra fueron mermando los viajes que el negociante emprendía hasta la capital y las visitas femeninas que recibía. Promediando el año 1916, agotado ya el cupo para la conscripción de los ciudadanos más jóvenes, el ejército húngaro se vio forzado a enrolar a los más maduros y convocó a Kiss para alistarse. El requerido trató de eludir la leva fingiendo sufrir del corazón, pero una revisión médica comprobó que mentía y lo reclutaron.

A los pocos meses, en el poblado se supo la infausta noticia de que uno de sus habitantes más queridos había perecido en el campo de batalla. El Condestable recordó la promesa de Bela sobre poder disponer de la gasolina guardada en su casa. La situación era crítica y no había tiempo que perder. El principal del pueblo se dirigió a la mansión del presunto occiso junto con unos soldados, y le reclamó al ama de llaves que les permitiera el ingreso.

Los toneles pesaban extraordinariamente. Tanto es así, que fue precisa la fuerza de dos milicianos a fin de cargar a uno sólo de ellos. El jerarca buscó una herramienta e hizo palanca para abrir la muy hermética tapa. Miró hacia dentro y le fue evidente que no contenía líquido alguno. ¿Por qué estaba tan pesado el tonel entonces? Observó con mayor detenimiento auxiliado por la lumbre de una linterna.

Entonces, mientras luchaba por contener a su revuelto estómago, lo supo. Estaba viendo el desnudo cuerpo de una mujer relativamente bien conservado en alcohol. En torno al cuello aún portaba enroscada la bufanda de seda con la cual la habían estrangulado. Los militares repitieron la operación de acarrear y destapar aquellos recipientes. De los siete toneles restantes sólo uno guardaba gasolina. Otros seis cadáveres en similar estado fueron extraídos de los respectivos barriles.

Una vez que se dio parte a la policía de la capital surgió que el tal Hoffman perseguido por las desapariciones de mujeres no era otro sino Bela Kiss, quien se valía de ese seudónimo. Se supo que el sujeto contactaba a las mujeres a través de publicaciones en los periódicos, y que diecinueve de ellas contestaron sus anuncios. Después de averiguar su situación económica y familiar, el seductor elegía las presas más fáciles entre aquellas que carecían de familia o que él calculaba no serían echadas de menos.

Aparte de los organismos hallados en los barriles fueron localizados en el mismo reducto los cadáveres de María y de su amante. Despojos de otras seducidas aparecieron flotando en alcohol dentro de sendos bidones ocultos en un almacén que el ejecutor alquilaba en un pueblo cercano a Czinkota.

Por aquel período el verdugo de los toneles fue el prófugo más buscado por la policía, pues no se confiaba en el reporte de que había muerto. La búsqueda pareció terminar cuando se anunció, desde el frente de combate, que el individuo efectivamente había fallecido. Tiempo más adelante se despertarían severas dudas, pues el cadáver que se consideraba del matador en realidad pertenecía a un joven soldado de apenas veinte años, mientras que el otro rondaba los cincuenta. Se había tratado de una usurpación de identidades. El criminal seguía desaparecido.

Varios rumores llegaron informando sobre su paradero. El más firme pareció provenir de la Legión Extranjera francesa donde un legionario aportó datos sobre un compañero cuyas señas armonizaban con las del victimario húngaro. El acusado habría alardeado frente a sus camaradas haber hecho fortuna seduciendo y matando a mujeres ricas. Pero cuando vinieron las autoridades en su busca el presunto culpable ya había puesto pies en polvorosa.

También se adujo, con insistencia, que había escapado a Sudamérica dónde se hacía pasar por un oriundo aprovechando su tono de piel moreno. Pero lo cierto es que nunca más se supo nada de él, y tan sólo quedó tras de sí el recuerdo de una leyenda que parece increíble.

Bela Kiss fue un asesino que inició su carrera mortal pasados sus cuarenta años. Esto representó otra de sus rarezas, porque se han detectado muy pocos casos en que un homicida no consumase su inicial crimen a una edad más temprana.

¿Se trató de un marido engañado al cual la frustración amorosa transformó en un perverso verdugo serial? O, por el contrario: ¿La infidelidad de su esposa nada más fue un suceso aislado y casual que de ningún modo influyó en los asesinatos? Carecemos de información acerca de la vida del sujeto antes de arribar al pueblo que resultó escenario de sus inauditas fechorías. El misterio en torno a su casi mítica figura lo invade todo.

Volviendo a la historia de James Maybrick y del dudoso documento a través del cual transcurridos tantos años de las matanzas victorianas se pretendiera incriminarlo, lo primero que cabría apuntar es que la ausencia de las iniciales páginas sobre las cuales se habría escrito aquel diario íntimo comporta un dato que sencillamente no puede pasarse por alto.

Lo más simple a pensar es que un falsificador se hizo de un álbum para postales y fotografías familiares antiguo y le arrancó las primeras hojas, donde estarían pegados tales recortes, o bien cuando adquirió el álbum tales páginas ya se encontraban cortadas, por lo cual aprovechó las hojas restantes en blanco para fabricar sobre ellas la falsificación.

Más adelante, en el diario se alude a las tribulaciones de James Maybrick antes de llevar a término su primer homicidio, el cual de acuerdo con esta versión no se verificaría en Londres, sino que sería concretado en la ciudad de Manchester contra una anónima ramera.

No se suministran pormenores de cómo fue que se ejecutó este supuesto crimen, por lo que no sabemos si el mismo llevó igual sello que los cometidos por Jack el Destripador. No queda claro si la eventual víctima fue ultimada mediante puñaladas, golpes, estrangulada, etc. Tales omisiones resultan muy convenientes, en particular si se considera que las autoridades de la época no tomaron nota de ningún asesinato del estilo de los de Jack el Destripador que hubiese sido perpetrado en la ciudad de Manches-

En la parte que interesa a los crímenes, el autor refiere que alquiló un cuartito en la calle Middlesex, Whitechapel, con la intención de disponer de un escondrijo donde ocultarse tras cometer sus ataques. Posteriormente, pasa a describir su agresión contra Mary Ann Nichols sin brindar el nombre de la mujer; sólo menciona que la prostituta se mostró bien dispuesta a ejercer su oficio y que no chilló cuando la rajó con su cuchillo. Dejará constancia de que lamentó no haber podido desprenderle la cabeza a la víctima, como asegura era su intención.

No se consigna la fecha de ninguna de las anotaciones, pero luego del primer homicidio dirá que no dejaría pasar mucho tiempo sin volver a asesinar, pues quería repetir el placer lo antes posible haciéndose, de ese modo, coincidir tales manifestaciones con las fechas muy próximas entre sí en que fueron victimadas Polly Nichols y Annie Chapman.

Del segundo crimen en el documento se realizan unas tétricas alusiones a trozos de carne de la víctima que el escritor pensaba freír para comerse, lo cual supone otra coincidencia con hechos sabidos sobre aquel segundo asesinato canónico donde el homicida, cada vez más seguro de sí mismo, robase órganos a su presa.

También se alude a los anillos de latón que quitó de los dedos de la mujer muerta y a la pista que habría dejado adrede en un sobre para cartas que se encontró cerca del cadáver de aquella occisa, a saber: una letra “M” estampada en el anverso del mismo. En ninguno de los casos se trata de datos que un falsificador estudioso de aquellos crímenes no pudiese conocer merced a la consulta de fuentes convencionales sobre el tema.

Y cuando describe sus emociones tras la noche del “doble acontecimiento”, expresa su asombro de que no lo hayan atrapado y el secreto placer que sintió ante el riesgo de ser detenido. Tanto odio le tomó al equino y al testigo que lo conducía cuando lo interrumpieron, que manifiesta su deseo furioso de cortarle la cabeza:

“...al maldito caballo y metérsela a la puta por la garganta hasta donde le cupiera...El necio se asustó, eso fue lo que me salvó...” (19)

(19) Jack el Destripador. Diario, pag. 389.

Deviene sospechosa esa referencia. En general se cree que el Destripador huyó sin “terminar adecuadamente” su feroz faena al ser interrumpido, en efecto, por un transeúnte. Candidatos a constituir el peatón que involuntariamente molestó al criminal cuando iba a acometer la fase de destripamiento contra la asesinada “Long Liz” fueron, sobre todo, Israel Schwartz, John Gardner y J. Best, en tanto el primero aportó datos sobre el ataque sufrido por la mujer, y los otros describieron a un sospechoso acompañante visto con la difunta.

Pero sucede que Louis Diemschutz, quien fue el conductor del pony que se topó con el cadáver de Elizabeth Stride al costado de un club político, lo más posible es que no resultara quien “interrumpió” al matador en su sórdida faena sino que aquél, tras cortar el cuello de su víctima, ya habría escapado raudo de la escena del homicidio, inquieto tal vez por la presencia de testigos cercanos como los citados Schwartz, Gardner y Best. De ser esto así, la referencia al “*maldito caballo*” y al “*necio que se asustó*”, permitiéndole gracias a ello su exitosa huída, no concuerdan con los hechos reales. Más bien parecería que los anteriores comentarios estuvieron determinados por una lectura apresurada con relación a ese crimen en particular, donde siempre se destacó la escena del pony tropezándose con el cuerpo de esa víctima.

También despierta suspicacia la mención que acto seguido se efectúa para describir el homicidio de Catherine Eddowes, sobre que:

“... Antes de un cuarto de hora encontré a otra sucia perra dispuesta a vender su mercancía. La puta, como todas las demás, estaba más que dispuesta...” (20)

Precisamente, de Kate Eddowes existen dudas que en verdad fuera una meretriz profesional. Tal condición resultó negada enfáticamente por su pareja estable -John Kelly- al declarar en la instrucción sumarial, y a este hombre se unirían otros conocidos de la difunta, quienes insistirían en alabar su decencia pese a reconocer que era alcohólica.

(20) Jack el Destripador. Diario, pag. 389.

Esa agobiante tarea aún tenía cabida catorce años después de 1888, cuando Jack London tomaba notas preparando el borrador para su excelsa obra “Gente del abismo”. El eximio narrador describió a la faena de recogida de lúpulo en Kent, y a los desventurados que la llevaban a cabo, valiéndose de estos sombríos trazos:

“...Se calcula que sólo Kent demanda ochenta mil de éstas personas para recoger sus lúpulos. Llegan atendiendo a una llamada, que es el grito de auxilio de sus estómagos y del espíritu aventurero que aún conservan. Las miserables calles y los ghettos los empujan adelante, pero la podredumbre de los suburbios y los ghettos nunca los abandonan. Recorren el país como un ejército de profanadores, y el pueblo los rechaza. Están fuera de lugar. Son como una casta maldita surgida de la tierra, que arrastra sus deformes cuerpos por carreteras y caminos. Su presencia, el sólo hecho de que existan, es un ultraje al esplendor del sol y a los verdes frutos del campo...” (21)

Tras cobrar los míseros peniques que su estadía laboral en Kent les reportara, Kate y su amante arribaron a Whitechapel poco antes de tener efecto la atroz muerte padecida por la mujer. Ella creía que una hija suya vivía en aquel fatídico distrito y, conforme se especuló, el viaje de Eddowes hasta allí se debió a la intención de ir a visitarla para pedirle dinero. No encontró a su hija, quien al parecer se había mudado, y las personas que la atendieron en la casa a cuya puerta llamó no supieron informarle dónde residía ahora aquella.

La pareja se gastó pronto todo su dinero y no tuvieron más remedio que empeñar un par de botas del hombre para que Catherine pudiera pagar la pensión donde durmió esa noche. Como el dinero no les alcanzaba, John debió pernoctar en uno de los albergues para pobres. Al día siguiente la mujer se emborrachó y provocó disturbios. Se comentó que dos policías la encontraron tambaleante, mientras gritaba imitando el sonido de un carro de bomberos, y la llevaron detenida a la estación policial de Bishopsgate.

(21) Gente del abismo, pags. 147 y 148.

Cuando abandonó la celda de esa comisaría lo más probable es que todavía siguiera bajo la influencia del alcohol. Es plausible que Jack el Destripador la matase sólo porque devenía una víctima fácil, más que porque estuviese muy dispuesta a ejercer su oficio, como se pretende en el diario.

Finalmente, en cuanto atañe al último homicidio de la saga mortuoria, cabe admitir que en la “Agenda Maybrick” se formulan ciertas alusiones que no resultan tan fáciles de descartar. La mención al hurto del corazón de Mary Jane Kelly no refiere a un hecho conocido sino en época reciente, al haber permanecido extraviado durante largo tiempo el texto original del informe de la autopsia practicada por el forense doctor Thomas Bond, quien dejó constancia de que *“el pericardio se hallaba abierto y el corazón ausente”*.

También poseen su considerable peso las posibles letras “f” y “m” dibujadas con trazos de sangre en la pared de aquella habitación, y respecto de las cuales no se conoce que hubiera referencias ciertas hasta después de publicarse el diario atribuido a James Maybrick.

En fin, las líneas precedentes no pretenden constituir más que un compendio sobre los informes y pistas emergentes a partir de la lectura del problemático manuscrito. El texto, pues, por fuerza debe calificarse como muy contradictorio y el primer impulso que nace es el de negar la veracidad de su contenido, y coincidir con quienes opinan que se trata de un fraude bastante burdo. Algunos datos, sin embargo, no aceptan fácilmente tan cómoda explicación. La polémica encendida desde que se publicase aquel instrumento en el año 1993 prosigue en pie.

James Maybrick, presumiblemente a su pesar se ha convertido, por obra y gracia del ingenio de los propulsores y beneficiarios del ya famoso diario, en uno de los sospechosos más populares a ocupar el cargo de haber sido el tristemente célebre y elusivo Jack el Destripador.

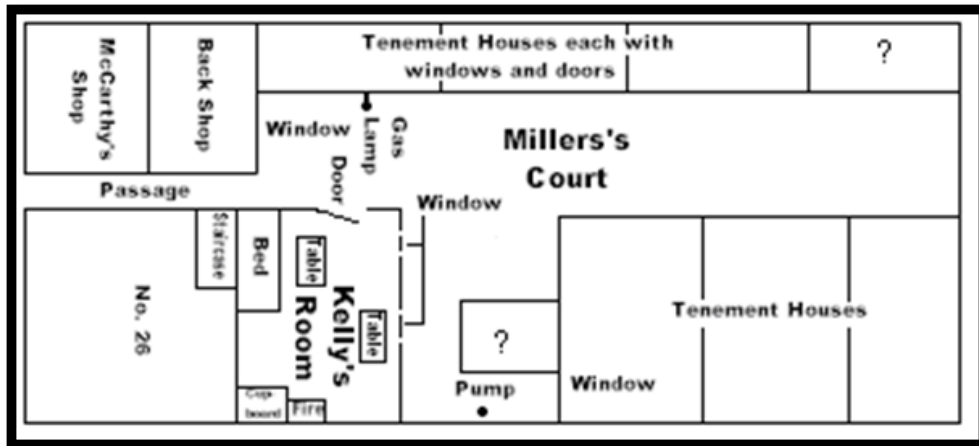


Diagrama de la pensión de Miller's Court



Joseph Barnett

Amante de Mary Jane Kelly y,
según sostienen algunos autores,
también su brutal asesino.



Boceto de Marie Jeannette Kelly



Vista lateral del tétrico alojamiento número 13 de Miller's Court.



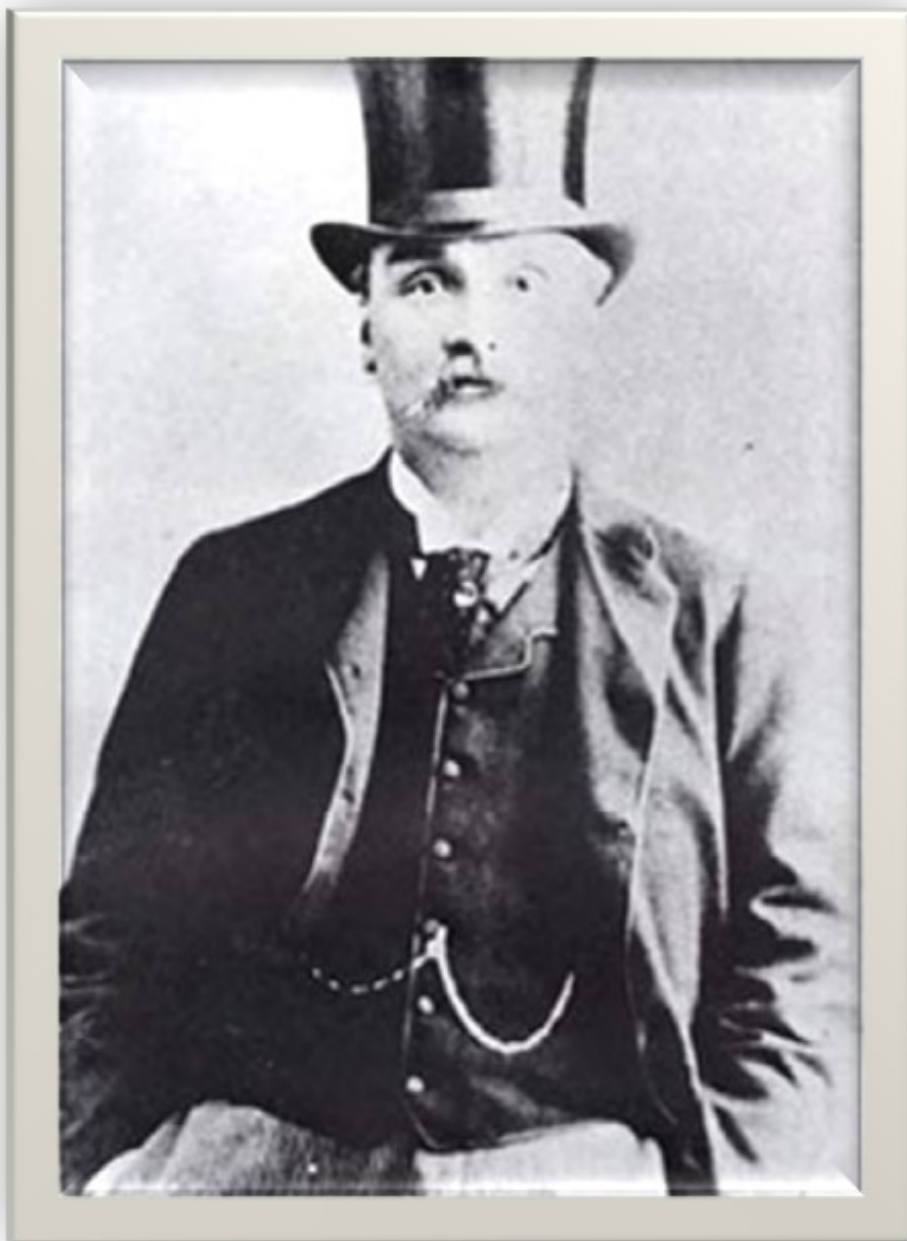
Reproducción artística del **patio interno de Miller's Court** que muestra la entrada y las ventanas laterales de la habitación número 13 rentada por Mary Jane Kelly.



Ginger Kelly en compañía de su peculiar último cliente es observada por el testigo - y sospechoso- **George Hutchinson**.



Bela Kiss: el victimario húngaro luciendo uniforme militar.



Maybrick vestido con la elegancia que el cine imaginó para Jack el Destripador.



Joven y hermosa:
Florence Chandler de Maybrick.



Otra imagen de **“Florie” Maybrick**
¿La esposa infiel responsable de la catástrofe?

CAPÍTULO IV

Jack. El asesino sexual.

William Henry Bury contaba con veintinueve años de edad en el año 1888 y residía en la localidad inglesa de Bow donde convivía con su joven cónyuge Ellen Elliot, con la cual había contraído enlace en el mes de abril de aquel año. El matrimonio vivió en el East End de la capital británica hasta enero de 1889 cuando se mudaron a la ciudad escocesa de Dundee.

El hombre se apersonó en la estación de policía local en horas matinales del 10 de febrero de 1889 pretendiendo que su esposa -la cual ejercía la prostitución- había incurrido en suicidio. Pero las pruebas forenses se mostraron muy decisivas en su contra y bastaron para esclarecer la situación sin dejar la menor sombra de duda.

La cruda realidad consistía en que este individuo había asesinado a la mujer valiéndose de una cuerda que utilizó para estrangularla. Una vez desmayada la remató asestándole certeras puñaladas y, luego de culminada su perversa acción, escondió el cuchillo ensangrentado dentro del hueco de un tronco.

Una notable curiosidad radicó en que sobre la puerta de ingreso del edificio de apartamentos donde moraba el victimario alguien había trazado con letras de color rojo la advertencia:

“Jack el Destripador se oculta detrás de esta puerta”. A su vez, en la pared adyacente a la escalera que conducía al sótano se leía, estampada con tiza, una segunda frase acusatoria:

“Jack el Destripador está en este sótano”.

Algunos datos más objetivos incriminaban al sujeto tornándolo un sospechoso legítimo de haber constituido el tan elusivo depredador de los barrios bajos londinenses. Dentro de tales coincidentes indicios se cuentan los hondos cortes practicados mediante cuchillo, apreciables en la zona abdominal y genital del cadáver de su malograda compañera.

Los médicos forenses intervinientes creyeron percibir marcadas analogías entre esta muerte y las patéticas incisiones ventrales inflingidas a los organismos de las féminas ultimadas por Jack the Ripper. En todas las situaciones, además, las extintas fungían como prostitutas, al igual que lo hacía la desafortunada Ellen.

El tribunal de Dundee encontró al acusado culpable de homicidio especialmente agravado por el vínculo matrimonial. Durante el desarrollo de su proceso penal cuando menos dos detectives de Scotland Yard, se trasladaron hasta aquella ciudad. Su propósito fincaba en determinar eventuales conexiones que pudiesen existir entre la secuencia mortuoria acontecida el pasado año en el Reino Unido con el uxoricidio protagonizado por este individuo.

James Berry, verdugo oficial de Gran Bretaña desde 1884 hasta 1892, estaba convencido de que el encausado también devenía culpable de la comisión de aquellos extraordinarios homicidios irresueltos. Este funcionario se caracterizó por mostrar un obsesivo interés en hallarle solución al arcano de los crímenes acaecidos en el sector Este de la capital británica. Publicó un libro donde dio cuenta de sus recuerdos profesionales y en el cual -curiosamente- sufragó por la abolición de la pena capital. Allí también refirió sus sospechas respecto de Bury. (22)

El emprendedor Berry ajustició a ciento treinta y un condenados, incluidas cinco mujeres, durante los ocho años en que desempeñó su oficio. Era residente de la localidad de Bradford y, aparte de ejercer tan terrible cargo, tenía fama de ser un criminólogo aficionado que recopilaba pormenores relativos a las andanzas de los condenados a los cuales finiquitaba.

(22) Berry, James, *My experiences as an executioner*, reeditado por Editorial Chadwyck-Healett Ltd, Cambridge, Inglaterra, 2001.

En el caso de Bury la insistencia y la presión practicada sobre el penado llegó al extremo de que dicho ejecutor público se apersonó a la celda de aquél, y le extendió una hoja con una confesión previamente redactada pretendiendo que el preso debía firmarla admitiendo su responsabilidad.

No obstante, el reo jamás aceptó la consumación de los decesos atribuidos, ni haber participado en grado alguno en los mismos. Persistiría en proclamar su inocencia, aún cuando cada día que transcurría confinado en la cárcel se volvía más patente que de todos modos lo iban a condenar a perecer en la horca sólo por el homicidio de su esposa. Y así sería como el 24 de abril de 1889 William Henry Bury subió al cadalso de aquella prisión escocesa, donde fue colgado hasta morir en expiación por ese único crimen fehacientemente comprobado.

Días previos a tener cabida su malhadado desenlace y mientras aguardaba su hora terminal encerrado en la cárcel de Dundee, lleno de aparente contrición, el recluso escribió una carta dirigida al reverendo E. J. Gough confesando su plena culpabilidad por la muerte de Ellen. Dicho recaudo se conserva al presente en las oficinas del Archivo Nacional de Escocia.

Muchos años más tarde, esa epístola devendría objeto de concienzudos peritajes grafológicos en los cuales se comparó su caligrafía con la escritura inserta en las misivas que tradicionalmente se endilgaron a la creación del desmembrador del East End -fundamentalmente la misiva recordada como "*Querido Jefe*", y el mensaje con el encabezado "*Desde el Infierno*".

Pero lo cierto fue que no se logró establecer ninguna concordancia significativa entre los documentos peritados. La disimilitud de estilos y caligrafías resultaba tan ostensible, aún a los ojos de los profanos, que sólo cabía concluir que todos los grafismos chequeados pertenecían a la facturación de manos diversas.

William Bury fue un asesino desalmado del cual mucho se sospechó que se había cobrado otras vidas aparte de la de su esposa, aunque no mediaron concluyentes evidencias de esos posibles crímenes. Ciertamente fue también que la policía no se molestó demasiado en recolectar pruebas, pues bastaba con la condena impuesta por el homicidio especialmente agravado contra su cónyuge para conducirlo al cadalso.

La imagen que se transmitió de este hombre lo refleja como un obseso sexual violento. Un tradicional asesino sexual, probablemente un homicida en serie. Vale significar, la clase de individuo al cual se reputó, en tiempos contemporáneos a la masacre del otoño de 1888, como el tipo más probable de responsable.

Dichas aristas, sumadas a las suspicacias que generó el similar modo de operar, y el perfil de víctima cobrada por aquel matador, con la metodología de los crímenes consumados en Whitechapel, conllevaron a que la persona de este oscuro uxoricida fuera asociada con la del Ripper por autores modernos que elaboraron ensayos proponiendo la candidatura de William Henry Bury a la identidad de Jack el Destripador. (23)

Otro notorio delincuente sexual contemporáneo a las matanzas acontecidas en los suburbios de Londres lo conformó Frederick Bailey Deeming. El individuo tenía cuarenta y seis años en 1888, y cargaba ya por entonces con un proficuo historial delictivo. Sin embargo, sus asesinatos más espantosos, aquellos por los cuales sería sombríamente recordado, no habrían tenido efecto aún por esas fechas, a menos -obviamente- que él en verdad hubiese sido Jack el Destripador, como algunas tendenciosas versiones pretendieron.

Este hombre finiquitó a su esposa y a sus cuatro hijos en la localidad inglesa de Rainhill, Liverpool, en el devenir del año 1891, y victimó a su segunda cónyuge al año entrante en la ciudad de Melbourne, Australia.

Se lo relacionó con las fechorías del mutilador de meretrices victoriano a raíz de un reportaje editado en *The Pall Mall Gazette* del 8 de abril de 1892, donde se aseguraba que gran cantidad de cartas se habían recepcionado en las oficinas de Scotland Yard denunciando a Deeming de ser el múltiple ultimador de los barrios bajos londinenses. En dichos textos se describía, con coloridos pormenores, cómo el sujeto habría sido observado, por varios testigos, merodeando en el distrito los días cuando sobrevinieron las espantosas muertes.

En general, la policía no otorgó crédito a tales habladurías, aunque no dejaron de ventilarse llamativas anécdotas. Entre ellas, una donde se cuenta que James Berry, el verdugo que también acusó de idéntico cargo a William Bury, insistió en sostener que la culpabilidad de Frederick Deeming abarcaba igualmente a los crímenes del Destripador, y que momentos previos a su ejecución el condenado le confesó su responsabilidad suministrando detalles atinentes a los casos *“que únicamente los podía conocer el auténtico criminal”*.

El sospechoso devenía oriundo del poblado de Birkenhead, Gran Bretaña, y había nacido alrededor de los años 1853 o 1854 en el seno de una familia de clase media de la cual el descarriado Fred pronto se transformó en la oveja negra.

Siendo adolescente abandonó su casa paterna para ingresar al mundo de la marinería, y ya desde muy temprana edad dio pábulo a un espíritu aventurero inclinado a la violencia y la ilegalidad. Asimismo, llamó la atención por su manía de utilizar diversos alias, tales como Druin, Lawson, Williams, Robinson y Duncan, entre otros. Cuando dejó el oficio de marinero pasó a trabajar como lampista, y de aquella época data su matrimonio con Marie, una humilde muchacha de su pueblo natal que procrearía cuatro hijos de su futuro asesino.

En el mes de julio de 1891 Frederick llevó a su familia a residir a la localidad de Rainhill, situada al Este de la pujante ciudad portuaria de Liverpool. Alquiló un espacioso chalet bautizado “Villa Dinham”, pretextando que contrataba en calidad de mandatario de un supuesto Coronel Brooks, y le encargó a un grupo de albañiles la reforma de esa vivienda, mientras tanto él se hospedaba junto con su esposa y sus hijos en un hotel cercano.

Aprovechando que hacía pasar a su cónyuge como si fuera su hermana, se dedicó a cortejar a una chica nativa de ese lugar de nombre Emily Mather. Los obreros de la construcción que cubrieron con cemento el suelo original de la lujosa mansión se convirtieron, sin saberlo, en ayudantes del escabroso plan urdido por el matador, quien por aquellos días ya había llevado a término el asesinato de su mujer y de sus cuatro vástagos enterrando allí debajo los cuerpos.

Al serle entregada la vivienda con el trabajo finalizado, el feliz y flamante ocupante invitó a los vecinos a participar de una fiesta en cuyo transcurso entonó alegres canciones marineras y practicó un baile, danzando enérgicamente sobre el piso de cemento bajo el cual yacían los desmembrados restos de su familia.

El 22 de setiembre de 1891 el viudo homicida contrajo nupcias con la joven Emily en la Iglesia de St. Anne, en Rainhill y, a los pocos días, la novel pareja emprendió viaje rumbo a Australia a bordo del vapor Kaiser Wilhelm II, donde se hacían conocer como Mr Williams y señora.

El continente australiano devendría escenario de las nuevas fechorías mortales que muy pronto iría a protagonizar el psicópata Frederick Bailey Deeming. Arribó a Melbourne en compañía de su flamante cónyuge en el correr del mes de diciembre de 1891 y, durante breve lapso, alquilaron una finca sita en el número 57 de la calle Andrew de aquella ciudad australiana.

Escaso tiempo más tarde, el ex marinero -en ese momento valiéndose del seudónimo Mr Druin- abandonó dicho alojamiento sin ofrecer mayores explicaciones a su locador, por lo cual éste se abocó a conseguir un nuevo inquilino. Durante la inspección de rutina un interesado en arrendar se quejó ante el dueño por el mal olor proveniente de la chimenea del inmueble. Un examen más meticuloso demostró que la losa del piso había sido removida. Bajo la misma yacía sepultado el cuerpo, en avanzado estado de descomposición, de Emily Mather.

La autopsia reveló que la fémina había sufrido un ataque sexual sin consumación carnal, así como una violenta golpiza previa a su óbito. En el cadáver fueron detectados profundos cortes sobre la región genital practicados, de acuerdo se comprobó, después de sobrevenido el fallecimiento de la agredida. A partir de ese macabro hallazgo, Frederick Bayley Deeming se convirtió en un fugitivo de la justicia. Se rastrearon sus anteriores pasos hasta descubrir que también había ultimado a su primera esposa y a sus hijos en Gran Bretaña.

Finalmente, el 11 de marzo de 1892, el prófugo -que por ese entonces se hacía llamar Mr Williams- resultó apresado por la policía de Rainhill, cuando su nombre y sus siniestras hazañas habían adquirido pública notoriedad, y ya no podrá eludir la pena de muerte.

De cualquier forma, este sujeto parecería haber representado en la historia de Jack el Destripador nada más que otro de aquellos sospechosos por conveniencia. Se trataba, no cabe dudarlo, de un gran malvado caracterizado por facetas demenciales o, cuando menos, por hacer gala de un comportamiento sumamente peligroso y extravagante. Los individuos de esta calaña suelen volverse acreedores de componer una lista de “los sospechosos de siempre” debido al desenfrenado grado de vesania que alcanzan sus delirantes actos criminales.

La potente divulgación mediática que a las barbaridades perpetradas por esta clase de delincuentes se concede determina que tales homicidas se conviertan en cómodas opciones para ser propuestos como culpables de la realización de aquellos ilícitos que se mantienen sin solucionar en los archivos policiales.

Los horrores de Whitechapel conformaron la secuencia de crímenes violentos sin solucionar más notable de la historia delictiva mundial. Y Frederick Bayley Deeming mató en un tiempo cercano a cuando se verificaron las atrocidades en el Londres de la Reina Victoria, en tanto se sabe que estuvo presente en Inglaterra por fechas próximas al fatídico otoño de 1888, y que retornó a ese país escaso tiempo más adelante.

Por todo esto, aquél a quien la prensa británica -y también la australiana - motejara con el alias del “Asesino loco”, se ganó por mérito propio un espacio dentro de la galería de monstruos dignos de instalarse en el podio reservado al auténtico y esquivo Destripador.

Pero los datos históricamente registrados militan en contra de la posibilidad que Deeming y Jack constituyesen la misma persona. En particular, un detective que persiguió a este delincuente ofreció un reporte según el cual nuestro hombre se hallaba presente en Sudáfrica durante el período de los homicidios del East End, pues había incurrido en la comisión de múltiples fraudes en perjuicio de ciudadanos sudafricanos por esos días.

Esta información, adicionada al hecho de que este victimario no concretó sus barrabasadas a través del mismo *modus operandi* utilizado por el Destripador, y a la consideración de que incursionó en otras áreas delictivas como el timo y los fraudes -las cuales se alejan radicalmente del perfil criminal que los especialistas diseñaran para la figura del Ripper- abona la conclusión de que Frederick Bayley Deeming no fue el mutilador victoriano, aunque una máscara basada en su poco agraciada cara luzca en el Museo Negro de Scotland Yard, y más allá de que aún hoy persista el rumor de que la misma efectivamente refleja el rostro del tristemente célebre psicópata.

Tanto William Henry Bury cuanto Frederick Bailey Deeming encuadran dentro de un esquema que los tornaba sospechosos naturales a fines del siglo XIX. Ambos detentaban en común su condición de asesinos sexuales.

En el caso de Deeming no cabe vacilar que se trató de un homicida secuencial, extremo que no pudo establecerse a ciencia cierta en las circunstancias de Bury. No obstante, los dos condenados compartieron patrones conductuales análogos en cuanto atañe al sadismo y a la insanía que peculiarizaron a sus crímenes. En particular, devino semejante la resonancia perversamente erótica que impregnó al uxoricidio perpetrado por Bury con las muertes de mujeres provocadas por Deeming.

En las dos situaciones mediaron cortes a cuchillo inflingidos sobre las regiones abdominales y genitales de los cadáveres femeninos. En ninguna de ambas emergencias se pudo establecer que mediase conexión sexual, aunque sí se notaba un cruel ensañamiento *post mórtem* que hacía recordar a los desaguizados inferidos por el degollador de los tiempos de la Reina Victoria.

En cuanto a William Bury quedó acreditado que estranguló a Ellen hasta hacerle perder la conciencia. Después la remató rebanándole el cuello y le asestó puñaladas en la región genital una vez fallecida.

A su turno, las autopsias practicadas sobre los descompuestos cadáveres de las esposas de Frederick Deeming no permitieron determinar el mecanismo a través del cual se les dio muerte, pero igualmente es factible que este uxoricida se valiera de la estrangulación previa y, en tal supuesto, se operaría otra concordancia con los asesinatos consumados en Whitechapel.

En fin, estos detalles relativos al *modus operandi* ultimador empleado por estos malvados contribuyeron a que fueran considerados alternativas seductoras de que tras de sí se ocultase la identidad del nunca desenmascarado aniquilador de prostitutas.

A su vez, como ambos victimarios expiaron sus culpas pereciendo en la horca, si uno de ellos hubiese sido el desconocido culpable de aquellos óbitos se habría hecho finalmente justicia, y esa sensación de que la sociedad agredida se había tomado su justa revancha constituía una idea reconfortante y tranquilizadora para el ciudadano inglés medio. Los victorianos intuían que esas barbaries estaban inspiradas en un ansia sexual irrefrenable, que eran los delitos de un perturbado que odiaba y, al mismo tiempo, deseaba a las mujeres y, dado que no podía obtenerlas, las mataba brutalmente.

Pues sucede que la imagen que el público de aquella época se había formado acerca del criminal no difería mucho de la que seguidamente se transcribe:

“...Este mismo esquema lo encontramos en la mayoría de los grandes crímenes sexuales del siglo XX. Un hombre tímido o nervioso que padece períodos depresivos. Cavila acerca del sexo hasta que el pensamiento de la violación llega a obsesionarle. Los crímenes vienen luego; cada uno de ellos seguido por un, cada vez más profundo, período de depresión. Al final el mismo provoca su detención o se suicida.

Todos estos casos tienen un poderoso elemento ilógico, de manera que una persona normal y equilibrada sólo encuentra explicación en la locura. Pero no es locura, es solamente “magia”, la confusión de un hombre que lanza una piedra contra un espejismo...” (24).

También la policía de entonces creyó que el salvaje degollador asesinaba impelido por el ardor carnal. Posiblemente el jerarca policial que más claramente manifestó tal convicción fue Edmund Reid, Inspector de Scotland Yard, quien expuso tal parecer en reportajes contemporáneos a los crímenes.

La obsesión por ejercer el control absoluto sobre la mujer agredida llevada al grado del homicidio abre las puertas a imaginarnos la figura del criminal como la de un matador sexópata, y en este aspecto sintonizan las opiniones de modernos y enjundiosos criminólogos.

La extracción de órganos reproductivos a los cadáveres, tales como el útero y porciones de la vagina, encierra una connotación sexológica demasiado palpable y chocante para pasarla por alto. No obstante, permanece firme el dato de la ausencia de fluidos seminales en los cadáveres. La posibilidad de concreción de coito entre el victimario y sus víctimas quedó desechada por las autopsias, y en ese tópico estuvieron contestes todos los facultativos forenses que intervinieron.

¿Era impotente Jack el Destripador? ¿Utilizaba su cuchillo a manera de sustituto de una maltrecha virilidad? ¿Sufría de “piquerismo”? o sea, necesidad de hacer manar sangre para obtener alivio genital.

Así suponen que era el asesino, y que por tales enfermizas razones mataba, de acuerdo propusieron connotados expertos. En efecto:

“...Los asesinatos de Jack el Destripador, aunque no incluían el coito, eran también sexuales, puesto que el arma homicida era un cuchillo y la acometida con el cuchillo en el cuerpo sustituía a la acometida del pene... a esta práctica de recurrir a tales sustitutos la denominé “necrofilia regresiva”, término que ha sido aceptado en los círculos profesionales de criminología... La satisfacción personal para Jack el Destripador (y para otros de su índole) se producía al ver derramarse la sangre de su víctima. En el caso de Jack hubo signos aún más evidentes de que los crímenes eran sexuales, pues a varias de sus víctimas les extrajo el útero...” (25)

Hombres sexualmente impotentes en su vida cotidiana alcanzaron su desahogo erótico por conducto de la agresión violenta y, en especial, mediante el ataque con armas que provocaban heridas sangrantes a las mujeres con las cuales pretendían intimar a la fuerza. No siempre las ofensas desembocaban en la muerte. Pero el trastornado necesitaba más y más, e inevitablemente uno de sus avances precipitaba el desenlace fatal.

Sombríos ejemplos de tan enfermo accionar han abundado. Quizás el más escalofriante y mediático de estos casos registrado en tiempos recientes lo configuró el de un sujeto gris y mediocre que pasaba desapercibido para su entorno, y a quien sus hábitos extravagantes lo tornaban objeto de la burla de sus compañeros de trabajo.

Se trató de un delincuente ruso -de la época cuando aún existía la Unión Soviética- al cual se le atribuyeron nada menos que cincuenta y tres crímenes, siendo posible localizar los cadáveres de cincuenta y dos de sus víctimas y por ese número de homicidios fue juzgado y condenado a muerte. Aunque cincuenta y dos defunciones acreditadas de forma indiscutible no representan el record máximo en la materia constituye, sin género de dudas, una terrible carta de presentación que le garantiza a este engendro un sitio prominente dentro de los anales del crimen mundial.

Andrei Romanovich Chikatilo nació el 16 de octubre del año 1936 en Ucrania, estado integrante de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Hallado culpable por la antes citada cifra de homicidios y -también en algunos de los casos- por el conexo delito de violación fue condenado a muerte y, finalmente, ejecutado mediante un tiro en la nuca en el año 1994. Se trataba de un hombre de familia en apariencia normal, casado y con dos hijas.

Su primer crimen lo cometió en 1978 cuando ya contaba con más de cuarenta años. Su víctima sería aquí una niña a la cual quiso violar, pero su natural impotencia se lo impidió, encontrando en el apuñalamiento y en la visión de la sangre el único desahogo posible a sus perversos instintos. Otro sujeto que contaba con antecedentes por un anterior homicidio - Alexander Kravchenko- resultó condenado a muerte en su lugar, y debido a ese lastimoso error el verdadero criminal pudo burlar a la justicia ya en su primer crimen. Los seguiría consumando hasta alcanzar a perpetrar, como hemos visto, cincuenta y tres horribles asesinatos.

Las obvias carencias del sistema penal y policial soviéticos dieron alas al depravado, quien durante largo período creyó que podía salir impune. El ultimador fue varias veces considerado como sospechoso e indagado, pero más de una vez lograría zafar gracias a una circunstancia casi increíble. La policía buscaba a un homicida con determinado grupo sanguíneo, en atención al tipo de semen que los forenses habían detectado en los cuerpos de las víctimas, y este hombre constituía uno de esos rarísimos casos –literalmente uno en un millón- en donde no concordaba el grupo sanguíneo con el grupo de su esperma.

Como lo usual era obtener una muestra de sangre del sospechoso, para establecer cuál era su grupo, y cotejarla con el esperma del asesino, al no casar ambas muestras el individuo era dejado en libertad. Su suerte cambió cuando un día -tras otra de sus muy reiteradas detenciones debidas a que lo pescaban merodeando cerca del escenario de los crímenes- a un avisado detective se le ocurrió que para mayor seguridad debía extraérsele una muestra seminal.

Una vez practicado dicho examen, y con gran asombro de la policía, se comprobó que el grupo de su sangre y el de su esperma eran diferentes. Su semen efectivamente coincidía con el hallado en los cadáveres de las víctimas. La pieza que faltaba para incriminar a Andrei Chikatilo al fin se había conseguido y el rompecabezas había sido completado.

Esta persona -contra lo que podría creerse- no era un demente declarado, ni mucho menos, sino que aparentaba ser un ciudadano modelo. Al contrario de lo que podría esperarse de un marginal desorientado llevaba una vida clásica, pues era miembro del entonces dominante Partido Comunista soviético y había sido maestro en varios liceos y escuelas –aunque de algunos lo expulsaron por conducta indecorosa hacia sus alumnos-, y luego fungiría en calidad de gerente en más de una fábrica.

Precisamente, su trabajo le permitía recorrer a las órdenes de sus patronos el inmenso país. Y fue durante sus paradas —especialmente en la ciudad de Rostov, lo cual le valió el mote de “Carnicero de Rostov”—, mientras aguardaba la salida de los trenes para retornar al calor de su hogar, donde se dedicaba a seducir con algo de dinero o mediante la oferta de darles comida en su “*dacha*” —casa de campo soviética— a prostitutas, vagabundos, e incluso niños, a los cuales ultimaba con inaudita saña en los bosques y descampados de Rostov y de otras localidades.

Conforme demostró a los pesquisas a través de muñecos, durante las reconstrucciones judiciales de sus homicidios, su método a la hora de finalizar seguía un patrón regular, pues siempre blandía el cuchillo con su mano izquierda y se conservaba a prudente distancia del objeto de su agresión a fin de evitar mancharse con la sangre. Sin embargo, el depredador modificaba sus tácticas de abordaje letal de acuerdo con el perfil de víctima que en cada ocasión escogía.

Si se trataba de infantes, el asesino tenía para ellos tentaciones en formas de chicles, dulces, o ficticios obsequios de sellos, videocasetes o comidas que les proporcionaría en su imaginaria *dacha*, la cual siempre quedaba en la otra punta del camino del bosque que debían atravesar para llegar hasta ella. Como el criminal había realizado cursos de educación a nivel universitario, y trabajó con menores durante muchos años, disponía de la experiencia precisa para saber qué debía prometerles a éstos y cómo hacer creíbles tales promesas.

Si, por el contrario, la presa que elegía era una mujer de floja moralidad o una meretriz, en tal caso el victimario le ofrecía alcohol o dinero a fin de que lo acompañase a un lugar apartado para mantener relaciones sexuales.

Al igual que Jack el Destripador observaba el hábito de extraer órganos de las presas humanas a las cuales ferozmente acuchillaba. Y ocurrió que en su espectacular proceso penal el depredador confesó que consumía esas partes anatómicas, cumpliendo de esa manera con un extraño y místico ritual.

Asimismo, este sanguinario ejecutor puede ser asociado con el Ripper británico por el hecho de que, a la hora de acometer sus atentados, los cuchillos constituían su exclusiva arma mortal. Fueron localizados una terrorífica serie de éstos al requisarse su vivienda. Por lo que su comportamiento en este punto nos recuerda también aquí los ecos de la conducta del ultimador victoriano, quien en una de sus posibles cartas se lamentaba de haber extraviado uno de sus “bonitos” cuchillos durante el curso de sus fatídicas incursiones.

Retornando al caso de Jack the Ripper, y acorde con la línea de pensamiento que conceptúa a la motivación sexual como razón básica de sus crímenes, los ripperólogos Colin Wilson y Robin Odell abundan:

“...el asesino sexual parece experimentar el impulso irresistible de seguir hasta que lo atrapen. A menudo, los crímenes se llevan a cabo a intervalos cada vez más cortos, y se vuelven más y más violentos. En este aspecto, Jack el Destripador es típico. Cuando lo interrumpieron durante el asesinato de Elizabeth Stride, huyó y encontró otra víctima; no se sintió satisfecho hasta no haberla dejado con las mutilaciones típicas... No obstante, cuando lo comparamos con crímenes sexuales posteriores, surge una diferencia obvia e inmediata. En casi todos los asesinatos posteriores hubo acto sexual o intento de practicarlo. Pero, que nosotros sepamos, la única motivación del Destripador consistía en destripar a sus víctimas... Es por ello que sus contemporáneos tendían a considerarlos como crímenes de venganza, de un hombre que tenía odio a las putas’. Y si bien es concebible que tuviese ‘tirria a las putas’, tal vez porque una de ellas le contagiara una enfermedad venérea, es evidente, por las mutilaciones, que lo empujaba una obsesiva fiebre sexual...” (26)

Por su parte, las feministas tradicionalmente han elevado sus protestas por la industria fabricada en torno a los añejos crímenes de los suburbios londinenses, y a la fantasmagórica figura del homicida serial Jack el Destripador, a quien reputan como un símbolo de la violencia masculina ejercida en perjuicio de las mujeres. Coherentes con tales ideas, han puesto de relieve la perversidad sexual que impregnó a aquellos crueles sucesos.

(26) Wilson, Colin y Odell, Robin, Jack el Destripador: recapitulación y veredicto, traducción de Cristina Pagés, Editorial Planeta, Barcelona, España, 1989, pags. 26, 307, 303 y 304.

A modo de ejemplo de tal postura, la ensayista Deborah Cameron en su artículo interrogativamente designado: “¿Eso es entretenimiento? Jack el Destripador y la venta de la violencia sexual”, no esconde su indignación:

“...una industria cultural fundada en “Jack”. Desde hace muchos años, el Destripador ha sido parte de lo que la gente considera una “herencia nacional”. Él es un símbolo del desaparecido Londres victoriano, un East End idealizado de calles de adoquines e iluminación a gas. Esta versión de la historia hace ver al Destripador como una atracción turística y una fuente de orgullo local. Aparece en todos los museos de cera del país, en Londres se encuentra en una docena de formas diferentes...Jack el destripador ha sido santificado a conciencia, lo han convertido en un héroe popular como Robin Hood. Su historia se ofrece como una diversión inocua. Sólo a un aguafiestas simplón se le ocurriría decir que se trata de una historia de misoginia y sadismo...” (27)

Y ocurre que este sesgo -esa suerte de apología inconciente hacia la violencia contra la mujer- en efecto ha existido. Se halla contenido, en particular, en los textos y en los artículos periodísticos que originariamente versaron sobre esos despiadados homicidios.

Tal fenómeno devino glosado en páginas de literatura sexológica reciente y acerca del mismo se ha hecho constar:

“...En el siglo XIX apareció una epidemia de destripadores y acuchilladores que en su versión de sadismo sexual se vería estimulada sexualmente al infligir la herida o con la visión de la sangre y llegarían al orgasmo al apuñalar repetidamente a la víctima o al destriparla. Jack el Destripador es uno de los más famosos en ese sentido y se distingue de los demás por el hecho de que ha sabido ganarse el favor del público, que ve en él una cierta gracia redentora y mucho ingenio, dándose por sentado que sus víctimas merecían la muerte (todas eran “damas de virtud fácil”) y está rodeado de un cierto encanto de héroe romántico...” (28)

(27) Cameron, Deborah, *Feminicidio. La política del asesinato de las mujeres*, Ediciones del centro de investigaciones interdisciplinarias en ciencias y humanidades, Universidad Autónoma de México, México, 2006, pag. 362.

(28) Montejo González, Ángel Luis, *Sexualidad y salud sexual*, Editorial Glosa S.L, Madrid, España, 2006, pag. 262

Aunque en el siglo XIX no eran frecuentes los asesinatos múltiples inspirados en un propósito sexual, éstos proliferaron a lo largo de la centuria siguiente. En la tierra del Destripador tal vez el caso más representativo fue protagonizado por un británico de mediana edad que parecía el paradigma del correcto ciudadano y amable vecino.

John Reginald Christie aparentaba ser un típico caballero inglés. Era taciturno, trabajador, meticulado, muy educado, y estaba formalmente casado. Pero su decorosa fachada escondía una personalidad siniestra y estrechecedora.

Llegaba a su fin el mes de marzo del año 1953 y el flamante arrendatario de un edificio londinense sito en Rillington Place se hallaba enfrascado en las reformas necesarias para volver confortable el apartamento que tres días antes le fuera entregado sucio y sumido en completo desorden. El bajo precio del arriendo se compensaba con las mejoras que el inquilino se comprometía a efectuar. Sin embargo, la tarea le venía resultando más ardua de lo imaginado.

Se propuso hacer unos orificios para fijar clavos sobre la pared de la cocina con el propósito de empotrar allí una alacena. Martillo y cincel en mano se volcó a la tarea. Al primer golpe el falso muro cedió dejando al descubierto un amplio boquete. En lugar de una superficie sólida había un hueco oculto tras un empapelado. Fastidiado por lo que creyó era una torpe treta del dueño para hacerle creer que la finca no estaba tan desastrosa, arrancó de un tirón el papel para ver lo que había del otro lado.

Estaba muy oscuro, por lo que se valió de una linterna con cuyo haz lumínico enfocó un extraño bulto envuelto en una sábana. El aterrado inquilino no necesitó siquiera descorrer la tela para adivinar lo que contenía su interior. Su olfato agredido por el fétido olor que de allí procedía lo delataba a las claras. Era el cadáver de una mujer fallecida mediante estrangulamiento. Pero no había uno sólo. Atrás de éste yacían otros dos cuerpos femeninos finiquitados a través de idéntico procedimiento.

En un registro posterior se detectaron -aparte de los tres cadáveres del hueco de la cocina- otros dos cuerpos sepultados en el jardín y el cadáver de la esposa del anterior ocupante. Puestos a investigar, los policías supieron que aquel individuo había participado en un proceso penal de ribetes sensacionales, aunque no en condición de acusado sino como testigo. Y es que el hombre al cual en ese juicio se condenó a muerte lo sindicó de haber sido el auténtico responsable de los crímenes que en aquella corte se juzgaban

El individuo en cuestión era John Reginald Christie y había nacido el 8 de abril de 1898 en la ciudad de Halifax, Inglaterra. Su infancia, a diferencia de la vivida por otros homicidas seriales, fue normal y -hasta podría decirse- feliz. Su padre era severo pero responsable, y el pequeño se crió bajo el cuidado de una madre que lo adoraba y de seis hermanos con quienes mantenía una armoniosa convivencia en el seno de un hogar donde se inculcaba a los niños nobles valores.

Fue un buen estudiante y en su adolescencia se alistó en los “Boy Scout”. De esta época surgen sus primeros problemas, pues resulta objeto de burlas a cargo de sus compañeros cuando se descubre que es sexualmente impotente.

A sus diecisiete años incurrió en su primer delito. Fue sorprendido robando dinero mientras trabajaba como oficinista para la gendarmería local. Luego de ese incidente su progenitor lo expulsó del hogar. A los dieciocho años es reclutado para luchar en la Primera Guerra Mundial donde deviene herido en combate por un ataque alemán con gas mostaza, tras lo cual el gobierno británico le asignó una pensión por invalidez parcial.

En mayo de 1920 contrae enlace con Ethel Waddington. Después, sus actividades delictivas lo hacen acreedor a sufrir estadías en la cárcel por períodos breves. Insiste en el delito, y la comisión de reiteradas estafas y hurtos de dinero determinan que en el año 1924 deba purgar varios meses de reclusión.

No se regenera sino que continúa delinquiendo. Avergonzada por la conducta de su marido su cónyuge lo abandona en 1929. Desde la prisión le escribe a su mujer rogándole que regrese asegurando que en adelante cambiará de vida. Ella acepta y se reanuda la convivencia al salir el hombre de la cárcel.

En 1938, con cuarenta años, se muda junto con su pareja al edificio emplazado en el número 10 de Rillington Place. A partir de 1939, y valiéndose de sus antiguos contactos en el ejército, consigue un cargo como policía especial. En agosto de 1943, mientras indagaba un caso de robo contacta a su víctima primeriza, Ruth Fuerst, prostituta de diecisiete años.

Aprovechando la ausencia de Ethel invita a la chica a su finca y, luego de beber el té, se abalanza sobre ella estrangulándola. La deja inconsciente y la viola antes de finiquitarla. Una vez perpetrada la mortal agresión entierra el cadáver en el jardín trasero. A términos de ese año renuncia a su puesto en la policía y comienza a trabajar para los Ultra Works, al Oeste de Londres.

En ese ámbito laboral traba amistad con una compañera de tareas de nombre Muriel Eady, joven de treinta y un años. La mujer le menciona que padece un intenso catarro, ante lo cual John afirma comedidamente que puede curarla muy rápido gracias a sus conocimientos médicos adquiridos durante la guerra. La desprevenida muchacha acude al número 10 de Rillington Place para recibir el tratamiento prometido. Su compañero le muestra un tarro de cristal con tapa metálica que fabricó a tal fin. El artefacto tiene dos agujeros por donde salen sendos tubos de goma, uno conectado al conducto de gas y el otro fijado a la mascarilla por la cual la víctima debía inhalar.

Confiada en la eficacia del remedio para curar su catarro la chica inspiró profundamente. Cuando advirtió que ingresaba a sus pulmones un gas venenoso ya estaba atontada, estado del cual se prevalece el asesino quien la estrangula y abusa de ella.

Tras la violación, asesina a la ultrajada y sepulta su inerte cuerpo en el jardín. Una vez consumado este crimen el homicida se toma un descanso de cinco años sin volver a matar.

En marzo de 1948 la pareja formada por Timothy y Beryl Evans se traslada a uno de los apartamentos situados en el edificio del número diez de Rillington Place. Con ellos traen a Geraldine, su pequeña infante de algo más de un año. El joven matrimonio mantenía amistosas relaciones con su macabro vecino y con su esposa Ethel, la cual adoraba a la niña. En 1949 Beryl queda embarazada, pero no desea concebir otra criatura pues los ingresos de su cónyuge son muy magros. Preocupados le comentan su problema a John, quien solícito se ofrece a practicarle un aborto a la chica persuadiéndolos de que puede realizarlo con discreción en la propia casa.

Al atardecer del 8 de noviembre de 1949, cuando Evans regresa de su trabajo, lo aguarda la terrible noticia de que su esposa no ha sobrevivido a la operación. Como es fácil de entender, el viudo queda en estado de shock y no sabe que camino seguir. El aborto es ilegal en el Reino Unido y le aguarda una prolongada estadía en prisión como castigo por su complicidad.

El criminal se vale de esa turbación para aconsejarle esconder el cuerpo. El desdichado marido acepta la propuesta convirtiéndose de ese modo en cómplice de homicidio. Su falso amigo le sugiere que debe alejarse de la capital por un período hasta que pase el peligro. Entre tanto él se encargará de dar a la niña en adopción.

Aunque Timothy se marcha de la ciudad, corroído por su conciencia se entrega al día siguiente en una comisaría confesando haber matado a su esposa. Si bien este hombre era de muy pobre coeficiente intelectual, y estaba bajo la influencia del verdadero asesino, hasta ahora aún no se explica por qué se inculpó formulando esa lapidaria declaración.

Tras un registro policial practicado en el apartamento de los Evans se localizó el cadáver de Beryl bajo el fregadero, cubierto por una manta. Estaba vestida, y anudada en torno a su cuello portaba la corbata con la cual se la sofocara hasta morir. A su vera yacía el cuerpecito, también estrangulado, de su hijita Geraldine. El confeso Evans es conducido a Londres el 2 de diciembre donde se lo imputa por la fiscalía de doble homicidio particularmente agravado por el vínculo familiar.

Desesperado, al advertir el peligroso cariz que tomaban los acontecimientos, decide confesar la realidad y acusa a su vecino de haber sido el matador de su mujer y de su hija e, igualmente, de constituir el único responsable del aborto fallido.

En la causa criminal se corroboró que John Reginald había servido a Gran Bretaña como soldado, y que luego lo hizo en calidad de agente especial en la policía. Estos méritos, aunados a su porte serio y honesto, le ganaron la simpatía del jurado, a pesar de saberse que años atrás tuvo dificultades con la ley por cometer hurtos.

El fiscal se ensaña con Evans y pondera a Christie argumentando que no parece lógico enlodar a un digno ciudadano sólo porque en su pasado afrontó algunos problemas menores con la justicia, cuando resulta muy claro quién fue el responsable de los crímenes, e insiste que el reo, con su tardía acusación contra su recto vecino, únicamente buscaba salvar el pellejo.

Al declarar en los estrados el victimario se mostró muy hábil representando el papel de persona correcta y ciudadano intachable. Además de negar su participación en el trabajo abortivo que se le atribuyera, recordó que el acusado maltrataba a su esposa y que ese matrimonio peleaba de forma continua. Pese a que sus afirmaciones constituían groseras mentiras la débil posición en que se hallaba Timothy las hizo creíbles.

Tras apenas media hora de deliberación el jurado emitió su veredicto dictaminando que se debía aplicar al imputado la pena capital como responsable del doble asesinato. El condenado murió en la horca el 9 de mayo de 1950, a despecho de sus reiteradas súplicas y alegaciones de inocencia.

El ultimador se había salvado casi de milagro, pero no por ello se asustó sino que prosiguió por la senda del crimen volviendo raudo a las andadas. Aunque los agentes chequearon en dos ocasiones la finca que habitaba en el fatídico edificio sin duda no examinaron con detenimiento el jardín donde estaban esparcidos -chapuceramente enterrados- despojos de las mujeres asesinadas a manos del psicópata. Si hubiesen revisado concienzudamente habrían tenido poca o ninguna dificultad para percibir que desde la tierra sobresalía el hueso de una clavícula. Pertenecía al cadáver de Muriel Eady.

El 14 de diciembre de 1952 Ethel se despierta afectada por un virulento acceso de tos y convulsiones. Su marido finge atenderla pero, en vez de ello, aprieta su cuello hasta matarla. Al ser apresado declararía haberla eliminado como un acto de caridad para aliviarle sus dolores. Deposita el cuerpo sobre la cama y duerme con él durante varias noches hasta que, al percatarse del hediondo olor que el mismo exhala, se decide a sepultarlo bajo las tablas del piso de la habitación matrimonial.

Inmerso en plena ruina moral y económica el sexópata vende todo su mobiliario para solventarse. También le remite cartas a los parientes de su cónyuge pretextando que ésta no puede escribirles por sí misma porque guarda reposo aquejada de una fuerte gripe. Después, para apaciguar la insistencia de dichos familiares, aduce que la mujer partió imprevistamente de viaje.

Entre la fecha del homicidio de su esposa y su detención, acaecida en el mes de marzo de 1953, Christie deambula sin rumbo fijo por Londres y atrae hasta su casa a otras tres mujeres que devendrían sus últimas presas humanas.

Kathleen Maloney, meretriz de veintiséis años, a la cual conoció en un pub, perece tras ser gaseada, violada y estrangulada por el sádico el 3 de enero de 1953. Rita Nelson, prostituta pelirroja de veinticinco años, cae bajo la violencia del criminal mediante igual procedimiento el 12 de enero. Cumpliendo con el mismo ceremonial de aplicar gas, violar y estrangular, el 6 de marzo asesina a Hectorina McLenna de veintiséis años, una vagabunda a quien contactó en un café y a la que ofreció alojamiento y comida. Todos estos cadáveres los ocultó dentro del hueco que practicó en la pared de su cocina, el cual posteriormente selló con empapelado.

El 21 de marzo de aquel año abandona el inmueble y, cada vez más desorientado, vagabundea por la capital inglesa. Duerme en albergues para indigentes y sobre bancos de parques públicos. Diez días más tarde la policía lo arresta mientras -dando palpables signos de trastorno psíquico- miraba con intenciones presuntamente suicidas desde la barandilla del puente Putney.

Con respecto al derrumbe que fue experimentando la mente de este depredador sexual, se ha dicho:

“...Christie se vio perdido en una especie de laberinto. Sus primeros crímenes, el de Ruth Fuerst y el de Muriel Eady, fueron cuidadosamente planeados; las mujeres fueron invitadas a la casa cuando su esposa se hallaba ausente, las mató y las enterró en el jardín. Ninguna sospecha recayó sobre Christie... La muerte de Beryl Evans fue menos premeditada, pero, en fin de cuentas, Christie demostró su astucia y su cautela. Durante el juicio contra Evans se comportó como un testigo frío y competente. Uno de sus abogados escribió: ‘Christie tenía el aspecto de una persona respetable y sincera’. Sin embargo, los crímenes cometidos en 1953 mostraron muy poca cautela y menos habilidad... había llegado el momento en que las precauciones eran innecesarias; Christie se hallaba bajando la pendiente como Sade, impulsado por una obsesión que convertía su vida en un desierto. Su deseo de destrucción era igualmente un deseo de autodestrucción...” (29)

(29) Los asesinos, pags 87 y 88.

Lo someten a proceso ante la misma corte judicial que tres años antes mandó a la muerte a Timothy Evans. El detenido admitió la comisión de siete asesinatos distribuidos entre los años 1943 a 1953. Negó haber victimado a la niña Geraldine, crimen que sólo le confesó a su abogado, según contaría éste una vez eximido de la carga del secreto profesional. Al cuarto día del juicio el jurado se retiró a deliberar durante una hora y media, al cabo de la cual sus miembros volvieron trayendo un veredicto unánime de culpabilidad.

Fue condenado a expirar en la horca por sentencia que se cumplió el 15 de julio de 1953. Transcurrida más de una década de ese suceso los tribunales británicos exculparon en forma póstuma a Timothy Evans. El patético calvario padecido por aquel inocente se convirtió en estandarte de los abolicionistas en su lucha contra la pena capital, y ha quedado como emblema de los gravísimos riesgos y de la irreparable injusticia que la condena de muerte puede provocar.

Sin embargo, el individuo que fuera considerado por la criminología como el arquetipo moderno de homicida sexual no nacería en la tierra que diera a luz al sádico John Reginald Christie y a Jack el Destripador, sino en los Estados Unidos de Norteamérica.

Theodore Robert Bundy, quien pasaría a la galería de asesinos sexuales como “Ted Bundy”, vino al mundo el 24 de noviembre de 1946 en una clínica para madres solteras donde residía su progenitora. Tras su nacimiento su madre lo trasladó a la casa de sus abuelos donde fingieron que el vástago en realidad era hijo de su abuela.

La chica que lo había concebido se hizo pasar por su hermana mayor para, mediante ese subterfugio, esquivar la vergüenza de admitir que ese bebé era fruto del desliz de una madre soltera.

Recién cuando el pequeño contaba con cuatro años la autora de sus días aceptó su maternidad y se trasladó con éste a la localidad de Tacoma, Washington, donde fue a vivir con unos parientes lejanos. El niño nunca comprendió la razón de aquel cambio y no perdonó a su madre que le alejara de su abuelo al cual mucho respetaba y quería.

La mujer se casó y a partir de entonces el menor adoptó el apellido de su padrastro, un cocinero del ejército llamado Johnie Culpepper Bundy. Aunque el chico no mantenía buena relación con aquel hombre, el matrimonio de su madre prosperó y nacieron de él cuatro niños, a quienes el futuro homicida cuidaba luego de salir de la escuela.

Bundy fue un excelente estudiante que sacaba elevadas calificaciones en todas las materias. Incluso, obtuvo una beca para estudiar chino. El primer amor del jovencito resultó Stephanie Brooks, millonaria a la cual conoció en una pista de patinaje sobre hielo. Vivieron un fugaz idilio amoroso que rápidamente se frustró porque la chica no le veía porvenir a su novio y rompió el compromiso.

Ted nunca pudo aceptar este desaire. La muchacha seguía escribiendo largas cartas, ante la insistencia de su enamorado, pero siempre le dejaba claro que no estaba dispuesta a reanudar la relación sentimental. Se especuló que la frustración causada por esa negativa sacó a luz la psicopatía que potencialmente lo aquejaba. En 1969 descubrió que lo habían engañado durante toda su vida. Su hermana era su madre, y aquellos que él creía que eran sus padres en realidad eran sus abuelos. Su temperamento sufrió un drástico cambio emocional y de la timidez pasó a mostrar esporádicos pero virulentos arranques de mal genio.

Conoce a Meg Sanders, una secretaria divorciada quien consideró que Ted podría ser un perfecto padre para su pequeño hijo. El vínculo afectivo duró cinco años pero el joven seguía pensando en Stephanie, única mujer a la cual verdaderamente amó. Desde aquellos días hasta al año 1972 intentó hallar un espacio en el ámbito laboral. Trabajó sucesivamente para un bufete de abogados, en la campaña política de un senador republicano, y en una clínica.

En 1973, durante un viaje de negocios a California se reencuentra con su viejo amor. La chica aprecia el cambio que cree ver en Ted y el esperanzador futuro que ahora éste aparenta tener. Vuelven a convivir y pasan un apasionado invierno prodigándose recíprocas muestras de cariño. De improviso, y sin mediar motivos razonables, el novio comienza a tornarse frío y despectivo con su pareja.

En febrero de 1974 la abandona sin darle explicaciones culminando de esa manera su revancha. Dio la impresión de que todos aquellos años de estudios brillantes y de trabajos promisorios únicamente habían tenido por propósito incitar a Stephanie a volver con él para luego poder vengarse por su anterior rechazo.

Cuando aún estaba conviviendo con su novia, Bundy asesinó a una adolescente de quince años a la cual encontró haciendo *auto stop*. Le cortó la garganta mientras la sodomizaba. El 4 de enero de 1974 agrede brutalmente a Joni Lenz a la cual le introdujo la barra de una cama en la vagina. Pese a la gravedad de las heridas recibidas la agredida sobrevivió, constituyéndose así en la única víctima de esos ataques que no pereció ante la furia vesánica del maníaco sexual.

Durante ese verano desaparecen siete estudiantes de las universidades de Utah, Oregón y Washington. La policía advierte un patrón de conducta homicida. Todas eran chicas blancas de melena negra peinada con raya al medio.

En agosto de ese año, los detectives hallan los fragmentos de cinco huesos de pierna, dos cráneos y un trozo de quijada. Intensas pericias forenses permitieron reconocer que los restos óseos pertenecían a las jóvenes Janice Ott y Denise Naslund desaparecidas el 14 de julio.

Varios testigos comentaron haber visto a Janice ayudando a un hombre que llevaba su brazo enyesado y que le pidió auxilio para cargar unos trastos en su bote. A Denise también la vieron poniendo unos trastos en la embarcación de un atractivo joven. Se verificaron historias semejantes en las universidades donde concurrían las otras víctimas. Se comentó que las estudiantes fueron observadas mientras colaboraban con un caballero que portaba una prótesis en su pierna, y al cual se le habían caído los libros que trabajosamente llevaba consigo.

Otros declarantes señalaron haber contemplado a víctimas auxiliando a un sujeto que se había quedado sin combustible en su coche. El 18 de octubre de 1974 el cadáver de una chica de diecisiete años es hallado tras haber sido estrangulada, sodomizada y violada. Era hija de un agente de la policía de Utah.

La prensa ventila los crímenes informando que se trata de la secuencia debida a un mismo homicida. La población norteamericana queda sumida en el miedo por el grave peligro que acecha a sus féminas. Se efectúa un retrato robot diseñando la posible fisonomía del criminal en base a los relatos testimoniales. Ese dibujo sale publicado en los periódicos. Un amigo de Meg Sander, antigua pareja de Ted, lo reconoce y le confía su descubrimiento a la mujer, la cual rechaza la posibilidad de que su gentil ex novio pudiera ser el temido delincuente.

A finales de 1974 se le comunica a la policía respecto de tales sospechas, pero no se le da importancia y se archiva la denuncia. El acusado era una persona respetable en la comunidad, y pensaron que mejor era concentrarse en otros candidatos que por su baja clase social y malos antecedentes parecían contar con más probabilidades de ser el autor de la secuencia de asesinatos.

El 8 de noviembre de 1974 el depredador comete un error garrafal. Se presenta ante Carol DaRonch, de dieciocho años, alegando ser un oficial de policía de apellido Roseland. Le afirma que descubrió a alguien tratando de robar su coche y le pide que lo acompañe para verificar si no le han sustraído algo del mismo. Ella aseguró que su automóvil estaba intacto, ante lo cual él insistió en que debía acompañarlo hasta la comisaría local para registrar una declaración. Ese argumento determina que ella suba al coche del presunto policía, aunque pronto advierte que el conductor toma rumbo en dirección contraria.

Nerviosa, la muchacha le requiere identificación al supuesto agente, ante lo cual éste le enseña, con un gesto rápido, una tarjeta de crédito. Antes de que la víctima pueda percatarse del engaño el falso policía frena abruptamente el rodado tratando, acto seguido, de esposarla. Ella se resiste y se produce un forcejeo. Para librarse, la mujer le asesta a su atacante un fuerte golpe en los genitales, tras lo cual logra abrir la puerta del vehículo y escapa corriendo. Grita desesperada pidiendo auxilio y una pareja que transitaba en automóvil acude en su socorro. La trasladan en estado de histeria hasta la seccional policial más próxima donde relata el intento de secuestro. Minutos después, una patrulla sale a la caza del ofensor y revisan la zona sin éxito.

Este fracaso pareció volver más descuidado al matador, cuyas ansias de sangre necesitaban ensañarse con nuevas víctimas. Intentó repetir el truco que le había dado frutos en el pasado. Pero Jean Graham -a quien le solicitó le ayudase a subir trastos a su coche- tenía una cita y estaba atrasada, por lo que no le prestó atención. Cuando tiempo más tarde se enteró que había estado frente a frente con un salvaje psicópata, que se valía de aquella treta para asesinar a las buenas samaritanas, la atónita joven no podía dar crédito a la suerte que tuvo aquel día.

Cada vez más perturbado ante la falta de presas humanas Bundy modifica su *modus operandi*. El 12 de enero de 1975 Caryn Campbell junto a su esposo y dos hijos gozaban de unos distendidos días de vacaciones en un hotel. Su marido y sus niños la aguardaron en el vestíbulo pero ella nunca acudió. No se supo cómo el criminal – que esa vez no lucía su falsa escayola en una pierna o en un brazo- logró convencer a la esposa para que lo siguiera. Lo cierto fue que un mes después unos trabajadores ubicaron su cadáver en la ladera de una montaña. Había sido estrangulada, golpeada y violada igual que las anteriores.

La policía peinó a fondo la región del hallazgo valiéndose de perros sabuesos. Casi de inmediato hallaron el cuerpo en avanzado estado de descomposición de Susan Rancourt, una muchacha desaparecida el anterior verano. Siguieron buscando, y sus rastreos los condujeron a localizar un cadáver más irreconocible aún: el de Linda Healy, la primera desaparecida de aquella siniestra serie.

Los restos mortales de juveniles mujeres continuaban apareciendo sin que hubiera pistas que condujeran a la detención del responsable, el cual seguía matando. En Colorado se encontraron otros cinco cuerpos femeninos más. Todas las víctimas fueron aporreadas con una barra de hierro y torturadas morbosamente antes de morir.

El sadismo y la brutalidad exhibidos en los ataques de este sexópata nos enfrentan ante uno de los ultimadores seriales más despreciables. Por ello, no se comprende que un sector de la prensa se haya limitado a presentarlo como un hombre seductor, inteligente y atractivo, e incluso llegara a poner en entredicho la razón y justicia de su condena a la pena máxima. Tal cual correctamente se hizo ver al respecto:

“...Bundy era un hombre joven, apuesto e inteligente, que parecía tener un gran atractivo sexual para algunas personas. Los medios de comunicación lo describían como una persona culta, respetada, aseada, un antiguo estudiante de derecho, un tío guay, casi un asesino benévolo, un buen amante que mataba a sus víctimas con rapidez. Nada más lejos de la realidad. Ted Bundy no era el Rodolfo Valentino de los asesinos en serie, sino un hombre brutal, sádico y perverso. Su última víctima fue una niña de doce años a la que ahogó metiéndole la cara en el barro mientras la agredía sexualmente...El tipo era un animal y me sorprendió que los medios de comunicación fueran incapaces de comprenderlo...” (30)

Pese a tanta barrabasada, y a los errores producidos por la compulsión de violar y asesinar -que lo tornó más descuidado a medida que continuaba con sus asaltos- la captura del criminal sólo se lograría gracias a la casualidad.

El 16 de agosto de 1975, en el curso de una comprobación vehicular de rutina, unos agentes de tránsito hicieron señas para que se detuviese el automóvil conducido a alta velocidad por el victimario múltiple. En vez de frenar el conductor aceleró aún más su marcha, y los policías lo persiguieron en su patrulla hasta darle caza.

(30) Ressler, Robert y Schatchman, Tom, *Asesinos en serie*, traducción de Xavier De Jonge, Editorial Ariel S.A, Barcelona, España, 2005, pags. 103 y 104.

Los documentos del automóvil estaban en regla, pero bajo el asiento delantero se descubrieron ciertos elementos sospechosos que, sin duda, fueron los que justificaron el intento de fuga ensayado por el ahora detenido, a saber: una barra de hierro, una máscara de esquí, una cuerda y un grueso rollo de alambre.

Creyeron que era un ladrón y lo llevaron esposado a la comisaría. No obstante, tras un chequeo más minucioso se comprobó que el vehículo coincidía con la descripción aportada por Carol DaRonch. Tras esa verificación, y como tampoco supo explicar las razones de su desacato ante la orden de aparcar su rodado, se acusó formalmente a Ted como responsable de haber pretendido secuestrar a aquella chica.

El 2 de octubre se practicó una ronda policial para identificar al supuesto atacante, y allí el detenido fue expuesto junto con otras cuatro personas a fin de que éstas lo observasen a través de una mirilla. A este procedimiento acudió, además de DaRonch, la joven Jean Graham y un amigo de Debby Kent -una de las víctimas- quien había visto por última vez a su amiga acompañada por un desconocido. Los tres testigos concordaron en que se trataba de Bundy. Al fin se había atrapado al tan buscado victimario serial que mantuvo en vilo a las fuerzas del orden y a la ciudadanía.

El ultimador siguió negando sus crímenes y aseguraba que todo aquello resultaba una terrible equivocación. Como había estudiado derecho se defendía con suma destreza y soltura verbal frente a las acusaciones. Su suerte quedó sellada cuando un odontólogo forense presentó la prueba decisiva. Su dentadura casaba perfectamente con las marcas de los brutales mordiscos que el agresor dejaba impresos en la piel de las mujeres. Lo condenaron a la pena capital como responsable de catorce homicidios especialmente agravados.

En la cárcel trató de diferir al máximo la fecha de su ejecución. Pretendió haber perpetrado más cantidad de asesinatos, inventando detalles y aportando datos inconexos para así ganar tiempo con las reconstrucciones y búsquedas.

Llegó al colmo de proponer ayudar a las autoridades a capturar a otros victimarios, aprovechando que por aquel entonces hacía estragos el caso de *“los crímenes del río verde”* -otra secuencia de muertes violentas que tuvo por objeto a prostitutas-.

A los psiquiatras que lo examinaron durante su confinamiento les afirmó que mataba porque las víctimas le recordaban a su antigua novia y que la razón de sus ataques consistía en el deseo de vengarse de su madre. Se lo dictaminó como esquizofrénico y el 24 de enero de 1989 murió ejecutado en la silla eléctrica.

Pero ni las trepidantes y sangrientas andanzas de Theodore Bundy empujaban en sordidez a las fechorías incurridas por un coterráneo y contemporáneo suyo de nombre Edmund Kemper. Una vez recluido en la cárcel este homicida sexual fue de los más estudiados por expertos forenses y, al igual que la mayoría de los criminales de este género, disfrutaba ofreciendo entrevistas a aquellos peritos que buscaban indagar dentro de su enferma y pérfida mente.

El corpulento hombre medía dos metros con cinco centímetros y pesaba ciento treinta y cinco kilos. Usaba lentes, lucía cabello lacio renegrido y un fino bigotillo. Mientras permanecía sentado muy tranquilo en su celda frente al investigador no parecía ser un psicópata ni, mucho menos aún, un homicida. Pero, era un terrible asesino en serie, uno de los peores.

Antes de cumplir los quince años había asesinado a sus abuelos paternos. Diagnosticado paranoico fue recluido en la prisión-hospicio del condado de Atascadero, Estados Unidos. Los médicos pensaron que se había recuperado y lo dejaron libre. Ya veinteañero se lanzó de lleno por la senda del crimen. En mayo de 1972, mientras transitaba por las cercanías de Santa Cruz, recogería en su coche a dos autostopistas, Mary Anne Pesce y Anita Luchese. Las amenazó con un revolver y luego las acuchilló. Llevó hasta su casa los cadáveres a los cuales decapitó, abrió en canal y, por último, enterró los restos bajo un barranco.

En setiembre del mismo año recogió con su vehículo a la joven de origen asiático Aiko Koo. La estranguló, profanó su cadáver y lo guardó dentro de su maletero. Trasladó el cuerpo muerto a su casa y durmió con él. A la mañana entrante lo trozó en varias partes que arrojó por distintos lugares conservando la cabeza a guisa de trofeo.

Meses más tarde, abordó a una chica llamada Cindy Schall, quien lo rechazó despertando así la furia del desquiciado, el cual la estranguló, cortó en pedazos el cadáver, y escondió el cráneo debajo de la ventana de la casa de su madre.

Tiempo después, en un campus universitario, rapta dos muchachas, Rosalind Thorpe y Allison Liu, a las cuales liquida a balazos. Las decapita y emplea sus testas para masturbarse. Una vez cometidos los demenciales ultrajes se deshace de los cuerpos.

Durante la Semana Santa de 1973 visita a su madre y, mientras la mujer duerme, la asesina propinándole martillazos en la cabeza y posteriormente la decapita. Minutos más tarde, Sara Hallet, una amiga de su progenitora, llega a su finca para visitarla.

El monstruo la recibe, la agrede y ultima. Durante la noche se acuesta con ambos cadáveres y juega a lanzar dardos contra la cercenada cabeza de su madre. Al despuntar el alba escapa manejando el auto de la señora Hallet y toma rumbo hacia Colorado arribando a un lugar sencillamente llamado "Pueblo". Desde allí se contacta por teléfono con la Policía. Pide para que lo atienda un teniente amigo suyo el cual no se encuentra presente en ese momento. A los agentes que reciben su comunicación les informa acerca de sus crímenes. Creen que está bromeando, pero igualmente se manda a una patrulla para detenerlo.

El sujeto no opone la menor resistencia y coopera ampliamente con las autoridades. Comprobada la horrible realidad, lo condenan a cadena perpetua como culpable de ocho asesinatos en primer grado. Lo envían a la prisión de Vacaville y, finalmente, lo derivan a la cárcel de máxima seguridad de Folsom en la cual permanece encerrado hasta el presente.

Es durante su estancia en la cárcel de Vacaville, California, donde – continuando el relato iniciado líneas atrás- lo encontramos ahora sentado en su celda en el curso de una entrevista que le realiza el famoso criminólogo policial coronel Robert K. Ressler.

Ressler fue el experto en perfiles criminales que acuñó el término “*Asesino en serie*”. Desde finales de la década de los años setenta del pasado siglo ha emprendido un programa de investigación sobre la mente de los victimarios secuenciales autorizado por el FBI. Ya se había entrevistado dos veces con el gigantesco homicida Kemper, aunque en las anteriores ocasiones lo hizo en compañía de otros agentes. Esta vez, confiado por el aparentemente sosegado y cooperador Edmund, optó por concurrir sólo a la cita.

Tras dialogar y tomar nota de las anécdotas aberrantes que el sádico le contaba el criminólogo dio por concluida la sesión y pulsó el botón a fin de que el guardia viniera para dejarlo salir. Nadie respondió. Algo nervioso, prosiguió la charla con el penado y, minutos más tarde, volvió a llamar. Tampoco hubo respuesta esta segunda vez. Luego de una tercera pulsación del botón tampoco acudió nadie. El condenado intuyó el naciente temor que, a pesar de su vasta experiencia, el perito no pudo reprimir totalmente.

Ed Kemper se irguió de su asiento dejando a la vista su inmensa mole. Con voz suave y burlona le preguntó:

“Y si ahora se me cruzaran los cables, ¿no te parece que lo pasarías mal? Te podría arrancar la cabeza y ponerla sobre la mesa para que el guardia la viera al entrar”.

La siguiente es la descripción del episodio hecha por cuenta del propio Robert Ressler:

“...Mi cabeza daba mil vueltas. Me imaginaba como vendría a mí con sus largos brazos, inmovilizándome contra la pared, estrangulándome y retorciendo mi cabeza hasta romperme el cuello.

No necesitaría mucho tiempo, y con la diferencia de tamaño que mediaba entre los dos, seguro que acabaría rápidamente con mi resistencia. El tenía razón. Me podía matar antes de que yo o cualquier otra persona pudiera hacer algo al respecto. Le dije, pues, que si se metía conmigo, tendría serios problemas.

Se burló: ¿qué pueden hacer? ¿impedirme ver la tele?

Contesté que con total seguridad terminaría encerrado en el 'agujero' - la celda de aislamiento- durante un período extremadamente largo...Kemper le restó importancia, diciendo que ya era un experto en eso de estar en la cárcel... los inconvenientes no serían nada comparado con el prestigio que ganaría ante los otros reclusos por haberse 'cargado' a un agente del FBI... ¿Cómo podía yo haber sido tan estúpido para entrar en ese cuarto sin acompañante? De repente, supe cómo me había metido en esa situación. Me había identificado con mi secuestrador y le había otorgado mi confianza. A pesar de haber sido el instructor jefe del FBI en técnicas de negociación de rehenes, ¡había olvidado ese dato esencial! La próxima vez no sería tan arrogante de pensar que había logrado una buena relación con un asesino. La próxima vez...

Le dije: 'Ed, no me digas que crees que vendría aquí sin tener algún modo de defenderme'

'No me jodas Ressler, Aquí no te dejarían entrar con armas'

Kemper tenía razón, por supuesto. Los visitantes no pueden llevar armas dentro de las cárceles por temor a que los reclusos se las quiten y las empleen para amenazar a los guardias o escaparse. No obstante, señalé que los agentes del FBI disfrutaban de algunos privilegios especiales que los guardias normales u otras personas que entraban en una cárcel no tenían. '

Entonces, ¿qué tienes?

'No voy a revelar lo que pueda tener o dónde lo pueda llevar'

'Venga, venga ¿Qué es? ¿Una pluma con veneno?'

'Quizás, pero también hay más tipos de armas'

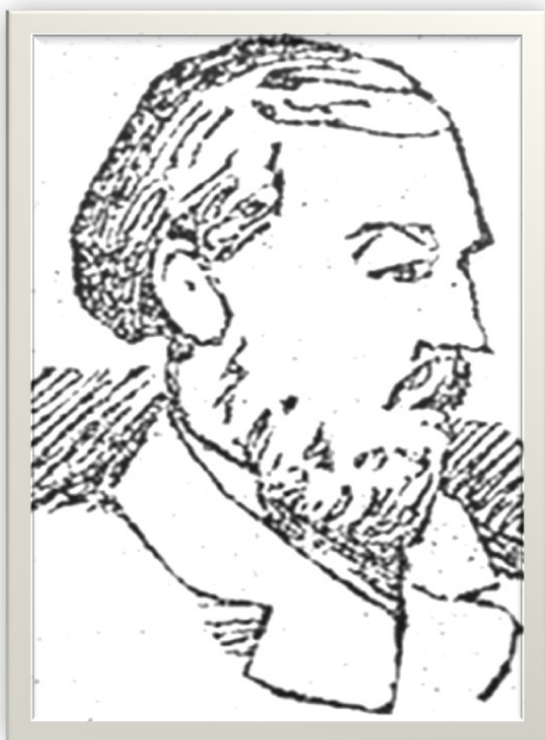
Entonces Kemper se puso a pensar. ‘Artes marciales, pues. ¿Karate? ¿Tienes cinturón negro? ¿Crees que podrías conmigo?’...para entonces ya me había serenado un poco y pensé en mis técnicas de negociación de rehenes, la más importante de las cuales es que hay que seguir hablando y hablando y hablando, porque ganar tiempo siempre parece calmar los ánimos. Hablamos un rato sobre las artes marciales hasta que finalmente apareció un guardia y abrió la puerta. Cuando Kemper se dispuso a salir con el guardia me puso una mano en el hombro.

*‘Sabes que sólo estaba bromeando, ¿verdad?’
‘Por supuesto’, dije, soltando un gran suspiro...’ (31)*

Tras el repaso que hemos efectuado sobre las despiadadas hazañas perpetradas por estos crueles psicópatas sexuales del siglo XX el destripador victoriano con sus “apenas” cinco homicidios reconocidos pareciera quedar muy empalidecido.

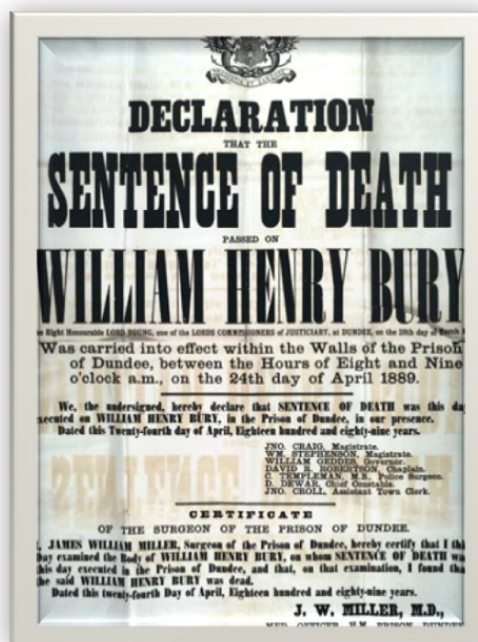
No obstante, mantiene un sitio señero en los anales de la criminología y dentro del inconsciente colectivo de los pueblos. Y si la desconcertante compulsión que lo determinaba a asesinar era de naturaleza sexual Jack the Ripper también se erigió, sin vacilación alguna, en el genuino precursor de los monstruos cuyo historial delictivo bosquejamos líneas atrás.

(31) Asesinos en serie, pags. 82 a 85.

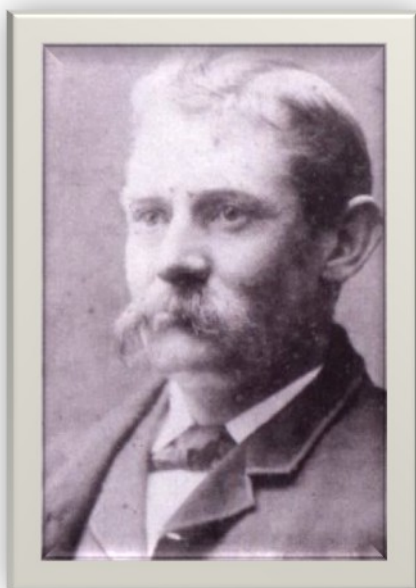


William Henry Bury

Homicida sexual ejecutado en la época victoriana y sospechoso de los crímenes de Jack el Destripador.



Facsímil reproduciendo la sentencia de muerte en la horca de William Henry Bury.



Frederick Bailey Deeming

Criminal sexual acusado por la prensa de ser el causante de los desmanes del Este de Londres.



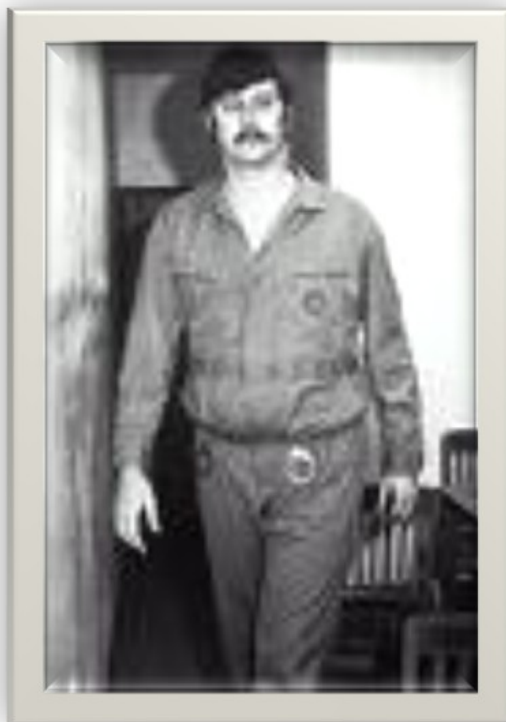
James Berry: el verdugo que acusó alternativamente a Bury y a Deeming de haber sido Jack el Destripador.



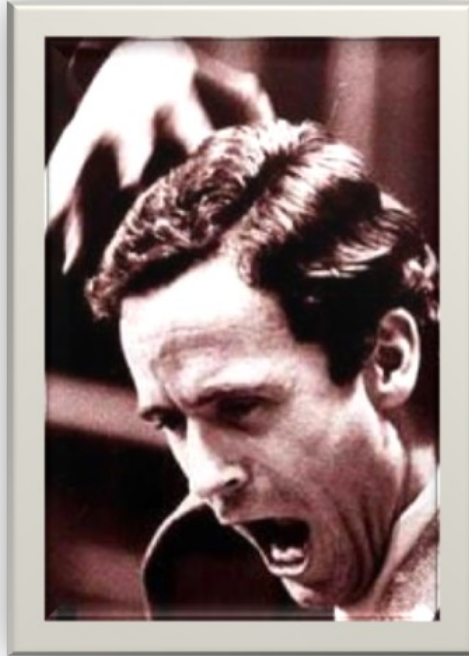
James Berry: el verdugo que acusó alternativamente a Bury y a Deeming de haber sido Jack el Destripador.



Robert K. Ressler
Experto del FBI creador del término “Asesino en Serie”



Edmund Kemper
Sádico depredador sexual.



Ted Bundy
Prototipo del sexópata moderno



John Reginald Christie
Clásico homicida sexual británico

CAPÍTULO V

Jack. El asesino homosexual.

El curandero y pseudo médico Francis Tumblety Turns conformó, en época contemporánea a los crímenes, el más serio sospechoso de haber sido el Destripador para las jerarquías de Scotland Yard. Por confusas razones, que no trascendieron entonces a la opinión pública, nada se supo sobre tales recelos oficiales sino mucho tiempo más tarde.

El mérito de traer a la luz a este personaje se debió a Stewart Evans y a Paul Gainey, especialistas que emprendieron una muy completa indagatoria al respecto. La fuente de la suspicacia provino del contenido de una carta que en el mes de febrero de 1993 el coautor Evans le compró a un anciano caballero coleccionista de antigüedades.

En realidad adquirió cuatro misivas, las cuales habían estado en poder del renombrado periodista, dramaturgo y escritor de la época victoriana, George R. Sims. Si bien todas estas letras revestían interés, una de ellas se destacaba en particular por cuanto apuntaba a Francis Tumblety como culpable. La autenticidad de dicho mensaje fue establecida por convergentes análisis científicos e históricos, y no es puesta en entredicho por ningún investigador.

Se trata de una epístola que le había dirigido a Sims —en repuesta a una carta de aquél— el Jefe de la Brigada Especial de Scotland Yard, Inspector John George Littlechild, cuyo tenor informaba que ese individuo había constituido un firme sospechoso para las autoridades y que, en su opinión personal, se trataba del más probable culpable. La persona en cuestión era designada con el mote de “*Dr T*” en los registros de la Policía Metropolitana inglesa y esta anotación, de acuerdo pretendía el detective, hacía referencia a un curandero norteamericano apellidado Tumblety.

El policía retirado abundaba indicando que dicho sujeto fue un frecuente visitante de Londres y que en varias ocasiones mantuvo altercados con la ley, al punto que en Scotland Yard constaba un frondoso prontuario reseñando sus andanzas. Señaló que aunque aquel hombre sufría de una psicopatía sexual no se lo consideraba un sádico, pero sus sentimientos hacia las mujeres eran en extremo “*amargos*” -con lo que quería significar que se trataba de un misógino-.

También se le comunicaba a Sims que en fechas cercanas a los crímenes el individuo cometió ofensas vinculadas a actos antinaturales y lo habían arrestado *in fraganti* en la calle Marlborough. El reo logró salir libre bajo fianza y violó las obligaciones de su régimen de libertad condicional. En vez de presentarse ante la corte cuando debía hacerlo se escapó rumbo a Boulogne, y nunca se le pudo echar mano después. Se finalizaba expresando que las autoridades creían que el sospechoso de referencia se había suicidado y, a partir de su deceso, los asesinatos de Jack el Destripador llegaron a su fin.

Especificando el alcance del giro “*psicopatía sexual*” que se emplea en la carta del Inspector Littlechild, los comentaristas Evans y Gainey abundan:

“...La descripción que de Tumblety hace Littlechild al decir que era objeto de psicopatía sexual necesita alguna explicación. El trabajo pionero sobre la desviación sexual y la patología de Richard Von Krafft-Ebing’s se publicó en 1886, dos años antes de los asesinatos del Destripador. Allí se puso de manifiesto la extraordinaria magnitud que habían alcanzado las desviaciones sexuales en el continente europeo. Muchas de estas desviaciones eran variantes del sadismo y del masoquismo, pero la mayoría de ellas consistían en formas de fetichismo donde la excitación sexual se deriva de algún objeto relacionado con las mujeres -como los cabellos, zapatos o la ropa interior-. Estos accesorios femeninos habían llegado a ser tan prohibidos y deseables que se convirtieron en un potente catalizador de tales desviaciones. El libro de Krafft-Ebing’s se ha actualizado varias veces y ahora incluye una entrada refiriendo al caso de Jack el Destripador...” (32)

(32) Evans, Stewart y Gainey, Paul, Jack the Ripper. First american serial killer, Editorial Kodansha International, Londres, Inglaterra, 1998, pag. 238.

El segundo dato importante relevado por los mencionados estudiosos procedía de un artículo editado el 31 de diciembre de 1888 en el periódico londinense Pall Mall Gazette.

En esa nota se daba cuenta de que al Inspector Walter Simon Andrews de Scotland Yard sus superiores le habían asignado la misión de capturar y traer a tierra inglesa al prófugo. Para cumplir con tal fin zarpó en barco rumbo a Nueva York, y desde allí proseguiría su itinerario hacia la ciudad canadiense de Montreal, donde se suponía estaba oculto tráfuga. La búsqueda guardaba relación con los crímenes perpetrados en Whitechapel. El jerarca policial iba asistido por dos detectives, y en los Estados Unidos los aguardaba un comisionado de la policía norteamericana que proporcionaría la logística a fin de localizar y aprehender al taimado delincuente.

¿Tanto revuelo tan sólo por un tipo que había violado su palabra no compareciendo a enfrentar la tan menor imputación de ofensa contra la moral pública?

Parecía impensable que Scotland Yard se tomase tamaña molestia nada más que para poner en vereda a un degenerado de pacotilla. Algo más grave debía haber. Lamentablemente desconocemos la calidad de la información que disponía la policía británica acerca de las actividades de Francis Tumblety. No se tiene idea sobre cuales eran los datos insertos en el *dossier* que menciona el Inspector Littlechild en su remito tardíamente sacado a luz.

Un aspecto sumamente raro del asunto estribó en que la prensa de Estados Unidos parecía saber más que sus colegas ingleses respecto de ese individuo.

Por ejemplo, cuando fue detenido en Londres los periódicos americanos - en especial los de Nueva York- anunciaron que su enjuiciamiento respondía a la acusación de haber cometido los homicidios del Destripador. Nada se decía de sus ataques contra el decoro, los cuales constituían el motivo alegado oficialmente.

Se publicaron decenas de extensos artículos describiendo su arresto en Londres y su ulterior escape tras vulnerar los términos de su fianza. Por ejemplo, en el rotativo *The Rochester Democrat and Republican* se da minuciosa cuenta de tales incidentes.

Todo ese alboroto contrastó con el silencio guardado en cambio por los diarios del Reino Unido. Como explicación del curioso hermetismo exhibido por las autoridades británicas se sugirió que tal vez deseaban mantener en secreto las verdaderas acusaciones contra aquel hombre para no tener que admitir la vergüenza de haber perdido a su principal sospechoso. Sin embargo, resulta inverosímil que si creían que aquel acusado podía ser el desalmado desmembrador le hayan permitido quedar libre arriesgándose a que se fugara -como terminó haciendo- con tan sólo pagar una fianza.

Las iniciales referencias a una persona con las características de Tumblety que podría estar conectada con los homicidios de Whitechapel provienen de alusiones del escritor Donald Mc Cormick. (33)

Dicho autor sostuvo que no había una adecuada supervisión de los doctores extranjeros que emigraron a la capital inglesa por el tiempo de los crímenes canónicos del Ripper. Destacó que los delincuentes extranjeros radicados en Gran Bretaña solían alquilar dormitorios en los suburbios londinenses, y que era posible que este sujeto hubiese rentado uno de aquellos en varias ocasiones alegando ser un médico extranjero.

Los ingresos no se registraban, y esa omisión explica que los reportes policiales no conservaran señas sobre la presencia de este curandero y ficticio galeno en Londres durante las fechas de los homicidios facturados por Jack.

Aunque Mc Cormick no brindó su nombre, trazó una semblanza de un sospechoso que coincide con el perfil de Francis Tumblety. Identificó a éste como un facultativo que mataba empleando pócimas compuestas por hierbas indias.

(33) The identity of Jack the Ripper, obra citada.

Igualmente, resaltaba que ese personaje estaba muy familiarizado con el East End por haberse alojado en hoteles semiclandestinos emplazados en la calle Batty, cercana a la zona de los asesinatos, en los cuales no se guardaba registro de sus huéspedes, lo cual justifica la ausencia de datos sobre las previas visitas que aquél habría realizado a la capital británica. En opinión de este ensayista el seudo médico asesino siempre actuó en forma clandestina y no quedó en Londres ninguna constancia documental de su presencia.

En cuanto a lo que realmente se sabe con relación a las actividades de Tumblety en Inglaterra está comprobado que arribó a la pujante ciudad de Liverpool en junio del año 1888 a bordo de un barco que había efectuado una ruta trasatlántica regular. Su aspecto físico era como el de cualquier otro viajero común y no se diferenciaba de los miles de habitantes de clase media que poblaban ese gran país a términos de la década de mil ochocientos ochenta. Por aquel tiempo no vestía de manera excéntrica, como acostumbraba hacerlo en otras ocasiones cuando, para impresionar a sus clientes, se presentaba como un místico curandero experto en sanar a través de infusiones de hierbas indias.

Estaba envuelto en actividades sexuales inusuales. Sus movimientos eran irregulares y aparecía y desaparecía por inexplicables razones. Aparte de que era oriundo de Cincinnati no se sabe demasiado sobre su origen. Algunos autores especularon que era de ascendencia judía. Este extremo no fue verificado y sólo se fundó en las manifestaciones del individuo, quien afirmaba sentir una genuina simpatía por los judíos. En un periódico norteamericano se formula una referencia a su persona señalando que se trataba de judío americano, y se lo catalogaba como un “*judío patriota*”.

Pero los escritores Stewart Evans y Paul Gainey creen que, aunque Tumblety hizo ingresos clandestinos en la capital, luego de viajar desde Liverpool a Londres en julio de 1888 el sedicente curandero cambió su estilo de vida. Ya no tenía motivos para residir en forma clandestina y no le importó que su estadía quedase registrada cuando se alojó en el número 22 de la calle Batty.

Eso no significó que dejase de meterse en problemas con la ley. Entre el 27 de julio y el 2 de noviembre enfrentó varias denuncias por “*indecencia y actos obscenos*” -en un caso en concurrencia con otros cuatro individuos- inferidos en la vía pública. En total pesaron en su contra ocho cargos de ese género, los cuales eran eufemismos para aludir a la práctica de actividades homosexuales.

Su arresto efectivo tuvo lugar el 7 de noviembre de 1888, es decir, dos días antes del homicidio de Mary Jane Kelly. Como se lo dejó de inmediato en libertad bajo palabra deviene temporalmente posible que cometiera ese crimen en concreto.

El 16 de noviembre se le planteó la acusación formal y debió comparecer ante la corte. Cuatro días después se celebró una audiencia, quedando el proceso pospuesto hasta el 10 de diciembre. En ese ínterin el encausado aprovechó la libertad condicional otorgada por su fianza y huyó a Francia bajo el alias de Frank Townsend el 24 de noviembre. Desde tierras galas puso rumbo hacia Estados Unidos, Nueva York, a bordo del vapor La Bretagne.

Evans y Gainey sostienen que si se observan los lugares de los cuatro primeros asesinatos del Ripper queda claro que un alojamiento sito en la calle Batty constituía el refugio ideal para aquél que hubiera perpetrado esos crímenes premeditados, y que el responsable en tal caso bien pudiera haber sido Tumblety. Instalado en pensiones próximas habría podido disponer de fácil acceso a todos los sitios donde tuvieron efecto los homicidios y merodear durante las noches cronometrando las rondas de la policía sin ser reconocido.

Insisten en que resulta plausible que el sospechoso haya contado con varios escondrijos durante su estancia en Londres. Enfatizan que hoy en día se sabe que los matadores seriales llegan a los más insospechados extremos con tal de cristalizar en realidad sus sanguinarias fantasías. Cada homicida posee su peculiar modo de operar, y en el caso de Tumblety median sólidas evidencias de que planificaba con minucioso esmero sus acciones.

Postulan que después del asesinato de Mary Ann Nichols, el 31 de agosto de 1888, el ejecutor no volvió a matar inmediatamente sino que planeó con sigilo su próximo ataque visitando los barrios pobres del Este londinense donde estaban radicados muchos pubs y casas de huéspedes improvisadas de la era victoriana.

Este posible responsable frecuentó aquellos establecimientos, y durante esos días habría ido perfeccionándose en su mente un programa criminal - que ahora incluiría mutilaciones que no había inflingido sobre Polly-, plan que concretó en la mañana del 8 de setiembre cuando asesinó a Annie Chapman, y que mejoró más aún en la madrugada del 30 de setiembre al ultimar a Catherine Eddowes en la plaza Mitre.

Luego de segar en forma terrible la vida de Kate, para salir de su comprometida situación y evitar la captura, el homicida habría hecho un rodeo en su camino de regreso hacia su alojamiento en la calle Batty encontrando así su refugio dentro de la misma área del crimen.

A su vez, el asesinato de Liz Stride, que fue el más temprano en la noche del doble crimen, habría sido consumado muy próximo a la casa donde estaba entonces residiendo Francis Tumblety.

Que el sujeto estaba en la mira surge de un contacto habido en octubre de 1888 entre la policía de Londres y la de San Francisco. Mientras aquél debía comparecer frente a los estrados británicos, Scotland Yard requirió a Estados Unidos una copia de un manuscrito que había publicado veintitrés años atrás. Se trataba de un opúsculo escrito a modo de descargo, tras su detención en abril de 1865, donde se le acusó de intervenir en la conjura que terminó con la vida del Presidente Abraham Lincoln. Aunque no hay constancia de que tales muestras gráficas hayan efectivamente llegado a poder de las autoridades inglesas, de todas formas, ese pedido revela que este hombre despertaba sospechas.

El diario New York Times, en su edición del día 19 de noviembre de 1888 dejó constancia de la detención sufrida por el curandero en Londres acusado de ser el responsable de las mortales fechorías acaecidas en Whitechapel. Este informe de prensa analiza las razones por las cuales se lo estimaba plausible culpable.

Pero en el reporte igualmente se registra la respuesta que el sindicato dio a los periodistas reprochándoles que *“cuando pruebe mi inocencia respecto de los cargos por los que se me juzgan, esto será para ustedes un escándalo, y entonces verán que yo soy inocente de estos falsos cargos”*. En este artículo se da a entender, no obstante, que los detectives de Scotland Yard no disponían de pruebas firmes para acusar a Francis Tumblety de ser el autor de las matanzas.

Dentro de los muchos problemas que este excéntrico sostuvo con la ley se cuentan arrestos breves a los cuales fue sometido por portar vestimenta militar ostentosamente cargada con condecoraciones; indumentaria a cuyo uso, por supuesto, no tenía ningún derecho. Durante largos años la única imagen conocida del sospechoso la conformó un dibujo a lápiz donde se destacan sus luengos mostachos.

En junio de 2008 en la revista Ripperologist (notable publicación sobre Jack el Destripador y la era victoriana) salió editado un artículo del investigador Timothy Riordan en el cual se reproduce la primera y única fotografía de Francis Tumblety que hasta la fecha se conoce (34). En ella podemos apreciar, además de sus peculiares bigotes, el aparatoso uniforme militar cubierto de galones y medallas con que está vestido y que, tal vez, fuera motivo de alguna de sus detenciones.

También desde el mundo de la ficción meritorias obras literarias han propuesto la nominación de aquel curandero para representar el rol de Jack el Destripador. El periodista y escritor nicaragüense Arquímedes González Torres en el entramado de su novela *“La muerte de acuario”* (35) sugiere a este extravagante personaje como responsable de los antiguos crímenes.

(34) Riordan, Timothy, The nine lives of Dr Tumblety, Revista Ripperologist No. 92, junio 2008.

(35) González, Arquímedes, La muerte de acuario, Editorial Distribuidora Cultural, Managua, Nicaragua, 2002.

De acuerdo a la fabulación relatada por González, el 6 de enero de 1889 el prófugo sospechado de haber sido el Destripador arribó a Managua, capital de Nicaragua, en el preciso día cuando estallaba una guerra civil en la nación centroamericana.

Los periódicos regionales habrían dado fe de una secuencia de espantosas muertes de mujeres durante el transcurso del año 1889. No obstante, un terremoto que en 1931 asoló a ese país destruyó la mayor cantidad de los archivos públicos y, debido a tal sismo, al reportero únicamente le fue factible localizar un ejemplar del rotativo *La Flecha* donde se refería a la existencia de uno sólo de aquellos óbitos.

El animoso novelista admitió que se vio obligado a inventar los pormenores de los otros cinco fenecimientos. En la novela igualmente se menciona que el esquivo curandero terminó sus días morando en una hacienda bautizada “*Las nubes*”, emplazada en la localidad de Matagalpa, y que falleció a consecuencia de una infección de sífilis.

De conformidad se postula en esta formulación, Scotland Yard habría enviado al Inspector Mayor John Littlechild y a otros agentes -no al Inspector Andrews- con el encargo de apresar al escurridizo tráfuga, quien por entonces se había escapado desde Inglaterra hacia Nueva York, Estados Unidos. Cuando los detectives pisaron tierra norteamericana en su búsqueda la presa se les había esfumado.

En realidad, Tumblety ya se encontraba residiendo en la ciudad de Manhattan, donde valiéndose del falso nombre de Michael Mc Namara arrendaba una modesta habitación, pero su rastro pronto fue detectado por sus perseguidores gracias a un soplo suministrado por informantes locales. No obstante, cuando los oficiales de la policía inglesa y de Estados Unidos irrumpieron con el propósito de requisar esa vivienda el perseguido ya no estaba ubicable en su interior. Sólo encontraron una valija a medio hacer preparada sobre una silla, y a su costado un par de elegantes botas de caballería.

En el quinto capítulo de la obra leemos cómo Scotland Yard, abrumada por el fracaso en someter ante la justicia al vesánico asesino londinense, pide ayuda al infalible y ficticio detective privado Sherlock Holmes. El prófugo había huido del Reino Unido a bordo de un buque que zarpó del puerto de Liverpool con destino a Nueva York y desde allí se trasladó a la ciudad de Río de San Juan en Nicaragua. Una vez instalado en tierra caribeña este psicópata residiría durante un corto y turbulento período en la capital Managua durante el año de 1889, en que volvería a emprender una cadena de crímenes con mutilación ensañándose con mujeres locales.

El elusivo itinerante, presintiendo que los pesquisantes le pisaban los talones, pone rumbo en su fuga hacia las localidades de Granada, León y Matagalpa sucesivamente. Sherlock Holmes y su amigo y ayudante Watson, luego de seguir varias pistas fallidas, lo localizan en Matagalpa, pero sólo para comprobar que el criminal, ya a punto de expirar, se encuentra internado en un hospital enfermo de sífilis en su estadio terminal. El cadáver del homicida en serie finalmente sería enterrado en dicha ciudad en el Cementerio de los Extranjeros, según se pretende en esta versión.

Y tres décadas antes de cobrar estado público la nominación de Francis Tumblety al rol de Jack el Destripador otro presunto homosexual fue propuesto como el más probable responsable de haber generado aquella irresuelta matanza.

Montague John Druitt fue un graduado de Winchester College que alcanzó el título de abogado y, además, resultó un deportista destacado en el juego de críquet. Fue catalogado sospechoso de haber sido el matador de prostitutas sobre todo por la coincidencia de que su deceso ocurrió en fechas próximas a la verificación del último de los asesinatos reconocidos. Su cuerpo sin vida fue rescatado de las aguas del río Támesis el 31 de diciembre de 1888, veintidós días después de la horrenda muerte padecida por Marie Jeannette Kelly.

Se trataba del segundo hijo del médico William Druitt y había nacido el 15 de agosto de 1851 en Wimborne, Dorset, zona Oeste de la capital inglesa. Su familia pertenecía a la clase media acomodada y entre sus miembros masculinos abundaron distinguidos cirujanos.

Tampoco escasearon entre sus ascendientes los problemas psiquiátricos. El equilibrio espiritual del mismo Montague John se fue deteriorando en forma lenta, pero paulatina e inexorable. Dos tristes hechos afectaron sobremanera a su armonía mental, a saber: el fallecimiento de su padre en 1885 y, luego, la enfermedad psíquica que se apoderó de su progenitora unos seis meses antes de tener lugar su propio deceso.

Se consideró que estas dolorosas situaciones, unidas a una personalidad problemática y fragmentada, precipitaron el desorden cerebral que finalmente lo conduciría a su suicidio. Aparte de Ann Druitt, su madre, otros integrantes de su parentela padecieron graves trastornos nerviosos. La hermana de Montague intentó repetidamente quitarse la vida. También un anciano tío por línea materna acabó sus días suicidándose tras saltar desde una ventana del ático de su casa.

Pero el golpe de gracia descargado contra el frágil equilibrio del joven estuvo determinado por la creciente afección psiquiátrica que aquejó a la autora de sus días, la cual cuando sucedieron los homicidios permanecía recluida en el asilo para alienados de la localidad británica de Chiswich. Dos años más tarde la anciana fallecería en ese hospital donde fuera tratada a causa de repetidas crisis de depresión y delirios paranoides.

En el reporte policial *-memorándum-* confeccionado por Sir Melville Leslie Macnaghten se anotó que los propios familiares de Montague John Druitt consideraban que éste resultaba responsable de los crímenes de Jack el Destripador y que era “*sexualmente enfermo*”, eufemismo empleado en la era de la Reina Victoria para aludir a la homosexualidad, aunque el giro también podría significar que sentía placer en matar.

No cabría afirmar, empero, que este sospechoso estuviese loco y que su demencia lo empujó a quitarse la vida. En su caso, más bien se trataría de una intensa depresión nerviosa y un estado de mórbido vacío ocasionado quizás por sentimientos de culpa. Lo habían despedido en fechas recientes a su muerte de su cargo de maestro en un distinguido colegio, en medio de oscuras y confusas circunstancias. Llegó a pensarse, aunque nunca se demostró, que su expulsión fue debida a conducta indecorosa observada en perjuicio de algún alumno.

Una vez que fuera retirado su cuerpo en estado de descomposición de las frías aguas del río Támesis el último día de 1888 se comprobó que estaba completamente vestido, y que dentro de sus bolsillos se habían colocado varias pesadas piedras.

¿Puestas allí por él mismo? ¿Suicidio u homicidio?

Una nota de despedida hallada posteriormente por su hermano al revisar su habitación daría a entender que se trató de un suicidio, en tanto en aquel recado este hombre hacía constar que temía terminar demente como su madre, y que antes que a él le ocurriera igual destino prefería morir.

En la ulterior indagatoria llevada a cabo para determinar si se trataba de un suicidio o de un asesinato, el policía George Mouson declaró que, aparte de las consabidas piedras, en los bolsillos del occiso se encontraron dos cheques del London and Provincial Bank por importe de 50 y de 16 libras esterlinas respectivamente, así como dos libras y diez chelines de oro, siete chelines de plata y dos chelines de bronce.

Además se supo que, en sus momentos postreros, el difunto portaba un reloj de plata, una cadena de oro con adorno, un par de guantes de cabritilla y un pañuelo de seda blanco. Respecto a documentos, se halló entre sus pertenencias un abono de tren para viajar desde Blackhearth a Londres, y medio billete de pasaje de Hammersmith a Charing Cross con fecha del 1º de diciembre de 1888.

En cuanto refiere al dinero que le fuera hallado debe admitirse que se trataba de una cantidad de efectivo considerable, que probablemente fuera producto del último sueldo cobrado en el Blackhearth College en carácter de indemnización a cambio de su despido. Pero los suspicaces esgrimieron la hipótesis de que la verdadera razón de llevar consigo tales sumas radicaba en que con ellas se aprestaba a enfrentar de pago de extorsiones impuestas por chantajistas.

Si ya nadie podía chantajear a Druitt por su supuesta homosexualidad y mala conducta hacia alumnos –puesto que ya había sido sancionado con la expulsión de su trabajo- cabría preguntarse para qué necesitaría entonces entregar dinero a fin de satisfacer las demandas monetarias de pretendidos extorsionistas y, en definitiva, a qué le podía tener tanto miedo para justificar que estuviera de acuerdo en desprenderse de todo su capital, con tal de evitar que el secreto trascendiera.

Se especuló que el joven estaba decidido a pagar a efectos de impedir que se divulgasen secretos más sórdidos y devastadores que su eventual condición de homosexual y su reprensible comportamiento profesional. Y parecía claro que no podía existir arcano más grave, y más apto para inducir a la locura y al suicidio a su portador, que la eventualidad de ser descubierto como el asesino entonces más buscado en toda Inglaterra, y cuya aprehensión le traería aparejada la infamante pena de muerte en la horca.

El problema con respecto a tales disquisiciones estriba en que no existe la menor prueba de que dicha conjetura sea cierta. Pese a que la candidatura de este abogado al papel de Jack el Destripador tuvo su apogeo desde la década de mil novecientos sesenta del pasado siglo, en tiempos actuales ese auge muestra indicios de ir menguando en forma muy considerable.

Postulaciones recientes de otras personas como sospechosos firmes y, más que nada, la notoria ausencia de evidencias genuinas contra Montague John Druitt han determinado que al presente la teoría de su supuesta responsabilidad se haya diluido en gran medida, y este otrora gran sospechoso ha vuelto a ser visto como una persona inexpresiva y anodina.

Con toda probabilidad el infortunado abogado, que no ejercía sino que impartía clases a liceales varones y era adicto al juego de críquet, configuró en la historia del Destripador un típico sospechoso por conveniencia. Su suicidio, acaecido en fechas tan próximas al último de los asesinatos incuestionables, sirvió para alimentar la leyenda del desquiciado que perdió totalmente el control de sus impulsos después de ejecutar el crimen más salvaje registrado en los archivos delictivos de Gran Bretaña.

La coincidencia de que no se adicionaron nuevos homicidios de reconocida autoría bajo el patrón o modo de operar del criminal de Whitechapel abona y da alas a la tesis de la culpabilidad de Druitt. No obstante, parecería claro que se trata de una evidencia meramente circunstancial y de casi nulo valor convictivo.

El *memorándum* Macnaghten, y la probablemente excesiva trascendencia que a ese documento se le otorgase muchos años después de ser escrito, se erige como el máximo responsable de la nunca comprobada sospecha que recayó sobre este desafortunado personaje.

El jerarca de Scotland Yard en su reporte menciona a tres personas que podrían a su criterio haber sido el asesino (Druitt, Kosminski y Ostrog), pero en el preámbulo aclaró que no sospechaba en particular de ninguno de los tres hombres, sino que su ulterior mención era retórica, al sólo efecto de hacer ver que cualquiera de estos individuos podría potencialmente constituir el responsable de las muertes.

No insinuó aquel alto cargo policial una preferencia entre los tres sujetos cuya vida apretadamente reseña. Alguno de los tres nombres debía ser citado en primer lugar, y le tocó al abogado ocupar ese puesto, pero tal cosa nada quiere decir. Y, a su vez, la referencia al rumor de que la familia del suicida pensara que él era Jack el Destripador no equivalía a que la policía creyera otro tanto, extremo que el detective se ocupó expresamente de puntualizar.

Ni que hablar que el obvio error padecido al definir a Montague John Druitt como médico de cuarenta y un años, cuando se trataba de un abogado diez años menor, sería un descuido impensable si el policía redactor estimaba que ese sujeto había sido el ultimador serial de Whitechapel. Considerando la debilidad de las pruebas que podrían alegarse en contra de este hombre, da la impresión de que sólo la casualidad quiso que el atribulado e inestable profesor pudiese ser alguna vez vinculado al misterio del Destripador.

Alcanzó el dudoso honor de ser sindicado responsable en obras publicadas por los años sesenta y setenta de la anterior centuria, donde no hallaron un sospechoso mejor. Con la eclosión de libros y artículos periodísticos editados al sobrevenir el centenario de los crímenes continuó siendo un candidato aceptable en algunas publicaciones más inspiradas en la ficción y el sensacionalismo que por un estudio serio del asunto.

En algunos casos se sostendrá que las autoridades sacaron provecho del oportuno suicidio de aquel joven para así popularizar la idea de que el ejecutor había muerto. La falta de nuevos homicidios identificables como causados por Jack, tras ocurrir el crimen de Mary Jane Kelly, generalizó la conjetura de que el perpetrador de los execrables atentados había fallecido escaso tiempo después.

No se deja descansar en paz al pobre Montague John Druitt, quien, - al igual que ha sucedido con tantos- únicamente fue culpable de encontrarse en el lugar y tiempo equivocados. Pese a la orfandad de datos incriminatorios, se buscaron con intensidad pistas que relacionaran al suicida con los crímenes victorianos.

Se investigó sobre la presunta certidumbre que tenía la familia de Druitt para creer que él era responsable de los asesinatos, conforme lo indicaban las notas del *memorandum*. De ese modo, se averiguó que el primo mayor de Montague, de nombre Lionel, el cual fuera un destacado médico, tuvo una clínica privada instalada en Whitechapel unos años antes de los luctuosos sucesos.

Presuntamente, Druitt visitaba a su primo y, a partir de tales visitas, obtendría los esenciales rudimentos sobre disección que tan útiles le serían al convertirse años más tarde en el mutilador de prostitutas jamás atrapado.

Atento al registro médico británico del año 1879, el doctor Lionel Druitt había montado su consultorio en el número 140 de la calle Minories en el distrito de Whitechapel. Por aquel año Montague estaba a punto de culminar sus estudios de abogacía en la universidad de Oxford, y allí habría comenzado su contacto con su pariente el cirujano. Este último se sentiría obligado a cuidar de su inestable primo menor, con quien se entrevistó a menudo en su consultorio.

Según se sustenta, así fue como el futuro abogado alcanzó a obtener no sólo algún básico conocimiento sobre anatomía humana sino también logró familiarizarse con la zona del bajo East End que antaño le era desconocida, al haber nacido y crecido en el próspero West End de Londres. La calle Minories estaba ubicada en un sector estratégico dentro de Whitechapel. Se especuló que, años más adelante, el sospechoso alquiló una pieza en un edificio emplazado en aquella calle, la cual en los hechos le serviría como base operativa donde ocultarse tras perpetrar los ataques.

Se trajo a colación un hecho conforme al cual se vincula a la calle Minories con una posible guarida del Destripador. Se trata de una referencia contenida en una carta firmada con el seudónimo Jack the Ripper remitida a la policía donde su signatario, utilizando un tono burlón, relacionaba:

“¡Qué tontos son los policías! Si hasta les doy el nombre de la calle en que vivo”.

Esta comunicación se habría enviado inmediatamente luego de una primera misiva fechada y remitida un 29 de setiembre, la cual advertía:

“...Cuidado, estaré trabajando la noche del 1º al 2 de los corrientes en la calle Minories, y les doy una buena oportunidad a las autoridades, pero nunca hay un policía cerca cuando estoy trabajando...”

Se partía de la base que la carta que hablaba del “trabajo” criminal a realizar por el agresor en las proximidades de aquella calle aludía al homicidio concretado en la plaza Mitre, muy próxima a la misma.

Esta epístola se esgrime para incriminar a Druitt, aunque también hubo escritores que refirieron a dicha misiva a fin de respaldar la candidatura de otros sospechosos. En todos los casos se parte de la suposición de que dichas letras fueron enviadas el día 29 de setiembre de 1888.

Sin embargo, investigaciones posteriores a las versiones expuestas por los escritores “Druittitas” -término acuñado para designar a aquellos autores que postulan la culpabilidad de Montague John Druitt- demostrarían que la tan manida carta donde se hacía alusión al presunto trabajo que el criminal pensaba efectuar por la calle Minories -o en sus cercanías- realmente no había resultado creada en la pretendida fecha de 1888.

Por ende, mal podía avisar que el 1º o el 2 de octubre de aquel año, o aún el 30 de setiembre -cuando se verificó el doble asesinato- Jack iba a estar “trabajando” próximo a la calle Minories y la plaza Mitre, porque la creencia de que aquella comunicación se había confeccionado en el año 1888 era equivocada.

Lo cierto es que dicha esquila fue recepcionada recién el día 29 de setiembre de 1889; vale decir: un año después de la época en que se cometieron los crímenes. Nunca se trató en realidad de dos cartas diversas, como erradamente se adujera, sino de una única misiva que contenía una posdata. La carta original definitivamente no estaba fechada con la mención del año 1888, y su verdadero texto expresaba:

“... 29 del mes en curso

CUIDADO. Volveré al trabajo el 1 y 2 del mes en curso en Minories a las 12 la noche y les daré una oportunidad a las autoridades, pero nunca hay un policía cuando estoy trabajando.

Suyo
Jack el Destripador.

Calle Prince William
Liverpool

¡Qué estúpidos son los policías!, incluso les di el nombre de la calle en que vivo.

Suyo.
Jack el Destripador”

En el libro “Jack el Destripador. Cartas desde el infierno” de Stewart P. Evans y Keith Skinner atinadamente se hace notar que jamás la carta de referencia -en tanto llevaba por firma “*Jack el Destripador*”- podía haberse escrito antes del 30 de setiembre de 1888, dado que aquel día todavía no se había divulgado ese alias, el cual recién después de los crímenes de Stride y Eddowes se dio a conocer al público.

Igualmente, resaltan que la carta única -luego transformada en dos misivas separadas- se reprodujo ulteriormente en un libro popular sobre los asesinatos del Este de Londres. En la citada obra concretamente se adjudica al escritor Donald Mc Cormick -creador de “La identidad de Jack el Destripador”- haber efectuado esa desfiguración y contaminación sobre la carta original. Por lo tanto, el tan comentado mensaje deviene absolutamente ineficaz, nada prueba, y seguramente fue uno más entre los tantos contenidos en cartas redactadas por ociosos dañinos, cuya diversión radicaba en mandar ese tipo de comunicados a la prensa y a la policía, incluyendo en ellos acertijos y amenazas.

Aunque este sospechoso hubiera arrendado, según se pretendiera, un alojamiento ubicado en la calle Minories en el distrito de Whitechapel por el año 1888 —extremo que no se acreditó- tal dato resulta irrelevante con respecto a lo redactado en aquella misiva, la cual para nada puede incriminarlo.

Dicho recado se envió transcurrido un año desde la fecha en que fueron cometidos los crímenes en cuestión, razón por la que no implicó ningún anuncio o advertencia de parte del asesino. Menos aún podría haber remitido esa carta Montague John Druitt quien ya llevaba varios meses fallecido por setiembre de 1889, siendo obvio que no pudo constituir el redactor del remito al que tanto valor para involucrarlo se le concediera.

Con tan nulas pruebas, como la derivada de la comunicación que venimos refiriendo, se llegó a sugerir que fue victimado por los miembros de una logia a la cual pertenecía, quienes creyeron conveniente silenciarlo para impedir que saliera a luz que este hombre era el culpable de las barrabasadas.

En literatura que mezcla la ficción con los hechos reales se propuso que el atribulado profesor no fue más que un “cabeza de turco” utilizado por un grupo de conspiradores que lo asesinaron, e hicieron pasar su muerte como si se tratara de un suicidio, para de esa manera permitirle a las autoridades esgrimir el pretexto de que el infortunado suicida en verdad había sido el Ripper.

De conformidad aducen esas versiones, el malogrado joven habría resultado víctima de homicidio, a fin de que de esa forma no pudiera nunca revelarse ante la opinión pública que devenía responsable de aquellos crímenes.

Sus victimarios lo constituirían los denominados “Apostles” (Apóstoles), quienes conformarían una camarilla integrada predominantemente por homosexuales próximos al entonces futuro monarca, el Príncipe Albert Víctor.

En conclusión: el frustrante criminal finalmente había sido detectado. Había perecido como consecuencia de su insanía, la misma que lo empujara a la comisión de los horribles y absurdos asesinatos. Fin de la historia. Ya no era necesario continuar con la búsqueda policial y la gente podía volver a respirar aliviada. El honor de Scotland Yard, a despecho de tantos tropiezos, quedaba felizmente a salvo. No obstante, lo más seguro es que la realidad se niegue a transitar por tan tranquilizadores senderos.

Y ocurre que, aunque los Apóstoles hubieran existido como logia, no median evidencias de que se dedicaran a actividades criminales. Tampoco existe prueba fehaciente para avalar que Montague John Druitt alguna vez hubiese conocido a James Kenneth Stephen, a quien ciertos comentaristas pretenden que fue el organizador de la muerte de este profesor para evitar la difusión de escabrosos secretos relacionados con las salvajes mutilaciones inferidas por Jack el Destripador.

Sin embargo, en varias versiones aparece este amigo del Príncipe Albert Víctor propuesto como un gran exponente dentro de una confusa y sinies-tra conspiración.

En algunas obras literarias resulta sindicado de haber sido el líder del grupo de los referidos Apóstoles -acomodados universitarios de Cambridge - que ultimarían a Montague –también integrante de esa logia- y simularían su suicidio para que sus demenciales crímenes no llegasen a cobrar dominio público atrayendo, de esa manera, miradas curiosas e indeseables.

De acuerdo con otros planteamientos, James Kenneth Stephen no estaría relacionado con Montague John Druitt sino que sería por derecho propio el infame asesino de ramera jamás capturado.

James Stephen disponía de muchas cosas en su beneficio: era apuesto, inteligente, de desahogada posición económica, hijo de un prominente juez y -por si fuera poco- gozó del favor de la casa imperial británica durante cierto período por ser amigo íntimo del juvenil futuro monarca de la época, el Príncipe Albert Víctor, también conocido como “Eddy”.

James era primo de la célebre novelista Virginia Woolf, quien concluiría su vida cometiendo suicidio. A su vez, su padre, el magistrado James Fitzjames, fallecería mentalmente insano. Tales datos delatarían la presencia de problemas psíquicos hereditarios en la familia de Stephen.

Un accidente donde se golpearía violentamente la cabeza operaría como desencadenante de un drástico cambio en el prometedor joven, al extremo de trastornar por completo su personalidad, la cual se convertiría en amargada y violenta. Desde allí se incubaría en su interior un insano repudio hacia el sexo femenino.

James Kenneth era algo mayor que el Príncipe Eddy y fue elegido por la corte en el año 1883 como tutor de hecho de aquél. En la selecta universidad de Cambridge, Albert Victor se uniría al grupo de los denominados “cripto homosexuales”, que asimismo integraba Stephen junto con una serie de incipientes pseudo literatos.

Se creyó advertir que entre ambos muchachos se mantuvo, más allá de una fraterna amistad, un vínculo de carácter homosexual. Poco tiempo después, Stephen se vio forzado a separarse de su amigo cuando éste pasó a ejercer su profesión dentro de la Royal Artillery, y desde ese alejamiento se mostró en extremo celoso de las nuevas amistades que iría cultivando su antiguo tutelado.

El traumatismo encéfalo-craneano sufrido en el año 1886 le produjo un severo absceso en el cerebro, y a partir de allí pasaría a ser tratado por el experimentado médico de la casa real doctor William Gull.

Las pruebas de que este mozo se transformara con el correr del tiempo en el Destripador devienen exclusivamente circunstanciales. Algunos investigadores creyeron haber detectado semejanzas alarmantes entre presuntos versos contenidos en cartas asignadas a la autoría de Jack con poesías creadas por James Kenneth Stephen.

El feroz rechazo del novel poeta hacia las féminas se pone de manifiesto, entre otros ejemplos, en la confección de un verso que tituló “En el olvido”, donde cuenta cómo se topó con una mujer que no le gustaba y a la cual describió cruelmente empleando los siguientes términos:

“Encontré una mujer que no me gustaba.
Suelta de caderas, de pechos grandes.
Descoyuntada, angulosa.
No me gustaba.
Y no me habría importado si hubieran acabado con ella
matándola o eliminándola”

Se ha conjeturado que el modelo de mujer allí descrito se inspiró en la víctima Elizabeth Stride. Y si su arte constituía un fiel reflejo de sus sentimientos, parece claro que este joven solía ser muy extremista.

Como representación de este rasgo suyo basta con leer el poema que le “dedicó” a un hombre desconocido que accidentalmente le dio un pisotón al descender de un tren:

“¡Oh, ojalá sufras eternas torturas!
¡Ojalá arpías con relucientes garras desgaren tu cerebro
y que las cucarachas se ceben en tu sucia cara!”

Y de que, igualmente, se trataba de un ferviente misógino dan cuenta los siguientes versos:

“Si todo el mal que han hecho las mujeres
se metiera en un hatillo y se enrollara,
la tierra entera no podría contenerlo
y el cielo no podría abrazarlo

Tal cantidad de maldad
desconcertaría al mismo demonio
y lo mantendría en llamas
mientras giran las ruedas del tiempo”

En cuanto refiere a la oportunidad que habría tenido para consumir los crímenes, cuando menos está acreditado que James Kenneth Stephen se encontraba presente en la ciudad de Londres los días en que los mismos acontecieron.

La salud mental del poeta iría declinando desde el año 1888 hasta que en 1890 fue internado en una institución para enajenados psíquicos.

De todas formas, aunque el personaje deviene literariamente atractivo por su extravagancia, la mayoría de los especialistas en el asunto no lo toman en consideración como un serio postulante a haber constituido el criminal. Sencillamente, se carece de pruebas efectivas aptas a fin de involucrarlo sólidamente en aquellos homicidios.

Su gradual declinación hacia la demencia parecería haber transitado por la depresión y el derrumbe nervioso más que por las explosiones de violencia precisas para determinarlo a emprender los brutales asesinatos que se le conocieran a Jack el Destripador.

Y si de personajes literariamente interesantes y mediáticos hablamos parecería muy claro que más méritos que James Stephen para alcanzar el podio reservado al Ripper ostentó su gran amigo de sangre imperial. Sin embargo, la candidatura a tal fin del simpático y trágico Eddy no fue de las primeras en ofrecerse al público, y ninguno de sus contemporáneos hubiesen siquiera soñado con esa posibilidad.

El Príncipe Albert Víctor devendría nominado para ocupar el cargo de haber constituido el amputador de Whitechapel recién setenta y ocho años luego de acaecido su óbito.

La historia que lo asocia al Destripador surge en el año 1970 cuando salió editada en el número correspondiente al mes de noviembre de la revista *The Criminologist*, del editor Nigel Morland, la hipótesis formulada por el doctor Thomas Stowell donde la identidad del culpable quedaba cautelosamente encubierta, en tanto sólo se hacía referencia a éste como el “*Sr S*”.

La precaución fue más bien vana porque todos creyeron advertir que el Sr S aludido en el relato, por fuerza no era otro sino el tan renombrado Príncipe Albert Víctor.

Las quejas que, atentos se rumorease, se hicieron sentir desde el palacio real determinaron que rápidamente el muy maduro doctor Stowell - contaba a la sazón con ochenta y cinco años- se desdijese por medio de una carta dirigida al periódico *The Times*, pretendiendo que nunca quiso señalar a su alteza imperial como el culpable de los repudiables crímenes.

Pero el anciano falleció repentinamente sin poder alcanzar a ver publicada su carta de retractación o aclaración. Llamativamente, su deceso se produjo un nueve de noviembre, fecha aniversario de la muerte de Mary Jane Kelly.

Los datos brindados por el mencionado galeno conformarían el germen básico para la teoría de la conspiración monárquica. En principio, y de acuerdo con esa versión, la tapadera urdida estaba destinada únicamente a frustrar la aprehensión del asesino de alta alcurnia, e impedir el subsiguiente bochorno para la Corona y el gobierno británico.

Albert Edward Víctor había nacido en 1864, siendo el primogénito del Príncipe de Gales, también llamado Albert. De adolescente viajó en barco recorriendo el mundo en compañía de su hermano George, y se adujo que durante aquel viaje fue seducido y contrajo la sífilis que le causaría su deceso en 1892, a la temprana edad de veintiocho años.

Además, la salud del aspirante a monarca se encontraba mermada como resultas de un repentino ataque de tifus padecido a sus veinte años, todo lo cual lo hizo vulnerable a las fiebres terciarias que luego lo afectaron. Se sospecha que la debilidad de su sistema nervioso le venía de herencia, dado que su bisabuelo había sido un maníaco depresivo.

En Londres, el que tiempo después sería también conocido como Duque de Clarence y Avondale, se hará notar por su afición a los placeres y por rehuir a las obligaciones que el protocolo de la vida cortesana le imponía. Las clases obreras, que sentían por él una sincera simpatía, le apodaban “collar and cuffs” (“cuello y puños”) a causa de su peculiar modo de vestir. A mediados de los años ochenta del siglo XIX, Edward fue enviado a una travesía marítima para que así la prensa se olvidara de fustigarlo por sus costumbres desarregladas.

Según el relato del médico, sería al volver de ese viaje cuando los empujes de sus enfermedades lo conducirían a la definitiva pérdida de su juicio, y a partir de allí se transformaría en el monstruo matador de meretrices del East End. Aquí cabe acotar que varios testimonios rendidos una vez verificados los crímenes, y en donde se retratase el aspecto que tenían algunos de los sospechosos de haber estado con las víctimas en los momentos próximos a sus muertes, guardan llamativas semejanzas con el perfil físico del Príncipe: coincide la estatura indicada, el bigote rubio, la ropa elegante usada, y hasta el peculiar sombrero de gamuza propio de los cazadores, adorno que aquél portaba con frecuencia.

El facultativo creería que Albert Víctor había desarrollado una obsesión sádica por la sangre durante sus cacerías en Escocia. Allí habría adquirido el muy básico conocimiento clínico que el Destripador habría demostrado poseer a la hora de mutilar. Para efectuar la localización de los órganos que el aniquilador extraía a sus víctimas bastaba con poseer la sapiencia técnica que le proporcionó el descuartizamiento de venados, práctica que le excitaba sexualmente.

Así será como el aspirante a monarca, impelido por el deterioro psíquico y moral causado por su enfermedad, pasaría del despellejamiento de venados a la mutilación de meretrices. De las andanzas del joven recién se enteraría la familia monárquica una vez consumado el doble homicidio del 30 de setiembre de 1888.

Tras el bestial crimen de Kate Eddowes, la Policía Secreta inglesa echaría mano del desquiciado de sangre real, al cual se internaría en un hospital psiquiátrico. No obstante, el preso escaparía a la vigilancia y lograría perpetrar el más espeluznante de todos los homicidios de la serie, destrozando a Mary Jane Kelly dentro de su muy modesta habitación en la mañana del 9 de noviembre de 1888.

Lo volverían a atrapar y sería internado bajo estrictas medidas de seguridad en una clínica para enfermos mentales emplazada en la localidad de Ascote. Por su parte, Sir William había tratado exitosamente al aspirante a Rey, cuya salud la casa imperial le había encomendado, logrando mediante sus cuidados aliviar transitoriamente la gravedad de sus enfermedades.

El repunte sanitario le permitiría al paciente emprender un nuevo viaje en crucero y tomar parte en acontecimientos públicos durante el año 1890, pero la afección cerebral ocasionada tras el avance de la sífilis terminó por precipitar su trágico desenlace. En 1892 el malogrado joven fallecería, y una epidemia virulenta de gripe que azotó a Inglaterra ese año le permitió a la Corona pretextar que el Príncipe había muerto a consecuencia de la misma, extremo que brindó una coartada perfecta para evitar el consiguiente bochorno.

Enormemente mayor hubiera resultado el escándalo a desatarse, por cierto, si la población británica se hubiera llegado a enterar que bajo la simpática apariencia de collar and cuffs en verdad se ocultaba el indigente desventrador de pobres mujeres del Este londinense.

La posibilidad de que se filtrara esa peligrosa información debía ser cortada de raíz, por lo que a fin de armar el artificio perfecto se movilizarían todos los poderes de la realeza y del gobierno.

A esta altura del relato cabe señalar que, luego de adquirir estado público la singular hipótesis debida al doctor Stowell, la corte británica se apresuró a hacer conocer que Edward se hallaba ocupado en actividades de protocolo y, en especial, que en la fecha de acaecer algunos de los crímenes ni siquiera estaba presente en Inglaterra sino que se encontraba en Sandringham, Escocia. Sin embargo, estudiosos del fuste de Colin Wilson pusieron en cuarentena esta coartada, y al respecto consignaron:

“... aquella misma tarde me encontré con un experto en crímenes, el alemán Frank Lynder y le conté cuanto me había relatado Stowell acerca de su teoría. Lynder inmediatamente se ofreció a comprobar la estancia del duque en Londres en la circular oficial de la corte. Era editor de varias revistas y diarios alemanes y disponía de facilidades para realizar la investigación. No mucho después –acaso fuera al día siguiente- Lynder me llamó por teléfono muy excitado para decirme que las fechas coincidían, el duque nunca estuvo en Escocia cuando se cometieron los crímenes...” (36)

Fuere como fuere, lo cierto es que el juvenil aristócrata únicamente fue reputado como candidato a haber sido Jack el Destripador en la proposición del citado anciano médico.

El artículo periodístico sin duda proporcionó datos literariamente muy atractivos pero pecó de falta de solidez, dado que el firmante del mismo no se animó a identificar derechamente al joven heredero imperial como el responsable de las matanzas, por más que todos los indicios apuntaran a que aquél constituía la persona descrita en ese relato.

Además, la fuente de la cual extrajo su información el facultativo reafuerza que se quiso denunciar a Albert Víctor, en tanto se pretendió que la versión emergía de unas notas dejadas por el eminente doctor William Gull años después de la muerte de éste, las cuales pudo examinar Thomas Stowell con la autorización de Caroline Acland Gull, hija del fallecido.

(36) Los asesinos, pags. 264 y 265.

A los pocos años desde aquella controvertida publicación la versión del asesino de sangre imperial fue alcanzando su apogeo, y dio lugar tanto a obras literarias de ínfima calidad cuanto a muy vendibles - aunque poco fundadas- películas sobre el Destripador, donde la identidad del múltiple homicida se le reservaba al tan zaherido Príncipe.

De tal suerte fue como en el curso del año 1976 vio la luz pública el primer libro que, con minuciosidad de datos y argumentos, ofreció una investigación aparentemente sólida en respaldo de la que se diera en llamar hipótesis de la conspiración o de la conjura, también conocida como “teoría de la conspiración monárquico-masónica”. La obra se rotuló “Jack the Ripper. The final solution” (“Jack el Destripador. La solución definitiva”) y fue elaborada por un reportero del matutino East London Advertiser llamado Stephen Knight.

De acuerdo con la trama expuesta en ese libro, el Príncipe Albert Víctor al cual en 1890 se nombraría Conde de Atholone y Duque de Clarence y Avondale, y por el año 1888 era el futuro, aunque malogrado, Rey de Inglaterra -en tanto fallecería, según quedó dicho, durante el año 1892 a consecuencia presuntamente de haber llegado al estadio terminal de la sífilis que padecía- se enamoraría perdidamente de una dependienta de confitería pobre y, para peor -en un imperio de religión protestante-, católica.

El más tarde Duque de Clarence merodearía por los arrabales del East End lejos de las indiscretas miradas que lo vigilarían si hubiese pretendido divertirse en la lujosa zona del West End. En una de sus incursiones, por 1884 -cuando tenía veinte años- el muchacho conocería a la juvenil y sensual Annie Elizabeth Crook, que por aquel entonces trabajaba en una confitería localizada en la calle Cleveland.

Ambos jóvenes se convertirían en una entusiasta pareja de amantes, y a raíz de esa tórrida relación amorosa la chica daría a luz una hija natural del aspirante a monarca, a quien se bautizará con los nombres de Alice Margaret.

El posterior casamiento de sus padres –en una iglesia católica y con la presencia del pintor Walter Sickert como testigo del novio y de Mary Jane Kelly asistiendo a la novia- concedería legitimidad al nacimiento de la pequeña. Dicha criatura vendría al mundo en el mes de abril de 1885, según refiere una inscripción registrada en los libros del hospital de Marylebone. En su partida de nacimiento se consignaría como dirección de la niña y de su madre el número 6 de la calle Cleveland, así como su condición de hija de padre desconocido.

En apoyo de sus aseveraciones Knight menciona que en el registro de edificios de la ciudad de Londres del año 1888 figura en dicha dirección como ocupante una señora llamada “Elizabeth Cook”. Deduce que por lógica no podría sino tratarse de Annie Elizabeth Crook, pero se omitió su primer nombre y se escribió erróneamente su apellido con una falta de ortografía a causa de un lapsus del registrador.

Que el futuro Rey contrajera matrimonio clandestinamente en una iglesia católica y que su esposa plebeya hubiera engendrado una niña apta para aspirar al trono inglés era suficiente motivo para un gran escándalo, por más que el mismo no llegase a ser tan poderoso como para hacer temblar los cimientos de la monarquía británica, según se ha pretendido.

Empero, ese hecho efectivamente constituía una razón de bastante trascendencia para que la Corona –una vez enterada de tan anómala situación - tomara cartas en el asunto y, mediante la intervención de la Policía Secreta -a la cual se haría entrar en acción en virtud de una gestión del Primer Ministro Lord Robert Salisbury, pretendidamente masón- separase por la fuerza a la pareja.

Albert Víctor sería amonestado por su estricta abuela y apartado de su anterior vida. Aunque a esta altura cabría intercalar que la reprimenda -si de verdad existió- no lo asustó demasiado, porque es un hecho objetivamente comprobado que el muchacho volvió a las andadas en el año 1889, se rumoreó que fue indagado junto con otros miembros de la clase aristocrática a causa del que dio en llamarse “el escándalo de la calle Cleveland”, donde las autoridades policiales allanaron un burdel masculino.

Lo que sí quedaría muy claro es que mucho peor que a éste le fue a la pobre Annie Crook, quien terminó encerrada en un manicomio bajo el pretexto de que se trataba de una enferma psiquiátrica violenta y se la sometía, según una versión, a una lobotomía y, de acuerdo con otro planteo, a una manipulación en su glándula tiroides.

En cualquiera de ambas hipótesis el resultado habría sido su pérdida total de conciencia y su imposibilidad de constituir un peligro para la monarquía, pues ya nadie iría a creerle si contaba la historia de su casamiento con el Príncipe, de la existencia de la hija de ambos, y de los derechos al trono que ésta tendría. La niña, por su parte, sería salvada gracias a la oportuna intervención de Mary Jane Kelly, quien la entregó al cuidado de los padres de su infortunada amiga.

Pero más allá de lo marcadamente ficticio de estas especulaciones: ¿Podrían realmente haberse conocido Albert Víctor y Annie Elizabeth Crook?

Ciertos datos objetivos militan en pro de esa posibilidad. Por ejemplo, representa un hecho notorio que en el correr del año 1889 estalló el que los periódicos designaron “el escándalo de la calle Cleveland” tras el allanamiento de un prostíbulo masculino en cuya redada se detuvo, aunque fue pronto discretamente liberado – según una nunca confirmada versión – al mismísimo heredero al trono. Deviene otro hecho acreditado que, incluso antes de esa fecha, Annie Crook trabajaba de dependienta en la confitería ubicada sobre esa calle, y que dicho local daba frente por frente con el lupanar frecuentado por Eddy. Resultaba posible que ambos muchachos se hubiesen contactado y mantenido relaciones ya por el año 1884, de conformidad pretende la teoría de la conjura.

La hipótesis presupone que cuatro de las víctimas canónicas –se excluye a Catherine Eddowes– se conocían y eran amigas. Su amistad era tan fuerte que no vacilarían en complotarse contra la Corona británica, a la cual tratarían torpemente de someter a chantaje reclamando una recompensa por su silencio. A cambio de dinero, callarían las imprudencias del Príncipe Edward y la existencia de una hija engendrada con una plebeya católica.

En lugar de recibir una retribución monetaria les esperaba una muerte atroz a todas ellas, incluida Kate Eddowes, quien sería asesinada por error al confundírsela con Mary Jane Kelly.

El entorno de la Reina Victoria vinculado a la masonería encargaría la tarea de silenciarlas al eminente cirujano William Gull sin imaginar el alcance de los disturbios psiquiátricos que entonces afectaban a ese anciano galeno. Sir William asistido por el cochero John Charles Netley y, tal vez, por otros colaboradores, procedería a concretar los espeluznantes crímenes con mutilación.

En cuanto a Albert Víctor, su papel en la tragedia sería nominal. En realidad no fue el homicida sino la causa casi involuntaria de las muertes. Se habría tratado de un testigo impotente de una masacre, la cual nada pudo hacer para evitar, y que poco tiempo después fallecería tras el avance de su enfermedad venérea.

Otro individuo propuesto para interpretar el rol de asesino homosexual en la azarosa historia de aquel antiguo degollador de ramera lo representó Mr Frank Miles. Este hombre compartía la misma inclinación erótica que caracterizaba al afamado escritor y dramaturgo victoriano Oscar Wilde, del cual fue compañero de estudios en la universidad de Oxford y amigo íntimo.

Se trató de un joven pintor daltónico especializado en bosquejar dibujos de desnudos femeninos trazados a lápiz. Frank resultaba un habitual concurrente a las fiestas que comenzó a organizar a partir del año 1881 el distinguido esteta en su apartamento sito en la calle Tite, en Chelsea, y a las cuales asistía lo más granado y selecto de la intelectualidad londinense. Miles ocupó esa vivienda en calidad de invitado de Wilde durante un corto período.

El sujeto siempre denotó un comportamiento muy excéntrico, al extremo de ser arrestado en repetidas ocasiones por protagonizar indecorosos actos de exhibicionismo frente a menores en la vía pública. En otra emergencia, la policía se apersonó al domicilio que Wilde y Miles compartían. Traían una orden judicial de detención contra este último, pero Oscar los entretuvo haciendo gala de su histrionismo, mientras su amigo huía raudamente escalando los tejados.

Una vez que descubrieron la estratagema, los oficiales se enfurecieron con el gran artista y amenazaron con arrestarlo a él en lugar del denunciado por haber entorpecido la acción de las fuerzas del orden. No obstante, Wilde alegó que se había prestado a que su amigo se escabullera porque creía que la presencia policial se trataba de una broma gastada por conocidos mutuos, y desplegando su natural simpatía logró que los agentes se olvidasen de la cuestión.

Los desvaríos en que incurría Frank Miles se fueron tornando cada vez más asiduos, y marcaban la presencia de una enfermedad mental que fue agudizándose a ritmo acelerado. Por el año 1887, fue ordenada su internación en el hospicio de Brislington, cercano a Bristol, e incluso circuló la especie de que había fallecido durante el mes de marzo del siguiente año, atento señalase una información aportada por la revista *Magazine of Art*.

La verdad, empero, consistía en que el internado aún vivía y que su verdadero deceso recién se produjo el 15 de julio de 1891 tras sufrir una parálisis general progresiva, de acuerdo lo han ratificado variopintas fuentes posteriores. Esta confirmación volvía plausible que ese intelectual ora-te hubiese sido Jack el Destripador, en tanto cuando menos se hallaba vivo en los momentos en que tuvieron efecto las matanzas.

Pero no median pruebas de que se le permitiese disfrutar de salidas transitorias del hospital ni que se hubiese fugado. Todo apunta a que los postreros cuatro años de su existencia los pasó enclaustrado lo cual, aunque aún estuviese con vida, lo descarta como posible sospechoso pues no habría gozado de la posibilidad material y efectiva de llevar a término aquellos repudiabiles homicidios.

Se adujo que su amigo Oscar Wilde desconfiaba que Miles era el ejecutor del East End y que en su libro “El retrato de Dorian Gray” dejó esparcidas herméticas pistas que lo delataban. De tal suerte sería como, en función de tan dudosos datos, versiones y rumores, el nombre de este malogrado artista homosexual quedó de alguna manera conectado al enigma de las mutilaciones inferidas por Jack the Ripper.

Como se desprende de las precedentes semblanzas sobre los presuntos homosexuales Tumblety, Druitt, Stephen, Albert Víctor y Miles en realidad no existen pruebas de que alguno de ellos fuera siquiera un asesino y, menos aún, que hubiese sido Jack el Destripador.

No quiere decir, lamentablemente, que los anales de la criminología estén escasos de homicidas secuenciales con dicha condición sexual. En el siglo XX abundaron sangrientas historias de matadores homosexuales, aunque raramente los mismos finiquitaban mujeres sino que habitualmente sus víctimas fueron hombres con igual opción.

Dos casos emblemáticos bastan para ilustran este punto, a saber: el de Jeffrey Dahmer, tildado “Caníbal de Milwaukee”, y el de Robert Berdella, recordado mediante el calificativo de “Carnicero de Kansas City”.

Con respecto de la extraña personalidad de Dahmer su biógrafa Anne Schwartz, periodista de su natal Milwaukee, escribió:

“...Era un ser solitario, perdido en sus fantasías desde una edad muy temprana, que no encajaba entre sus compañeros de colegio y hacía de bufón para ellos. Bebía excesivamente y se sentía muy solo, abandonado por aquellos que se suponía que le querían. Su película favorita era El exorcista, llena de satanismo, aunque no estaba claro que él rindiese culto a las oscuras fuerzas del mal... la única cosa que le proporcionaba una sensación de orgullo era su trabajo, y cuando lo perdió, quizás también perdiera el último vestigio de normalidad en su vida.

Le dio a entender al oficial que estaba a cargo de él en régimen de libertad condicional que generalmente no se fiaba de las personas, pero que cuando tenía que estar con sus compañeros de trabajo, intentaba desaparecer en su mundo de fantasías siempre que le era posible. Ese mundo acabaría por hacerse mucho más importante que el mundo real, y finalmente le desplazaría del todo...” (37)

Jeffrey Lionel Dahmer nació en Milwaukee, Wisconsin, Estados Unidos, el 21 de mayo de 1960. Sus padres eran Lionel y Joyce Dahmer. Un hermano de nombre David seis años menor que él completaba su familia.

Fue un niño amado por sus progenitores quienes le proporcionaron todo lo posible para su adecuada educación y buena vida social. Lionel era químico y su tarea obligaba a la familia a trasladarse con frecuencia.

Con el paso del tiempo Jeffrey, que era un niño sin problemas, se fue convirtiendo en un ser introvertido y taciturno con falencias a la hora de relacionarse con sus congéneres. Adoptó la extraña costumbre de coleccionar animales pequeños muertos. A diferencia de otros criminales en serie, no era cruel con los animales sino que tuvo como mascotas a varios perros y gatos. No obstante, desde muy joven sentía una atracción mórbida hacia la muerte.

En el liceo su actividad curricular fue aceptable aunque comenzó a denotar síntomas de alcoholismo, y ya por entonces se vislumbraba en él un costado antisocial. De esta época provienen sus fantasías de desmembrar hombres y se va desarrollando su inclinación homosexual. Durante sus años en la preparatoria consumó su inicial crimen en junio de 1978. En dicha ocasión, mientras se hallaba alcoholizado mantuvo relaciones íntimas con un amigo llamado Steven Hicks. Cuando el chico quiso regresar con sus padres Jeffrey se puso iracundo y lo golpeó en la cabeza con un objeto contundente hasta matarlo. Para deshacerse del cadáver lo cortó en trozos depositando las partes dentro de bolsas de plástico que enterró bajo el jardín de su finca.

(37) Shwartz, Anne, *El hombre que no mató lo suficiente*, traducción de Diana Falcón Editorial Grijalbo, Barcelona, España, 1994, pags. 233 y 234.

En ese mismo año ingresó a la universidad en pos de doctorarse en química como su padre, pero pronto fue expulsado por mala conducta y, acto seguido, se enroló en el ejército. Rápidamente comprendió que la disciplina militar no era para él, y en el mes de diciembre de 1978 se retiró. Fue detenido por incurrir en faltas contra la moral en octubre de 1981. Al salir del correccional va a vivir con su abuela a Wisconsin. Se verifica un nuevo arresto en setiembre de 1986, también por inmoralidad.

El segundo homicidio lo comete en setiembre de 1987 en perjuicio de Steven Toumi al cual ultima en una habitación de hotel luego de haberse embriagado con éste en un pub para homosexuales. Dahmer declaró no haberse dado cuenta que lo había victimado hasta que se despertó a la mañana siguiente y se encontró con su compañero fallecido yaciendo a su lado en la cama.

Su tercer acometimiento letal lo concretó contra un adolescente de catorce años de nombre Jamie Doxtator, habitué de bares gays en los que se ofrecía como prostituto. La estrategia del criminal consistió en proponerle que viniera a su casa —en realidad a la residencia que compartía con su abuela— y se desnudase para tomarle unas fotografías. A cambio ofreció entregarle cincuenta dólares. Una vez que ingresó a la vivienda el pobre Jamie fue estrangulado y su cadáver divino objeto de actos necrófilos. Al día entrante Jeffrey Dahmer, sierra en mano, desmembró el tieso organismo tal cual realizara en las anteriores ocasiones.

El asesinato del joven hispano Richard Guerrero consumado en marzo de 1988 configuró un calco el crimen anterior: estrangulación, necrofilia y disección del cadáver para desembarazarse de las molestas y delatorias pruebas. Pero esta vez el maníaco agregó a su escalofriante proceder la canibalización parcial del cuerpo de su víctima. También guardó las manos y la cabeza del muchacho en un armario durante cierto tiempo, a modo de trofeo.

Como si presintiera que su casa se estaba convirtiendo en escenario de espantos la abuela del homicida le solicitó que abandonase la finca y se buscara donde habitar. Lo cierto era que la anciana muy lejos estaba de sospechar de los instintos mortíferos que animaban a su nieto, pero le desagradaba que éste usara la vivienda con sus amigos inmorales.

Exento del débil contralor que podía significar su abuela Jeffrey alquila un apartamento en Milwaukee, y en el interior del mismo le toma fotografías impúdicas a un niño a quien le paga para que pose en las mismas. Su verdadera idea consistía en mantener sexo con el chico, cosa que consigue. Aunque aquí no hizo uso de la violencia ni de las drogas los padres del menor se enteran del sórdido incidente y lo denuncian. Ello provoca que el 25 de setiembre de 1988 el corruptor sea detenido bajo acusación de haber inferido asalto sexual en segundo grado. Una coincidencia extraordinaria fincó en que el ultrajado resultó ser hermano de un asiático de nombre Konerak, destinado a ser una de las futuras presas humanas del depredador.

En tanto aguarda se disponga la sentencia, Dahmer continúa en libertad bajo palabra. Aprovecha ese privilegio para contactarse con el menor Anthony Sears en un club para homosexuales y transforma a su infeliz acompañante en una nueva víctima. Se repite el trágico ceremonial: ingesta de drogas, estrangulamiento, necrofilia, disección del cadáver y consumo parcial del mismo.

A su vez, el maníaco añade un nuevo ingrediente a su barbarie: para su enfermizo goce va fotografiando cada etapa del desmembramiento y de la antropofagia inflingida sobre los cuerpos. Cuando tiempo más adelante fue aprehendido se localizaron en su apartamento varias de estas conmovedoras imágenes. Finalmente se pronuncia la condena por el ataque sexual sobre el menor asiático.

No confinan al culpable en una cárcel sino en un hospital psiquiátrico, ya que los psicólogos que lo analizaron recomendaron internación y tratamiento médico prolongado. Los reportes clínicos acreditaron que exhibía una personalidad manipuladora y un carácter evasivo y, asimismo, que mostraba fuerte dependencia hacia el alcohol y las drogas. Sale del hospital en mayo de 1990 y se muda a un nuevo apartamento.

Que el tratamiento recibido de poco sirvió da cuenta el hecho de que, tras su retorno a la libertad, Jeffrey se abismó en un torbellino vesánico desintegrándose el frágil dominio que ejercía sobre sí mismo. Llevó a cabo la friolera de doce homicidios en el correr de los siguientes quince meses, ciclo fatal que mostró una vertiginosa aceleración de mayo a julio de 1991.

De tal modo, finiquitó a Edgard Smith en junio de 1990, a Ricki Lee Beeks en julio, y a Ernest Miller y David Thomas en setiembre del mismo año. En 1991 sus víctimas las constituyeron Curtis Straughter en febrero, Errol Lindsey en abril, Anthony Hugues y Konerak Sinthasomphone en mayo, Matt Turner en junio, Jeremiah Weinberg, Oliver Lacy y Joseph Bradehoft, los tres en julio de dicho año. En los estrados el matador luciría una camisa blanca a rayas que posteriormente se supo que pertenecía al último de los difuntos.

Sólo la captura pondría fin a la ola de sangre derramada por este enfermo. El 22 de julio de 1991 dos agentes de policía ingresaron a su apartamento a raíz de la denuncia formulada por un muchacho de color, quien de milagro se había salvado de las agresiones escapando desnudo a la calle con un par de esposas cerradas sobre sus muñecas.

El caníbal atendió a los oficiales y les permitió la entrada. Parecía estar muy calmo y seguro de sí mismo, tal vez recordando que en el pasado había sorteado indemne un registro similar mientras en su heladera se enfriaban porciones de cadáveres humanos.

Esta vez no gozaría de tanta suerte. Uno de los policías se quedó conversando en el living con el dueño de casa mientras el otro pasó a revisar la habitación donde, según el denunciante -quien acompañó a los agentes y, a medio vestir, seguía con los grilletes puestos-, estaría el cuchillo con que habría sido amenazado de muerte.

A poco de entrar al cuarto, el agente -además de la mencionada arma blanca- pudo ver una serie de espantosas fotografías, donde se registraba meticulosa y sádicamente cada paso del desmembramiento y de las torturas que el psicópata imponía a sus víctimas. De inmediato le gritó a su compañero que esposara al sospechoso. El asesino intentó escapar y se originó un forcejeo. Con la ayuda del segundo policía, que regresó corriendo para colaborar, lograron tirarlo al piso y reducirlo.

El múltiple verdugo y antropófago se transformó en un fenómeno mediático espectacular. Su caso dio la vuelta al mundo y numerosos psicólogos y criminólogos procuraron obtener palabras suyas durante su estadía en la cárcel. Al principio el recluso se mostró muy reservado y se negó a otorgar entrevistas. Sólo aceptó brindar algunos breves reportajes a periodistas previo pago de dinero. Dado que todas las bárbaras tropelías se verificaron en suelo de Milwaukee -jurisdicción en la cual no estaba vigente la pena capital- el responsable fue condenado a cumplir cadena perpetua, en tanto -simbólicamente- al sumársele las condenas por cada crimen se le impuso purgar novecientos cincuenta y siete años de encierro.

Jeffrey Lionel Dahmer únicamente pasaría algo más de tres años preso. El 28 de noviembre de 1994 un recluso de color -también homicida y con desórdenes mentales-, de nombre Christopher Scarver, le destrozó el cráneo mediante violentos golpes asestados con la mancuerna de hierro de unas pesas tras una confusa refriega sobrevenida en el patio de la prisión, incidente en el cual otro interno también resultó asesinado.

Los homicidios de este desequilibrado revistieron notable semejanza con las barrabasadas inferidas por otro criminal contemporáneo y coterráneo suyo llamado Robert Berdella.

Con respecto de este sádico la especialista en psiquiatría forense Hellen Morrison escribió:

“...Para él, la excitación no era un placer lleno de alegría, deleite y felicidad. Tampoco se trataba de la sensación de dulce calidez que siente un joven amante después de hacer el amor. Para Berdella, el sexo no tenía nada que ver con la euforia o el júbilo... Se tumbaba junto a sus víctimas pero no las consideraba sus compañeros. En cierto sentido, la situación recordaba a la de un niño que manipula a su entorno. Juega y juega hasta que considera que le objeto le pertenece... No quiero decir con ello que Berdella no supiera calcular, sino que no era capaz de asimilar los conceptos abstractos que los humanos manejamos cada día. Extrapolándolo a sus víctimas, no podía imaginar el significado de la tortura o la muerte. No sabía que les causaba daño ni lesiones irreparables...” (38)

Robert Berdella, conocido como el “Carnicero de Kansas City”, nació el 31 de enero de 1939 en el pueblo de Cuyohoga, Ohio, Estados Unidos en el seno de una familia católica. A sus dieciséis años su padre murió víctima de un paro cardíaco. Al poco tiempo su madre pasó a vivir en concubinato con otro hombre, hecho que nunca fue superado por el adolescente. A los veinte años habría sido objeto de una supuesta violación inferida por un compañero de trabajo, y a partir de entonces se iniciaría en la homosexualidad. Durante su ulterior juicio presentó el resentimiento hacia su padrastro y la presunta vejación como causas de su anormalidad y justificación por las monstruosidades cometidas.

Y es que realmente perpetró inauditas monstruosidades.

Captaba a compañeros homosexuales atrayéndolos al interior de su finca en Kansas City -de hecho, en su casa tenía montado un bazar donde vendía todo tipo de rarezas-. Atacaba de improviso a sus invitados y, una vez reducidos, los trasladaba hacia el sótano en donde había diseñado una rudimentaria sala de torturas. Mantenía a sus víctimas atadas y amordazadas con cuerdas de piano. Las violaba de continuo y las sometía a vejámenes casi increíbles, que incluían inyecciones de calmantes para animales y descargas eléctricas aplicadas sobre los genitales.

(38) Mi vida con los asesinos en serie, pags. 236 y 237.

El tormento solía durar días o semanas, pero si el organismo de la víctima lo resistía, aquellos suplicios se prolongaban sin la menor interrupción durante más de un mes. Se regodeaba con el sufrimiento que provocaba, y en toscos cuadernos consignó las secuencias y los detalles de sus bárbaros “experimentos”. También atesoraba un álbum con fotografías tomadas mediante cámara Polaroid. Allí quedaron registradas las diversas poses y fases de las abominables sevicias que implacablemente les imponía a sus cautivos.

Fue acusado y condenado por el asesinato de seis hombres con inclinación homosexual igual que él. Sin embargo, se desconfía que segó la existencia de muchos otros más. Quedó acreditado que martirizó alrededor de veinte jóvenes aparte de aquellos cuyos cadáveres se hallaron, pero no se sabe por qué motivos éstos no lo denunciaron ni las razones que determinaron al criminal a no matar a esos individuos en particular.

La policía lo arrestó luego de ser alertada por una de sus víctimas, de nombre Cris Bryson, quien aprovechó un descuido del monstruo para saltar desde una ventana y escabullirse desnudo hacia la calle gritando desesperadamente en demanda de auxilio.

En su juicio penal se le perdonó la vida y fue condenado a cadena perpetua, pues aceptó ofrecer una completa confesión de sus crímenes. Tras cuatro años en la prisión Robert Berdella expiró el 8 de octubre de 1992 presuntamente debido a un síncope cardíaco -igual que sucediera años atrás con su progenitor-, aunque corrieron fuertes rumores de que lo envenenaron cambiándole los medicamentos que ingería para sus dolencias del corazón.

Una palmaria diferencia salta a primera vista entre los depredadores modernos Jeffrey Dahmer y Robert Berdella, antes reseñados, con aquellos sospechosos de haber sido Jack el Destripador de igual condición sexual que ellos. De estos últimos sólo existen conjeturas y especulaciones de que realmente fuesen asesinos. No puede esgrimirse ninguna prueba eficaz de que Francis Tumblety, Montague John Druitt, Frank Miles, James Kenneth Stephen o el Príncipe Albert Víctor hayan matado nunca a nadie.

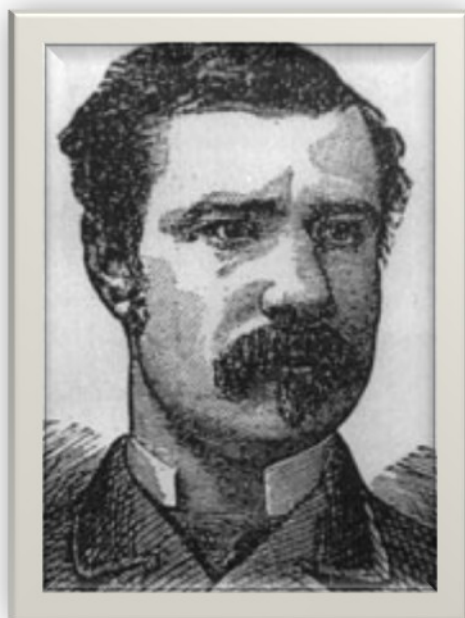


Francis Tumblety

Seudo médico norteamericano de condición homosexual. Huiría a Estados Unidos luego del último crimen de Jack el Destripador



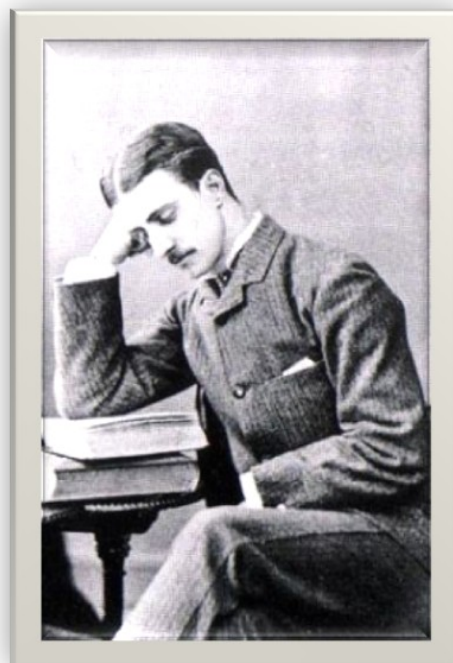
Durante mucho tiempo este dibujo representó la única imagen familiar de **Francis Tumblety**



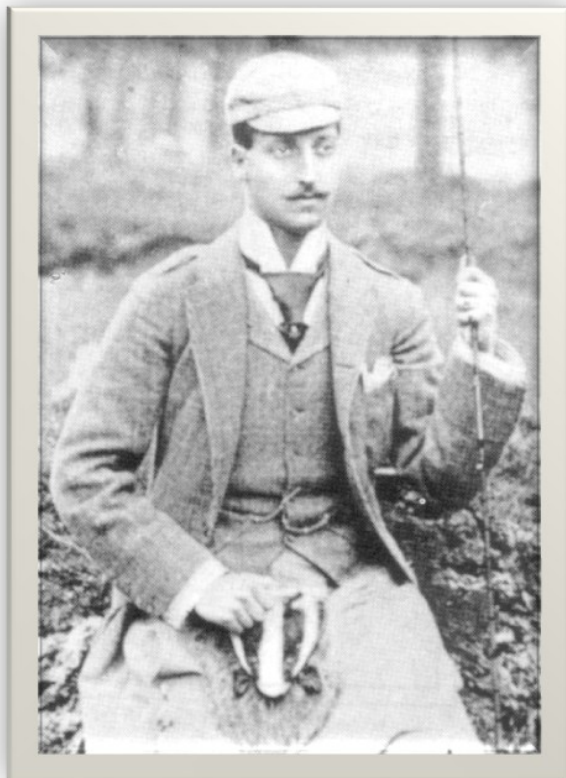
Inspector John Littlechild
En una carta suya se acusa a Francis Tumblety



Inspector Walter Andrews
Persiguió a través del océano
al curandero prófugo.



Montague John Druitt
Era “sexualmente enfermo”, según el “Memorandum Macnagthen” y fue un
clásico sospechoso de cometer los crímenes del Destripador.



Príncipe Albert Víctor, Duque de Clarence

Presuntamente homosexual. Fue el candidato de más alto rango postulado para ocupar el “puesto” de Jack el Destripador.



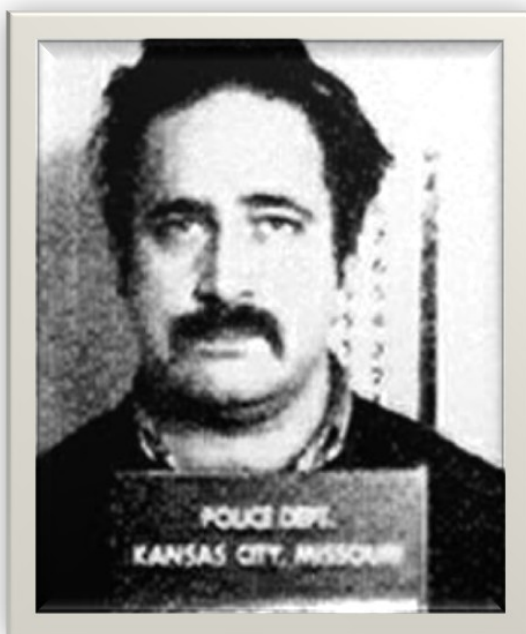
James Kenneth Stephen

Amigo íntimo del Príncipe Eddy.
Otro de los sospechosos.



Jeffrey Dahmer

Llamado el “Caníbal de Milwaukee”.



Robert Berdella

Culpable de sádicos asesinatos homosexuales.

CAPÍTULO VI

Jack. El asesino satánico.

Jack el Destripador golpeaba repentinamente, cual si de un perverso y fulmíneo ente emergido de la nada se tratase. Agredía a sus presas humanas y les inflingía una muerte atroz, sin que aquellas pudiesen oponerle la menor resistencia.

Nunca había testigos directos presentes durante los feroces ataques, o parecía no haberlos. Obraba con increíble eficacia haciendo alarde de una desconcertante sangre fría e, igualmente, de un completo desprecio hacia el peligro, como si estuviese convencido de que jamás iría a ser capturado.

En algunos de sus asaltos, tal cual aconteciera en el homicidio de Catherine Eddowes, eliminó a la mujer en las adyacencias de una plaza alrededor de la cual un agente policial practicaba una ronda regular cada quince minutos. Aún así, le alcanzó el tiempo para diseccionar con certera meticulosidad al cadáver y extirparle órganos.

¿Estaba acaso protegido por fuerzas sobrenaturales? ¿Era quizás un enviado diabólico? ¿Sus escalofriantes actos obedecían a un lúgubre ritual? Preguntas análogas a las arriba formuladas se agolparon en la mente de sus contemporáneos, y de ello dio debida cuenta la prensa de aquel entonces.

Sin embargo, la eventual ligazón que conectaría a este célebre asesino con la magia negra, con lo oculto y con los poderes satánicos no alcanzaría a ser valorada con importante acopio de datos y fundamentos sino después de que transcurrieran muchos años de acaecidos los crímenes en el sector Este del antiguo Londres.

La historia que asocia al matador en cadena victoriano con Satán y sus acólitos dispuso de un prematuro antecedente en el ocaso del trágico 1888. En el mes de diciembre de dicho año se editó en la revista londinense Pall Mall Gazette un artículo proponiendo que el ultimador de Spitalfields se dedicaba al ejercicio de la magia negra y ostentaba poderes extranaturales.

El redactor de aquel raro opúsculo lo constituyó el Conde Crawford, un prominente practicante de ciencias herméticas. De concederse crédito a la citada formulación, el sádico delincuente extraía órganos y grasa corporal de sus víctimas a fin de fabricar velas que le permitieran concretar una evocación mágica apta para tornarlo inmune frente a las enfermedades y detener su envejecimiento.

El aristocrático Crawford recalcó que los lugares donde fueron abandonados los cuerpos formaban una estrella de cinco puntas perfecta, o bien una cruz invertida, y que los pasos del implacable ritual los había copiado el homicida extrayéndolos de un clásico tratado sobre alta magia debido al reputado ocultista Eliphaz Levi.

Atento a otra sugerencia contemporánea a aquellos macabros eventos, la diabólica estrella de cinco picos no estaba conformada por la distribución suministrada a los cadáveres sino por las escuálidas pertenencias de la extinta Annie Chapman -unas monedas y un sobre para cartas roto, entre otras fruslerías - las cuales, de acuerdo se adujo, habrían quedado determinadas encima de la acera observando de manera intencionada esa llamativa simetría geométrica.

Se pretendía que el ultimador devenía adepto a la magia negra, y que por medio de la práctica de aquel ceremonial aspiraba hacerse con el elixir de la vida eterna.

Sin ingresar en los pormenores de estas añosas propuestas, bastaría con advertir que los lugares en que se hallaron los cuerpos exánimes de las cinco víctimas canónicas de Jack the Ripper en absoluto representan una cruz o una estrella de cinco picos perfecta -ni mucho menos- sino que dejan la patente impresión de haberse tratado de crímenes inferidos por puro azar, en la medida de que la distribución de los cadáveres no respetó ninguna clase de coherencia geométrica.

De ser veraz la formulación de que a algunas de las fenecidas se las eliminó en determinado lugar, y que a posteriori se las trasladó a los lugares en que finalmente fueron encontradas, menos sentido aún comportaría la idea de que medió una significación ritualista en la comisión de los crímenes. Y es que si el ejecutor hubiese querido ubicar los cadáveres de una manera en particular nada le habría impedido hacerlo así.

Y tampoco se registraron evidencias aptas para avalar la hipótesis de que pertenencias de una de las mujeres ultimadas por el asesino se hallaron próximas a su cadáver esparcidas con prolijidad, y guardando simétrica precisión, debido a que aquel depredador las habría dejado ordenadas de forma deliberada, cual si hubiera tratado de diseñar con ellas una estrella pentecostal.

Varios comentaristas mantienen el parecer de que Mary Ann “Polly” Nichols, por ejemplo, no resultó victimada en Buck’s Row, donde el carretero Charles Cross se topa con su cuerpo, sino que la finiquitaron a través de estrangulación manual en otra parte- tal vez en el interior de un carruaje- y más tarde su cadáver fue depositado en la indicada zona por su matador o sus matadores, y en ese último reducto sería donde se le practicaron las mutilaciones conocidas.

Esta conjetura fue planteada en la novela gráfica *From Hell*. Allí Jack el Destripador -encarnado en esa versión por el cirujano de la Corona imperial Sir William Gull, contando con el auxilio del cochero John Netley- pone manos a la mortífera faena dentro de su elegante vehículo desmayando a su agredida tras aplastarle con sus manos la arteria carótida, previo haberla drogado mediante la ingesta de uvas impregnadas en láudano.

En relación con este tópico se ha especulado:

“...Tengo la creencia de que Polly Nicholls fue asesinada mediante estrangulamiento en algún lugar cercano a Buck’s Row, y que después la llevaron físicamente hasta allí antes de mutilar su cuerpo. El hecho de que Polly estuviera muerta antes de que se iniciaran las mutilaciones parece derivar de la falta de sangre alrededor del cuerpo, la mayoría de la cual rezumó sobre la ropa de Polly. La sangre de las arterias de un cuerpo vivo no rezuma. Salpica todo lo que haya hasta un metro y medio o dos de distancia...” (39)

Pero -sin desmedro de la validez a otorgar a la precedente suposición- es dable subrayar que la antigua nota de prensa denunciando la presencia de satanismo en los homicidios inferidos en el East End muy escaso eco despertó, y sólo deviene retomada por Aleister Crowley en una extravagante narración donde ventila sus sospechas de que una maligna influencia sobrenatural fue la causa motora de aquellas enigmáticas muertes.

Y ocurre que, en puridad, la creencia en un asesino diabólico principia más modernamente, desde el mes de enero del año 1973, a instancias de un suelto periodístico editado por la revista True Detective bajo la interrogante frase de: “¿Se dedicaba Jack el Destripador a la magia negra?”, redactado por cuenta del periodista especializado en tópicos penales Mr Leonard Gribble.

En ese artículo se sindicaba a un cirujano desquiciado como el promotor de las salvajadas, quien se precipitase a la vesania criminal impelido por un irrefrenable anhelo de venganza, luego que una meretriz infectara de sífilis a su amado único hijo y, al cabo de una dolorosa agonía, le ocasionara el deceso.

Esta proposición, que alberga resonancias de la antigua historia formulada por Mr Leonard Matters, el creador de “El misterio de Jack el Destripador” (40) -obra donde se introdujo la figura del mítico “doctor Stanley”-, se refuerza con la peregrina idea de que el pretenso médico

(39) From Hell, apéndice comentando viñetas de pags. 154 y 155.

(40) Matters, Leonard, The Mystery of Jack the Ripper, Editorial Hutchinson, Londres, Inglaterra, 1929.

homicida burlaba la aprehensión policial gracias al despliegue de sus inesperados conocimientos sobre magia negra y ocultismo.

El bárbaro rito comprendía la extirpación de vísceras a los organismos, las que eran utilizadas a posteriori para armar con ellas un mágico pentagrama de poder.

En su nota, Mr Gribble puntualizaba que los datos esenciales los había conseguido valiéndose de la mediación de un informante, quien le contó que el afamado místico y espiritista Aleister Crowley constituía la fuente originaria de dicha narración, y que aquel último sabía con certeza cual representaba la identidad del extraordinario criminal, aunque se pensaba que no estaba dispuesto a difundirla.

Aleister Crowley tenía apenas trece años en 1888 cuando sucedieron los asesinatos con mutilación en los arrabales de Londres, los cuales -de acuerdo repetidamente reconociera- incidieron de manera notable en el desarrollo de sus posteriores actividades paranormales.

Avanzando el tiempo, lograría erigirse en uno de los divulgadores de ciencias ocultas más trascendentes y reputados de su tiempo, siendo responsable de elaborar numerosos ensayos concernientes a tópicos mágicos y místicos. Y si Jack the Ripper configuró una mala influencia para este hombre no cabría dudar que el propio Alesteir Crowley también lo fue para desequilibrados psicópatas de reciente data que perpetraran crueles homicidios imbuidos por el satanismo.

Un triste y cercano ejemplo de ello lo suministró el súbdito inglés Henry Bibby, de cincuenta y tres años, quien el 7 de mayo del año 2000 en la localidad de Covent Garder, afincada en el centro de Londres, frente a la concurrencia de un grupo de acólitos ultimó - tras asestarle más de veinte puñaladas- al niño de doce años Diego Pineira Villar, en el marco de un siniestro ceremonial de invocación a Lucifer.

Una vez capturado por las fuerzas del orden serían localizados entre las pertenencias de este brutal ejecutor unos papeles conteniendo fórmulas relativas a magia negra y mitología griega, así como téticas referencias insertas en un clásico libro de Aleister Crowley titulado “Magia en teoría y práctica”.

La concreta frase del destacado ocultista hallada en las notas toscamente garrapeadas por este loco homicida mentaba:

“...Para el más alto trabajo espiritual, uno debe elegir por consiguiente a esa víctima que contenga la fuerza más grande y más pura. Un niño masculino de inocencia perfecta y alta inteligencia es la víctima más satisfactoria y conveniente...” (41)

Lo más lamentable de esta escabrosa anécdota radica en que aquel visionario cuyas palabras fueron seguidas al pie de la letra como modelo por ese desenfrenado criminal diabólico en realidad nada más había deslizado esas alusiones en vena de sórdida broma, circunstancia que, evidentemente, el trastornado Henry Bibby desconocía. En efecto:

“...Crowley había terminado ahora lo que muchos consideran su obra más importante, la magia en la teoría y la práctica... ningún editor inglés quiso aceptar publicarla quizás porque Crowley recomendaba el sacrificio de niños varones para obtener los mejores resultados mágicos, y añadía una nota al pie de página contando que el mismo lo había hechos unas ciento cincuenta veces al año entre 1912 y 1928. Como se puede advertir, incluso en ésta, su mejor obra, Crowley fue incapaz de resistir la tentación de divertirse con pesadas bromas sádicas... el libro tiene ‘trampas explosivas’, es decir que hay ciertos ‘errores deliberados’ incluidos en sus rituales mágicos. Para el que no se dedica al ocultismo esto puede parecer bastante inofensivo. Pero es un aspecto esencial de la tradición mágica el rigor de las entidades demoníacas en cuanto a la precisión y exactitud, y el más mínimo desliz puede provocar un desastre...” (42)

(41) Perfiles Criminales, pags 306 y 307.

(42) Wilson, Colin, Alesteir Crowley. La naturaleza de la bestia, traducción de Amelia Brito, ediciones Urano S.A, Barcelona, España, 1989, pag. 160.

Sin lugar a dudas que más de un desastre provocó la malsana influencia de Aleister Crowley sobre mentes desorientadas, ya fuera que el ocultista escribiese con seriedad o lo hiciera movido por su humor negro. Así fue como la incidencia de este difusor de ciencias ocultas se palpó igualmente en el macabro accionar de una pareja de homicidas aún más recientes.

El caso se verificó en la localidad alemana de Bochum donde los jóvenes Daniel y Manuela Ruda, a lo largo de su juicio penal celebrado en el año 2002, mencionarían varias frases citando textualmente las ideas expuestas por aquel antiguo iluminado buscando, de tal suerte, ofrecer una perturbada justificación a su horrendo crimen. Y es que el salvaje homicidio cometido por el matrimonio Ruda configuró uno de los más repugnantes y vesánicos que la mente humana soporta imaginar.

La víctima del desalmado dúo devino ultimada en el mes de julio de 2001. Se trató de Frank Haagen, de treinta y tres años, compañero de trabajo y amigo de Daniel Ruda. Lo habían invitado a pasar una velada nocturna en casa del joven matrimonio, pero en cierto momento Daniel lo atacó de improviso con un martillo aporreándolo repetidamente en la cabeza. Manuela colaboró impidiendo la huida del atontado y desesperado Haagen asestándole frenéticas cuchilladas en el corazón antes de que éste pudiera trasponer la puerta de entrada.

Mientras su amigo agonizaba caído sobre el piso de la sala de estar, tras la tormenta de golpes y tajos padecida, los sádicos procedieron a quemarle la espalda con cigarrillos y bebieron la sangre que manaba copiosamente desde las numerosas heridas abiertas. En su consiguiente proceso criminal estos enajenados insistieron en que actuaron dirigidos por las palabras de sus guías espirituales en materia demoníaca, y en particular inspirados por las ideas de su mentor Aleister Crowley.

No dieron muestra alguna de arrepentimiento porque estaban convencidos de haber obrado como vehículos de irresistibles fuerzas que los trascendían. La mujer, con la testa rapada y una cruz invertida

tatuada sobre su calva, proclamó: *“¡No fue un asesinato! ¡Fue la ejecución de una orden! ¡Satán nos lo ordenó! Simplemente tenía que ser hecho. Nosotros queríamos que la víctima sufriera bastante antes de morir”*.

Ambos desquiciados aseguraron estar persuadidos que una vez fallezcan se trasmutarán en vampiros alcanzando así la vida eterna. En una de las sesiones de su causa judicial Manuela rogó que cerrasen las ventanas del tribunal porque no podía soportar la claridad de la luz solar puesto que ella era una criatura de la noche. También relataron haber vivido durante un tiempo en Escocia y en Inglaterra, y detallaron cómo conocieron a vampiros reales en Londres.

Acostumbraban vagar en horas nocturnas por los cementerios en ruinas y por los bosques. Habrían dormido dentro de ataúdes enterrados y disfrutaron de la sensación. La mujer, en particular, refirió que dos años antes de acometer el homicidio había pactado con el Diablo, al cual entregó su alma en estricto cumplimiento de los compromisos asumidos. El demencial asesinato por el cual fueron condenados representaba parte ineludible del acuerdo satánico arribado con el Príncipe de las Tinieblas.

El tribunal provincial de Bochum no tardó en pronunciar sentencia. Se sancionó a la perturbada pareja a purgar un total de quince años de cárcel, así como a recibir tratamiento psiquiátrico hospitalario hasta que muestren síntomas de recuperación de sus severos trastornos mentales, progreso que daría la impresión de resultar muy poco factible, a la luz de los hechos.

Sin embargo, algunas de las respuestas brindadas por los encausados al contestar preguntas del fiscal no parecieron sugeridas tanto por la locura cuanto por el cinismo. Por ejemplo, Daniel Ruda se declaró inocente y requirió que lo dejaran en libertad de forma inmediata alegando constituir una mera herramienta del Maligno.

En apoyo de su petición el acusado ofreció a jueces y jurados el pérfido razonamiento de que: *“Cuando un borracho provoca un accidente de tránsito, a nadie se le ocurriría acusar al automóvil”*.

En cuanto atañe al inspirador y modelo de estos modernos criminales luciferinos y, a su vez, principal divulgador de la hipótesis sostenedora de intervención demoníaca en los homicidios consumados por Jack el Destripador, vale anotar que el mismo vino a este mundo bajo el nombre de Edward Alexander Crowley y conformó, sin discusión, un personaje extraordinario por derecho propio.

Nació el 12 de octubre de 1875 en el seno de una acomodada familia de clase alta inglesa, siendo su padre un magnate cervecero. El dinero que heredaría de su acaudalado progenitor le iba a permitir llevar una vida de leyenda, aunque con el andar del tiempo el hombre acrecentó sus arcas por méritos personales, ya que decenas de seguidores solventarían sus emprendimientos mesiánicos.

Fue igualmente un poeta y un escritor radical, además de mago, drogadicto y bisexual. La prensa lo fustigaría con acritud aplicándole epítetos tales como *“El hombre más malvado del mundo”* y *“La gran bestia 666”*. Definió a su doctrina esotérica *“iluminismo científico”*, método que -de acuerdo adujo- cuando deviene utilizado e interpretado adecuadamente, sintetiza la sabiduría humana suprema. Los mensajes crípticos de sus teorías fueron difundidos a través de la revista *The Equinox* - El Equinoccio-.

Entre otras curiosidades, se cuenta que Aleister fue quien le sugirió al líder Sir Winston Churchill el empleo del símbolo de la “V” de la victoria, mediante la exhibición de los dedos mayor e índice de la mano derecha. Durante la Segunda Guerra Mundial se presentó a la opinión pública como un patriota inglés, y apoyó a los soldados en lucha remitiéndoles panfletos con inflamados poemas y pentagramas místicos que -de conformidad pretendía- garantizaban el triunfo bélico de las fuerzas armadas aliadas.

Logró comandar la antigua asociación hermética Golden Dawn, no sin antes chocar contra miembros prominentes de la misma como el literato William Butler Yeats y S. L Mac Gregor Mathers. En dicha entidad Crowley principió a ejercitar ceremoniales místicos inspirándose en las instrucciones de un remoto manuscrito del siglo XV llamado “El libro de la magia sagrada de Merlín el Mago”.

Lo radiaron de esa secta por sus actitudes rebeldes y contestatarias, pero pronto fundaría la Astrum Argentum. También actuó con singular brillo dentro de la renombrada orden ocultista OTO (Ordo Templis Orientalis), sociedad masónica rosacruz para la cual redactó los textos de una misa gnóstica.

Años más tarde se retiró a Escocia donde instaló una magnífica mansión emplazada a las orillas del lago Ness a la cual bautizó “*Palacio de Boleskine*”. Observaba la manía de cambiarse de alias, y entre los muchos que utilizó al cabo de su luenga existencia se cuentan los de Conde Vladimir Svareff, Master Terrino, Príncipe Chiog Kim, Baphomet, Lord Boleskine, entre otros.

Durante su estadía en Norteamérica, una vez concluida la Primera Guerra Mundial, estrechó relaciones con personas de variopinta orientación sexual para -atento alegase- reforzar así el alcance y poderío de sus ceremoniales místicos. Allí conoció a su segunda esposa, Leah Hirsing, a quien calificó herméticamente como “*Mujer Escarlata*”, y de la cual la Baronesa Vittoria Cremers llegaría a convertirse en su primordial asistente.

En Italia fundó la llamada abadía thelema en la ciudad de Cefalú, Sicilia. En aquella localidad organizó a un reducido grupo de devotos con los cuales se dedicó a consumir orgías sexuales en pos de potenciar la eficacia de sus rituales mágicos.

El régimen fascista de Benito Mussolini lo expulsó de esa nación, tras el escándalo desatado a raíz de la muerte de un adepto de la orden debida a intoxicación por ingesta de drogas. Aparte de ese trágico hecho las autoridades itálicas lo consideraban un espía inglés y, pese a que dicha acusación no era cierta, el propio Alesteir Crowley se encargó de propalarla a fin de auto promocionarse.

Ya había despertado la atención por sus actitudes excéntricas desde tiempo atrás. Por ejemplo, en el transcurso del año 1901 se encontraba residiendo en México cuando se enteró del fallecimiento de la Reina Victoria. Acto seguido, delante de testigos se puso a danzar una pretendida danza ceremonial azteca al tiempo que exclamaba jubiloso que por fin vendría la era de la luz, pues estimaba que la anciana monarca era el símbolo del más arcaico oscurantismo y de la máxima intolerancia política, social y religiosa. En aquel país centroamericano igualmente afirmó haber descubierto y perfeccionado un sistema centrado en fórmulas alquímicas que le permitiría volverse invisible.

Poco después, avanzando el año 1904, sacó a publicidad el primigenio de sus ensayos de largo aliento, a saber: el “Libro de la Ley”, cuyo principio crucial consiste en “Haz lo que quieras”, de consuno con el cual no existe otra ley por encima de la voluntad individual. A través de ese trabajo literario desarrolló una intensa apología de la libertad sexual, del consumo de alucinógenos, y de las prácticas mágicas.

Todo esto se relaciona con la que dio en llamarse “cultura thelémica”, manifestación social que, de hecho, configuró un adelanto temporal al movimiento *hippie* operante en Estados Unidos por la década sesenta del siglo XX. Para las sociedades demoníacas la obra y el ejemplo de vida proporcionado por este hombre conformó una decisiva influencia de la cual daría cuenta años más tarde la fundación de la denominada “Iglesia de Satán”, a cargo de Antón Lavey, en California, que lo tuvo por uno de sus más fecundos mentores.

El extravagante iluminado murió en plena ruina económica durante el decurso del año 1946 en una casa de huéspedes situada en la localidad de Hasting, condado de Sussex, Gran Bretaña, a consecuencia del agravamiento de una enfermedad asmática crónica. De acuerdo comentó la enfermera que lo atendiera en los instantes postreros, sus últimas palabras fueron:

“A veces me odio a mi mismo”.

Y retornando al relato de cómo fue que se involucró este equívoco personaje con la historia de que habrían participado truculentas fuerzas sobrenaturales en las matanzas victorianas cabe enfatizar que - a despecho de cuanto dijera Leonard Gribble alabando la discreción del ocultista y su presunta aversión a develar la identidad del depredador de Whitechapel-aquél sí había identificado, sin dejar margen a la ambigüedad, al hombre a quien sindicó culpable de ocasionar esas mortíferas tropelías, a través de una declaración brindada para su periódico The Equinox.

Tal información iría a adquirir notoriedad en el transcurso del año 1975 por virtud de una publicación a cargo de los seguidores del espiritista; más exactamente emergió a la luz pública en el volumen 1º número 4 de la revista de ciencias esotéricas Sothis. Aquí fue cuando por inicial ocasión se reveló el nombre y el apellido del diabólico personaje a quien se le atribuyó representar al implacable depredador que el mundo recuerda bajo el mote criminal de “Jack el Destripador”.

El nombre completo del individuo en cuestión era Robert Donston Stephenson, aunque igualmente era conocido como Roslyn D’Onston.

Durante el año 1888 este último había estado entrando y saliendo repetidamente de su internado en el London Hospital en Whitechapel Road, nosocomio donde se lo trataba a raíz de sus alteraciones psiquiátricas. Este centro hospitalario, a despecho de su manifiesta importancia, se emplazaba dentro del populoso sector Este de Londres y, más exactamente, en el paupérrimo distrito donde tendrían cabida los perversos y jamás resueltos crímenes.

Como dato curioso vale apuntar que en fechas concomitantes a las internaciones de Donston un paciente mucho más notable que aquél era asimismo tratado en aquella institución médica, aunque no a causa de dolencias mentales sino por padecer espantosas anomalías físicas congénitas en proceso de irreversible y fatal agravamiento. Nos referimos a Joseph Merrick, quien pasaría a la historia como “El Hombre Elefante”.

Describiendo al señero Hospital de Londres se ha dicho:

“...En la década de 1880, tras una sólida verja, garitas para los porteros en las principales puertas de acceso, se alzaba la impresionante fachada clásica del hospital. Todo el conjunto se había dispuesto con el propósito de inspirar confianza en las capacidades de la ciencia médica, y para infundir al tiempo el debido respeto entre los residentes del barrio. Era el signo exterior de la benevolencia autoritaria y la caridad en una zona que había experimentado durante muchas décadas una relación íntima con la penuria y pobreza, el enclave en el cual se asentaban las sucesivas oleadas de inmigrantes desposeídos junto con las comunidades pobres originarias de Londres...” (43)

El nacimiento del sospechoso Robert Donston Stephenson data del 20 de abril de 1841, por lo que el mismo contaba con cuarenta y siete años cuando tuvieron cabida las barrabasadas ejecutadas en los empobrecidos suburbios de la capital inglesa.

Ese dato temporal contradeciría la opinión criminológica de acuerdo con la cual un matador secuencial inaugura su saga mortal entre sus veinte y sus treinta años, aunque se han comprobado excepciones a dicha presunta regla en casos modernos como el del múltiple ejecutor ruso Andrei Romanovich Chikatilo, psicópata que consumó su primigenio asesinato a la edad de cuarenta y dos años.

(43) Howell Michael y Ford Peter, La verdadera historia del hombre elefante, Ediciones Noguer S.A, Barcelona, España, 2008, pags. 17 y 18.

Donston era un gran mitómano y un empedernido bebedor. Entre los muchos cuentos extravagantes que gustaba adosar a sus allegados descuellaba su pretensión de que derivaba de noble alcurnia, extremo que no era así en absoluto sino que el hombre procedía de progenitores de muy modesta condición, atento a que su padre trabajaba como triturador de semillas para la obtención de aceite y su madre era ama de casa.

En cuanto atañe al núcleo que interesa a nuestra narración cabe dejar constancia de que el hermético Crowley pretendía saber que el mencionado individuo era Jack el Destripador -y, asimismo, que devenía un agente satánico- gracias a comentarios que le formulase la Baronesa Vittoria Cremers, administradora de su orden de alta magia.

Por su parte, la adinerada Cremers tenía una amante lesbiana en la persona de Mabel Collins. Esta última mujer resultaba una hermosa y espigada pelirroja y era la principal colaboradora de Madame Blavatsky, fundadora de la denominada “Sociedad Teosófica” y archirival del ocultista. Como curiosidad suplementaria, cabe dejar anotado que el místico llegó al colmo de formular una de sus hipótesis más delirantes cuando acusó a su contrincante de llevar una doble personalidad, y constituir nada menos que el mortífero Jack el Destripador en su versión femenina.

La anécdota de interés para nuestra historia finca en que la bella Collins compartía sus favores sentimentales con un amante masculino, el cual se daba a conocer bajo el nombre de Roslyn D’Onston. En el momento de la aludida relación amorosa esta última persona vivía sumida en la mayor pobreza.

A despecho de esa realidad, aparentaba haber experimentado un pasado próspero e importante donde fuera médico y ex oficial de un regimiento de caballería. Igualmente, argüía ser un hechicero practicante de magia negra dotado con excelsos atributos psíquicos, y aceptaba -a la vez que difundía- que en algunos ámbitos lo apodaban “*Muerte repentina*” en honor, tal vez, a la eficacia letal que podían

revestir sus extraordinarios poderes si se proponía utilizarlos contra sus enemigos.

La única fotografía que se conserva sobre tan estrafalario personaje lo refleja como un hombre de edad bastante madura, canoso, de hirsuto bigote gris, porte marcial y aire distinguido.

A mediados del año 1889 la Baronesa Vittoria Cremers viajó a la capital y visitó a su antigua compañera Mabel Collins, la cual convivía en unión libre junto con el referido sujeto en una paupérrima vivienda de la localidad británica de Southsea.

La aristocrática dama se asombró al comprobar que Mabel y su actual pareja atravesaba por grave estrechez financiera, siendo que su recuerdo de la moza databa de tiempos más florecientes. Collins le comunicó a su amiga que compartía su humilde morada con un señor a quien ella conocía por el nombre de Roslyn D'Onston, quien decía ser capitán de ejército y no se hallaba presente en aquel instante. La joven le explicó que se encontraba seducida por los dones personales de su novio al cual conociera luego de leer dos sueltos de prensa escritos por éste, notas divulgadas por el sensacionalista matutino Pall Mall Gazette en los albores del año 1889.

El articulista suscribió el inicial de los informes bajo las iniciales “R. D”. En el mismo se aludía a un hipotético manuscrito esotérico cuyo texto habría servido de fundamento para la trama de una popular novela fantástica titulada “She”. Esa creación literaria era facturación del novelista Ridder Hagart, y en la misma se daba cuenta de la espectacular existencia y de los avatares de una heroína mística de nombre Alesha.

El segundo relato periodístico, a su turno, giraba en torno a un dramático y pretenso enfrentamiento habido entre el propio firmante del artículo con una hechicera apodada “Sube” y allí se narraba, con grandilocuente despliegue verbal, la manera como el primero consiguió derrotar a la segunda sirviéndose de los mágicos poderes de

un talismán que le había obsequiado el ocultista Bulwer Lytton, amigo del reputado mago Eliphaz Levi.

Aquí el redactor patentizaba su condición de adepto incondicional de la magia negra. En este último y novelesco reporte el autor no ocultaba su identidad a los lectores, en tanto suscribía expresamente como Roslyn D'Onston. Sin embargo ello era falso, puesto que su nombre verdadero no era Roslyn sino Robert, siendo sus apellidos Donston Stephenson.

Atraída por la sugestión emanada de aquellas fabulaciones la chica decidió comunicarse con el creador de las mismas exponiéndole su admiración por vía de una carta dirigida al periódico. Allí se enteraría que el redactor de los opúsculos se hallaba, a la sazón, recluido en el hospital de Whitechapel. También se le dijo que se trataba de una internación provisoria y que, no bien obtuviese el alta clínico, el escritor se pondría de inmediato en contacto con ella.

Una vez de nuevo en libertad el responsable de los llamativos artículos conoció en persona a su admiradora presentándose como un practicante de hechicería portador de trascendentes secretos. Fuera como fuere, lo cierto es que su florida dialéctica convenció a la sensual fémica, y la indujo a aceptar una relación carnal que incluía la manutención económica del por entonces indigente mago.

El hechizo amoroso se conservaba en pleno apogeo para el momento en que Mabel presentó su concubino a su amiga la Baronesa. A ésta Roslyn le causaría muy grata impresión, al extremo tal que la persuadiría de financiar una empresa de cosméticos. Al parecer, la acaudalada Cremers también caería prendada bajo el encanto del hombre, al menos en cuanto a seguirle sus fantasías respecta.

Robert Donston Stephenson le contó a la dama toda suerte de anécdotas e historietas. Afirmó que había sido buscador de oro en California durante la época de la fiebre por ese mineral, garantizó que había luchado codo a codo con el revolucionario y aventurero italiano Giuseppe Garibaldi y, finalmente, pretendió haber sido traficante de esclavos africanos.

No dejó de repetir su versión de que procedía de una acomodada familia de terratenientes a quien sus padres habrían digitado su futuro matrimonio, el cual debía de llevarse a cabo con la adinerada heredera de un latifundio local.

De conformidad con esta narración, el programado enlace nupcial se frustró cuando una tarde de juerga el joven -quien por entonces había ingresado al ejército- se involucró sentimentalmente con una seductora mujer de la vida que se daba a conocer por el nombre de “Ada”.

Encandilado, Donston Stephenson dejaría de lado su compromiso nupcial con la rica heredera y, a impulsos de un irrefrenable arrebató pasional, pasaría a frecuentar a toda hora a su flamante amante descuidando sus obligaciones.

Su conducta suscitó la ira de su padre quien optó por privarlo de la abultada remesa que hasta ese momento le proporcionaba y amenazó con desheredarlo.

Una deuda de juego contraída con hampones obligó a Robert a solicitarle a su progenitor un préstamo destinado a cubrir la suma adeudada, pero éste sólo accedió a entregarle el dinero una vez que le hizo prometer solemnemente que concluiría para siempre su relación afectiva con Ada y se casaría con la joven terrateniente.

Puesto literalmente entre la espada y la pared Roslyn fingiría aceptar el chantaje, aunque se citaría en secreto con su amada. Los enamorados se separarían, pero antes de ello se prometerían que, fuere lo que fuere que ocurriera, volverían a reencontrarse al cabo de un año en el mismo lugar donde por primera vez se habían conocido, o sea, en el puente de Westminster.

Ada, sin embargo, no esperaría tanto tiempo. A la noche siguiente de la despedida cometería suicidio.

Donston no se enteró de la muerte de su querida y un año más tarde, cumpliendo su promesa, iría al puente en su busca. Se apostó allí aguardando con ansias ver aparecer a la mujer, hasta que a la medianoche sonaron las campanadas del cercano Big Ben.

Al silenciarse el eco producido por los últimos tañidos el desesperado amante contemplaría con ojos llorosos las procelosas aguas que corrían por debajo del puente y, en ese justo instante, percibiría el inconfundible taconeo de Ada, quien presurosa acudía a su encuentro. No había nadie allí, pero el joven supo que el espíritu de su enamorada estaba presente en fiel respuesta al pacto de amor sellado un año atrás.

Además de transmitirle tales melodramas, Robert Donston también le informó a la Baronesa respecto de los artículos periodísticos que de forma ocasional elaboraba valiéndose del seudónimo "*Tautriadelta*", vocablo proveniente del griego que significaba: "Cruz tres triángulos".

No obstante, transcurridos algunos meses, la admiración por el supuesto ex Capitán de ejército y experto en magia negra principiaría a desvanecerse y a trocarse en temor.

Así fue como la chica alcanzó a participarle a su amiga los recelos que albergaba de que su amante fuera nada menos que el terrible Jack el Destripador. Al ser interrogada por aquella sobre las razones que justificaban tales sospechas, la juvenil Collins se limitó a referir que era por algo que el hombre le había enseñado, pero en aquel primer momento se negó tenazmente a aportar más detalles.

Más adelante, en busca de pruebas para confirmar sus suspicacias ambas mujeres resolvieron enviarle un telegrama falso a quien conocían como Roslyn D'Onston a fin de mantenerlo lejos del alojamiento y, una vez conseguido ese objetivo, ingresaron a su habitación y la registraron con extrema minucia.

Valiéndose de una llave apropiada abrieron la caja de hojalata que el pseudo místico ocultaba celosamente. En el interior del recipiente encontraron algunos libros viejos, así como siete corbatas de color negro anudadas que denotaban persistentes rastros de sangre.

Este inquietante hallazgo suscitó comprensible zozobra en el espíritu de la Baronesa, y sus temores se acrecentarían aún más escaso tiempo después cuando Robert Donston le participase -por los días en que se llevó a cabo el asesinato de la prostituta Frances Coles, en el mes de febrero de 1891- su certidumbre de que el mutilador victoriano no volvería a incurrir jamás en nuevos homicidios.

Una vez formulada esa tajante afirmación el hombre le aseguró que había conocido en persona al feroz criminal que la prensa catalogaba bajo el apodo de Jack el Destripador.

La historia que el sujeto comunicó a Vittoria Cremers fue la siguiente: en una de sus frecuentes internaciones en el Hospital de Whitechapel Road había trabado cierta amistad con un médico que una noche, al atravesar por una crisis de arrepentimiento, le confesó que él era el desmembrador de rameras a quien Scotland Yard tan afanosamente buscaba.

El sistema para finiquitar que usaba el médico consistía en amarrar desde atrás a las víctimas y, luego de ponerlas en estado de indefensión, procedía a degollarlas sirviéndose de un filoso cuchillo. Empleando tal método evitaba que sus ropas se manchasen de sangre y lograba que su huida del escenario de las matanzas no quedase delatada por causa de tan comprometedor circunstancia.

En cuanto al lugar donde guardaba los órganos que por misteriosas razones extraía a las desafortunadas mujeres, el abominable cirujano escondía esas sangrantes porciones humanas dentro del espacio mediante entre la corbata y la camisa.

Los violentos ataques incluían la práctica de sodomía por cuenta del agresor contra sus víctimas femeninas. Este prelude de los crímenes se habría llevado a efecto sin aplicar violencia sino por propia voluntad de las luego agredidas.

Considerando que las finadas ejercían la prostitución, y la mayoría de ellas resultaron violentadas en la vía pública, se tornaba entendible que -al desconocer las genuinas intenciones que animaban al psicópata- éstas se pusieran de *motu proprio* en tan vulnerable postura, en tanto en aquel mísero distrito el coito se solía consumir con la meretriz ubicada de espaldas a su cliente manteniendo las faldas de la pollera levantadas y apoyando el peso de su cuerpo sobre un muro en algún lóbrego patio trasero - como el emplazado en la calle Hanbury donde encontrara su muerte Annie Chapman-.

Y con respecto a la zona elegida para practicar las agresiones. Robert Donston le explicó a Vittoria Cremers que el macabro facultativo escogía esos sitios por enigmáticos motivos que esta última no sería capaz de comprender, aludiendo así a la magia negra.

Además de transmitir esta especie a Aleister Crowley, la Baronesa le contó la misma versión al escritor Bernard O'Donnell, quien se abocó a indagar en los manuscritos redactados por Roslyn D'Onston cuando éste se valía del seudónimo "*Tautriadelta*".

Así fue que, aparte de los reportes periodísticos oportunamente mencionados, O'Donnell localizó un artículo atinente a magia africana firmado con aquel mote y publicado por la Sociedad Teosófica Lucifer, donde el comentarista hacía constar su parecer de que:

"El nigromante debe ultrajar y degradar a la naturaleza de todas las formas posibles. El menor de los crímenes que debe cometer, en pos de conseguir el poder que busca, es el asesinato mismo".

En otro opúsculo facturado por Robert Donston Stephenson, esta vez inserto en la revista espiritista *The Bordeland* del editor William Thomas Stead, el redactor -improvisando una suerte de autobiografía- aseguraba a sus lectores que su fascinado interés por las ciencias ocultas databa desde sus catorce años, y que el afamado escritor y espiritista Lord Bulwer Lytton se encargó de iniciarlo en los arcanos de las artes esotéricas dentro de la Gran Logia Hermética de Alejandría.

En ese artículo narró que transcurridos los años, siendo un joven estudiante de medicina, concretó exitosos experimentos con el procedimiento del “Doppelgänger”; es decir, el “Doble astral”, y se obsesionaría en tan elevado grado con ese fenómeno paranormal que se convenció de estar destinado a transformarse en un obediente y fulmineo instrumento de los dioses paganos.

Por lo que, de allí en más, aceptaría destruir a otros seres humanos inferiores si con ello lograba salvar a aquellos cuyas existencias merecían ser preservadas: “*Sería como Hermes, hijo de Dios*”, finalizaba sentenciando Donston en aquel relato.

A fin de dotar de mayor colorido a la narración de *Tautriadelta* el suelto incorporaba un prólogo debido a la inspiración del propio director responsable de la revista -el citado William Stead- en donde éste aseguró que el creador del artículo configuraba una persona excepcional a quien conocía desde mucho tiempo antes y del cual, con el paso de los años, llegó a formarse la sólida convicción de que se trataba de Jack the Ripper.

Resaltó que la policía fue de igual parecer, al extremo de que lo arrestaría cuando menos en una oportunidad, pero sería dejado en libertad una vez que el detenido respondiera a satisfacción cada una de las preguntas que le fueron formuladas, esgrimiendo al respecto una coartada inexpugnable. El hecho de que un periodista de la eminente talla de Stead se inclinase por la culpabilidad de Robert Donston dota de seriedad a la postulación de este hombre al cargo de haber sido el Destripador.

William Thomas Stead constituyó uno de los primeros feministas de la era victoriana. Había adquirido fama como director del Pall Mall Gazette cuando en julio de 1885 publicó una serie de artículos difundidos bajo el título de “El tributo de las doncellas en la moderna Babilonia”. Esas notas causaron gran impacto en la población, en especial en la clase media inglesa, porque expusieron sin titubeos las lacras que infectaban a la comunidad, y cuya existencia los victorianos no querían reconocer.

Este reportero, junto con otras personas, se había abocado a investigar el tráfico de niñas en los centros de vicio de Londres. A partir de entonces, y a través de cuatro entregas, salió a la consideración pública lo que sería conceptualizado como:

“...una de las muestras de periodismo sensacionalista más logradas del siglo XIX. El ‘Tributo de las doncellas’ documentaba en horrible detalle cómo las pobres ‘ hijas del pueblo ’ eran ‘engañadas, atrapadas y violadas, bien bajo influencia de drogas, bien tras una lucha prolongada en una habitación cerrada ’... la campaña de Stead forzó la aprobación de la legislación sobre edad núbil, que llevaba años estancada en el Parlamento...” (44)

Un inciso peculiar en la historia de este adelantado defensor de los derechos de mujeres y adolescentes radica en el hecho de que, curiosamente, fue denunciado de incurrir en el mismo delito que fustigaba: haber comprado una joven en el denominado “Mercado de esclavas” de Londres para fines sexuales.

Desde finales de 1885 los periódicos opositores se ensañaron con el reformador y airearon el juicio al que este hombre fuera sometido, en un intento de presentar al inconformista como si fuera un delincuente hipócrita que bien se merecía purgar en la cárcel el castigo por sus innobles acciones.

(44) Walkowitz, Judith, La ciudad de las pasiones terribles, traducción de María Luisa Rodríguez Tapia, Ediciones Cátedra, Madrid, España, pags. 167, 168 y 169.

Sin embargo, el aguerrido periodista saldría triunfante al conseguir la simpatía de los socialistas y de otros reformistas liberales porque - pese a pasar tres meses preso- lo postularían como un mártir de la justicia social injustamente acusado y condenado por los tribunales burgueses, a los cuales tenían por obsecuentes con la monarquía y con las fuerzas retrógradas que gobernaban Gran Bretaña a mediados de la década de mil ochocientos ochenta.

Volviendo a Robert D'Onston y a la búsqueda de información sobre su posible culpabilidad emprendida por el escritor Bernard O' Donnell, vale indicar que este escritor detectó la existencia de un libro redactado por quien firmaba como Rosylin Donston, el cual viera su publicación durante el año 1904 bajo el rótulo de "Evangelios Patrísticos".

Lo sorprendente en este caso estriba en que se trata de un minucioso examen teológico emprendido por el autor abarcando el contenido de los cuatro clásicos Evangelios Católicos, y en cuyo prólogo este escritor sustenta que dicho estudio lo llevó a término sirviéndose del auxilio de *"la guía innegable del Espíritu Santo"*.

Poco y nada parece tener que ver este trabajo literario con la gesta de un desenfrenado adorador de Satán, y aquí es dable visualizar otra de las muchas incongruencias planteadas por la vida y los actos del desconcertante Tautriadelta. Empero, todas las sospechas que venimos registrando no pasan de configurar versiones y rumores propalados por particulares que conocieron al excéntrico personaje.

Y a todo esto: ¿Podría en verdad haber configurado Roslyn D'Onston Stephenson un criminal motivado por los extraños e incomprensibles impulsos destructores que se intuyen en las matanzas victorianas?

Representa un dato objetivo que, en caso de que un ceremonial diabólico fuese el móvil de aquellos añejos estropicios, el único que fue acusado como responsable por algunos de sus contemporáneos, y que resultó citado con nombre y apellido como sospechoso a través de ulteriores artículos de prensa y ensayos literarios, ha sido este hombre.

Como vimos, el individuo devino sindicado como posible culpable de haber perpetrado los crímenes de Whitechapel por el periodista William Thomas Stead, los escritores Bernard O'Donnell y Mabel Collins, la Baronesa Vittoria Cremers, y por el detective aficionado (y socio) que lo denunció. A su turno, él mismo se involucró en la historia del Destripador por su propia cuenta y riesgo al denunciar ante las autoridades policiales al psiquiatra Morgan Davies.

Su candidatura para instalarse en tan sombrío cargo recibió un súbito rebrote a partir de una trilogía publicada por el autor británico Melvin Harris en la década de mil novecientos ochenta y fue respaldada con argumentos ingeniosos, de los cuales ulteriores estudiosos en la temática tomaron debida cuenta y, además, le adicionaron detalles y variantes de su propia cosecha.

Entre estos flamantes ensayistas procede recordar a Mr Ivor Edwards (45), quien se tomó el trabajo de efectuar minuciosas mediciones para establecer la trayectoria exacta que medió entre los escenarios donde tuvieron efecto los crímenes de cada una de las víctimas, detectando que las distancias habidas entre cada uno de los lugares donde fueron practicadas las matanzas delatan sorprendente coherencia métrica entre sí.

En particular la distancia obrante entre cuatro de los crímenes de segura autoría del Destripador, -a saber, todos los asesinatos “canónicos” excepto el de Mary Kelly- medidos a modo de cuadrícula denotan una simetría perfecta entre sí diagramando la forma de una cruz.

Este comentarista creyó percibir en ese prolijo orden geométrico el siniestro programa de un ejecutor satánico y descartó que las muertes las ocasionara un homicida impulsivo fundado en el deseo sexual. El programa demoníaco estaba prefijado e incluía sólo a cinco víctimas. Luego de alcanzado el objetivo el matador se detuvo y ya no volvió nunca más a ultimar.

(45) Edwards, Ivor, *Jack the Ripper. Black Magic Rituals*, Editorial Penny Publishing, Londres, Inglaterra, 2003

Ello explicaría la abrupta detención en los crímenes cometidos por Jack el Destripador tras masacrar a “Ginger” Kelly dentro de su modesta habitación sita en la pensión de Miller’s Court durante la mañana del nueve de noviembre de 1888, parálisis que ha desconcertado a los especialistas en criminalidad seriada los cuales, por lo general, esgrimen la convicción de que un matador de esta clase no podría dejar voluntariamente de asesinar.

Robert Donston llena los requisitos inherentes a un sujeto que se cree designado como emisario de las fuerzas del mal. Fue un sospechoso contemporáneo a las presuntas muertes rituales y resultó varias veces interrogado por la policía. Algunos conocidos suyos estaban convencidos de que él era el Ripper, incluida su amante Mabel Collins. Pese a su notoria propensión a exagerar parece ser cierto que fungió en el cargo de cirujano o ayudante de cirujano militar en el ejército inglés y que estudió magia negra en África.

Está comprobado que fue redactor de varios artículos periodísticos que versaron sobre magia y ocultismo. Incluso aseguró en una de esas notas haber “vencido” a una bruja, expresión que utilizó a manera de eufemismo porque en realidad la habría matado, en tanto el asesinato no sería cosa nueva para este individuo.

Ivor Edwards también resalta otra peculiaridad del candidato consistente en que aquél era un paciente del London Hospital de Whitechapel “*auto comprometido*”, en el sentido de que ingresaba y salía de allí cuando quería. Tal privilegio -sumamente peculiar- únicamente devendría explicable porque tenía seguidores cómplices vinculados a la profesión médica dentro de ese nosocomio. En su más aventurada afirmación el ensayista sostiene que Rosylin D’Onston antes de emprender su macabra tarea confeccionó una cartografía de las calles del distrito donde planeaba atacar.

Esa diagramación -según aduce- tomó la forma de un símbolo mágico sagrado, el denominado “Vésica Piscis”. Tal diseño fue empleado en obras monumentales del pasado de la humanidad y es apreciable, por ejemplo, en las ruinas de Stonehenge, en la Gran Pirámide de Egipto y en el Templo de Jerusalén.

En su libro, este escritor presenta mapas y fotos del distrito pretendiendo acreditar la existencia de un modelo programado en estos asesinatos simbólicos y ritualistas.

Sin embargo, a despecho de los esfuerzos realizados por estos modernos ensayistas afanados en detectar pistas de ceremoniales oscuros en las aberraciones de Jack el Destripador y endilgarle el papel de homicida satánico a Robert Donston, no cabe sino dejar constancia de que el criterio mayoritario exteriorizado por los expertos en el asunto concuerda en que este individuo no calza los puntos adecuados para ser reputado como un sospechoso legítimo y, por lo mismo, en general resulta desechada su nominación al efecto.

Como ilustración de tal escepticismo, en cuanto a la trascendencia que correspondería asignarle en la saga del degollador victoriano a este residente del London Hospital de Whitechapel, deviene útil transcribir las elocuentes reflexiones vertidas por los especialistas Colin Wilson y Robin Odell:

“...En resumen, Stephenson era una mezcla de fabulador y estafador, y es probable que la mayor parte de los detalles biográficos que presenta en el artículo publicado sean igualmente una mera fantasía. Su iniciación en manos de lord Lytton, los años pasados en una universidad alemana, su servicio como médico en el ejército de Garibaldi y, posiblemente, el título de médico. El doctor Roslyn D’Onston no era más que el ordinario Robert Donston Stephenson, hijo de un hombre que trabajaba en un molino. El nombramiento en el ejército era probablemente real, puesto que poseía el porte de un soldado, pero es más verosímil que hubiese ascendido, empezando como soldado raso. Aparte de eso, diríase que Stephenson no era más que un hombre sin éxito. Un tejedor de fantasías...” (46)

No resultaría, sin embargo, tan benévolo el parecer sustentado por otros críticos respecto a Robert Donston Stephenson.

(46) Recapitulación y veredicto, pag. 261

Así, por ejemplo, el popular autor Melvin Harris en una muy leída trilogía literaria postuló que este hombre realmente fue el auténtico Jack el Destripador, idea que igualmente sería continuada y profundizada por otros comentaristas como el también citado Ivor Edwards.

Mr Harris propondría que Roslyn constituyó un desalmado e implacable psicópata, cuyas espantosas e indignantes masacres estuvieron motivadas por la frenética compulsión de llevar a término una ceremonia satánica a la hora de emprender las fechorías. Propuesta que este ensayista sugirió repetidamente a partir de su exitoso y fundacional ensayo “The bloody truth” (47)-“La sangrienta verdad”-, editado en el año 1987. En el mentado libro se conciben a los estremecedores desmanes acaecidos durante el otoño de 1888 en el East End a guisa de matanzas diabólicas asignadas a la facturación de Roslyn D’Onston.

Previo a arribar a tal conclusión, el escritor criticaría la autenticidad y el fundamento de otras dos teorías que también buscaron desvelar la esquiiva identidad del mutilador de la era de la Reina Victoria, tal cual configuraron la hipótesis de la “conspiración monárquica” y la conjetura del “médico asesino” representado por un enteléquico personaje -encarnado por un cirujano ruso introducido en suelo británico por la policía secreta zarista- al cual se designase en esa versión como “Doctor Alexander Pedachenko”.

Se admite que la motivación propulsora de las fechorías, así como los desconcertantes indicios diseminados -aparentemente adrede- en el teatro de las muertes por el matador o los matadores descartaban que se estuviera frente a la presencia de crímenes ordinarios y, en cambio, denotaban que por fuerza debía haber detrás de ellos una siniestra organización criminal.

Pero, en opinión del aludido ensayista, esta organización estaba imbuida por influencias extra naturales, y contaría en calidad de verdugo con el sujeto en torno al cual recayeron persistentes sospechas por la época de producirse los repudiabiles acontecimientos, único personaje al cual de manera explícitas se lo identificase con las fuerzas ocultas y con los pode-

(47) Harris, Melvin, *The bloody truth*, Editorial Columbus, Londres, Inglaterra, 1987.

A este libro le seguirían “*The ripper file*”, Editorial W.H. Allen, 1989, y “*The true face of Jack the Ripper*”, Editorial Michael O’ Mara, 1994.

mágicos, el cual no sería otro sino nuestro tan referenciado Robert Donston Stephenson.

Y más allá de los diferentes planteamientos que se vienen glosando cabe preguntarse: ¿Qué pruebas eficaces existen acerca de la conexión de Robert Donston Stephenson con los crímenes protagonizados por Jack el Destripador, más allá de las versiones aportadas por la Baronesa Cremers y por los escritores antes mencionados?

Ciertos documentos acreditan que realmente el sujeto en algún grado intervino en la historia oficial del Ripper. A tal fin se alude a un recaudo extraído del Ministerio del Interior británico donde se acredita, fuera de toda vacilación, que el individuo de verdad se creía cuanto le contara a Vittoria Cremers y a otras personas.

El instrumento de marras consiste en una carta remitida a Scotland Yard con fecha 26 de diciembre de 1888 suscrita por una persona que la rubricó Rosylin D'Onston Stephenson. En esa misiva sindicaba para el rol de homicida a un médico internista del London Hospital, de Whitechapel, de nombre Morgan Davies, cirujano jefe de ese centro quirúrgico y residente en el número 9 de la calle King en la plaza Finsbury.

Atento informó el acusador en su denuncia radicada frente a las autoridades policiales:

“...El doctor Davies insistió siempre en el hecho de que el asesino era un hombre de potencia sexual casi agotada, que sólo podía entrar en acción por medio de un fuerte estímulo, como la sodomía...el mismo es un hombre que odia a las mujeres, aunque sea de constitución poderosa (según las líneas de su cara cetrina) y de fuertes pasiones sexuales. Sin embargo sus amigos suponen que no toca nunca a las mujeres. Una noche, cuando cinco médicos se encontraban presentes. Discutiendo tranquilamente el tema del Destripador y rebatiendo sus afirmaciones de que el asesino no hizo estas cosas – extirpar vísceras – para obtener muestras de úteros (matrices), sino que, en su caso, se trataba del impulso de matar desarrollado a partir del deseo sexual, cosa que los médicos no desconocían, interpretó (de modo que realmente aterrorizó a los cinco

médicos) la escena en su totalidad: tomó un cuchillo, “sodomizó” a una mujer imaginaria, la degolló por detrás, y entonces, cuando aparentemente, yacía postrada, la desgarró y a la acuchilló en todos los sentidos en un estado de total frenesí... No fue hasta hace unos días, después de que el director del Pall Mall Gazette me informara positivamente que la mujer asesinada a quien se le practicó la última autopsia había sido sodomizada, que pensé ¿Cómo lo supo él? Su interpretación fue la más vívida que presencié en mi vida...” (48)

El denunciante culminaba su epístola acusatoria adicionando una postdata en donde refería que había compartido sus sospechas con el pseudo detective George March, que vivía en el número 24 de la calle Pratt del barrio londinense de Camden Town. Asimismo, les anunciaba que se había comprometido a compartir por mitades iguales la ganancia producto de cualquier recompensa pecuniaria que, a raíz de la detención del criminal, se obtuviera por información brindada a las autoridades. Incluso añadía una copia de dicho convenio sobre reparto de eventuales dividendos.

Lo grotesco del caso es que el señalado George March ya había acusado, a su turno, a Robert Donston frente a las fuerzas del orden llevándoles el chisme de que su socio -y no el Dr Morgan Davies- constituía el verdadero criminal y, de paso, reclamando la totalidad de la recompensa para sí. Pero en Scotland Yard hicieron caso omiso de esta última delación y no aprehendieron al místico metido a detective, así como tampoco se molestaron en indagar al galeno tildado de homicida por éste.

El Inspector Roots de Scotland Yard fue el responsable de producir un conciso reporte de circulación policial interna donde desestimaron tanto las sospechas expuestas por George March contra Roslyn D’Onston como las de aquél último sobre la persona del doctor Morgan Davies. Dicho jerarca policial calificó a Roslyn de bohemio bebedor y drogadicto que -por encima de tales defectos- era digno de respeto en virtud de sus cualidades esotéricas y sus vastos conocimientos sobre arcanos ocultos.

Se sabía de su obsesión por el caso del Destripador, pero más bien se apreciaba el interés y la molestia que se tomaba, aunque no creyeran relevantes sus elucubraciones en torno al punto.

(48) Recapitulación y veredicto, pags. 256, 257 y 258.

En todo caso, quedó patentizado que a las autoridades encargadas de las pesquisas el sujeto denunciado no les despertaba desconfianza sino que lo tenían sólo por un extravagante inofensivo.

En cuanto al médico indicado como factible culpable por la despreciada denuncia vale remarcar que el mismo verdaderamente existió y se desempeñó en el cargo de Cirujano Jefe del London Hospital de Whitechapel, exactamente tal cual informó su acusador. Pero más allá de su acreditada existencia cierta nada avala la denuncia y las sospechas levantadas en su contra. Los ripperólogos han desechado sin reservas al doctor Davies como eventual y plausible responsable.

Y es que aunque resultase verídica la pantomima que aquél facultativo habría interpretado en el hospital delante de su místico paciente y de otros internos, tal extremo para nada lo incrimina. Todo pudo haberse debido a una broma que el ocio originado por las muchas horas muertas en su trabajo le indujo a pergeñar, sin imaginarse que algún día habría de radicarse una queja policial en su contra.

Baste con ponderar que si el denunciante resultaba ser nada menos que un enfermo psiquiátrico sometido a periódicas internaciones en el hospicio le corría razón al cirujano en no preocuparse por las consecuencias que su histriónica actuación pudiese acarrearle, como de hecho finalmente sucedió puesto que la policía no le otorgó el menor crédito a la denuncia formulada.

Por otra parte, el único eventual sustento de la acusación podría residir en que las víctimas de Jack the Ripper en verdad hubieran devenido sodomizadas en los momentos precedentes a sufrir a sus violentos decesos, conforme Robert Donston pone en boca del cirujano Morgan Davies.

En este sentido corresponde recordar que se ha desestimado enteramente por los profesionales forenses intervinientes en las autopsias que el ejecutor hubiese consumado relaciones carnales con alguna de las primeras cuatro asesinadas, no habiéndose hallado la presencia de fluido seminal ni otras trazas atribuibles a actividad sexual en los organismos de las agredidas.

A tal circunstancia cabe añadirle que los ataques se concretaron en la vía pública y duraron muy escasos instantes, siendo el interés en diseccionar el móvil determinante del victimario, y el que le valdría su tétrico y celebrísimo apodo.

Y en cuanto concierne a la última de las víctimas canónicas, Mary Jane Kelly -exclusivo caso donde la violencia se produjo en un ámbito cerrado dentro del espacio de la minúscula habitación que aquella joven alquilaba - a pesar de que aquí el atacante dispuso de tiempo suficiente para intimar con la futura difunta, o bien para ejercitar actos de necrofilia sobre su cadáver luego de finiquitarla, tampoco median evidencias de que la fémina hubiere concretado el coito con su victimario.

El reporte de la autopsia original confeccionado por el doctor George Bagster Phillips se extravió de forma irremisible una vez que durante la segunda guerra mundial los bombarderos de la aviación hitleriana dejaron reducido a escombros el edificio de la ciudad de Londres en cuyo interior se conservaban tales archivos.

Sin embargo, en el relativamente novedoso descubrimiento del informe facturado por el médico forense Thomas Bond, también participante en la misma autopsia, no se deja constancia de la presencia de semen en el organismo de aquella occisa, lo cual en el caso de que así hubiera sucedido parece imposible que no se consignase y resaltara apropiadamente habida cuenta de la relevancia del dato.

En otro orden, es de tomar en consideración que ninguno de los cadáveres de las presas humanas de acreditada autoría de Jack sufrió cortes e incisiones a los cuales se pudiese fácilmente reputar como una sangrienta marca de fábrica grabada por un criminal diabólico. Estaban ausentes tajos a cuchillo contorneando en la piel los símbolos tenebrosos de la cruz invertida o de la estrella de cinco puntas -conocida por los nombres de "*Pentagrama*" o "*Tetragrámaton*"- típicos de los ritos demoníacos mortales.

Tales manifestaciones gráficas impresas por los ejecutores sobre la anatomía de las personas agredidas se han tornado lastimosamente frecuentes en homicidios de reciente data. Entre muchos perturbadores ejemplos de ello se cuenta la impactante muerte sufrida por la joven Colen Slemmer a manos de la adolescente Christa Gail Pike auxiliada en esa fatídica emergencia por dos jóvenes secuaces.

Actuando en conjunto las tres criminales redujeron a Colen durante la noche del 12 de enero de 1995 en el campus de la Universidad de Tennessee y secuestraron a la chica de diecinueve años - a la cual acusaban de haberle “robado” el novio a su principal agresora- sometiéndola a tormento previo a matarla mediante repetidos golpes en la cabeza, luego de lo cual infirieron cortes en su torso semejando el diseño de una cruz de cinco picos.

La malvada empresa no obedeció a la casualidad sino que las juveniles ultimadoras se inspiraron en el contenido de un ejemplar de la denominada “Biblia Satánica” escrita por Antón Szandor Lavey, fundador de la Church of Satan -Iglesia de Satanás-.

Con relación a mutilaciones y expresiones gráficas aplicadas por ejecutores satánicos sobre los organismos de sus víctimas, criminólogos modernos han relacionado:

“...Es importante a los efectos del análisis de la evidencia física, la presencia de los dibujos grabados sobre el cadáver, con aspecto de estrella de cinco punta o pentagrama. El Telegramatón o Pentagrama expresa la dominación del espíritu sobre los elementos de la Naturaleza. Es la creencia de que con este signo mágico se pueden mandar a las criaturas elementales que pueblan las regiones del fuego, aire, agua y tierra. Ante este símbolo tiemblan los demonios y huyen aterrados. El Pentagrama Esotérico con la punta superior hacia arriba, sirve para hacer huir a los tenebrosos. El Pentagrama con la punta hacia abajo, sirve para llamar a los tenebrosos. Puesto en el umbral de la puerta con la punta superior hacia dentro y los dos ángulos inferiores hacia fuera, no permiten el paso a los magos negros.

El pentagrama es la Estrella Flamígera, es el signo del verbo hecho carne. Según la dirección de sus rayos, puede representar a Dios o al Diablo. Al Cordero Inmolado o al Macho Cabrío. Cuando el pentagrama eleva su rayo superior, representa a Cristo... ” (49).

Pero en cuanto alude a manifestaciones gráficas impresas en el escenario de crímenes no podría dejar de mencionarse las tétricas andanzas del más escalofriante grupo de criminales demoníacos del siglo XX: el Clan Manson, quienes también se daban a conocer públicamente como “*La Familia Manson*”, en honor al desquiciado líder cuyas órdenes eran seguidas en forma incondicional por sus acólitos. (50)

El sábado 9 de agosto de 1969 una escuadra de hippies lunáticos compuesta por el joven de veintitrés años Charles Watson y tres mujeres, la cual era comandada mentalmente por un extraño personaje que medía tan sólo un metro cincuenta y siete y contaba a la sazón con treinta y cinco años -por lo cual era bastante mayor que el resto de sus seguidores- llamado Charles Willis Manson, irrumpió en un chalet de veraneo exterminando con inaudita ferocidad a sus ocupantes.

Entre los desventurados que encontraron tan terrible fin aquella noche se hallaba la arrendataria de la lujosa finca, Sharon Tate, hermosa actriz casada con el celebrado director de cine Roman Polanski, y a quien sus victimarios no trepidaron en ultimar a cuchilladas sin importarles lo más mínimo que se hallaba cursando por su octavo mes de embarazo.

Asimismo, resultaron presa de la vitriólica furia abatida sobre ellos tres amigos que en esa velada acompañaban a Sharon, a saber: la pareja formada por el polaco Voytek Frykowski y su novia la rica heredera Abigail Folger, y un exitoso peluquero de estrellas de Hollywood que se hacía conocer como Jay Sebring, pero cuyo nombre real era Thomas Cummer.

(49) Perfiles Criminales, pags. 391, 392, 393.

(50) Bugliosi, Vincent y Gentry, Curt, Manson. Retrato de una “familia”, traducción de Antonio Bruguierolas, Editorial Bruguera, Barcelona, España, 1976.

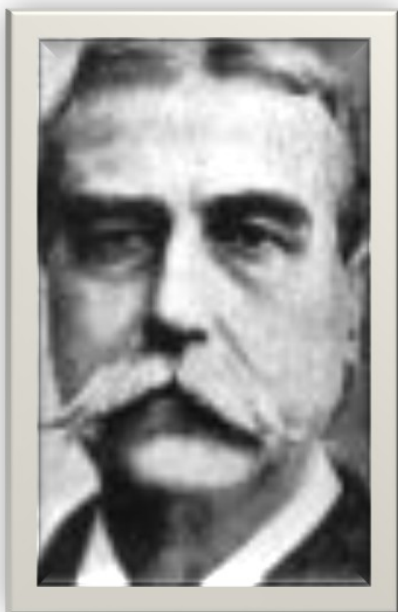
Tanto en el bárbaro ataque contra Sharon Tate y sus amigos como en el que pocos días más tarde consumirían los enajenados en perjuicio del matrimonio La Bianca, los perpetradores dejarían impresas sobre las paredes, empleando sangre de sus víctimas, extrañas frases como "*Helter Skelter*" -por una canción de los Beatles- "*Muerte a los cerdos*" y "*Alzaos*". A su vez, los investigadores pudieron detectar pistas de un sórdido ritual en la manera como fueron dispuestos los cuerpos de los infortunados en medio de la espantosa masacre.

Pero en cuanto a la concreta historia de Jack el Destripador atañe debe señalarse que únicamente en el caso de una tardía asesinada a quien no se la reputa integrante del elenco mortuario del Destripador, es decir: la veterana prostituta estadounidense Carrie Brown, finiquitada en suelo de aquel país el 24 de abril de 1891, se visualizaron algunos de estos sangrientos dibujos grabados sobre su cuerpo inerte.

En fotografías de la autopsia practicada a la aludida occisa puede apreciarse con nitidez, encima de la nalga izquierda del cadáver, el trazo practicado mediante el uso de un cuchillo -al parecer de hoja muy afilada- de dos largos tajos perfilando una cruz; señal intrigante a la cual, quizás, se le pudiese atribuir connotaciones ritualistas reveladoras de que la intención de formalizar un secreto ceremonial inflamaba el ánimo del ejecutor.

Si la desventurada Carrie hubiese en verdad sido una víctima del Ripper habría que desechar de plano a Roslyn D'Onston al no mediar ninguna prueba de que por el año 1891 éste estuviese en suelo de Estados Unidos. Y es que el hombre al cual algunos reputaron un peligroso adepto del maligno, aunque que para otros sólo se trataba de un vacuo charlatán, por esas fechas entraba y salía con cada vez mayor asiduidad del London Hospital de Whitechapel.

Su huella se fue hundiendo lentamente en una oscuridad semejante a la que signó toda su existencia. Oscuridad de la cual sólo lo sacarían ciertos ensayistas modernos en su búsqueda por resolver el enigma criminal más cautivante de todos los tiempos.



Robert Donston Stephenson

Para muchos fue un practicante de magia negra y también resultó ser Jack el Destripador.



El **London Hospital** sito en Whitechapel donde Robert Donston fuera tratado por sus problemas psiquiátricos.



Joseph Merrick

Más conocido como “El Hombre Elefante”.
Estuvo internado en el mismo hospital y tiempo
que Roslyn D’Onston Stephenson.



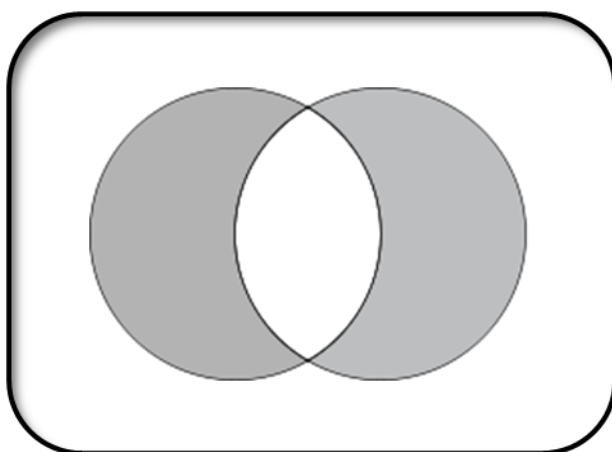
Aleister Crowley

Célebre místico que propagaría la versión
de la culpabilidad de Donston Stephenson.



Mabel Collins

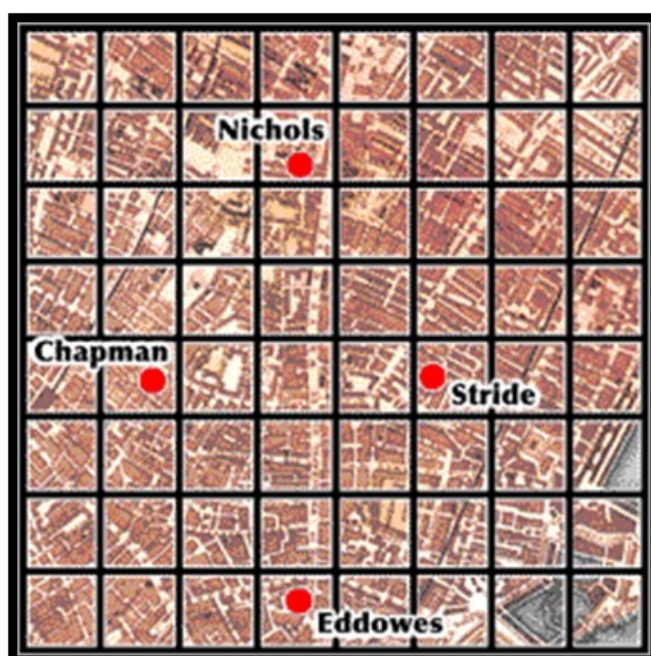
Estaba convencida que su amante era
Jack el Destripador.



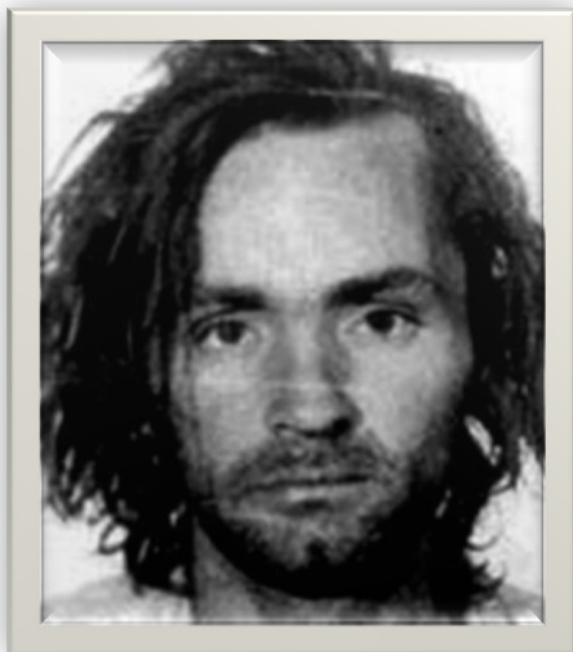
Antiguo símbolo místico-demoníaco:
el “Vesica Piscis”.



Modernos homicidas satánicos.
El matrimonio de desquiciados integrado por **Daniel y Manuela Ruda**.



La cuadrícula muestra la distancia en forma de cruz perfecta existente en los lugares de los homicidios de cuatro de las víctimas.
¿Casualidad o intencionalidad ceremonial?

**Charles Manson**

Líder de una de las más siniestras sectas de criminales demoníacos del siglo XX.

CAPÍTULO VII

Jack. El asesino inexistente.

“...El copycat o conducta de imitación criminal, es un efecto que se produce en el ámbito social, cuando ante la repercusión de un hecho policial, en los medios de comunicación masiva, comienza a imitarse repetidamente, por una o distintas personas, bien la motivación del hecho, bien la metodología empleada. Se trata de un fenómeno propio de la sociedad contemporánea...” (51)

El fragmento arriba extractado pertenece a los prestigiosos criminólogos argentinos Raúl Torre y Daniel Silva, y representa una acertada definición en cuanto atañe al truculento y extraño fenómeno criminal de los asesinos por imitación, también conocidos como “copycats”- vocablo inglés que nombra a este tipo de matadores-; es decir, aquellos sujetos que victiman reproduciendo en sus ataques un *modus operandi* y un procedimiento ultimador empleado por otros perpetradores que ya alcanzaron triste, aunque persistente, publicidad gracias a la facturación de sus homicidios.

Este anterior concepto –la búsqueda de fama propia aprovechando la ajena- reviste crucial trascendencia en virtud de que el delincuente imitador, por lo general, constituye un individuo con magra autoestima y deformada visión de sí mismo. De allí que su alterada psiquis lo compele a remedar las sangrientas hazañas protagonizadas por quienes adquirieron notoriedad con sus fechorías para, de tal suerte, impactar lo máximo posible en la sociedad valiéndose de los medios de comunicación masivos.

Asimismo, lo estimula la creencia de que logrará escapar impune tras llevar a cabo sus atentados, en tanto supone que la comisión de aquellos se echará en la cuenta de los ocasionados por un trasgresor que la policía viene buscando, y de quien ya se ha diseñado un perfil

(51) Perfiles criminales, pag. 289.

psicológico, por lo cual barrunta que la atención de los pesquisantes recaerá sobre otros sospechosos en vez de enfocarse hacia su persona. Aunque esa esperanza suele revelarse vana igualmente conforma uno de los primordiales móviles que –de atento confesaran algunos copycats una vez fueran capturados- inducen y animan al homicida imitador a entrar en acción.

La definición del fenómeno de la conducta delictiva inspirada en la imitación, que extrapolamos al comienzo de este capítulo, resulta apropiada para formarnos una idea básica en torno a la cuestión. No obstante, cabría poner en duda la última frase de la declaración, donde se afirma que se trata de una situación que opera solamente en nuestra sociedad contemporánea. Y esto último aún cuando no es discutible que el fenómeno del copycat alcanzó mayor difusión -y aparenta haberse acentuado de forma alarmante- en tiempos actuales. Pero no podría dejar de apuntarse que esta aberración criminal se viene verificando desde muy antigua data.

Tanto es así que la imitación asesina podría haber jugado su preponderante rol ya durante los homicidios tradicionalmente asignados al viejo monstruo de la era victoriana que pasó a la historia con el seudónimo delictivo de Jack the Ripper.

Empero: ¿Es sostenible la hipótesis de que en el caso de Jack el Destripador hubiesen participado sucesivos criminales oportunistas? ¿Resulta creíble en verdad que se haya tratado de más de un ejecutor? ¿Podrían los victimarios no guardar relación alguna entre sí, desconociendo uno la identidad de otro y así sucesivamente?

De haber acontecido tal extremo el feroz maníaco en cuestión no habría, tal como lo conocemos o creemos conocerlo, existido jamás.

La formulación, de apariencia disparatada, nos recuerda sin embargo que en la figura del anónimo y esquivo personaje confluyen tanto ingredientes de la realidad como de fábula y mitología. Acuden a nuestra mente las palabras escritas por Alan Moore en el segundo apéndice gráfico de su magnífico cómic “From Hell”:

“...La parte más importante de cualquier asesinato es el terreno de la teoría, la fascinación y la histeria que genera. Una diáspora negra, nuestro entusiasmo siniestro e incansable. Cinco personas pobres asesinadas por un agresor anónimo. Esta realidad queda reducida por el amplio parque temático que desplegamos a su alrededor. La verdad es que lo importante nunca han sido los asesinatos, ni el asesino, ni sus víctimas. Sino nosotros. Nuestras mentes y cómo bailan. Jack refleja nuestras histerias. Es un receptáculo sin rostro de cada nuevo pánico social... Lo único que sabemos que es real es el complejo fantasma que proyectamos. El verdadero asesino ha desaparecido sin que nadie lo vea, y puede que ni siquiera estuviera ahí para empezar. Jamás hubo un Jack el Destripador...” (52)

Aquel sujeto al cual se lo pondera como el ultimador serial por antonomasia, y que conforma el paradigma y el ineludible precedente de los modernos homicidas secuenciales, no habría ostentado nunca virtualidad propia sino que todo habría resultado una monumental fabricación a cargo del periodismo, la cual quedaría indeleblemente grabada en el inconciente colectivo perdurando hasta nuestros días.

Nos encontraríamos -literalmente hablando- frente a la situación de un asesino inexistente, en la medida de que jamás se habría tratado de un único perpetrador sino del accionar independiente, y mediante secuencias autónomas, de sucesivos criminales quienes fueron remedando en forma alternativa la metodología y la parafernalia utilizada por un antecesor.

La conjetura -de acuerdo quedó dicho- parece no poseer seriedad alguna pero, insólitamente, devino planteada con mayor o menor asidero probatorio y desarrollo argumental, aunque siempre con curiosa insistencia. En particular, corresponde tener presente el ensayo formulado por el autor Peter Turnbull bajo el epígrafe de “El asesino que nunca existió”. (53)

(52) From Hell, texto de viñetas de pags. 618 y 619.

(53) Turnbull, Peter, The killer who never was, Editorial Clark y Lawrence, Londres, Inglaterra, 1996.

De conformidad con esta sugerencia aquella atroz retahíla de mutilaciones se debió a la eclosión de una peculiar “epidemia” de victimarios imitadores fomentada por el histerismo generalizado que la prensa provocó sobre la población, al magnificar los hechos y poner a circular toda suerte de historias sensacionalistas, así como de nociones erradas en torno a la manera en que se concretaron esos asesinatos.

Lo que dota de factibilidad a la hipótesis radica en que varios artículos de la época los reporteros habrían propalado en distintas ocasiones rumores falaces, así como datos equívocos, sobre ciertos aspectos del accionar fatal atribuido al desmembrador. Y ocurre que más de una vez salió la falsa información de que el asesino había mutilado de tal o cual manera a una mujer y, precisa e insólitamente, la nueva víctima presentaría las trazas de las heridas o amputaciones que en esa información mendaz se había descrito. ¿Casualidad o prueba de que esos crímenes fueron obra de imitadores?

Aunque, lejos de adoptar la posición tan radical de que Jack el Destripador nunca existió hay comentaristas que, luego de realizar minuciosos exámenes sopesando las pruebas forenses disponibles, concluyen en quitar a Mary “Fair Emma” Kelly del elenco de presas humanas tradicionalmente endilgado al matador victoriano.

Paradójicamente, la occisa cuyo cadáver soportase las más extensas y horripilantes laceraciones no habría perecido a manos del mismo psicópata que venía asolando a las meretrices de la capital británica sino que habría arribado a su espantoso desenlace debido a la irrupción de un verdugo oportunista e imitador; vale significar: un temprano copycat de la era victoriana.

Sin ingresar a la especulación que culpa de la muerte de esta mujer a su amante -Joseph Barnett-, lo cual nos proyectaría a la hipótesis que pretende que un asesino “enamorado” o “despechado” configuró el responsable de las fechorías, resulta válido tomar en cuenta suposiciones como la expuesta por el escritor Karyo Magaellan.

Este investigador en su libro rotulado: “Lo visto y oído sobre los asesinatos de Whitechapel”(54) -cuyo subtítulo podría traducirse al castellano como “Jack el Destripador y el asesinato de Mary Jane Kelly”- proclama que la existencia de la desdichada Mary se vio tronchada por el puñal diestramente esgrimido de un victimario imitador u oportunista.

A tales efectos, toma en consideración que la forma y la vastedad de las mutilaciones apreciables en su cadáver no condicen con la clase de actividad barbárica de la cual hiciera gala el ultimador de las otras mujeres al acometer las precedentes eliminaciones.

Asimismo, se resalta la posición adoptada por el doctor Thomas Bond en sus notas referentes a la autopsia de esta extinta. Dicho profesional forense no percibió en el matador ninguna especial destreza ni conocimientos de anatomía humana. Empero, este parecer técnico chocó de lleno con los criterios manifestados en las restantes autopsias por los demás médicos forenses, los cuales fueron contestes en reconocerle al homicida estimable sapiencia clínica y notoria pericia a la hora de emprender las disecciones.

El citado comentarista, a la par que elimina a Marie Jeannette Kelly de la lista fúnebre facturada por Jack y le achaca su óbito al accionar de un imitador, añade a la lista de presas cobradas por el Destripador a Alice “Pipa de arcilla” Mc Kenzie, prostituta violentamente eliminada el 17 de julio de 1889. A su vez, fustiga al *memorandum* escrito en 1894 por Sir Melville Macnaghten, proponiendo que ese documento devino muy imperfecto y se erigió en responsable de la propagación del “mito” de las cinco víctimas canónicas que habría incluido erróneamente a Kelly como última asesinada de esta secuencia.

Otros especialistas igualmente han puesto de relieve extrañas situaciones acaecidas en los óbitos de Whitechapel que bien podrían ser explicadas merced a la participación de ultimadores oportunistas, y sostienen que tales matanzas de imitación alcanzaron a varias de las muertes atribuidas al degollador.

(54) Magaellan, Karyo, By ear and eyes. The Whitechapel murders. Jack the Ripper and the murder of Mary Jane Kelly, Editorial Langshot Publishing, Londres, Inglaterra, 2005.

En consonancia con ello se ha puntualizado:

“...se puede ver información que se publicó acerca de los crímenes que no era exacta. Si se trata de un nuevo asesinato cometido que contiene características que coinciden con los detalles de los que se informó ampliamente, pero en noticias falsas, entonces sabremos que algo extraordinario está aconteciendo. Esto es exactamente lo que parece haber sucedido con los crímenes de Jack el Destripador, en realidad hay bastantes inquietantes similitudes entre los errores que los periódicos locales publicaron acerca de determinado homicidio de Whitechapel y lo que realmente ocurrió en un asesinato posterior de la misma serie...” (55)

Tales rarezas se habrían verificado no sólo una vez -lo cual sería cómodo imputar a una casualidad- sino en más de una emergencia, y la copia del dato falaz devendría tan alarmantemente exacta que desconcertó a los investigadores y avaló la creencia, en apariencia inverosímil, de que un criminal oportunista verdaderamente podría haber hecho su lúgubre debut en escena.

Tomemos, a manera de ejemplo que por error, tras el homicidio de Annie Chapman se dio vuelo a la hablilla de que habían sustraído un riñón y el hígado de esa mujer. Atento pretendía el cronista, el matador no se los había llevado consigo sino que éstos yacían al lado del cadáver. El artículo salió a luz el propio día de acontecido el crimen, y su esparcimiento se debió al influyente periódico Star. La misma versión sin fundamento fue propalada por el Woolford Times en su edición del 14 de setiembre y por el Londres Observer el 15 de igual mes.

Las notas de prensa relacionaban de manera errónea, asimismo, que a la occisa le había sido extirpado el corazón. Ello no fue así esa vez, aunque sí está probado que la sustracción de dicho órgano efectivamente se concretó tras el bestial crimen contra Marie Jeannette Kelly.

(55) Norden, Dan, Sin corazón. La prueba de Copycat Killer, Ripper Nottes, número 28, marzo 2008.

Este horrible dato, que antiguamente nada más pertenecía a la esfera de las leyendas urbanas, devino corroborado al conocerse el reporte de la autopsia del doctor Thomas Bond cuyas notas recién fueron recuperadas en el año 1987.

Corresponde explicar que los informes de los otros médicos forenses también actuantes, doctores George Bagster Phillips y Frederick Gordon Brown continúan hasta el presente extraviados, siendo casi seguro que nunca aparecerán atento a que el edificio en donde tales documentos se guardaban fue bombardeado y destruido por la aviación alemana en 1940.

Si quien mató a la joven y bella Mary Kelly no hubiese constituido el causante de la precedente cadena mortuoria sino que fuese un homicida imitador, quien tras destripar al cadáver arrancó y se llevó consigo el corazón de dicha fémina, podría -de conformidad aducen ciertos planteamientos- haber tomado por fuente de inspiración a los datos falaces pregonados en los periódicos sobre el supuesto robo de ese vital órgano en el anterior caso de Annie Chapman.

Y no sólo en rotativos como los ya indicados se aireó la especie de que el verdugo de rameras había sustraído el corazón de la precitada extinta, sino que los anónimos redactores de correspondencia que pretendía provenir del culpable de las tropelías se sumaron a la propagación de ese falso rumor.

Entre tales mensajes cabe recordar el contenido en una intrigante tarjeta postal dirigida al Comisario de la Policía de la City londinense Mr James Fraser. En beneficio de la autenticidad que cabría otorgar a dicho recaudo puede alegarse que no está suscrito con el tan manido mote “Jack the Ripper” sino que en el extremo inferior del documento -y a guisa de firma - el emisor garrapateó toscamente el contorno de un puñal e imprimió sobre el flanco derecho de ese bosquejo la poco original expresión “*My knife*” -“Mi cuchillo”-.

Este hecho se compadece con la circunstancia de que el alias “Jack el Destripador” recién emergió a la difusión pública tras el doble homicidio del 30 de setiembre de 1888, siendo la remisión de la carta en cuestión previa a aquella fecha.

Debajo de las infantiles caricaturas el emisor se burlaba del Comisario diciéndole que podía preocuparse cuanto quisiera pero que él igualmente seguiría haciendo su “*trabajo*”, puesto que su intención era liquidar a diez mujeres más antes de terminar con el juego iniciado. “*No soy un maníaco como usted dice. Soy condenadamente listo para usted*”, le advertía.

La trascendencia de tal comunicación no parecería mucha si se atiende a que su tenor resulta incoherente, siendo palmario que se trata de la torpe broma ensayada por un ocioso, al igual que sucediera con la gran mayoría de las epístolas enviadas a la prensa y a las autoridades durante el frenético furor desatado a raíz de aquellos dramáticos acontecimientos.

Pero lo que a nuestros fines interesa hacer notar finca en que en la zona superior de la tarjeta postal lucen estampadas unas ilustraciones extrañas, a saber: a la izquierda vemos la caricatura de un corazón, al medio el trazado de un redondel con forma de rostro a cuyo costado el redactor apuntó “Pobre Annie”. A la derecha de esa última anotación se visualiza el bosquejo de dos anillos, y a su vera luce la inscripción “*Tengo a los que están en mi posesión, buena suerte*”.

Falta una esquina del matasellos impreso al sobre que protegía este recaudo y no es visible la fecha de su envío -por lo cual no se puede establecer la oportunidad exacta en que se produjo su remisión- pero el texto y los dibujos de la tarjeta postal sin duda conciernen a la muerte de Annie Chapman, de quien se sabía que su ultimador le quitó dos anillos baratos de latón que aquella portaba, y cuyo tironeo para quitarlos le produjo una abrasión en el dedo anular de su mano izquierda según se hiciera constar en su autopsia.

Y también -al menos de acuerdo pretende este comunicado- el asesino le sustrajo el corazón a la “pobre” Annie Chapman.

Previo al homicidio de “Ginger” Kelly, aparte de la comunicación señalada, se divulgaron comentarios alusivos a la presunta práctica del criminal de extraer el corazón de sus víctimas. Tanto en el Lloyd’s Weekly Newspaper del día 30 de setiembre de 1888 como en el Daily Commercial editado el 1 de octubre se aseguró -aludiendo al reciente deceso de Catherine Eddowes- que todos los órganos principales de la mujer victimada, incluyendo el corazón y los pulmones, fueron sustraídos del cadáver y colocados en torno a la cabeza y el cuello de aquella finada.

Lo versión era cierta en el caso de los intestinos, pero no así de los otros órganos aludidos los cuales -de consuno lo acredita la autopsia- se mantuvieron intactos dentro del cuerpo. El periódico Freeman’s Journal añadía que la versión transmitida la había recogido merced a reportes suministrados por la Asociación de la Prensa británica. Esto implica que dichos datos erróneos y sensacionalistas fueron incluidos y pregonados en otro circuito de documentos que llegaron a pertenecer al dominio general de la población.

La última comunicación relativa a estos asuntos editada por los periódicos previamente al crimen de Miller’s Court se difundió por el Evening News del 29 de octubre de aquel año. Allí se aseveraba que el ultimador había escrito otro mensaje trazado con tiza sobre un muro de la calle Camplin previniendo: *“Voy a cometer otro asesinato y enviaré el corazón”*.

Un día después, en publicaciones salidas en ese mismo rotativo y en la revista Police Illustrated News se le adjudicó a la estación de policía del Álamo el mérito de informarles haber recibido un comunicado amenazante a cargo del presunto culpable donde éste garantizaba:

“Querido Jefe. Voy a realizar tres asesinatos. Dos mujeres y un niño, y voy a tomar esta vez sus corazones. Atentamente. Jack el Destripador.”

Antes de dichas fechas, el importante periódico The Times, en su edición del 4 de octubre de 1888, puso en conocimiento el tenor de una carta mandada por un anónimo lector que firmó bajo el seudónimo de “Nemo”.

En la misiva se proponía que las amputaciones que incluían la extracción de la nariz, las orejas y órganos mayores como el corazón, delataban la presencia de métodos eliminadores utilizados en oriente por chinos y japoneses. El remitente prevenía acerca del riesgo de que un oriental u extranjero de similares características, de paso por Inglaterra, pudiese repetir sus fechorías destripando y hurtando el corazón de una nueva víctima.

Analizando el contenido de esa misiva publicada en el espacio de “Cartas de los lectores”, ulteriores comentaristas ponderaron que el emisor de aquel mensaje simplemente había recogido una información fallida repitiendo los datos falsos leídos en periódicos de fecha anterior. Sin embargo, otros periodistas fueron de la opinión de que la epístola realmente conformó una burla cuyo autor fue el auténtico homicida, y que allí éste se atrevía a adelantar pistas de sus futuras e inmediatas intenciones mortales.

Deviene muy posible que las menciones equivocadas sobre el hurto de órganos como el corazón, el riñón y el hígado de Annie Chapman poseyera su génesis en los comentarios pronunciados por el juez de guardia. Wynne Baxter, al presidir la audiencia celebrada por el óbito de aquella víctima, refirió una historia según la cual a Chapman le propinaran una muerte tan monstruosa -que abarcó vastas mutilaciones- debido a un tráfico de vísceras humanas altamente codiciadas en ámbitos clínicos.

La encuesta judicial instruida a raíz del asesinato de Annie tuvo mucha incidencia en la generación del sensacionalismo que iría rodeando a aquella sucesión de crímenes. La especie del tráfico de órganos como móvil de los homicidios fue recogida por los periódicos y pronto se extendió al público cual un reguero de pólvora.

De acuerdo se registrara en una muy dinámica descripción:

“... El juez de guardia Baxter, como buen actor, se reservó el coup de théâtre hasta el final, cuando se refirió a los órganos mutilados... – Pero había un mercado para dichos órganos – continuó el juez de guardia haciendo una pausa para dar más énfasis dramático a sus palabras... La declaración del juez de guardia cayó como una bomba entre la Prensa.

Si la teoría del juez de guardia era correcta todas las demás formuladas con respecto al asesino: El maniático sediento de sangre humana, el devoto de la secta pagana que practicaba el sacrificio humano, el matarife martirizado por el amok... todas tenían que ceder el puesto al nuevo candidato... ” (56)

Baxter expuso que las autoridades de una de las más connotadas facultades de medicina británicas le habían llamado asegurándole disponer información de máximo interés para la causa judicial. El magistrado se dirigió a dicha institución donde el Vice Conservador del museo patológico lo puso al corriente de un espectacular relato.

De conformidad se pretendía, meses previos al óbito de Chapman un norteamericano visitó la facultad de medicina rogándole al informante del juez que le procurase cierta cantidad de órganos, coincidentes con los que posteriormente faltarían en el cadáver de Annie, y ofreció pagarle veinte libras esterlinas a cambio de cada pieza anatómica. El extraño visitante adujo ser un cirujano que estaba trabajando en un tratamiento para curar trastornos femeninos.

Explicó que su intención radicaba en conservar las muestras orgánicas en glicerina en vez de alcohol, manteniéndolas así en estado flácido a fin de que arribaran intactas a los Estados Unidos. La petición del misterioso seudo médico fue rechazada por los responsables de la facultad de medicina quienes le contaron la noticia al magistrado, e igualmente por una segunda institución clínica.

El magistrado denunció el hecho de inmediato ante Scotland Yard.

Hacia su súbita irrupción en este drama, pues, un inédito y extravagante motivo: el criminal actuaba impelido por la necesidad de obtener órganos humanos para su tráfico con fines clínicos y por razones mercantiles.

(56) Cullen, Tom, Otoño del terror, traducción de Miguel Giménez Salles, Ediciones Círculo de Lectores, Buenos Aires, Argentina, pags. 93 y 94.

Tan sórdida posibilidad traía reminiscencias de los antiguos crímenes llevados a cabo un siglo atrás por Burke y Hare, los profanadores de cadáveres que llegaron al extremo de asesinar para así aprovechar los cuerpos de sus desgraciadas víctimas, cuyas partes trozaban y vendían en forma clandestina a entidades médicas.

Se ha dicho que estos pérfidos criminales configuraron un ominoso antecedente de Jack el Destripador, e igualmente se ha sustentado que:

“...De haber cometido sus asesinatos en el Londres victoriano, de seguro que William Burke y William Hare habrían sobrepasado la inmortal fama del sobrevalorado Jack el Destripador. Sin embargo, Burke y Hare eran norirlandeses, terrible pecado en el Imperio Británico de la época, cometieron sus crímenes en Edimburgo, Escocia, y en vez de deshacerse de los cuerpos de sus víctimas, no encontraron nada mejor que venderse los a la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo, donde un tercer personaje, el doctor Robert Knox, compraba ansiosamente estos extraños cadáveres que cada día parecían más frescos para sus concurridas clases de anatomía...”. (57)

William Burke y su homónimo William Hare eran dos jóvenes irlandeses que habían arribado, cada uno por su lado, a la ciudad escocesa de Edimburgo procedentes de Ulster, Irlanda, durante el año 1818. Ambos hombres trabajaron como obreros en el canal que años más tarde sería llamado “Canal de la Unión”.

Burke descubriría en una taberna a su futuro socio y a la esposa de éste, Margaret Lodg en el correr de 1827 y, a partir de ese encuentro, el matrimonio lo invitó a quedarse a vivir en la casa de huéspedes que por entonces regentaba la mujer. La “Lodg Lodging”, de luego lúgubre fama.

La primera víctima cobrada por el letal binomio la habría constituido un viejo soldado de apellido Donald -o Desmond, de acuerdo con otras versiones-.

(57) Santander, Gaspar, “Los vendedores de cadáveres”, Diario La Nación, Buenos Aires, Argentina, 23 de noviembre 2003, pag. 48.

Sin embargo, no hay absoluta certeza de que aquel individuo resultase ultimado por la pareja de homicidas para sacar rédito de su organismo, en tanto en el ulterior proceso penal los acusados negarían rotundamente haber perpetrado ese crimen alegando que Donald expiró de muerte natural, y que encontraron su cuerpo exánime sobre el lecho de una de las habitaciones de la pensión de Mrs Lodg.

Pretendieron que recién entonces se les habría ocurrido por primera vez a ambos la idea de aprovechar el cadáver para su venta. Al parecer el finado estaba atrasado en el abono de los alquileres de la pieza cuya ocupación rentaba, y la comprobación de que ese débito jamás sería saldado despertó la indignación de sus caseros, quienes no encontraron forma mejor de resarcirse que trasladar el cadáver a la morgue donde su conocido el profesor Robert Knox, previa la pertinente retribución, lo utilizaría como material de estudio en sus clases magistrales para adiestrar a futuros médicos.

En consecuencia, William Hare rellenó el ataúd con corteza de pino y envolvió el cuerpo de Donald/Desmond en un saco para ulteriormente dirigirse en compañía de Burke al colegio de cirujanos donde fueron conducidos ante el doctor Robert Knox, renombrado anatomista que impartía sus consultas en el número 10 de Surgeons Square.

Allí los ayudantes del especialista los atendieron indicándoles que volviesen más tarde trayendo el tieso cuerpo del fallecido anciano al consultorio clínico en horas de la noche. La suma embolsada en pago por los traficantes se elevó a siete libras esterlinas y diez chelines, cantidad nada despreciable teniendo en cuenta la época. Ese dinero percibido con tanta facilidad les estimuló la codicia, y a partir de allí no vacilaron en transformar en cadáveres a personas vivas para volver a recibir una y otra vez su recompensa monetaria. Se rumoreó que dieciséis infelices perecieron a manos de los sanguinarios socios.

El primer homicidio que estos asesinos confesaron, al ser interrogados por sus captores policiales, resultó el cometido contra un humilde molinero de nombre Joseph, habitual huésped de la casa de inquilinato de Hare.

Aquel hombre se vio invadido por unas fuertes fiebres que lo llevaron al delirio, y a las cuales puso término abruptamente William Burke asfixiándolo con una sábana. La maniobra de estrangulación practicada por este ejecutor pasaría a la historia forense como el “Método Burke”.

A Joseph le acompañaría en funesto destino un inglés oriundo de Cheshire que también tuvo la desgraciada idea de enfermarse en el interior del macabro hospedaje. William Hare hizo llamar al “doctor” Burke quien presto asistió a la habitación del debilitado convaleciente y le aplicó el mismo riguroso procedimiento de estrangulación.

Los cadáveres eran transportados velozmente al consultorio del médico Robert Knox donde los criminales recibían con regularidad la correspondiente recompensa por sus entregas de cuerpos frescos.

El siguiente asesinato no fue perpetrado dentro de la casa de huéspedes de Hare sino en la vivienda de Constantine Burke, hermano del matador, y se llevó a efecto sobre una meretriz adolescente de sólo quince años a la cual William Burke abordó en un bar local y luego invitó a pasar la velada en la casa de su hermano -la cual se hallaba desocupada en ese momento- donde la embriagó sin dificultad. Tras ello, y capitalizando la somnolencia que embargó a la muchacha como producto de la borrachera, procedió a asfixiarla igual que hiciera con las precedentes presas eliminadas.

El próximo crimen fue aún más escalofriante que los anteriores si se atiende a que se concretó en desmedro de un subnormal y al hecho de que esta víctima se hallaba plenamente conciente cuando fuera brutalmente atacado. Jamie Wilson era un muchacho que contaba apenas con diecinueve años, corpulento pero afectado por una notoria tara. Al desempacarse su inerte cuerpo en el consultorio donde impartía sus clases el doctor Knox, varios estudiantes de medicina lo reconocieron y -aunque su profesor les negó de plano que la identidad del cadáver fuera la atribuida- la desaparición del vagabundo de las calles de Edimburgo determinó al cirujano y a sus ayudantes a apresurar la disección antes que los rumores se expandieran atrayendo a la policía a su pabellón quirúrgico.

El jovencito había sido recogido en una esquina por el implacable dúo mientras mendigaba. Sólo días antes contaba con techo y comida, pero una disputa con su madre lo había arrojado a vagar y limosnear por las calles. La esposa de Burke cooperó en lograr que el chico concurriera a la casa de inquilinato valiéndose de la excusa de invitarlo a beber allí unos tragos. No bien ingresó junto con éste al hospedaje la mujer dio un leve pisotón a su marido, a modo de contraseña criminal.

Minutos después la tirante sábana diestramente manejada por las expertas y fuertes manos de William Burke comenzaría a operar sobre el cuello del desdichado al cual previamente se lo había obligado por medio de la fuerza a colocarse en cuclillas, siendo sujetado con sus manos vueltas contra su espalda por la cónyuge de Burke y por Hare quienes le impidieron así ofrecer cualquier resistencia.

No menos escabroso devendría el homicidio de la anciana Mary Docherty quien había arribado desde Irlanda en busca de un hijo perdido. Ingresó a la taberna donde Burke bebía un whisky tras otro y le preguntó a los parroquianos sobre el paradero de aquel hijo, a la vez que pedía limosna.

Fingiendo caridad, el asesino la invitó a pernoctar a la casa de huéspedes de Hare a donde la condujo dejándola en compañía de su esposa. Después salió en busca de su socio avisándole que esa noche -que era Halloween- tendrían “*trabajo*”.

Aquella noche estaba también en la finca de inquilinato el soldado James Gray, ocupante de una de las habitaciones, junto a su familia. Al cabo de una alegre velada donde no escaseó el baile y el licor Burke le solicitó al soldado si podía pernoctar en casa de Hare para que así la anciana pudiese dormir esa noche cómoda en el cuarto por él rentado. Mr Gray accedió a la noble petición, y a la mañana siguiente la esposa de éste retornó al alojamiento cedido en busca de ropas de sus hijos, pero fue interceptada por el estrangulador antes de poder ingresar al cuarto.

La señora intuyó que algo andaba mal pues la actitud del hombre le resultó manifiestamente sospechosa, dado que con torpes excusas le impidió penetrar a la habitación alegando que la pobre ancianita aún dormía y no era conveniente despertarla.

El mortífero homicida estaba borracho y se mostraba muy alterado. La esposa del soldado simuló retirarse pero aguardó hasta ver que el sujeto salía por más whisky. Con el campo libre Mrs Gray revisó el dormitorio comprobando que se hallaba sumido en un completo desorden y, después de levantar unas mantas sospechosamente manchadas descubrió, para su horror, el cuerpo destrozado de Mary Docherty.

Ante los gritos de espanto proferidos por la mujer acudió la esposa del asesino quien ofreció pagarle diez libras esterlinas semanales a cambio de que no informase de su hallazgo a las autoridades. Aún sin reponerse y entre horrorizada e indignada Mrs Gray le espetó *“Dios prohíbe que los muertos nos reporten dinero”*, tras lo cual salió a todo escape del siniestro hospedaje rumbo a la más cercana estación de policía para formular su denuncia. Sería el fin de la carrera criminal de los sádicos.

Burke y su mujer fueron interrogados esa misma tarde aunque habían tenido tiempo de esconder el cuerpo de la anciana. Mientras estaban detenidos una información anónima sugirió a las fuerzas del orden el lugar exacto donde se hallaba oculto el cadáver de Mary Docherty en Surgeons Square. Pronto se detendría asimismo a William Hare y a su esposa Margaret, pero insólitamente éstos dos lograrían salvar el pellejo llegando a un acuerdo con la fiscalía y acusando a su socio de constituir el único responsable de las fechorías.

No obstante, estos cómplices no saldrían tan bien librados. La taberna y pensión de Mrs Lodg fue destruida por los indignados vecinos, y ella se vio forzada a escapar con destino desconocido.

Peor aún devendría el destino último de su cónyuge dado que, muchos años después, tras haber emigrado de Escocia hacia Gran Bretaña y mientras trabajaba en una fábrica de Londres, unos obreros lo reconocieron como el execrable profanador y decidieron hacer justicia por mano propia. Lo cargaron en vilo y lo lanzaron dentro de un contenedor repleto de cal viva; agresión que le provocó quemaduras tan severas de cuyas resultas perdería la vista. Concluyó sus días ciego, y varios testigos lo encontraron deambulando por las aceras de Londres convertido en pordiosero. Murió en 1860.

El proceso penal tuvo apertura el 24 de diciembre de 1828 y, al cabo del mismo, a Helen Mc Dougal se le impuso pena de cárcel. Apeló y le conmutaron la condena logrando salir libre tiempo más adelante, bajo una nueva identidad para evitar la venganza pública.

El ejecutor William Burke, terminó siendo el gran perdedor dentro del equipo de criminales, pues se lo condenó a expiar sus culpas pereciendo en el patíbulo. Fue ajusticiado en la tarde del 28 de enero de 1829 en la principal plaza pública de Edimburgo frente a una excitada muchedumbre y -en cumplimiento de una draconiana sentencia acorde con la época- su cuerpo resultó diseccionado de forma semejante a como él tantas veces lo hiciera con sus víctimas pasando, de tal suerte, a servir forzosamente a la ciencia.

En cuanto al destino del tercer participante de este drama, el doctor Robert Knox, nadie le creyó sus protestas de que desconocía la procedencia de los cadáveres y de haberlos adquirido en bien del progreso de la medicina, y aún cuando consiguió eludir la imposición de cargos penales quedó muy desprestigiado.

Una colérica multitud atacó a pedradas su residencia, y la policía lo salvó por poco del linchamiento. Más adelante se vio obligado a huir deshonrado de la ciudad, y pasó a ejercer su profesión oscuramente en la localidad de Hackney donde falleció en el año 1862.

Retornando a las matanzas de Whitechapel lo cierto era, entonces, que en el correr de aquel lóbrego año 1888 el campo para la morbosidad pública se hallaba adecuadamente fertilizado, en la medida de que en el inconsciente colectivo de los británicos aún estaba fresco el recuerdo de la truculenta historia de los traficantes de cuerpos, cuyas andanzas bosquejamos líneas atrás.

La posibilidad de que se estuviera repitiendo una sordidez similar captó de inmediato la atención de los ciudadanos, y como se trataba de una historia demasiado jugosa para desperdiciarla los periódicos se abalanzaron ávidos sobre ella.

De tal suerte, por ejemplo, *The Times* en su editorial publicado al día siguiente de saberse las confidencias relatadas durante la encuesta judicial conminaba a Scotland Yard a seguir con la mayor diligencia la pista proporcionada por el magistrado, puesto que la esencia de la investigación se fundaba, precisamente, en indicios que las autoridades no habían sido capaces hasta entonces de detectar. En virtud de esa razón -alegaba con énfasis el editorialista- representaría una verdadera pena que dicha línea de búsqueda también se malograra por culpa de la negligencia policial como había acontecido con otras pesquisas anteriores.

Polo opuesto del histrionismo exhibido por el coroner Wynne Edwin Baxter devendría la reservada actitud que adoptase el doctor George Bagster Phillips.

Este profesional, quien fungió en calidad de médico forense en la consiguiente autopsia, se mostró muy reticente a la hora de declarar en la instrucción, y manifestó al jurado y al público su opinión de que sería muy peligroso concederle difusión a la prueba proveniente del informe clínico. Adujo que la revelación de tales pormenores, además de estimular el morbo, pondría sobre aviso al criminal, y se mostró en contra de que el homicidio de Annie Chapman se hubiese debido a un tráfico de órganos.

El magistrado presionó al forense a fin de que soltara la información sin ahorrarse explicar los detalles desagradables atinentes a las mutilaciones y a las eventuales extirpaciones de órganos. En vista de la enérgica actitud desplegada por el jerarca al cirujano no le quedó otro remedio sino acceder, pero no sin antes requerir que el público fuera retirado de la sala y sólo quedasen presentes el coroner, el procurador fiscal y los integrantes del jurado.

Resignado, el juez aceptó ese pedido y ordenó que el salón del tribunal se vaciara de particulares, incluídos los reporteros presentes. Pero este hecho determinó que el informe forense no resultara adecuadamente difundido. Se trató de un acto de discreción y recato que podía justificarse dentro del contexto de la pacata sociedad victoriana, pero lo cierto fue que tal extremo dio pábulo a variadas suspicacias y exageraciones. Nació, a raíz de este incidente, la hablilla de que el perpetrador le había sustraído varios de sus órganos mayores al cadáver de aquella desventurada fémina.

Sin duda, aquel cuerpo había padecido una carnicería que abarcó la extracción de piezas anatómicas. Pero no se comprendieron dentro de las mismas a los grandes órganos como el corazón, el hígado y los riñones; pese a que cierta prensa pretendió que esos órganos también habían sido hurtados por el psicópata, impelido por una macabra compulsión.

De hecho, el reporte de la autopsia difundido más tarde por la revista médica *The Lancet* dio cuenta de que el abdomen había sido abierto por completo y que un sector de los intestinos fue seccionado de su sostén mesentérico, extraído y colocado al costado del hombro izquierdo del organismo yacente. Igualmente, destacó que de la región pélvica resultaron seccionados el útero y los ovarios, y que se removieron porciones de la vagina y de la vejiga. Un profundo corte inferido de izquierda a derecha en el cuello de la occisa completaba la lúgubre y sanguinaria tarea. La causa provocadora del síncope cardíaco que la llevó a la muerte -de acuerdo estimó el profesional forense actuante- estuvo determinada por una masiva pérdida de sangre manada a través de esa herida inicial.

Por consecuencia, la hablilla no devenía veraz en cuanto a la eliminación y robo de los grandes órganos constituidos por el corazón, los riñones y el hígado refería, pero lo cierto fue que ya a partir del patético desenlace de “Annie La Morena” la prensa se apoderó del rumor y lo desperdigó como si de un hecho irrefutable y confirmado se tratase: el asesino de estas mujeres sustraía tales órganos.

Ese era el convencimiento que imbuía a quienes leyendo los rotativos se nutrían con los escabrosos pormenores emanados de estos trágicos sucesos. No obstante, el estropicio inflingido a los cadáveres no alcanzaba en la realidad cotas tan pronunciadas, en tanto -como quedó visto- no le fueron extraídos grandes órganos a las víctimas, pues ni a Annie Chapman ni a Polly Nichols se le ejercitaron tales extirpaciones anatómicas.

Y no habían sido tampoco quitadas vísceras de clase alguna de las cavidades de Martha Tabram y de Emma Smith, a las cuales los periódicos de la época propusieron como legítimas integrantes del elenco mortuario del Destripador. Las vidas de aquellas dos desdichadas fueron segadas de manera diferente a como sucediera con las otras occisas. Aquí los desenlaces se materializaron por medio de un acuchillamiento frenético en el caso de Martha, y luego de una feroz paliza propinada a Emma.

De hecho, Catherine Eddowes constituyó la primera difunta de aquella secuencia de crímenes que sufrió la extracción de grandes órganos. Para justificar este cambio de acción se ha especulado que, al acometer su insana tarea, el depredador alteró sin razón aparente su mortífero patrón, o bien que se está frente a la presencia de un nuevo homicida, quien al practicar las sustracciones aspiró imitar un acto que suponía ya había tenido cabida en los atentados precedentes.

Y que un matador en cadena mutase los parámetros de conducta previamente desarrollados sin que para ello mediase un motivo legítimo no parece verosímil, si tomamos en cuenta lo que sabemos sobre el comportamiento de modernos victimarios secuenciales cuyas actividades fueron objeto de paciente estudio a cargo de criminólogos.

De acuerdo con esta postura, el asesino serial es repetitivo en la ritualidad de sus actos. Una vez adoptado un esquema que le parece exitoso -en la medida de que pudo escapar impune tras perpetrar su primera agresión- lo usual es que se atenga a esas pautas sin incursionar en actos muy diversos a los cometidos en el inicial crimen de la secuencia.

Resulta usual que se vuelva más agresivo durante el transcurso de ulteriores ataques, pero ese aumento de la violencia no suele implicar cambios drásticos. Por ejemplo, si acostumbra acuchillar a quienes agrede, puede que comience a inferirles mayor cantidad de puñaladas a las siguientes víctimas, pero no llevará a cabo actos tan diversos como de pronto extraerles órganos, decapitarlas, etc.

Con referencia al rasgo de los matadores en cadena consistente en reiterar sus actos y sus métodos de manera adictiva sin evadirse de su libreto conductual prefijado, peritos forenses han subrayado:

“...Habitualmente, cada criminal de este tipo tiene una especie de ritual y de comportamiento que le son característicos, y que mantiene inalterados durante la secuencia de homicidios...está largamente aceptado que el asesino serial usa la fantasía como una muleta y que copia ese mecanismo día a día, dependiendo de esta situación...Tan fuerte es esa compulsión que el homicida mata para preservar la adicción, en esencia preservando ese único, persistente mecanismo de copiado (repetición) ...” (58).

En los primeros asesinatos habidos en el bajo Este de Londres (los ejecutados contra Mary Ann Nichols, Annie Chapman y, quizás también, en las muertes de Emma Smith y Martha Tabram) se verificaron durante el desarrollo de la fase de agresión actos criminales consistentes en acuchillar, degollar, practicar incisiones abdominales, abrir en canal a las difuntas, e incluso -en ciertos casos- se llevó a cabo la sustracción de algún órgano menor.

(58) Silva, Daniel y Torre, Raúl, Investigación criminal de homicidios seriales, Editorial García Alonso, Buenos Aires, Argentina, pags. 112 y 113.

Al sobrevenir el homicidio de Kate Eddowes tiene efecto un cambio conductual, en tanto se le sustrajeron a esa desventurada uno o ambos riñones y, tal vez, algún otro órgano mayor. Pero la moderna ciencia criminológica está de acuerdo en que caracteriza a un asesino en serie organizado el hecho de no encarnizarse con los cadáveres mientras que, por el contrario, el homicida secuencial desorganizado ejerce una profusa mutilación *post mórtem*.

Y ello en la medida de que durante los primeros crímenes de la secuencia emprendida por Jack el Destripador no se advertía ese tan intenso ensañamiento que se llegó a considerar como pauta definitoria o marca de fábrica de este criminal.

Vale significar, en sus iniciales avances el perpetrador en realidad casi no destripaba, sino que practicaba una menguada o nula laceración a los cadáveres, extremo que -acorde opiniones de la moderna ciencia criminológica- permitiría definirlo como “organizado”.

Recién una vez acaecido el homicidio de Eddowes, donde medió la extracción de grandes órganos y la realización de extensos cortes faciales, fue que se concretó una mayor rebanación *post mórtem*, sello característico del accionar de un criminal serial desorganizado.

Tomando en consideración este dato, deviene sorprendente que un ultimador secuencial no sólo mute algunos detalles en la ejecución de sus matanzas sino, sobre todo, que tales actos nuevos que añade lo exilien del mencionado esquema de clasificación pasando de ser un asesino de perfil organizado a uno desorganizado, atento al inédito y abrupto ensañamiento que comienza a practicar sobre los organismos diseccionados.

Por consiguiente, de atenernos al precedente criterio que postula que un homicida serial deviene incapaz de modificar los patrones fundamentales de su conducta - lo cual comprende a los actos inmediatos posteriores que inflinge sobre la víctima luego de ultimarla-, la extracción de grandes órganos del cadáver de Kate podría justificarse por la irrupción en el teatro mortuario de un nuevo criminal imbuido de afán imitativo.

Un imitador mal informado por la prensa acerca de cuáles actos sádicos inflingía a sus presas el matador al cual remedaba.

A su vez, esta infortunada fue vista en compañía de un hombre, instantes previos a su asesinato, al menos por tres testigos. Las declaraciones más firmes fueron las vertidas por Joseph Lawende, quien le aportó a la policía minuciosos detalles sobre el aspecto del posible responsable de ese crimen. Sin embargo, la descripción que Lawende formuló de la fisonomía del posible ejecutor para nada concuerda con otras descripciones de sujetos avistados con las demás víctimas en los momentos próximos a sus muertes.

Refuerza también la posibilidad de que Eddowes no fuera una víctima del Ripper la circunstancia de que junto con su deceso tuvo efecto otra circunstancia excepcional, a saber: la enigmática pintada trazada con tiza en una pared interna de un edificio sito en los números 108-119 de la calle Goulston, en cuyas cercanías se especuló que el criminal arrojó deliberadamente, en el curso de su escape, un fragmento de delantal impregnado con la sangre de aquella víctima.

A la confusión reinante se aunó el histerismo fomentado por la prensa. Así sería que el 10 de setiembre de 1888 -es decir, veinte días previo a producirse el doble crimen que tuvo por víctimas a Stride y Eddowes- The Times hizo circular el rumor de que el ultimador de Mary Ann Nichols, Annie Chapman, y las otras finadas cuyas muertes igualmente se le achacaban, había garrapateado sobre una pared la frase "*Mataré cinco más, llego a quince y me entrego*". Algunos pretendieron que la consigna se dibujó usando sangre de la víctima y que el muro en cuestión era el del patio de la calle Hanbury donde eliminasen a Annie "La Morena", pero tal cosa no era cierta.

Atento a otra formulación semejante, esta vez pregonada por el Daily Telegraph también ese 10 de setiembre, el mismo mensaje no habría sido grabado en una pared sino redactado sobre un trozo de papel que la policía recogió de la calle.

En igual fecha, otro periódico -el Pall Mall Gazette- declaró que la historia era falsa. Pero ya era tarde para desmentidos puesto que el comentario había echado a correr raudamente entre la población británica. Este presunto mensaje no fue consignado en el escenario del asesinato de Annie Chapman inferido el 8 de setiembre y su procedencia -y aún su veracidad- deviene extremadamente dudosa.

Sin embargo, lo que interesa enfatizar es que por esas fechas se había ya instalado en la comunidad inglesa la idea de que aquel fantasmal verdugo, quien por entonces mantenía en vilo a la opinión pública, había adoptado la costumbre de redactar esos mensajes imprimiéndolos sobre los muros de casas y edificios del distrito, donde se refería a los homicidios ocasionados y anunciaba los que en breve planeaba emprender.

Los reporteros continuaron propalando el rumor de que el perpetrador dejaba advertencias trazadas sobre las paredes del distrito, al punto tal de que el 29 de setiembre de 1888 otro rotativo, el Evening Times, anunció que Scotland Yard había descubierto un comunicado escrito con tiza cuyo texto afirmaba: *“Cinco más y me entrego”*. La amenaza iba acompañada de una caricatura en donde se mostraba a un hombre apuntalando con su cuchillo a una mujer. A su turno, en ese mismo día el matutino Eco confirmó la especie, añadiendo que la intrigante pintada se había estampado en un muro localizado en la zona de Kingsland Road.

Parecería verosímil, atendiendo a este contexto, que un criminal imitador pudiera haberse tomado en serio de estas noticias sintiéndose inducido a actuar.

Resulta particularmente impactante el hecho de que a menos de veinticuatro horas de cobrar estado público la idea de que el homicida elaboraba esos graffitis Catherine Eddowes fue victimada por un delincuente que le arrancó su delantal y lo arrojó al pie de una pared, a modo de indicador de la consigna allí grabada.

Aunque en estudios recientes se cuestiona que la pintada impresa sobre el friso de la calle Goulston constituyese en verdad obra del matador -en la medida de que el graffiti podía haberse dibujado tiempo atrás y el delantal manchado con sangre pudo caer próximo a dicha pared por mera casualidad (59)- cabe pensar que la policía estimó que el anuncio era significativo y configuraba una posible pista dejada adrede por el asesino, en virtud de la persistente creencia de que aquél tenía la manía de plantar tales mensajes.

Otra notable diferencia apreciable entre el homicidio de Kate Eddowes y los tres crímenes canónicos precedentes -Nicholls, Chapman y Stride- finca en que el rostro de la difunta resultó mutilado.

Los estudiosos del asunto suelen justificar esa disparidad en la actitud observada por el criminal esgrimiendo la opinión de que los victimarios seriales se van tornando más audaces a medida que avanzan en sus ataques, y que necesitan operar cada vez con mayor encarnizamiento impelidos por un irrefrenable “crescendo” salvaje.

Pero: ¿Si esto no hubiese acontecido así en el caso del Destripador? ¿Y si el asesino del East End no fue una única persona, sino que los crímenes se debieron a la intervención de sucesivos imitadores de los homicidios precedentes?

Si tal fuera la situación, el ultimador de Kate por fuerza debió - en el acto de provocar mutilaciones faciales a esa agredida- obrar remedando la conducta observada por otro homicida al cual la gente consideraba como el verdadero causante de las muertes que se venían sucediendo.

Lo inquietante es que tal extremo pudo en verdad haber sucedido. Ocurrir que por las fechas en que cristalizó la secuencia de atentados otra muerte más -aparte de las “canónicas” y las de Emma Smith y Martha Tabram- fue asignada a la saña del mismo perpetrador.

(59) Evans, Stewart y Skinner, Keith, *Jack el Destripador. Cartas desde el infierno*, traducción de María Teresa de Cuadra, Ediciones Jaguar, Madrid, España, 2003, pag. 208.

Se trató del homicidio de una chica de nombre Jane Beadmoore acaecido entre la noche el 22 y la madrugada del 23 de setiembre de 1888, en la localidad de Birttley Fell, County Durhan, una semana antes de ser finiquitada Catherine Eddowes. En esa emergencia la fenecida sufrió extensas mutilaciones faciales. Vale significar, se trató de idéntico género de ataque que precisamente iría a reiterarse a los pocos días en el crimen cometido en la plaza Mitre.

La víctima contaba con veintiocho años, seis más que su matador, un joven que realizaba trabajos ocasionales. El sujeto, si bien se mostró hábil al imitar los precedentes crímenes del bajo Londres intentando así despistar, incurrió en errores muy torpes que facilitaron su captura. Entre éstos se cuenta el hecho de vender- dos días después del crimen- su ropa con manchas de sangre a una tienda de compra al menudeo. A su vez, hubo testigos que declararon haber visto a este hombre con la occisa en los momentos previos a concretarse el ataque fatal, y la precipitada huida de la localidad emprendida por el sospechoso contribuyó a dejarlo en la mayor evidencia.

Pero lo relevante es que para la prensa el homicidio de Mrs Beadmoore, y el sucedido una semana más tarde en la plaza Mitre, eran obra del mismo perpetrador. Ese convencimiento caló muy fuerte en el público. Tanto fue así que, aunque poco después se arrestó al asesino de Jane y se supo que el responsable era un rufián apellidado Waddell -que había sido ex amante de la muchacha y que la mató por despecho- ese asesinato bien pudo servir de modelo al cometido contra Eddowes, pues durante largo tiempo fue echado a la cuenta de los consumados por Jack el Destripador.

Por consiguiente, vale enfatizar que ya en la era de la Reina Victoria existían asesinos imitadores y dicho extremo quedó comprobado, entre otros casos, por el crimen de la referida Jane Beadmoore.

Y ello en tanto resulta que, tras su captura, el matador confesó a sus interrogadores haberse inspirado en las muertes que venían aconteciendo en los arrabales del Este de Londres. Pero, a la parafernalia de aquellas matanzas precedentes que imitó, el victimario de la joven Jane le añadiría un nuevo y siniestro elemento: las mutilaciones faciales.

Los modernos estudios sobre el comportamiento psicopático asesino coinciden en sostener que en crímenes particularmente sangrientos, donde preexistía una relación pasional entre la víctima y el victimario, no resulta infrecuente que el ejecutor infiera tajos sobre el rostro de la persona agredida, para de tal manera “deshumanizarla”. Se trata de un comportamiento habitual en los homicidas violentos que actúan poseídos por el denominado “pensamiento mágico”.

Como el matador de Jane era un ex amante suyo la vinculación pasional incidió sobremanera. El crimen estuvo motivado por los celos y por la frustración que experimentó el sujeto al verse rechazado en su tentativa de reanudar la relación sentimental.

No se trató de un asesinato meramente impulsivo sino que el responsable buscó en forma deliberada despistar y alejar de sí la atención de la policía cuando decidió imitar la operativa del criminal victoriano procurando que los pesquisantes creyeran hallarse frente a otro deceso más de aquella cadena de agresiones mortales.

Sin embargo, William Waddell no copió el cruel acto de rebanarle a cuchillo la cara a su víctima -menoscabo que no tenía planificado efectuar y que no se había efectuado aún en los desquicios del East End- sino que ese brutal añadido obedeció a un impulso personal. Como el individuo conocía a la mujer y se hallaba ligado pasionalmente a ella en forma inconsciente trató de deshumanizarla al inferir esa desfiguración facial puesto que, según confesaría a sus aprehensores: *“No pude soportar cómo me miraba”*.

Los cortes deformantes practicados sobre los rostros de las difuntas no parecen justificarse en el caso de los crímenes atribuidos al Destripador, donde se presume que no mediaba relación personal o conocimiento previo de género alguno entre las mujeres agredidas y su atacante.

Pero si la parafernalia y ritualidad criminal ya estaba completa a partir del primer homicidio de segura autoría -o sea, el consumado contra Polly Nichols-, por más que el accionar del exterminador fuese denotando un incremento en la vesania desplegada a medida que se sucedían sus ataques, tal encarnizamiento debería haberse reiterado usando la metodología precedente. Las mutilaciones faciales, por consiguiente, implicaban un agregado -y una macabra novedad- que se evadía enteramente del psicópático libreto exhibido hasta ese entonces por el despiadado ultimador.

Atendiendo a estos factores, y adicionado al hecho de que al referido óbito de la juvenil Jane Beadmoore se lo conceptuó como otra mortal faena llevada a cabo por el mismo responsable de causar la nefasta retahíla homicida en Whitechapel, la tesis del debut de un copy cat, promotor de la agresión inflingida sobre Catherine Eddowes, gana innegable atractivo y fuerza.

Cuando esta mujer cayó abatida bajo el cuchillo del psicópata que la eliminó, ya había cobrado estado público la creencia de que el especialista en matar ramera las finiquitaba aplicándoles un profundo corte de izquierda a derecha en sus cuellos, luego las abría en canal para extraer órganos y, como último acto, mutilaba sus rostros. Todo ello atento a haber circulado ampliamente la mendaz especie de que a Annie Chapman se le había infligido ese desmedro, y la realidad de que a Jane Beadmoore se le causaron tales heridas faciales.

De aquí que el 30 de setiembre de 1888, a sólo siete días de la muerte de aquella última mujer, todos quienes seguían expectantes a través de la prensa los avatares de los crímenes daban por descontado que el asesinato de Jane igualmente había resultado obra del mismo ejecutor.

Eso también lo pensaba el asesino imitador que ultimó en la Plaza Mitre a la infeliz Eddowes y se encarnizó con su rostro.

Otro aspecto que torna a este salvaje crimen extrañamente diferente a otros catalogados como clásicos asesinatos perpetrados por Jack el Destripador estriba en la descripción proporcionada por testigos respecto de la fisonomía de las últimas personas vistas en compañía de esta la víctima, momentos antes de operarse su luctuoso desenlace.

En la emergencia de Catherine, el testimonio primordial lo rindió un emigrante húngaro de nombre Joseph Lawende. A eso de la 1 y 35 del 30 de la madrugada del setiembre éste observó hablando con Kate a un hombre en la entrada cubierta del Church Passage que conducía a la plaza Mitre. Diez minutos después de ese avistamiento la mujer ya estaba muerta. La descripción de este sospechoso en nada concuerda con las señas aportadas por los testigos en los otros casos.

Por todo ello, la suposición de que en los óbitos imputados a Jack el Destripador participaron en forma alternada diversos asesinos imitadores u oportunistas estaría respaldada por argumentos interesantes e información muy concreta que no podría desestimarse a la ligera, y tal creencia ha sido postulada por varios autores.

Está planteada la hipótesis extrema esgrimida por Peter Turnbull, donde se sustenta que la totalidad de los decesos atribuidos a la obra de un mismo perpetrador fueron, sin embargo, tarea de diversos copycats lo cual implica propugnar que nunca se trató genuinamente de crímenes a cargo de un exclusivo homicida en serie; o sea, dicho en otras palabras, Jack fue un asesino inexistente.

Se han presentado, asimismo, formulaciones como la sugerida por Kar-
yo Magaellan donde se exilia a Mary Jane Kelly del listado tradicional de víctimas adjudicadas al Destripador y, asimismo, la propuesta por Dan Norden que bucea en la posibilidad de que los dos últimos crímenes canónicos no pertenecieran a la facturación del victimario iniciador de la secuencia fatídica.

Similar a estas últimas posturas, no tan drásticas en la negación de la existencia de Jack the Ripper, es aquella donde se sugiere que otro de los homicidios presumiblemente indiscutidos -el de la veterana prostituta de origen sueco Elizabeth Stride - se debió a la irrupción en escena de un asesino oportunista e imitador que la habría ultimado valiéndose del caos y de la histeria imperantes. Varios expertos han destacado la posibilidad de que la mujer conocida por el apodo de “Long Liz” no fuera en verdad una de las víctimas de aquella serie.

Como ejemplo de tal duda cabe mencionar a Stewart Evans y Paul Gai-
ney, autores que listan el capítulo séptimo de su investigación “Jack the
Ripper. First american serial killer” (60) -“Jack el Destripador. Primer
asesino serial americano”- con el interrogativo título de “A double event?
- “¿Un doble evento?”- para enfatizar así el escepticismo que les merece
la inclusión de aquella a quien tradicionalmente se catalogó como la ter-
cera víctima canónica en el elenco del verdugo victoriano.

Entre otras diferencias con las demás muertes recalcan que aquí el falle-
cimiento de la mujer se produjo en una zona iluminada y concurrida, cer-
ca de la entrada de un club político donde se venía desarrollando una ani-
mada sesión, extremo que contrasta con la búsqueda de lugares oscuros y
discretos por los que optó el célebre depredador para asestar los otros fatí-
dicos golpes.

También difería el tipo de cuchillo empleado para segar la garganta de
la occisa con el que fuera utilizado en las demás oportunidades, así como
el hecho de que no mediase estrangulación manual previa. Y, por supues-
to, no estaban presentes las mutilaciones y retiros de órganos observables
en el resto de las agresiones, pese a que no está acreditado de modo fe-
haciente que el ultimador se hubiese visto interrumpido en su faena. Lo
cierto fue que los testigos deponentes no sorprendieron al asesino “*in fra-
ganti*” sino que, o bien describen un ataque precedente –a empujones-
contra la mujer, o bien se toparon con el cadáver cuando el culpable ya
había abandonado el teatro del crimen.

(60) Jack the Ripper. First american serial killer, capítulo 7, pags. 76 a 95.

Los citados escritores aparte de asegurar que Elizabeth Stride no configuró una presa humana del Destripador, insinúan saber quien fue su victimario. Conforme pretenden estas especulaciones, el matador imitativo estaría claramente identificado, pues el fenecimiento de esta prostituta se sospechó que había sido obra de su amante de aquel momento, un belicoso irlandés llamado Michael Kidney.

Este individuo, cuyo apellido rememora inquietantes evocaciones en los crímenes de Jack el Destripador -porque equivale a “riñón” en lengua inglesa- en verdad exhibió un comportamiento tan asombroso que despertó justificada suspicacia en investigadores ulteriores, aún cuando debe admitirse que no fue reputado sospechoso por la policía de la época. Sin embargo, tanto sus declaraciones inmediatas al violento desenlace, cuanto sus actitudes posteriores, dieron pábulo a acentuados recelos.

De ser veraz la conjetura de que dicho hombre fue el ultimador de su novia no cabría dudar interpretó a entera satisfacción el papel de inocente, como si de un buen actor aficionado que supo cubrir hábilmente sus huellas, se hubiese tratado.

Por ejemplo, habría sabido fingir indignación frente a la incompetencia de que hacía gala la policía a la hora de desenmascarar al culpable de la muerte de su “amada” Elizabeth. Atento se nos da cuenta en una descripción de este evento:

“... Michael Kidney, el irlandés con el que Liz la Larga había pasado los últimos años de su vida, entró en la comisaría de la calle Leman, a la noche siguiente de haber reconocido el cadáver. Estaba completamente borracho. Llevaba las ropas destrozadas y el rostro magullado como si hubiese sostenido varios pugilatos en una taberna, pero se hallaba revestido de la dignidad del gladiador que acaba de ser atacado por los leones. Asiendo al sargento de servicio por las solapas, el irlandés pronunció una de las frases más extrañas, indicadoras de un intenso dolor: - Si hubiesen asesinado a Liz la Larga en mi distrito, yo ya me habría matado...” (61)

(61) Otoño del terror, pags. 133 y 134.

Tal vez el especialista que más ha argumentado acerca de la posible culpabilidad de Michael Kidney cumpliendo el rol de matador imitativo lo configure A. P. Wolf, quien manejando ingeniosas razones presentó la candidatura de dicho individuo en su excelente ensayo “Jack. The myth”. -“Jack. El mito”- (62)

Entre otros extremos, aquel comentarista hace hincapie en que la escena arriba extractada tuvo lugar el 1º de octubre de 1888, un día después del atentado fatal contra Elizabeth Stride, cuando en realidad por esa fecha todavía la policía no tenía idea de cuál era la identidad de la mujer victimada.

Por consecuencia, el incidente provocado en la comisaría de la calle Leman, donde tan histriónicamente Kidney manifiesta su desazón echando en cara a los agentes policiales lo ineficaces que eran por no descubrir al ejecutor de su amante, es valorado como una de las más firmes pruebas de la responsabilidad que le cabría al sujeto.

Y ocurre que la exacta identidad de la occisa no devino revelada sino transcurridos varios días después de la agresión del 30 de setiembre de 1888, lo cual implica que al día entrante se proseguía aún sin conocer de quien se trataba.

¿Cómo pudo saber en aquel momento este hombre que la todavía anónima víctima del Destripador no era otra sino su amante “Long Liz”? Y, más aún: ¿Cómo podía saberlo si al declarar en interrogatorios posteriores reconoció que desde días atrás, tras una disputa, se encontraba separado de ella?

Otros autores justifican que era factible, no obstante, que Michael Kidney se hubiese enterado de la muerte de su ex concubina por intermedio de los rumores que de boca en boca se esparcían entre la gente de los bajos ambientes de la capital y, atento a ello, ese conocimiento anticipado del hecho que demostró poseer carecería de valor decisivo a fin de inculparlo.

(62) Wolf, A.P, Jack. The myth, Editorial Robert Hale, Londres, Inglaterra, 1993.

En tal sentido, Alan Moore acota que la experiencia referente a homicidios consumados en asentamientos urbanos acredita que los rumores callejeros a menudo se muestran más acertados, y son más avanzados, que la información manejada por la policía en el decurso de sus indagatorias. Opina que como la comunicación sólo es posible entre iguales debe tomarse en cuenta que todos quienes poblasen el East End durante aquel trágico otoño debían contar con sobrados motivos para esconder información -e inclusive mentirle a la policía si eran interrogados- pero entre ellos la historia transmitida sería muy distinta.

Para este experto, el retraso oficial en identificar a la inicial de las dos víctimas del 30 de setiembre como Elizabeth Stride en absoluto implicaba que los habitantes del distrito no supiesen, prácticamente a partir de los primeros momentos de acaecido el crimen, de quien se trataba la difunta.

Y es que la mujer era una muy conocida prostituta local, razón por la cual siendo aquel hombre su pareja habitual y, eventualmente, su proxeneta, resultaría lógico suponer que debió ser una de las primeras personas en tomar conocimiento de la terrible desgracia recaída sobre su compañera o pupila. (63)

A su vez, la hipótesis de que aquí no hubo un homicida en serie no sólo se debe a la idea de que los asesinatos se debieron a la intervención de sucesivos criminales imitadores u oportunistas.

A Jack el Destripador igualmente se lo podría considerar como un asesino inexistente si los crímenes los hubiese cometido un colectivo de matadores, actuando en forma mancomunada y participando activamente de un complot.

La teoría de que una solapada y extendida conjura o conspiración posibilitó aquellas barbaries tuvo su punto de máxima divulgación desde el año 1976, merced al ensayo del escritor Stephen Knight con “Jack el Destripador. La solución definitiva” (64), pero experimentó elocuentes variaciones.

(63) From Hell, en apéndice comentando viñetas de pags. 283 y 284.

(64) Knight, Stephen, Jack the Ripper. The Final Solution, Editorial George Harrap, Londres, Inglaterra, 1976

En puridad, la propagación masiva de la idea se debió al aporte, en porciones semejantes, de declaraciones formuladas en el mes de noviembre de 1970 por el anciano médico Thomas Stowell a la revista *The Criminologist* y a ulteriores comentarios vertidos, en el año 1973 durante un programa emitido por la cadena televisiva B.B.C de Londres, por Mr Joseph Gorman, pretendido hijo natural del aplaudido pintor eduardiano Walter Sickert.

La figura del Príncipe Edward interpretando al feroz criminal pudo haber visto su estreno incluso antes de ser publicados los dichos del cirujano, aún cuando su efectiva difusión mediática devino muy restringida. Acerca de este punto se ha advertido:

“...Con respecto al Príncipe Alberto, la primera vez que se lo señala como sospechoso es en el libro Eduardo VII publicado en 1962 y cuyo autor es Philippe Jullien. Más tarde el Doctor Thomas Stowell publicó un artículo en 1970 acusando al Príncipe Alberto de ser Jack el Destripador, basando su teoría en algunos documentos de su médico personal, Guillermo Gull, quien habría estado tratando la enfermedad. En ellos se narra que su paciente sufría una grave inestabilidad emocional por sus tendencias homosexuales y que se estaba volviendo loco, por eso, con la intención de vengarse, habría cometido los asesinatos de Whitechapel...” (65)

Pero lo cierto es que haya sido el galeno Thomas Stowell el inicial propagador de la teoría conspirativa, o tal mérito se debiese al supra citado Philippe Jullien, lo relevante estriba en que en sus primigenios momentos no se hablaba de un equipo de asesinos conjurados sino de la intervención fatal, como figura primordial y exclusiva, del Príncipe Albert Víctor, también poseedor del título nobiliario de Duque de Clarence, nieto de la Reina Victoria y fallido aspirante al trono inglés.

(65) Retamar Sala, Salvador, *Grandes conspiraciones, misterios y asesinatos*, Ediciones Lea S.A, Buenos Aires, Argentina, 2007, pag. 25.

Tal vez fuera verídico que “Eddy”, según se lo apodaba a nivel popular, hubiere contraído de resultas de su trato sexual con meretrices una enfermedad venérea incurable -moriría a causa de ella en 1892- y el afán de venganza lo cegaría en tan extremo grado que se transformaría en exterminador de las responsables de su mal.

Ya se disponía de un culpable de sangre real. Pero la idea se iría “perfeccionando” hasta decantarse más adelante en la denominada “teoría de la conspiración monárquico-masónica”, la cual llegó a incluir a varios pintos personajes socialmente encumbrados, y cuyo máximo representante devendría el médico imperial doctor William Gull.

Este verdugo estaría secundado, a la hora de emprender sus abominaciones, por el cochero John Netley, y contaría con la colaboración, y-o vista gorda, a cargo del máximo jerarca de la policía metropolitana, General Charles Warren y de su inmediato segundo en el mando, el Doctor -luego Sir- Robert Anderson. Igualmente, participaría en la trama el Primer Ministro de la Corona, Lord Robert Salisbury e, indirectamente, hasta la mismísima Reina Victoria.

Debe resaltarse que la pertenencia a la masonería del mayor exponente policial de la época de los crímenes, Sir Charles Warren, así como del médico de la casa real británica Sir William Gull, ha sido plenamente corroborada por fuentes masónicas que, lejos de negar la calidad de miembros que los mismos ostentaron, se refieren elogiosamente a las prendas personales y a las obras realizadas por ambos hombres. (66)

Empero, tal pertenencia a esta logia no fue confirmada en el caso de de Sir. Robert Anderson, y ha quedado descartada respecto del entonces Primer Ministro Lord Robert Salisbury, a quien sólo en la formulación originaria desarrollada por Stephen Knight se lo sindicaba como masón, pero tal atribución no fue corroborada en las reediciones de ese libro, donde hasta se admite en forma expresa que ese dignatario no integraba dicha comunidad.

(66) Ridley, Jasper, *Los Masones, La sociedad secreta más poderosa de la tierra*, traducción de Eduardo Hojman, Ediciones B, Buenos Aires, Argentina, 2006, pag. 392.

También se habló de la activa presencia de otro individuo que intervenía más o menos solapadamente. En general, el tercer participante directo en el presunto complot se entendió - por sugerencia de Stephen Knight- que era Walter Richard Sickert, el ya mencionado pintor impresionista, quien por ese entonces contaba con sólo veintiocho años y aún estaba lejos de alcanzar la merecida fama artística que lo engalanaría tiempo más tarde.

En todas las emergencias se mantenía constante un núcleo temático en la historia. La trama consistía en que el Príncipe Albert Víctor -en estas posteriores versiones a la obra de Knight- ya no era postulado como el siniestro demente perpetrador de los asesinatos. Únicamente sería propuesto para representar el rol de atolondrado e inexperto joven que se lió con una sensual dependiente de comercio llamada Annie Elizabeth Crook con quien se casó en secreto en una iglesia católica -en respeto a la fe que la chica profesaba- , la cual engendró una hija del futuro monarca, criatura con derecho a convertirse, andando el tiempo, en Reina de Inglaterra.

La difusión de tan bochornoso escándalo, y el correspondiente alboroto a que daría cabida su descubrimiento, debían ser evitados a cualquier precio y, por lo tanto, intervino la policía secreta separando por la fuerza a la pareja. Se enclaustró a la infeliz esposa del Príncipe en un manicomio pretextando que se trataba de una demente violenta.

A fin de no dejar testigos del peligroso secreto con vida- en tanto las víctimas del desmembrador eran amigas de la malograda Annie Crook- se las eliminaría, del modo tan cruel que la historia registra, inventando los conjurados la tenebrosa figura del Destripador, a quien presentaron como un único y desquiciado criminal, para de tal manera burlar a la opinión pública que jamás alcanzaría a enterarse de que Jack the Ripper no representaba sino una falacia tras de la cual se encubría a un asesino inexistente.

Libros aún más posteriores, pretendidamente de no ficción, incluirán dentro del elenco de homicidas conspiradores, además del doctor Gull y del cochero Netley, a personalidades del encumbrado calibre de los políticos Sir Randolph Churchill (el padre del líder Winston Churchill) y Lord Robert Salisbury. También se incluyó al preceptor de facto del Príncipe Albert Víctor, un abogado y poeta que terminó sus días en un hospicio psiquiátrico: James Stephen. (67)

Y, en igual orden, creaciones declaradamente novelescas adoptarán como eje narrativo eventuales conspiraciones o conjuras para explicar los asesinatos de 1888. Así, por ejemplo, la exitosa novelista notoria por el pseudónimo literario de Anne Perry hará caudal de la manida teoría conspirativa:

“...si era cierto que el duque de Clarence se había casado con Annie Crook, fuera cual fuera la forma que hubiere tomado la ceremonia, y había una hija de por medio, no era de extrañar que ciertas personas hubieran sentido pánico y tratado de mantenerlo en secreto. Al margen de las leyes de sucesión al trono, el sentimiento anticatólico que se respiraba en el país era bastante intenso, y la noticia de tal alianza había bastado para sacudir la monarquía, ya frágil en esos momentos. Pero si salía a luz que los asesinatos más horribles del siglo habían sido cometidos por simpatizantes monárquicos, tal vez hasta con el consentimiento de la familia real, estallaría la revolución en las calles, y el trono sería arrasado por una marea de indignación que podría llevarse consigo también al gobierno. Lo que resultaría de ello sería extraño, desconocido y difícilmente mejor...” (68)

A su turno, el escritor Iain Sinclair, cuya surrealista novela “White Chappel. Trazos Rojos” inspiraría a Alan Moore para dar génesis a su notable cómic, retomó la idea de la existencia de un complot criminal en la concreción de los homicidios victorianos, y de la consiguiente multiplicidad de asesinos fungiendo en la historia del Ripper:

(67) Fairclough, Melvin, *The Ripper and the royals*, Editorial Dukworth, Londres, Inglaterra, 1991.

(68) Perry, Anne, *El complot de Whitechapel*, traducción de Aurora Echevarría, Ediciones Debolsillo, Buenos Aires, Argentina, 2004, pag. 223.

“...En nuestro estado desquiciado no estamos interesados en seguir detalles o en hacer conexiones lógicas. Lo sabemos todo. Cerramos los ojos: Masones, Clarence, Druitt, conspiración, asilo. Todo lo que importa es la metáfora básica: tres hombres. Sickert el pintor, Netley el cochero, Gull el doctor. Si la ecuación se resuelve, entonces es verdad. El pelo se eriza en el cuero cabelludo, una especie de reconocimiento, nombres conocidos. Simplemente se confirman. Nos obligamos a concentrarnos en las voces remotas y ridículas... Admitimos que hubo cinco prostitutas asesinadas por Sir William Gull, o por orden de él. Un carruaje se vio involucrado, y un cochero John Netley. El tercer hombre sigue siendo un enigma, una cara indefinida. Los hechos tuvieron lugar entre agosto y noviembre de 1888, en un escenario determinado, Whitechapel...” (69)

Deviene indudable que en la hipótesis de la conspiración los elementos verídicos y los fabulados se entremezclan y se torna hartamente engorroso separar los unos de los otros. Como típico ejemplo de tal cruzamiento entre la realidad y la ficción vale mencionar al destino final que habría padecido el facultativo sindicado como Jack el Destripador según estas especulaciones: el eminente galeno de la casa imperial Sir William Gull.

En la edición del periódico estadounidense Chicago Sunday Times-Herald correspondiente al 28 de abril de 1895 se difundió un relato atribuido a un cirujano de origen estadounidense que trabajaba en Inglaterra, Benjamín Howard, sobre la gestión que habría realizado un oficial del Scotland Yard en compañía del médium Robert James Lees apersonándose a la mansión de un prestigioso médico -aunque no aclaraba que se tratase del doctor Gull- a quien el psíquico acusaba de ser el Destripador en virtud de visiones experimentadas.

Pero el ítem más interesante de esta narración reside en el presunto proceso que la orden masónica habría celebrado contra aquel médico por haberse excedido en su celo provocando las horribles muertes que ponían en peligro a dicha hermandad, en caso de descubrirse que un integrante de la misma era el responsable de la matanza.

(69) Sinclair, Iain, White Chappel, Trazos Rojos, Editorial Sudamericana, traducción de Matías Serra Bradford, Buenos Aires, Argentina, 2004, págs. 61 y 65.

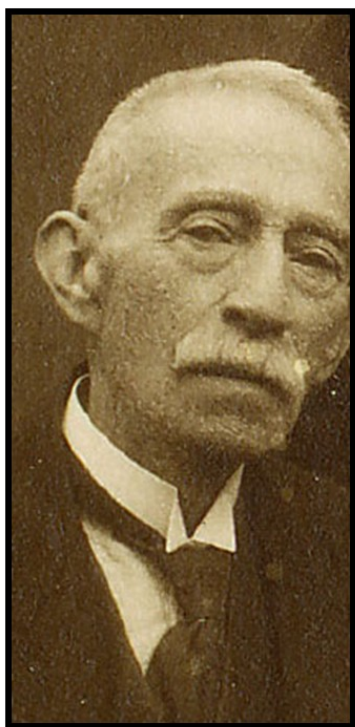
Aunque el doctor Howard negó indignado haber facilitado la información, lo cierto fue que se extendió al público la especie de que efectivamente dicho cirujano estuvo presente en el juicio secreto donde un jurado compuesto por ocho doctores francmasones decidieron el destino de su correligionario.

Se pretendió que la drástica determinación consistió en forzar la internación del acusado en el hospital psiquiátrico de Islington, al tiempo que se anunciaba su fallecimiento y se fingía el sepelio del viejo galeno mediante una discreta ceremonia fúnebre donde, en sustitución de un cuerpo, el ataúd cerrado que finalmente se enterró portaba pesadas piedras en su interior. A su vez, el aún vivo Sir William resultaría internado, a la fuerza y guardándose el mayor silencio, en el ya referido manicomio bajo el falso nombre de Thomas Mason, siendo registrado como el interno número 124.

Se lo mantendría incomunicado hasta 1896, año en el cual acaecería su verdadero óbito, y su cadáver sería trasladado al cementerio familiar en la localidad de Thorpe Le Soken bajo cuya cripta yacen, atento se aduce, tanto el féretro relleno con piedras cual aquel que contiene los restos mortales del desquiciado galeno que habría sido el nunca descubierto Jack el Destripador.

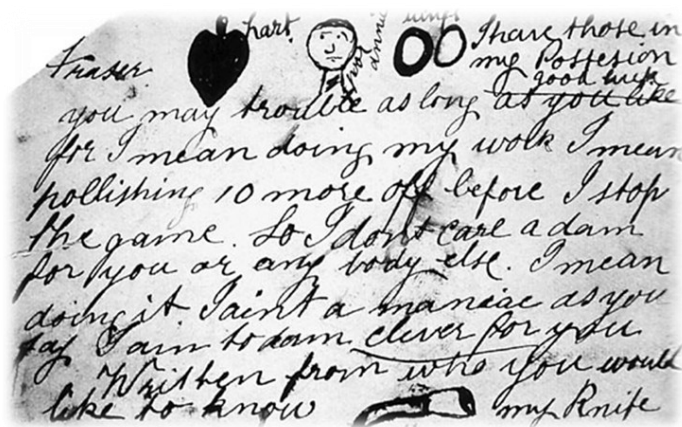
¿Realidad o fantasía? O tal vez un poco de cada ingrediente. La historia de Jack the Ripper considerado una multiplicidad de asesinos y -por lo mismo- inexistente como unidad, se presenta tan inverosímil como la hipótesis de que estamos frente a un criminal que nunca existió, porque jamás hubo una secuencia de crímenes cometidos por el mismo sujeto, sino que siempre se trató de homicidios independientes causados por la vesánica y enfermiza ferocidad de sucesivos imitadores.

No obstante, muchos inquietantes hechos siguen sin encajar en forma debida y sin tener una razonable explicación, según hemos advertido en el texto de este capítulo.



Joseph Lawende.

Fotografía que muestra en su vejez al principal testigo del homicidio de Catherine Eddowes, posible víctima de un asesino imitador.



Extraña postal alusiva al crimen de Annie Chapman indicando que se habría hurtado el corazón de dicha occisa. Rumor falso pero muy en boga por entonces.



Jane Beadmoore.

Al principio se creyó que esta joven había sido asesinada por el demonio de Whitechapel, pero luego la policía apresó a su verdadero ejecutor.

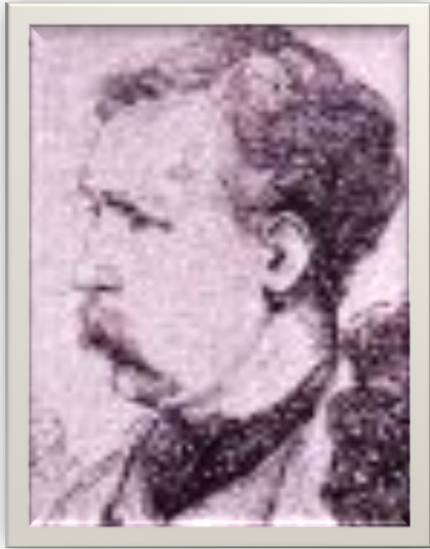


Mutilaciones faciales curiosamente semejantes
en las víctimas Jane Beadmoore y Catherine Eddowes.

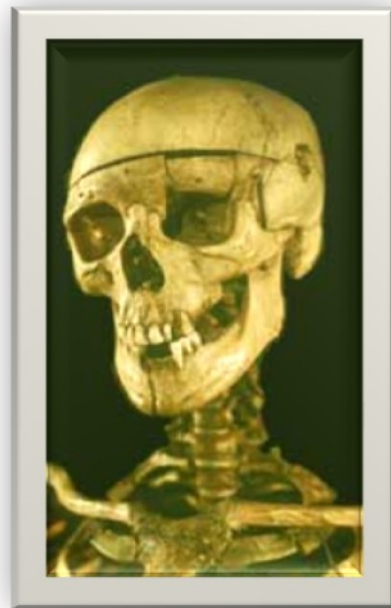


Elizabeth Stride.

¿Por qué no sufrió los cortes característicos
si su homicida dispuso de tiempo para ello?



Michael Kidney.
Concubino de “Long Liz” Stride
y presunto matador oportunista.



Esqueleto de William Burke
utilizado para fines de estudios anatómicos.
El que a hierro mata...



Los profanadores de cadáveres.



Juez Wynne Baxter.

Sugirió la posibilidad de que el criminal mataba para traficar órganos.

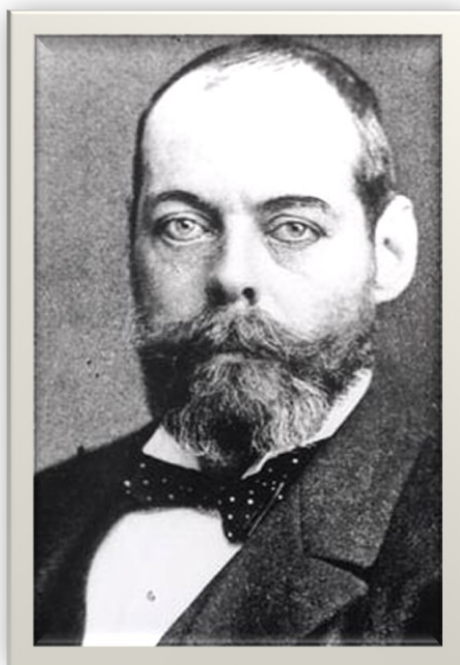


Doctor George Bagster Phillips.

Discrepó con el Juez Wynne Baxter respecto de la idea del tráfico de órganos



La Reina Victoria dio su visto bueno a los crímenes, según la “teoría de la conspiración”.



Sir Randolph Churchill

Ni el padre del glorioso Winston se libró de la acusación de ser un destripador conjurado

CAPÍTULO VIII

Jack el Destripador.

Perfil psicológico.

El inicial “perfilador” -cuando aún no se conocía ese término- contemporáneo a los acontecimientos quien, a requerimiento de las autoridades de Scotland Yard, ofreciera un perfil psicológico sobre Jack el Destripador lo constituyó el médico Thomas Bond, profesional que expuso su informe diagramando el primer contorno científico tendiente a predecir las claves íntimas del hombre que se ocultaba tras el anónimo criminal de Whitechapel.

De acuerdo con este facultativo, los homicidios que ulteriormente darían en denominarse “canónicos” fueron facturados por el mismo agresor, el cual no había dado cuenta de una especial sapiencia técnica a la hora de emprender las mutilaciones. No se habría tratado de un cirujano ni de una persona vinculada a la profesión médica. El motivo de los asesinatos le parecía que radicaba en un desenfrenado apetito sexual, pese a que las autopsias practicadas a las víctimas descartaban la presencia de fluidos seminales. Tal vez era impotente o sufría dificultades para acceder al coito de manera normal.

A partir de datos recabados en la escena de los crímenes y del análisis de los cadáveres, el forense se animó -cosa insólita para aquella época- a exponer su parecer sobre cuál podría ser la personalidad del matador. A éste lo imaginó como un individuo de mediana edad, costumbres prolijas y temperamento sosegado, de quien sus vecinos jamás sospecharían nada malo. Debía disponer de considerables ingresos económicos y un trabajo estable que le impedía salir a cometer sus asaltos en los días hábiles, lo cual justificaba que éstos siempre tuviesen cabida durante los fines de semana.

Tal cual se resaltase:

“...Tras la muerte de Mary Kelly, la policía, que se sentía completamente perdida, dejó todo el problema en manos del Dr Thomas Bond, especialista en sífilis y experto en medicina forense, y les pidió que les presentara un perfil psicológico del asesino. En su respuesta a Scotland Yard, Bond declaró que la serie de ‘ cinco asesinatos ’, empezando con el de Polly Nicholls y terminando con Mary Kelly, eran ‘ obra de una sola mano ’. Bond descartó la posibilidad de que el culpable fuera un fanático religioso en busca de venganza o que las mutilaciones demostraran ‘ conocimientos científicos o anatómicos ’. El asesino, explicó, sufría ‘ satiriasis ’ (es decir, era un ser hipersexuado y recurría a la violencia para satisfacer su apetito sexual desmesurado). En apariencia podía ser muy bien un hombre tranquilo, inofensivo, probablemente de mediana edad, vestido de forma limpia y respetable...” (70)

De modo pues que, en los balbuceos en pos de elaborar un esquema psicológico sobre este tan extraordinario homicida, se lo conceptuaba un delincuente de índole sexual, detentador de una doble personalidad al más puro estilo de Dr Jekyll y Mr Hyde.

Comentaristas de más reciente data insistieron en la naturaleza retorcidamente erótica apreciable en estos delitos, y caracterizaron al victimario en base a dicho patrón de conducta. Así por ejemplo, Colin Wilson y Robin Odell describen a nuestro asesino como un delincuente sexual movido por la frustración fruto de su insignificancia personal, y atormentado ante la imposibilidad de desahogar en forma natural sus deseos. Para estos estudiosos, el ultimador de meretrices fue un ser acomplexado e inhibido sexualmente. Se oponen a que pudiera, por el contrario, haberse tratado de un reformista social paranoico o de un religioso pervertido.

“...El asesino de Whitechapel era un sádico, que mataba por placer y por el deseo de conmocionar y consternar... Las heridas revelan un hombre que odiaba a las mujeres y las encontraba tremendamente atractivas...podemos empezar a hacernos una idea del tipo de hombre que, en aquel verano y aquel otoño de 1888, fue capaz de asesinar a cinco mujeres, y tal vez hasta siete: no un médico

(70) La ciudad de las pasiones terribles, pag. 436.

o un clérigo demente, no un reformador moralista, indignado por la prostitución, sino un hombrecillo introvertido y nada atractivo, cuya falta de desahogo sexual normal lo había amargado hasta que sólo podía exorcizar su deseo por medio de puñaladas y rajaduras. Los asesinatos fueron probablemente la culminación de meses, tal vez años, de fantasías sexuales, en las que se hacía hincapié en la pasividad o la impotencia de la víctima...En el asesino del tipo del destripador, un sentimiento de inferioridad determina la naturaleza del impulso sexual...” (71)

No obstante, la sospecha de que Jack the Ripper representó un enajenado psíquico que fue capaz -a pesar de su desquicio- de guardar las apariencias sociales frente a sus semejantes, y que su encarnizado accionar estuvo inducido por una inspiración moralizadora, devino una de las iniciales y más populares explicaciones que se publicitaron.

Aunque en vena de broma, el dramaturgo George Bernard Shaw remitió al periódico Star una carta que se divulgó el 24 de setiembre de 1888. En esa misiva comparaba irónicamente el fracaso de los políticos social demócratas, en su intento por sensibilizar a la gente respecto de las miserables condiciones de vida en el bajo Londres, con el “éxito” alcanzado por el criminal fantasma, quien mediante el asesinato y destripamiento de pobres rameras determinó que las miradas del poder político confluyesen sobre esa región, inaugurando tardías mejoras y ayudas económicas en beneficio de los habitantes más sumergidos.

De conformidad se destacase:

“...Bernard Shaw no pretendió dar a entender que Jack el Destripador fuera un reformador social. Sin embargo, se reconoció entonces, y se reconoce ahora, que sus crímenes provocaron una reacción horrorizada sobre quienes hasta aquel momento habían ignorado la situación desoyendo los llamamientos de los reformistas, y por un corto tiempo se reclamaron al gobierno cambios en las condiciones de pobreza del East End, tanto cambios de contenido

social como cambios en la estructura edilicia de la zona acelerando la demolición de los barrios tugurios....” (72)

Constituyera o no su propósito, lo cierto fue que Jack el Destripador logró sacudir poderosamente a la opinión pública, al punto de dejar al desnudo la miseria y promiscuidad reinante en Whitechapel y en los demás suburbios londinenses. Su tétrica irrupción en escena fomentó la noble labor que venían emprendiendo instituciones caritativas, como el centro comunitario de “Toynbee Hall” dirigido por el reverendo Samuel Barnett y su esposa.

Y así sería como -de esa tan retorcida manera- el atroz criminal devino un reformador positivo de su sociedad o, al menos inconcientemente, cumplió con dicha función. De tal jaez lo propugnó el fallecido escritor estadounidense Tom Cullen en su muy documentado libro “Otoño del Terror”, donde presenta al Ripper fungiendo en el rol de enajenado reformista de su comunidad:

“... ¿qué mejor escenario para sus crímenes que el East End de Londres, suponiendo que desease despertar la conciencia pública con respecto a la injusticia social... ¿Qué medio mejor de provocar el horror que enfrentar a tales multitudes con manchas de sangre aún no secas sobre la calzada?...opino que la evidencia interna del caso indica el empleo de los asesinatos como un medio de protesta social. La prueba radicaría en la reforma que los asesinatos pudieron traer consigo. ¿Cambió, en realidad, el East End, como consecuencia de los crímenes del Destripador? Los autores del volumen XXVII de Survey of London, que trata de Spitalfields, no vacilaron en concederle a Jack el Destripador el honor de un reformista, y expresaron: ‘ Cuando los crímenes de Jack el Destripador aterraron a Londres a finales de 1888, el estado de los albergues reclamó la atención pública. Los asesinatos de Whitechapel, indudablemente, impulsaron la reedificación de la zona de la calle Flower y Dean’ ...” (73)

(72) Begg, Paul, Jack the Ripper. The definitive history, Editorial Pearson Education Limited, Londres, Inglaterra, 2005, pags. 2 y 3.

(73) Otoño del Terror, pags. 234 y 266.

Ratificando la noción de que las fechorías del mutilador se cimentaban sobre una deformada inspiración moralista Judith Walkowitz en su ensayo “La ciudad de las pasiones terribles”, apropiadamente subtítulo “Narraciones sobre el peligro sexual en la época victoriana”, nos cuenta una interesante anécdota. Refiere que en el transcurso de entrevistas que realizó en la capital inglesa por el año 1983, mientras recogía material para la preparación de su libro, tres mujeres y un hombre le participaron de un relato familiar que, presuntamente, los abuelos de los informantes le habían transmitido a éstos. La narración, en caso de ser verídica, apuntala la tesis de que Jack el Destripador configuró un insano reformista social.

Según se pretende, en una desapacible noche durante el otoño de 1888, una honesta madre de familia se vio obligada a internarse por las callejuelas del distrito rumbo al Hospital de Londres, sito en el corazón del mismo -y en cuyos alrededores ya habían sobrevenido algunos homicidios-, a fin de obtener medicinas necesarias para su marido enfermo. A mitad de camino, la señora fue interceptada por un individuo de recia constitución física y aspecto respetable quien:

“...después de interrogarla sobre el tipo de emergencia médica que la obligaba a salir de casa (o a examinar la tarjeta de visitante para entrar en el hospital), el hombre misterioso se había dado cuenta de que era ‘ pobre ’ pero ‘ honrada ’ y la había dejado ir. A la mañana siguiente se encontró el cuerpo ‘ mutilado ’ de una prostituta a unos doscientos metros de distancia...” (74)

El “Jack reformista” tuvo sus adeptos, pero igualmente contó con detractores. Así pues, en contra de estimarlo un mecenas público se pronunció la muy próspera creadora de best sellers Patricia Daniels Cornwell, quien con tono indignado afirmó:

“...fue una vergüenza que algunos periódicos sugirieran que los crímenes del Destripador eran una proclama socialista destinada a sacar a luz los entresijos del sistema de clases y los oscuros secretos de la ciudad más grande del mundo... asesinó a prostitutas enfermas, miserables y prematuramente envejecidas. Las mató porque era fácil.

(74) La ciudad de las pasiones terribles, pag. 428

Actuó movido por sus ansias de violencia sexual. Su resentimiento y su insaciable necesidad de atención. Sus homicidios no tuvieron nada que ver con el deseo de hacer una proclama política. Mataba para satisfacer sus incontrolables impulsos de psicópata violento. Cuando la prensa y el público aludían a un móvil -sobre todo de carácter social o ético- ... debía experimentar un placer secreto y una sensación de poder '(Ja! Ja! Ja!) -escribió el Destripador-. En verdad deberían darme las gracias por matar a esas condenadas alimañas, pues son diez veces peores que los hombres' ... ” (75)

Pero más allá de estas polémicas: ¿Qué movía al Destripador a actuar? ¿Quizás lo embargaba una manía homicida fundada en religiosidad enfermiza, o la influencia de fuerzas naturales, aún más irrefrenables?

Le correspondería al doctor Lyttleton Stewart Forbes Winslow, un reputado neurólogo o “alienista” -expresión mediante la cual se designaba en la era eduardiana a tales profesionales de la medicina- postular la hipótesis de la influencia lunar como causa motora de las masacres del desventrador londinense. Este médico era un especialista en afecciones mentales procedente de una antigua prosapia de galenos, al cual las matanzas victorianas afectaron en grado sumo y que, una vez puesto a meditar cómo resolver el enigma, se formó una rápida idea de cuál podría ser la más probable personalidad del culpable de aquellas salvajadas.

Su conjetura cardinal acerca de la identidad del homicida giraba en torno a la creencia de que aquél era un desorientado con dogmáticas convicciones religiosas, creído de estar llamado a cumplir en la tierra un destino aniquilador asignado por Dios.

Dejándose persuadir por la sugerencia que le formuló un colega, el doctor se puso en contacto con las autoridades policiales y, tiempo más tarde, proporcionó una extensa entrevista a un rotativo vespertino que cubría los sucesos. El profesional pretendía que si las fuerzas del orden seguían fielmente sus indicaciones serían capaces de arrestar al responsable en un término inferior a las dos semanas.

(75) Cornwell, Patricia, Retrato de un asesino, Jack el Destripador. Caso cerrado, traducción de María Eugenia Ciocchi, Ediciones B grupo Z, Barcelona, España, 2003, pag. 105.

El primer consejo del psiquiatra fincó en que debía colocarse por todo el territorio inglés y, más aún, en la zona aledaña a los crímenes, a un grupo de policías disfrazados de mujeres, portando armas adecuadas bajo las vestimentas femeninas. De acuerdo explicaba, los guardias de los manicomios conformaban los candidatos más idóneos para conducir a buen puerto esa arriesgada misión, merced a su entrenamiento específico y a su conocimiento de la manera en que funcionan los cerebros enfermos.

En opinión del emprendedor facultativo, el finiquitador padecía de una manía sanguinaria incurable y se trataba, por tal razón, de un desquiciado con intervalos lúcidos que aún no había sido desenmascarado, y que continuaba ocupando un lugar en la sociedad. Tales dotes de camaleón le permitían sorprender inermes a sus víctimas, valiéndose de esa apariencia de normalidad que era capaz de fingir. Pero los enfermeros y el restante personal médico especializado en orates representaban las personas más adecuadas para atraparlo, pues sabrían detectar las claves que animaban a tan peligroso lunático.

Otra sugerencia que dio a Scotland Yard fue que debían ponerse en comunicación con los hospitales y asilos psiquiátricos de Londres, y luego confeccionaran una pormenorizada lista abarcando a los internos que se hubiesen escapado, o a los cuales se hubiera dado de alta por haber mejorado -en apariencia- su estado mental.

La persona que finiquitó a Annie Chapman y a las otras posibles víctimas -según barruntaba- era un desequilibrado a quien por un desafortunado error se lo había dejado en libertad, pertenecía a la clase alta, y residía en el West End llevando una doble existencia al modo del dual personaje de Dr Jekyll y Mr. Hyde -adaptación teatral de la ficción creada por Robert Louis Stevenson, que por aquellos días se escenificaba, bajo la aclamación del público y de la crítica, en el Liceum Theatre de Londres-. A su vez, dedujo que los asesinatos los llevaba a término el criminal tras padecer violentos ataques de epilepsia, motivo por el cual posteriormente no podía recordar sus actos.

Tiempo después, el alienista perfeccionó su hipótesis hasta llegar a propugnar la denominada “teoría de la locura lunar”. Trazó un contorno psicológico del escurridizo delincuente caracterizándolo como un criminal monomaniaco poseído por fundamentalismos religiosos extremistas, persuadido de tener un ineludible destino para cumplir en este planeta. Siguiendo sus desviadas creencias el ejecutor había escogido a los componentes de cierto grupo social -en este caso meretrices- para descargar allí su implacable venganza.

El connotado facultativo cifraba cuarenta y cuatro años en la época de los crímenes, y ya se había hecho notar en virtud de sus intervenciones frente al poder judicial británico donde depuso en varios juicios penales en calidad de experto forense.

Aportó sus declaraciones profesionales en resonantes procesos de aquellos tiempos como, por ejemplo, el instruido a raíz de la muerte por envenenamiento de Mr Charles Bravo en 1876, donde se acusó a la esposa del difunto. La viuda terminó siendo exculpada de los cargos merced al testimonio pericial de Forbes Winslow.

Una curiosidad radicó en que con el dictamen de nuestro alienista coincidió en los estrados otro personaje conectado a la historia de Jack el Destripador -y sospechoso de haber sido aquél, de acuerdo postulan ciertas conjeturas-, a saber: el reputado cirujano de la casa imperial Sir William Withey Gull.

Sus criterios técnicos, por lo común, favorecieron a la defensa de los acusados. Así sucedería, por caso, en la situación de Amelia Dyer imputada de ahogar a sus propios bebés en 1896. Seis años antes había pronunciado su opinión científica en la causa contra la asesina Mary Eleanor Pearcey -a quien algunos autores sugerirían como la versión femenina de Jack the Ripper-. A posteriori abogó en beneficio de la inocencia de Florence Chandler, cónyuge de James Maybrick, el acaudalado industrial de Liverpool a quien se sindicó de ser el culpable de las matanzas victorianas en un muy dudoso diario personal salido a luz a más de cien años de su óbito.

Aunque resultaba altamente respetado por su brillantez académica, tan polémico era el doctor Winslow en razón de sus pareceres forenses que James Berry, el funcionario que fungiera en el cargo de verdugo oficial de Gran Bretaña durante el período de 1884 a 1892, en una audiencia se quejaría: “*¡Ud siempre tiene algo que objetar!*”.

Nuestro especialista confió sus elucubraciones en una obra muy ulterior a estos luctuosos hechos que se publicó en el año 1910 bajo el epígrafe de “*Recuerdos de cuarenta años*”, así como por diversas notas que suministró a los periódicos mediante cartas remitidas a éstos y a través de varios reportajes.

Conforme relacionó en el aludido libro, el victimario debía ser un obseso imbuido por un dogmatismo religioso llevado al máximo, quien creía estarle haciendo un favor a la sociedad al exterminar prostitutas, a las cuales consideraba fuente de vicios sociales y propagadoras de corrupción e inmoralidad.

Entre otros aspectos, el experto hizo hincapié en la comprobada ocurrencia de un curioso hecho celestial: durante los cinco asesinatos clásicos de Jack el Destripador nuestro satélite se encontraba cursando su fase de luna nueva, o bien su secuencia de cuarto menguante. Surgiría, de tal suerte, la que dio en calificarse “*teoría de la locura lunar*”, propuesta como explicación de las muertes con mutilación victorianas.

En algunos de los atentados fatales la configuración adoptada por los astros devino particularmente ominosa. Tal el caso del 7 de setiembre del año de los asesinatos, en la víspera del homicidio de Annie Chapman, donde los planetas Venus y Mercurio estuvieron en conjunción con la luna, de acuerdo corrobora el *Wíaker’s Almanach* de 1888. Estas llamativas casualidades dieron vuelo a la conjetura de la pérfida influencia lunar sobre la mente desequilibrada del agresor. El desorden cerebral que aquejaba al responsable llegó a ser tan devastador que -según el médico- andandole el tiempo, al ser capturado, se dispuso su reclusión a perpetuidad en un manicomio.

En declaraciones vertidas para el periódico *The New York Times* el 1 de setiembre de 1895 en Nueva York, Estados Unidos, durante su asistencia al congreso médico legal de agosto y setiembre de aquel año, el galeño informó que Jack el Destripador era un estudiante de medicina proveniente de una respetable familia. Su complexión era delgada, su tez y sus cabellos claros, sus ojos azules, su exterior lucía irreprochable y estudiaba muy intensamente.

El alienista proseguía la descripción de su sospechoso explicando que el endeble raciocinio de aquél se fue derrumbando, y el único sostén que le quedó fue su fanatismo religioso. Propuso que el hombre asistía puntualmente a los oficios matinales de la catedral San Pablo. Su fervor místico se traducía en una afiebrada compulsión que lo determinó a ensañarse con las mujeres de la calle, a quienes buscaba exterminar obedeciendo un programa de moralización y saneamiento social auto impuesto.

Winslow abundó señalando que el desequilibrado estudiante se afincaba en la residencia de huéspedes de una persona a la cual él conocía. Este informante le participó de sus temores sobrevenidos a raíz del comportamiento desusado que observaba su inquilino. Al parecer el ocupante retornaba al hogar a horas impropias de la noche luego de prolongadas e inexplicables ausencias, y en sus abrigos y sombreros se advertían rastros sanguinolentos.

El dato inicial de esa historia lo habría obtenido el psiquiatra metido a detective en julio de 1889 por conducto de una meretriz que le comunicó sus sospechas acerca de un hombre que la había abordado en la calle Worship, Finsbury. La mujer rechazó los avances al advertir un comportamiento extraño en el sujeto, cuyas manos -que aquél nerviosamente trataba de ocultarle- le dieron la impresión de que presentaban trazas de sangre. Tan fuera de lugar le pareció a la muchacha la conducta exhibida por su repelido galán que -sin que el mismo se percatase- siguió sigilosamente sus pasos hasta verlo ingresar al patio de una finca de inquilinato, donde se limpió las secuelas hemáticas.

Este incidente concordó con la fecha del homicidio de Alice Mc Kenzie, joven prostituta a la cual se reputó como una eventual presa cobrada por el Destripador. Quiso la casualidad de que el inquisitivo galeno tenía amistad con el propietario de esa pensión. Este último admitió que uno de sus arrendatarios cuadraba con la descripción aportada, aunque puntualizó que ese hombre ya no moraba allí, sino que se había retirado precipitadamente del alojamiento.

El arrendador contó al psiquiatra que por abril de 1888, y en respuesta a un anuncio de alquiler, se le había apersonado un caballero de correcta apariencia, quien le rentó una de sus habitaciones más amplias en la cual montó un estudio. El inquilino le comentó que se alojaría allí al menos durante seis meses o un año, debido a que la envergadura de sus negocios así lo requería.

Con el correr de los días el dueño del inquilinato y su esposa notaron que su huésped cambiaba de ropa con excesiva frecuencia, como mínimo tres o cuatro veces al día. A su vez, aquel hombre se acostaba muy tarde, y cuando retornaba lo hacía siempre en silencio, calzando unas botas con suela de goma que amortiguaban el ruido de sus pisadas. De igual forma, se percataron que cuando utilizaba zapatos portaba encima de los mismos unos chanclos de caucho de los cuales guardaba tres pares en su habitación logrando, de tal suerte, obtener un análogo efecto silenciador.

En la mañana del 7 de agosto de 1888 -cuando tuvo cabida el asesinato de Martha Tabram- el casero permaneció en vela hasta elevadas horas de la noche aguardando el regreso de su esposa, quien había ido a visitar a su madre al campo. En torno a la hora 4 de esa madrugada vio venir a su huésped que parecía muy nervioso, demacrado, y con sus ropas -habitualmente impecables- sucias y maltrechas. Éste le contó que dos rufianes lo asaltaron en la zona de Bishopsgate quitándole un reloj de oro, y que se había demorado al formular la denuncia ante la policía. Ese dato ulteriormente se corroboró que era falso.

Una vez que al día entrante la sirvienta ingresó para arreglar el cuarto del inquilino encontró a la habitación sumida en completo desorden. Encima de la cama se visualizaba una gran mancha de sangre, y colgada en el baño se iba secando lentamente una camisa blanca con sus puños recientemente lavados. Meses más tarde, el inquilino avisó que se marchaba a Canadá por motivos profesionales. Se trataba de otra mentira, pues escaso tiempo más tarde fue visto nuevamente merodeando por los alrededores del East End.

El propietario también le informó al facultativo que su arrendatario resultaba un hombre raro en extremo, con su mente inmersa en ideas pseudo religiosas. A menudo hacía saber del desagradable sentimiento que le inspiraban las prostitutas, al grado tal de detener por la vía pública a peatones, a los cuales arengaba conminándolos a proceder contra la inmoralidad. Dedicaba sus horas de ocio a escribir extensas octavillas sobre tópicos religiosos, las cuales llegó a leerle a su locador. El tenor de éstas trasuntaba un rencor visceral hacia las mujeres de la calle a quienes, entre otros rudos epítetos, calificaba como “*fuentes de infección*” y “*emisarias del maligno*”.

Seguro de hallarse en la certera pista que conducía hacia la captura del asesino, el doctor Winslow dio aviso a Scotland Yard brindando las señas precisas para que detuvieran al joven, pero la policía desechó su denuncia. Según pretendió el médico, sólo cuando aquel extraño terminó enclaustrado en un hospicio psiquiátrico fue que dejaron de sucederse los crímenes en el Este de Londres.

Recalcó que la manía religiosa llevada a grados enfermizos devino terreno fecundo para aquellas barbaridades. Insistió en que el lábil cerebro del desquiciado se vio conmocionado por el influjo lunar que actuó a manera de detonante, y lo impulsó a cobrarse víctimas durante sus incursiones de los fines de semana, mientras la luna se hallaba en su plenitud o ingresando a su fase de cuarto menguante.

El único de los asesinatos donde no se operó el funesto fenómeno celestial sugerido lo conformó el de la bella irlandesa Mary Jane Kelly, acontecido a primera hora en la madrugada del 9 de noviembre de 1888. El alienista sustentó que ese crimen tendría que haberse concretado exactamente el día 7 de noviembre cuando nuestro satélite atravesaba su etapa de luna nueva. Pero igualmente justificó la validez de su hipótesis al enfatizar que, en realidad, fue en esta última fecha cuando se preparó el homicidio, por más que su ejecución efectiva se difiriese para dos días más tarde.

Adujo que un anónimo emisor, quien suscribió su remito ocultándose bajo el alias de “*Lunigi*”, le había mandado una letra asegurándole que el próximo homicidio se iba a producir indefectiblemente entre los días 7 o 9 de ese mes.

De atenernos a la versión suministrada por el facultativo, el matador victoriano le escribió de su puño y letra cuando menos dos misivas. Un inicial comunicado habría arribado a su domicilio el 4 de octubre de 1888, y en su texto el redactor se jactaba de la perversa tarea destructora que venía emprendiendo. En la segunda epístola el presunto responsable se explayaba en pormenores sobre el asesinato que planeaba perpetrar en el eje de los días 7 y 9 de noviembre.

Lyttleton insistió que en el mensaje firmado por P.S.R Lunigi se ponía por señas: “Poste restante, Charing Road”, y se requería le constestase a la estafeta de correos de dicha localidad a una dirección sita en el número 22 de la calle Hammersmith, Chelsea. La carta indicaba que, cuando el facultativo se pusiera en contacto con el remitente, le aportaría más detalles de la manera en que proyectaba consumir los anunciados crímenes.

Curiosamente en los archivos oficiales de Gran Bretaña glosa una larga epístola con fecha 8 de noviembre de 1889, redactada en tono de rima, donde se incluye una referencia a esta dirección de la calle Hammersmith. El pretenso asesino que la envía se describe como una persona sobria:

“...No fumo, no bebo, ni toco la ginebra...”

Y en la parte que a nuestro relato atañe cuenta:

“...Una mala noche me encontré con un policía.
Conversé y camine con él calle Mayor abajo.
La carta dirigida al 22 de Hammersmith Road
fue escrita por un mentiroso asqueroso...”.

Parecería manifiesto que quien elaboró esta extraña carta estaba al corriente de dicha versión, pues se toma la molestia de refutar la veracidad de la información tildando de mentiroso e insultando al presunto comunicante. Cabe preguntarse si por el año 1889 el médico había comentado en los periódicos -a los cuales tanto gustaba dirigirse- la anécdota según la cual en esa calle se radicaba el pretendido domicilio del mutilador y, debido a tal indiscreción, ese dato ya pertenecía al dominio público.

Otra curiosidad de esa misiva reside en que el inconexo poeta que la redactó da muestras de ostentar el perfil de criminal misionero que Forbes Winslow imaginó para Jack el Destripador, conforme se desprende de párrafos del siguiente tenor:

“...El hombre está deseoso, rápido, y no deja huella.
Mi sangre hierve y bramo con indignación,
para perpetuar mis sangrientos ataques.
Prostitución contra la que lucho desesperadamente,
para destruir las asquerosas y repugnantes putas
de la noche.
Desanimadas, perdidas, melladas y flacas.
Frecuentadoras de teatros, music halls
y bebedoras de la infernal ginebra.
Mis cuchillos están afilados y ansiosos...”

Vale aclarar que la traducción al castellano de estos fragmentos los torna más incoherentes aún, y en nuestro idioma es imposible percibir la rima que está presente en su original en lengua inglesa.

De todas formas, y por encima de tales curiosidades, el psiquiatra apuntó que, tras indagar más a fondo, descubrió que no existía ninguna calle en Inglaterra con el citado nombre. No obstante ello, el mensaje le pareció premonitorio y pensó que únicamente podía provenir del criminal, o de alguien que estaba al corriente de sus truculentas andanzas.

Se trataría, de conformidad especuló el facultativo, de un cómplice del asesino quien -pese a revestir tal condición- se veía de tanto en tanto invadido por destellos de arrepentimiento en los cuales le sobrevenían deseos de frenar las atrocidades del perpetrador, aunque no se atrevía a dar el paso de denunciarlo directamente a las autoridades.

No puede dejar de intercalarse, empero, que estudiosos modernos desconfían de la buena fe de nuestro alienista, y consideran que un descontrolado afán de protagonismo lo indujo a magnificar la relevancia de su intervención en el asunto. Incluso podría haber llegado al colmo de falsear las fechas de emisión de estas tan curiosas misivas.

De tal suerte se ha hecho notar:

“...Parece ser que Winslow aceptó estas epístolas, sin duda alguna, como comunicaciones auténticas del asesino. Puede que le viniese bien hacerlo, puesto que daba crédito a su relato de investigación de los asesinatos. La carta sobre el asesinato de noviembre... Aparentemente viene fechada el 19 de octubre del 88 pero un examen más detallado revela que las cifras “88” parecen haber sido retocadas y que en realidad ponía “89”. Parece inverosímil que otra persona que no fuera el mismo Winslow pudiese haber sido el responsable del cambio de la fecha del 1888 a 1889...” (76)

El doctor sustentó que la grafía observable en esas dos problemáticas esquelas devenía idéntica a la letra del graffiti trazado bajo el arco del edificio de la calle Goulston, el cual únicamente podría haber sido escrito por el culpable.

Nuestro diligente médico estuvo obsesionado con las atrocidades infligidas en los barrios bajos, al extremo de que -a despecho de la indiferencia oficial hacia su fervoroso entusiasmo- se impuso el deber moral de perseguir y desenmascarar al responsable. Con tal propósito visitaba el paupérrimo distrito. Manifestó a los reporteros que su labor era conocida no sólo por los agentes que practicaban las rondas y por los dueños de las pensiones, sino también por las prostitutas, en cuyos cuerpos se cebaba el desalmado psicópata.

“Estas pobres criaturas de la calle”, declaró, “llegaron a conocerme bien, y aterrorizadas corrían en mi busca una vez que obtenían cualquier mínima información o pista que pudiera servir para detener al monstruo. En mi presencia se sentían seguras, al punto tal que me recibían en sus pobres moradas y seguían al pie de la letra mis recomendaciones y encargos”.

Razonó que el matador debía ser una persona que gozaba de desahogada posición financiera y residía en el West End. Presumió que cuando alcanzaba el paroxismo de su demencia -incitada por el influjo desequilibrante de la luna- el trastornado incurría en sus espeluznantes actos mortales, pero después regresaba calmadamente al calor de su hogar burgués, donde una suerte de amnesia lo hacía olvidarse de los sanguinarios hechos. Únicamente recordaba los crímenes cuando volvía a ser gobernado por aquella maléfica influencia que lo compelia a caer una y otra vez en aquel círculo infernal.

En definitiva, la descripción formulada por Winslow reviste puntos de contacto con clasificaciones que la moderna criminología muy ulteriormente diseñase con respecto a los tipos o perfiles de los asesinos en serie. Lo más peculiar en el retrato psicológico diagramado por este profesional radica en que el modelo de homicida que postuló para la identidad de Jack el Destripador mezcla rasgos de dos de tales categorías, a saber: la del “asesino misionero” y la del “asesino visionario”.

El victimario secuencial misionero resulta aquel al cual lo imbuje la creencia de que debe hacer algo en favor de su comunidad. Se considera un elegido por el destino o la providencia y está ciegamente persuadido de que sus víctimas merecen la muerte. Su convicción de hallarse embarcado en una misión de saneamiento social que lo trasciende determina que su autoestima crezca. A veces ataca a miembros de cierto grupo étnico o racial basándose en traumas sufridos en su infancia cuando se vio amenazado por integrantes de ese colectivo sobre el cual -ahora que es adulto- descarga su venganza, usualmente exagerando la importancia de las ofensas recibidas, si es que las mismas existieron.

Vale igualmente incluir dentro del elenco de los misioneros a los llamados “asesinos satánicos”, quienes se creen en la obligación de asesinar para obtener una valiosa recompensa de manos de entidades demoníacas o supra naturales.

Por su parte, el homicida serial visionario deviene un perturbado que arriba al crimen luego de creer oír voces resonando en su interior, o imaginar visiones que lo impelen a cometer los nefastos actos. En algunos casos, tales fenómenos que experimenta se deben a cuadros agudos de esquizofrenia. Esta clase de enfermo es capaz, no obstante, de separar su vida habitual de sus crímenes, dado que no se siente en absoluto responsable por ellos.

Un ejemplo de tal psicopatía lo representó David Berkowitz, quien alcanzó sombría celebridad bajo el alias de “El hijo de Sam”. Este abominable ejecutor aterrorizó a la población de Estados Unidos durante la década de los años setenta del pasado siglo. Valiéndose de un revólver marca Bulldog calibre 44 mataba a parejas de enamorados que se abrazaban en sus coches a la salida de cines o de reuniones bailables. Los asesinatos los llevaba a término cumpliendo los dictados impartidos por un demonio milenar que habría llegado a gobernar su mente, y a quien reconocía como “Sam”, el cual, según adujo, le transmitía por intermedio del perro de un vecino órdenes de salir a las calles a asesinar.

El matador en serie visionario emprende sus desmanes poseído por un estado de trance, pero una vez atravesada esa mórbida etapa “despierta” y regresa a atender sus ocupaciones e intereses habituales. Las voces y-o imágenes que percibe el criminal se recrudecen después de inferir cada barbarie. Por más que el sujeto afectado se resista termina por sucumbir y obedece los mandatos implacables que lo conminan.

En cuanto a constancias documentales de las investigaciones emprendidas por el doctor Winslow, en Scotland Yard se conserva con fecha 23 de diciembre de 1889 un registro de la denuncia formulada en la referida ocasión por el psiquiatra, quien incluso había llevado consigo -para dejarlos a guisa de prueba- un par de chanclos de caucho presuntamente usados por el criminal, los cuales adujo haber recibido de manos del dueño del hospedaje donde aquel monstruo había morado. La acusación del galeno resultó desestimada por la policía al no encontrarse fundamento a la especie aportada.

Aunque el animoso alienista se quejó con amargura en los medios de prensa por tamaña incompreensión, no se olvidó de destacar, muy ufano, que después de su intervención nunca más se volvieron a infligir nuevos homicidios en el distrito, y que tampoco en el resto del territorio inglés se registraron ataques con características tales como para ser imputados al maníaco que él persiguiera.

De un informe policial de circulación interna debido al Inspector Jefe Donald Swanson se supo que el inquilino sospechoso se llamaba G. Wentworth Bell Smith, financista que trabajaba para la Toronto Trust Society y se hallaba de paso por Londres durante aquel período. El individuo había ya sido indagado por los pesquisas en el mes de agosto de 1888, en razón de una denuncia presentada por su locador donde se lo acusó de esconder revólveres en su habitación y de haber asumido actitudes demasiado extravagantes.

Conforme con la descripción consignada por Swanson en aquel reporte, el denunciado caminaba de una forma por demás peculiar, dando pasos muy separados con las rodillas vueltas hacia dentro. La altura de ese hombre oscilaba entre el metro setenta y el metro setenta y cinco, tenía el cabello y la tez oscura, lucía bigote y barba recortada, y su dentadura presuntamente era falsa. A su vez, se mostraba bien vestido, su trato era agradable, su aspecto extranjero y dominaba varios idiomas. Hablaba muy rápido, y expuso ante los policías férreas ideas religiosas criticando acremente a las mujeres de la calle.

Los agentes lo interrogaron y, aunque percibieron que el indagado era un excéntrico, no hallaron mérito para proceder a su arresto ni para dar aviso a los jueces. De allí se explica por qué al repetirse tiempo después una denuncia similar -ahora a cargo de nuestro entusiasta doctor- no se le concedió importancia.

La última novedad que propuso el psiquiatra con relación a los asesinatos consistió en divulgar el tenor de una carta fechada al 19 de julio de 1910 que le fuese remitida por una señora -cuyo nombre no suministró- desde la ciudad de Melbourne, Australia. La razón alegada por la redactora para escribirle fincaba en su deseo de plantear su frontal desacuerdo con unos artículos periodísticos donde se hacía acopio de las afirmaciones del jerarca policial doctor en derecho (luego Sir) Robert Anderson.

Este último sustentaba que la policía poseía exacto conocimiento de la identidad del Destripador, y que éste era -de acuerdo con sus especulaciones- un judío pobre que había concluido sus días enclaustrado en un hospital psiquiátrico.

La remitente creía saber la verdadera identidad del culpable de las masacres. En su epístola sostenía que el agresor fue “*espantado*” por el doctor Winslow y que había puesto pies en polvorosa viajando a Australia en un barco llamado Munambigde, trabajando en el buque para pagarse su travesía hasta Melbourne, a donde arribó a términos del año 1889.

La anónima emisora narró que mantuvo un idilio amoroso con aquel hombre; pero se cuidó de dejar en claro que el romance concluyó una vez que su novio le confesó que era el responsable de aquellos espantosos asesinatos, los cuales pretextó haber cometido tan sólo *“por el afán de investigar”*, luego de lo cual se habría desembarazado de los órganos extraídos a las víctimas arrojándoselos a los hambrientos perros callejeros.

Tampoco las autoridades australianas otorgarían crédito a la acusación levantada contra ese sospechoso cuando su compañera lo denunció poniéndolas al corriente de sus temores.

“¿Ves qué idiotas son los policías?”, se habría ulteriormente jactado este frente a la mujer, *“Soy el hombre al cual buscan por todo el mundo, pero me hacen pasar por una puerta y me sacan por la otra”*.

A raíz de este relato el psiquiatra cambió de idea con respecto a quién debía ser culpable, y en sus últimos días aseguró que el individuo escapado a Australia había sido efectivamente el criminal. Ese hombre pasó a ser su gran candidato a ocupar la identidad de Jack el Destripador.

De tal manera fue cómo el doctor Winslow terminó descartando al estudiante de veterinaria o de medicina irremisiblemente orate confinado en un hospicio, y también al extravagante financista de equívocas creencias religiosas cuyas botas con suela de goma y chanclos le entregara su amigo el arrendador, y él hiciera llegar a la policía cuando radicó su despreciada denuncia.

Pero mucho tiempo fue transcurriendo desde aquellas primitivas formulaciones expuestas por los doctores Thomas Bond y Forbes Winslow. Actuales estudios realizados en la confección de perfiles psicológicos sobre la identidad y personalidad de quien podría haber sido el Destripador determinaron que en el 2006 -más exactamente el 20 de noviembre de dicho año- un grupo de expertos en criminalística reconstruyeran el contorno facial del mítico ultimador en serie victoriano.

A tal fin se valieron de los testimonios que se consideraron más fiables porque describían a sospechosos observados con las víctimas en momentos previos a los atentados de Jack. De allí estos modernos investigadores policiales construyeron una imagen robot de cómo podría haber lucido el rostro del escurridizo homicida y recrearon su plausible apariencia fisonómica.

Laura Richards, jefa del comando de crímenes violentos de Scotland Yard, fue la encargada de coordinar a un calificado equipo que incluyó a patólogos, historiadores y especialistas en la elaboración de análisis criminales, entre otros técnicos. La evidencia recopilada llevó a estimar que el perpetrador debía contar, al momento en que ejecutó la carnicería, con una edad promedio entre veinticinco y treinta años y medir entre el metro sesenta y cinco y el metro setenta. Además, debía gozar de complexión robusta, portar un poblado bigote negro, lucir cejas espesas y una faz angulosa con acentuados pómulos.

Su exterior parecería irreprochable, y para su entorno social daría la impresión de ser una persona perfectamente cuerda, aunque era capaz de alcanzar las cotas de violencia más explosivas y sobrecogedoras. La apariencia de normalidad que exhibía el sujeto se habría erigido en un factor crucial a la hora de no despertar sospechas, imposibilitando así su captura. El equipo de teóricos igualmente concluyó que resultaba casi seguro que el finiquitador moraba de forma permanente en la región donde se cometieron las fechorías, pues probablemente se trataba de uno de los tantos ocupantes de aquellos atestados edificios situados en los alrededores de las populosas calles Dorset y Flower y Dean.

Los investigadores que compusieron su perfil físico coinciden en sustentar que si las autoridades a cargo hubiesen contado con la tecnología forense moderna Jack el Destripador no habría podido escapar impune al accionar de la justicia. El ex Comisario de Scotland Yard, John Grieve, concuerda que si en el presente se efectuase una indagatoria reuniendo todas las descripciones testimoniales se daría con el tipo de fisonomía que tenía la persona buscada por la policía.

A partir de ese rostro compuesto podría irse con certeza tras el victimario, en tanto las autoridades ya disponían de una cara completa sobre la cual centrar su labor. Todo sospechoso dotado de tales rasgos fisonómicos sería detenido e indagado exhaustivamente comprobándose sus coartadas. Cualquier fragilidad de las mismas pondría a los inquisidores en camino firme, y el auténtico culpable no podría eludir su condena.

El jerarca alabó la profesionalidad del trabajo encabezado por la jefa Laura Richards, y manifestó que su equipo de técnicos llegó más lejos de lo que nadie había logrado antes, al punto tal de que si la policía de la época hubiese dispuesto de ese diagrama psicológico y físico del criminal les habría bastado con salir a tocar las puertas de las casas del distrito, y forzosamente hubiesen aprehendido al responsable.

El retrato robot que dio la vuelta al mundo incluye los citados rasgos faciales y, en su conjunto, la impresión que provoca es que no se trataba de un inglés, y ni siquiera de un anglosajón. Por cierto que no se parece en nada al clásico rostro británico, sino que recuerda la fisonomía de un extranjero, la de uno de los tantos inmigrantes rusos, polacos o judíos que en las postrimerías del siglo XIX pululaban por los barrios pobres ingleses.

Y más allá de la exactitud o no del aludido retrato, es válido enfatizar que en la operativa vesánica del Destripador confluyen características de los asesinos secuenciales organizados junto con aspectos que sólo devendrían peculiares a los ejecutores en cadena desorganizados. Este eficaz verdugo planeaba concienzudamente y con cuidadoso rigor sus ataques, conocía el terreno a la perfección, y sabía donde se localizaba cada una de las posibles vías de escape. También era evidente que portaba uno o más cuchillos a la hora de acometer las agresiones. Todos estos patrones de conducta sólo resultan inherentes a un depredador en serie organizado.

No obstante, la paradoja consiste en que también efectuaba ciertas conductas de jaez casi ritual que claramente se asignan al comportamiento conocido a los matadores en cadena desorganizados.

El más notorio de estos actos residía en las extensas y salvajes mutilaciones que practicaba *post mortem*. Otra faceta singular visible en el accionar de los criminales seriales desorganizados estriba en que no suelen mantener relaciones sexuales con sus víctimas, aunque acostumbran ejecutar actos violentos, sin que los mismos revistan como fin la obtención de la satisfacción carnal del agresor.

A la inversa, en los crímenes perpetrados por Jack del Destripador no se aprecia el ingrediente de brutalidad y salvajismo previo a la muerte. No se solazaba con provocar agonía a las agredidas ni las sometía a un intenso terror. Se cree que las desgraciadas ramerales fallecían en forma rápida y “eficaz”, merced a un limpio y certero tajo asestado de izquierda a derecha en sus gargantas con un fuerte y afilado cuchillo que les cercenaba la vena yugular.

Tal vez, previamente las mujeres fueron desmayadas debido a una enérgica maniobra de estrangulamiento que tenía por objeto hacerles perder la conciencia para facilitar el corte decisivo pero, al mismo tiempo, ese diestro accionar conllevaba el efecto de ahorrarles sufrimiento y pánico. De tal suerte, especialistas en la materia han especulado:

“...Yo no tengo la sensación de crueldad intencionada y gozosa en ninguno de los asesinatos de Jack el Destripador. Distanciamiento total y desconexión con respecto a la realidad humana de sus víctimas, sí. Crueldad no. Todas ellas parecen haber sido asesinadas de manera rápida y eficaz, algunas aparentemente mediante estrangulación, antes de las mutilaciones. No da la impresión de que las hubieran aterrorizado o torturado...”. (77)

En definitiva, el criterio más aceptado se inclina por que Jack the Ripper no era un sádico. Vale decir, no se regodeaba infligiendo miedo o dolor a sus presas humanas mientras ellas permanecían con vida sino que su primordial interés radicaba en el cadáver, en la extracción de órganos para conservarlos cuál si fuesen trofeos, o para ingerirlos en el marco de un impío ceremonial místico o caníbal.

(77) From Hell, comentarios del capítulo décimo, en apéndice.

Esta sañuda obsesión con los cadáveres lo revelaría como un homicida serial desorganizado. Pero otras aristas de su nefasta operativa delatan que se regía por un elevado grado de organización cuando abordaba sus matanzas.

También en este aspecto Jack el Destripador representa un criminal especialísimo, de una rareza tan inusual que desafía el encuadre de los criminólogos. En virtud de esa compleja mezcla de rasgos -que imposibilitan encajonarlo dentro de los esquemas modernos en materia de criminalidad serial- es que se torna tan arduo emitir un pronóstico acerca de cuál podría haber sido en verdad la individualidad de tan desconcertante sujeto.

Y es que si este delincuente pudiera ser encasillado dentro de una de ambas clasificaciones; o sea, si se lo pudiera catalogar como un asesino secuencial “organizado puro”, o bien como un “desorganizado puro”, cabría aventurar un perfilamiento psicológico de su personalidad. Lo último, porque la clasificación a la cual hicimos referencia, por ejemplo, le atribuye al matador serial organizado un apreciable coeficiente intelectual, a la par que lo estima socialmente competente y poseedor de un trabajo fijo y especializado.

Respecto de sus caracteres personales, se pondera que el ultimador en serie organizado probablemente deviene hijo único, o el hijo mayor de padres que gozaron de sólida estabilidad laboral. Asimismo, se piensa que esta clase de individuo no fue sometido cuando niño a disciplina rigurosa, y que se trata de un heterosexual con conductas parafilicas.

En el caso del finiquitador en secuencia desorganizado se postula la observancia de patrones casi siempre antagónicos a los antes descritos. Se vaticina que un segador de vidas de esta calaña detenta una inteligencia media o baja, que resulta socialmente inmaduro, de magra calificación laboral e inestable en sus empleos. En el plano individual, se lo presume como hijo menor o intermedio de padres sin seguridad laboral, y se sugiere que en su infancia estuvo subyugado bajo un férreo contralor paterno.

Aunque Jack el Destripador refleja en forma promiscua peculiaridades insitas en ambas categorías de homicidas seriales, prestigiosos expertos en criminalidad dictaminaron que pertenecía únicamente a una de las dos clasificaciones. Nada menos que Robert K. Ressler sustenta que el anquilador victoriano por fuerza conformó un ultimador en serie de perfil desorganizado. Justificando su parecer este perito argumenta:

“...Jack el Destripador era un asesino ‘desorganizado’, un hombre perturbado, y cada vez más perturbado con cada nueva víctima. La intensificación de la violencia, las amputaciones y el desorden general que reinaba en el lugar de los hechos eran buena prueba de ello. Si se trataba de un perturbado cuyo estado mental empeoraba progresivamente, es probable que tocara fondo completamente y que se volviera demasiado loco para seguir cometiendo crímenes, por lo que habría terminado suicidándose o encerrado en un manicomio. En cualquiera de los dos casos, habría desaparecido de la sociedad. El suicidio o la reclusión de por vida explicarían que jamás fue capturado...” (78)

Y ya fuese se considere a este ejecutor como un asesino serial organizado, desorganizado, o con rasgos inherentes a ambas tipologías, hay consenso sobre su acabado conocimiento del terreno o coto de caza en el cual actuó. Sus frustrados perseguidores pudieron establecer que la posesión de un cabal conocimiento del territorio constituyó el factor más determinante a fin de que ese criminal los haya podido burlar, manteniéndose impune para siempre.

El desventrador de los suburbios londinenses representó un clásico asesino en serie porque utilizó un patrón delictivo estable a la hora de consumir sus delitos, y operó dentro de un coto de cacería muy concreto y en extremo restringido. El ámbito de acción elegido para verificar sus crueldades se centró en el distrito de Whitechapel, ubicado en el sector Este de la capital británica y, a lo máximo, comprendió a otros arrabales aledaños a aquél como Spitalfields, Hoxton, Wapping y Aldgate.

(78) Dentro del monstruo, pag. 78.

Vale significar, este victimario perpetró sus ataques dentro de un estrecho perímetro equivalente a poco más de una milla cuadrada. Tanto si el ejecutor residía o no en los barrios marginales de Londres donde acaecieron las tropelías se hizo patente que dominaba perfectamente la conformación de las calles y la localización de los albergues, pensiones y tabernas allí existentes. En especial, conocía la manera de escapar una vez concluido cada avance letal. Estaba al tanto de todos los callejones y las calles que terminaban sin salida, y sabía como huir desde un patio a otro.

En la fatídica madrugada del 30 de setiembre de 1888 este implacable y fantasmagórico verdugo eliminó a dos infortunadas mujeres en la que dio en llamarse “la noche del doble acontecimiento”, pese a que la policía custodiaba fuertemente la región y cualquier equivocación, fallo u olvido hubiera posibilitado aprehender al agresor.

Se volvió palmario, a partir de entonces que el responsable conocía las rondas que efectuaban los agentes y que había cronometrado la rutina de cada uno de los mismos. También sabía donde se emplazaba la fuente pública próxima a la calle Dorset en la cual se lavó las manos después de masacrar a Catherine Eddowes, su segunda víctima en esa oportunidad. Acreditó dominar la configuración de aquellos sórdidos barrios de memoria.

Tal cual se manifestó en torno a su conocimiento del terreno de caza y su *modus operandi*:

“...Tanto si Jack el Destripador vivía o no en el East End... Había estudiado el terreno como un general estudia su campo de operaciones. Su vida dependía de su conocimiento de la zona. Por ejemplo, la noche del doble acontecimiento, cuando la policía estuvo tras sus huellas, un olvido, un paso en falso le habrían colocado en manos de la ley. Conocía las rondas de la Policía. Evidentemente, había cronometrado sus vueltas, se había entrenado en reconocer sus pisadas, anotando su falta de percepción. Si Jack el Destripador no era del East End, y todos los indicios abonan esta opinión, conocía la zona de memoria. Flotaba sobre aquella zona infestada por la maldad como un genio de la perversión...” (79)

(79) Otoño del terror, pags. 236 y 237.

Ese absoluto gobierno que demostró poseer este depredador acerca del coto de caza o territorio de acción dentro del cual practicaba sus avances (el East End de Londres) refuerza la creencia de que vivía allí en forma permanente y disponía de un refugio donde esconderse de inmediato una vez culminada cada agresión. Whitechapel y sus adyacencias no resultaban ciertamente propicios para que pasara desapercibido un personaje de elevada alcurnia el cual -metafóricamente- resaltaría como una mosca blanca en medio del populoso fárrago de marginados que atestaban aquel distrito.

Al respecto, Jack London retrató crudamente al East End y a sus habitantes -a quienes frecuentó catorce años después de acaecidos los homicidios- sirviéndose de estas expresiones:

“...No se puede hallar en el planeta un espectáculo más denigrante que el ‘atroz East End’, con sus distritos de Whitechapel, Hoxton, Spitalfields, Bethnal Green y Wapping hasta los muelles de la India Oriental. El color con el que se presenta la vida aquí es gris y monótono. Todo ha quedado reducido a desamparo, desesperanza, abandono y suciedad. Una bañera es un objeto desconocido, algo tan ilusorio como la ambrosía de los dioses. La gente es sucia y cualquier tentación de aseo se convierte en una farsa, cuando no en tragedia o drama. El viento transporta fétidos olores, y la lluvia, cuando arrecia, se parece más a la grasa que al agua del cielo. Incluso los adoquines parecen haber recibido un baño de cebo. El resultado es una vasta y repugnante suciedad que bien podía haber escupido el Vesubio o el Mount Pelée... La población está embotada y son pocos los dados a utilizar su imaginación, como los miles de grises y negruscos ladrillos que alberga el paisaje. Abandonados también por su fe religiosa, sus únicas creencias se sustentan en un estúpido materialismo, fatal para el espíritu y los buenos instintos...” (80)

Ciertamente que aquel antiguo degollador tuvo mucha suerte al haber actuado en un tiempo cuando la criminología era una ciencia que recién daba sus primeros pasos, y que la policía no contaba para su labor con especialistas en la elaboración de perfiles criminales.

(80) Gente del abismo, pags. 193 y 194.

La posibilidad de resolver un caso criminal gracias a los análisis de ADN era cosa de ciencia ficción, y ni siquiera se podía contar con el estudio de las huellas dactilares porque tal procedimiento no se había aún desarrollado en 1888. Si la técnica de detección dactilar hubiese estado aplicable entonces no hubiera habido cientos de cartas dirigidas por sujetos que proclamaban ser Jack el Destripador o, cuando menos, algunos de los emisores habrían sido arrestados e indagados para comprobar si se trataba de bromistas o si sabían algo más.

Al presente se sabe con certeza que hay asesinos en serie que remiten cartas a la policía, a la prensa y al público en general. Ejemplos notorios lo constituyeron el aún impune “Asesino del Zodíaco” y el desenmascarado “Hijo de Sam” -David Berkowitz-.

Considerando la validez de este dato, no puede descartarse que el acechador de meretrices resultara ser el autor de algunas de las tantas epístolas que de él pretendían provenir. Y si así hubiere sido, esa conducta mediática devendría coherente con el poderoso afán de notoriedad y con el deseo de escandalizar, que tan dramáticamente caracterizara a sus homicidios con mutilación

Es un punto en discusión establecer si el verdadero criminal escribió algunas de aquellas misivas que llegaron a poder de los periodistas y de las autoridades. Esta incertidumbre parece imposible de despejar, y a más de ciento veinte años de los eventos la interrogante sigue en vigor:

“... ¿Se detuvo alguna vez la mano sangrienta del verdadero asesino, a sostener la pluma, mientras su atribulada mente buscaba las palabras con las que plasmar sus pensamientos en el papel? ¿Era cultivado, inteligente y capaz de escribir algo, alguna de las cartas que hemos visto? ¿Leyó alguna vez las palabras de una carta de “Jack el Destripador” en un periódico? Las preguntas aún flotan en el aire. La búsqueda de nueva información continúa...” (81)

(81) Jack el Destripador. Cartas desde el infierno, pag. 246.

En la hipótesis de que el ejecutor hubiese tenido la osadía y el cinismo de redactar cartas, todavía quedaría por establecer cuáles pertenecieron a su autoría. Diagramar un perfil psicológico del Destripador en función del contenido de tales documentos constituye una tarea extremadamente ardua y de dudoso resultado. De los casi doscientos mensajes vinculados al asunto, que se conservan en los archivos públicos de la ciudad de Londres, sólo una ínfima minoría merecería que se le preste atención. Sin embargo, se han concretado estudios enjundiosos tomando en consideración a aquellas epístolas que contarían con más altas posibilidades de haber sido creadas por el auténtico asesino.

Una de las consideradas como veraces fue mandada el 16 de octubre al domicilio de George Akin Lusk, empresario de origen judío que oficiaba en calidad de presidente del llamado “Comité de Vigilancia de Whitechapel”, el cual era un grupo no gubernamental conformado por ciudadanos que, de modo voluntario, cooperaron con las fuerzas del orden en la infructuosa búsqueda y se creó a instancias de comerciantes de la zona, preocupados por los efectos nocivos que los crímenes provocaban.

Menudo sobresalto sufriría el buen Mr Lusk cuando al abrir la caja de cartón vio que ella guardaba la mitad de un riñón humano conservado en alcohol. Junto con el horrible obsequio iba un recado escrito con letra irregular, tosca y plagada de errores gramaticales -que en esta transcripción se obvian- cuyo texto decía:

“...Desde el infierno: Mr Lusk. Señor: Le envío la mitad del riñón que saqué de una mujer, lo guardé para usted, la otra parte la freí y me la comí, estaba muy buena. Puedo mandarle el cuchillo ensangrentado con el que lo saqué sólo si espera un poco. Firmado: Atrápame si puedes. “Mister Lusk...”

Si bien el receptor de tan macabra misiva y obsequio tendió a restarle trascendencia y, al principio, se negó a dar cuenta del asunto a las autoridades, sus compañeros del Comité de Vigilancia finalmente lo persuadieron de la conveniencia de formular la denuncia policial.

El sobre portador de la caja y del mensaje que pasaría a la historia como la carta “Desde el infierno” se hallaba muy borroso, por lo cual no pudo establecerse si el paquete fue remitido desde los distritos de Londres E o E.C, y mucho se discutió ya desde el comienzo acerca de la autenticidad y credibilidad que cabía concederle al tenor del recado y al trozo de víscera.

Ante todo, se tuvo en cuenta la autopsia practicada sobre el cadáver de Catherine Eddowes. Pero incluso los doctores Frederick Gordon Brown y George Bagster Philips, quienes fungieran como médicos forenses encargados de dicha autopsia, opinaron que el órgano no pertenecía a la finada. El fragmento ulteriormente fue llevado para su análisis al doctor Thomas Openshaw, y este profesional ratificó el carácter humano del medio riñón en examen, concluyendo que había pertenecido a una mujer adulta de cuarenta años o más, afectada por enfermedades relacionadas con el exceso de alcohol.

Más que un órgano extraído para su disección de un hospital, al especialista le pareció que le había sido extirpado a un cadáver no dispuesto para ese fin. A partir de ese dictamen, prevaleció la idea de que el órgano podía haber sido obtenido de una persona muerta a la que se le hubiese realizado una autopsia por cualquier razón, y de la cual un estudiante de medicina, por ejemplo, podría haberse apropiado para llevar a cabo la desagradable travesura.

Contrario a esta posición fue el Jefe de Policía de la ciudad de Londres, Comisario Interino Sir Henry Smith, quien se mostraba a favor de que ese lúgubre remito efectivamente lo había hecho el asesino, y así lo planteó en un libro editado en 1910 bajo el rótulo “De Policía a Comisario”, donde relacionó sus memorias.

Allí destacó que el segmento de la arteria renal adherida a la mitad de aquel riñón concordaba con la porción de la arteria renal que exhibía el cadáver de Catherine Eddowes, según fuera advertido cuando se le practicó la autopsia, y que esa víscera denotaba secuelas de la denominada “enfermedad de Bright” propia de los alcohólicos, mal que la difunta padecía. Sin embargo, al parecer no quedaron registros en la aludida autopsia sobre la existencia de dicha arteria en el cadáver.

El patólogo también fue objeto de la remisión de una carta que le llegó el 29 de octubre de 1888, la cual -aunque no era tan macabra como la que le enviaron a Lusk- es conceptuada una de las pocas con posibilidades de ser auténtica. Dicha misiva, mucho tiempo después, fue objeto de meticulosos análisis para determinar el ADN de su emisor a cargo de peritos contratados por la novelista Patricia Cornwell, la cual postulaba que podría haber sido escrita por el pintor Walter Sickert, a quien propuso como candidato de haber sido Jack el Destripador.

El doctor Thomas Horrocks Openshaw representaba una víctima propiciatoria para los burlones, en la medida de que había adquirido bastante notoriedad por su actuación vinculada con los crímenes. Se trataba de un médico muy prestigioso que el año anterior había sido nombrado para el distinguido cargo de Conservador del Museo de Patología del Hospital de Londres. A sus treinta y dos años su carrera era ascendente e integraba la connotada Sociedad Clínica londinense.

Sus opiniones acerca del examen que practicase sobre el trozo de víscera habían sido difundidas ampliamente por los periódicos. También aquí el contenido del mensaje estaba colmado de errores ortográficos y su caligrafía era muy descuidada. Con sarcasmo se “*felicitaba*” al facultativo forense por “*acertar*” en su dictamen dado que, en efecto, se trataba de un riñón humano -y no de naturaleza animal, como al principio algunos especularon-.

Respetando los gruesos gafes del texto original una posible traducción de aquel mensaje podría ser la que sigue:

*“...Bien tío, haz “acertao”, era el “riñó” izquierdo “voi” a “operar” otra vez cerca de tu “hospital” justo cuando “iva” a probar mi “cuchiyo” en su floreciente cuello los polis me estropearon el juego pero creo que volveré pronto al trabajo y te mandaré otro pedazo de tripas.
Jack el Destripador...”*

“...O as visto al Diablo con su microscopio y el escalpelo mirando una rodaja de riñón prendida con su pasador...”

El carácter artificioso de esta epístola es muy notorio, pues consigna con falta ortográfica la palabra riñón, la cual en otra frase de la carta escribe en forma correcta. Se sospecha que el redactor buscó ocultar su condición de persona instruida. Como ejemplo de ello, se menciona que la posdata donde se alude al “*Diablo con su microscopio y el escalpelo*” fue casi seguramente extraída de un poema inserto en un cuento tradicional de la literatura de Cornualles, Francia, publicado en el año 1871, cuyo contenido refería:

“... ¡*Aquí está el Diablo!*

*Con su pico de madera y su pala
cavando por estaño en la fanega
con la cola prendida con un pasador...”*

De todos modos, aunque el emisor del comunicado no fuese un bruto ignorante de los barrios bajos, sino alguien que por alguna razón fingiera que lo era, ese dato por sí sólo no acredita que Jack the Ripper escribiera aquel texto.

Es muy interesante la letra remitida al doctor Openshaw, y ciertamente cuenta con posibilidades de haber procedido del culpable. Sin embargo, mucho más famosa que aquella deviene la carta recordada por su encabezado “*Querido Jefe*”. Esta misiva, ya fuera verídica o configurase una fabulación a cargo de periodistas interesados en vender noticias -como con insistencia se ha especulado- representa por lejos la más célebre de todas las atribuidas al criminal. Fue la primera nota que lució la firma “Jack el Destripador”, y su trascendencia en la generación y propagación del mito devino determinante.

Desde inicios de setiembre de 1888 comenzó a arribar a la policía correspondencia remitida por sujetos que se identificaban como responsables de los homicidios del East End. Por tales fechas sólo se habían verificado dos de las muertes que tradicionalmente se asignan al criminal; vale decir, la de Mary Ann Nichols y la de Annie Chapman.

Los periódicos, en su mayoría, atribuían también al mismo perpetrador los óbitos de Emma Smith y de Martha Tabram, a las cuales al presente se tiende a excluir del listado de víctimas.

Las autoridades no concedían difusión a estos comunicados, ya sea para evitar que cundiera el pánico en la gente o, sencillamente, porque estimaron que eran obra de bromistas. Se supo, en fecha bastante reciente, que a manos de jerarcas de Scotland Yard habían arribado mensajes como el enviado al Jefe de la Policía Metropolitana, General Charles Warren, el 24 de setiembre de aquel año. El remitente no declara su nombre ni se vale de un alias.

Se describe anunciando que: “...Soy el hombre que ha cometido todos esos asesinatos...”, y luego de aludir especialmente al último crimen perpetrado por entonces - es decir, el de Annie Chapman-, sostenía que quería entregarse porque las pesadillas lo torturaban, y que:

“...Si alguien viene a prenderme me rendiré, pero no voy a ir a la comisaría por mi mismo...”. Culminaba sus líneas el tosco dibujo de un cuchillo, y debajo de éste se proclamaba: “...Éste es el cuchillo con que he hecho estos asesinatos, tiene una empuñadura corta y una hoja larga de doble filo...”

El maníaco aún carecía del seudónimo que le valdría su renombre universal. La prensa, a falta de un calificativo mejor, se limitaba a referirse a él como el “Asesino de Whitechapel”. Durante un breve lapso se lo designó bajo el mote de “Mandil de Cuero”, mientras se creyó que el culpable era un hombre que respondía a una descripción semejante a la de John Pizer a quien ulteriormente se detuvo, aunque fue rápidamente sobreseído al esgrimir una inexpugnable coartada.

Pero llegaría el 27 de setiembre de 1888. Ese día la denominada “Agencia Central de Noticias” de Londres alegó haber recibido una carta firmada por el homicida anunciando nuevos crímenes, y el día 29 de ese mes la entregó a la policía. El tenor de la extraordinaria epístola relacionaba:

“...Querido Jefe: Constantemente oigo que la policía me ha atrapado pero no me echarán mano todavía. Me he reído cuando parecen tan listos y dicen que están tras la pista correcta. Ese chiste sobre Mandil de Cuero me hizo partir de risa. Odio a las putas y no dejaré de destriparlas hasta que me harte. El último fue un trabajo grandioso. No le dí tiempo a la señora ni de chillar. ¿Cómo me atraparán ahora? Me encanta mi trabajo y quiero empezar de nuevo si tengo la oportunidad. Ponto oirán hablar de mí y de mis divertidos jueguecitos. Guardé algo de la sustancia roja en una botella de cerveza de jengibre para escribir, pero se puso tan espesa como la cola y no la pude usar. La tinta roja servirá igual, espero, já, já. En el próximo trabajo le cortaré las orejas a la dama y las enviaré a la policía para divertirme. Guarden esta carta en secreto hasta que haya hecho un poco más de trabajo y después tírenla sin rodeos. Mi cuchillo es tan bonito y afilado que quisiera ponerme a trabajar ahora mismo si tengo la ocasión. Buena suerte. Sinceramente suyo. Jack el Destripador...”

Y en una especie de posdata impresa transversalmente, el redactor del comunicado se mofaba:

“...No se molesten si les doy mi nombre profesional. No estaba bastante bien para enviar esto antes de quitarme toda la tinta roja de las manos. Maldita sea. No ha habido suerte todavía, ahora dicen que soy médico, já, já...”

Estaba escrita con tinta roja, y, en cuanto a su forma, en el mensaje aparecían patentes americanismos como “*boss*” (jefe), “*fix me*” (atraparme) y “*shan’t quit*” (no abandonaré). El texto de este recado sería crucial para cimentar y propalar la leyenda, en tanto aportaría ante la opinión general el mote con el cual se había bautizado a la hasta entonces anónima y fantasmagórica figura del delincuente. Ese alias lo haría tristemente célebre en todo el mundo. Por primera vez tomaba estado público el cruel y burlón apodo “*Jack el Destripador*”.

A esta comunicación se le adicionaría muy pronto una tarjeta postal, también presuntamente recibida por la Agencia Central de Noticias el 1 de octubre de 1888, en donde su emisor, tras presentarse como “*Saucy Jacky*” (Jacky el Descarado), se manifestaba en los siguientes términos:

“...No estaba de broma, querido jefe, cuando le dí la información. Mañana se enterará del trabajo de ese descarado de Jacky. Doble función esta vez. La número uno chilló un poco. No pude acabar en seguida. No tuve tiempo de cortar las orejas para la policía. Gracias por guardar la carta de mi último trabajo. Jack el Destripador...”

Pero, probablemente muy poca publicidad hubiera merecido el alias que se suministraba al criminal de no ser porque presuntamente una amenaza de lo que el redactor le iba a hacer a sus víctimas -cortarles las orejas- pareció haberse verificado exactamente tal como en la carta se predecía que se llevaría a cabo. Un sector de la opinión periodística contemporánea a los acontecimientos se inclinó por ponderar que un bromista podía haber tomado conocimiento sobre los detalles de los crímenes leyendo la prensa que se vendía al público desde la madrugada del 30 de setiembre, y así habría dispuesto del tiempo necesario para redactar la postal haciéndose pasar por el asesino.

Claro que la discusión dejaría de revestir sentido si la amenaza de arrancar orejas no se compadecía con las heridas infligidas a las asesinadas, ya que si sus cuerpos no evidenciaban que sus orejas estuviesen mutiladas, o que su homicida hubiera intentado extirparlas, esos infames comunicados habrían pasado desapercibidos como una grosería más producto de dañinos ociosos.

La inicial víctima de aquella noche, Elizabeth Stride, no había padecido otras mutilaciones con excepción del prominente tajo que seccionó su traquea y determinó su fallecimiento. Se supuso que algo amedrentó al asesino forzándolo a alejarse sin que pudiese dar rienda suelta a su peculiar ensañamiento.

La segunda muerte del doble acontecimiento, Catherine Eddowes, daba muestras de una rajadura en el lóbulo de su oreja derecha. Aparentemente, al colocarse el cadáver en el féretro fue que el lóbulo se desprendió, por lo cual ciertamente el agresor no pudo guardarlo para sí a fin de enviárselo de regalo a la policía, de acuerdo pretendiera. Y resulta que incluso el seccionamiento de ese trozo de órgano dio la impresión de no haber sido intencional, sino la consecuencia de una de las cuchilladas inferidas por el Destripador en su éxtasis frenético.

Por eso no existe prueba sólida de que siquiera se intentara rajarles en forma deliberada las orejas a las víctimas. De donde se infiere que la mención formulada en la célebre carta "*Querido Jefe*" a lo máximo podría reputarse como una mera coincidencia.

Al saberse de la existencia del lóbulo rajado, luego del reporte que la policía y los forenses proporcionaron a la prensa, el emisor de la primera misiva, o alguien que conocía el texto de aquella, podría raudamente haber confeccionado la tarjeta postal. Y a partir de allí, pudo haberse adjudicado la presunta intentona de cortar orejas, lamentándose de no haber dispuesto de tiempo suficiente para llevárselas consigo, según amenazó.

Más incongruente aún deviene la referencia que se formula en la tarjeta postal, consistente en que la "*número uno*" -Liz Stride- chilló un poco, y por ello fue que el perpetrador no pudo terminar pronto y extirparle sus órganos auditivos. No había indicios de lesiones en el cuerpo de esta víctima a excepción del ya característico corte en su garganta. Y en cuanto a Kate Eddowes, la "*número dos*" victimada aquella noche, cuyo cadáver fue sometido a una virtual carnicería, el Destripador contó con tiempo más que suficiente para seccionar sus orejas y asegurarse de sustraerlas si hubiese querido, pero no lo hizo.

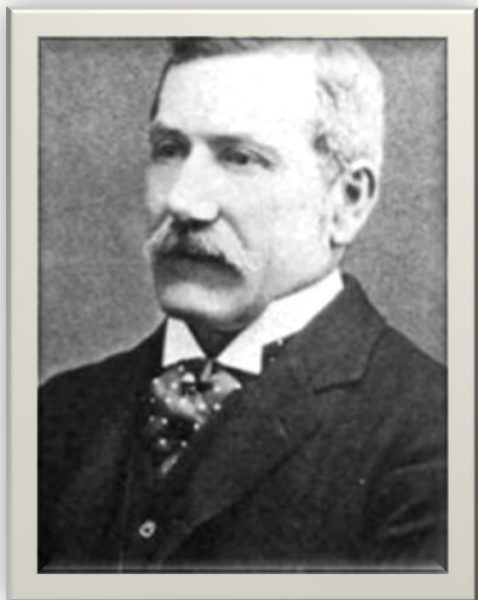
Las precedentes reflexiones sirven para de enfatizar cuán relativo valor posee la correspondencia atribuida al mutilador, a la hora de basarse en las mismas para diagramar su perfil psicológico.

En definitiva: ¿Se trató de un asesino imbuido de una misión?, de acuerdo plantearan Forbes Winslow y algunos periodistas de la época; o bien: ¿Estamos frente a un victimario en serie sexual?, como propuso tempranamente el doctor Thomas Bond, y conforme pretenden comentaristas más actuales. A su vez: ¿Era un ultimador secuencial organizado, y gracias a tal talento pudo quedar para siempre impune?; o, por el contrario: ¿Fué un asesino en serie desorganizado que se mantuvo en el anonimato por mera buena suerte, o por ser encarcelado o fallecer tiempo más tarde?

En cuanto refiere a la historia conocida, baste con recordar que durante el transcurso de 1889 se fue bajando el telón del drama protagonizado por el criminal y sus víctimas. Aún cuando nuevas mujeres morirían de forma sospechosa, la policía se negó a considerar que sus decesos resultasen obra del mismo matador del año anterior.

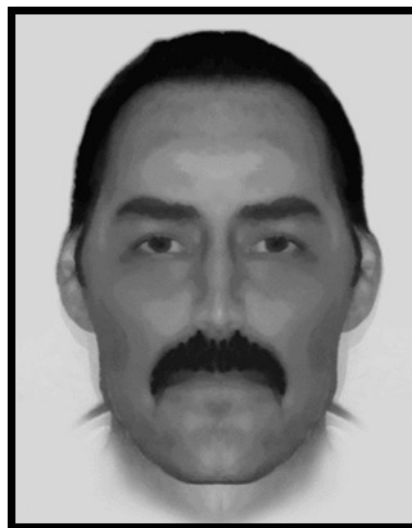
Mucho se ha fustigado a Scotland Yard, pero vale quebrar una lanza a favor de esta señera institución. Nunca buscaron un chivo expiatorio para enjugar así su responsabilidad por no haber podido capturar al verdadero homicida. Y eso que los manicomios de entonces rebozaban de candidatos que podrían sin dificultad haber sido acusados, y pasar por culpables plausibles. Con el andar del tiempo, otras noticias sensacionalistas ocuparon el puesto dejado por sus crímenes, y la ominosa sombra del Destripador se fue paulatinamente diluyendo. Más no sucedería así con su aciago recuerdo, el cual se instaló en el inconsciente colectivo como arquetipo del terror.

Un mundo conmocionado y una sociedad británica aterrorizada quedaban como testimonio de la locura sanguinaria de Jack.



Doctor Thomas Bond

Médico forense y primer experto
en diagramar un análisis psicológico
sobre Jack el Destripador.



Retrato Robot de Jack el Destripador.

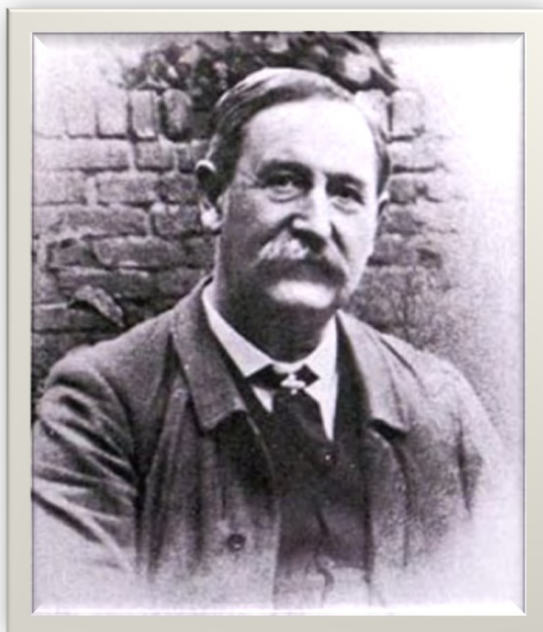


Coto de caza del asesino:
calles del distrito de Whitechapel.



Doctor Lyttleton Forbes Winslow

Propuso la teoría de la “locura lunar”
como razón de los crímenes de Jack.



Inspector Donald Swanson

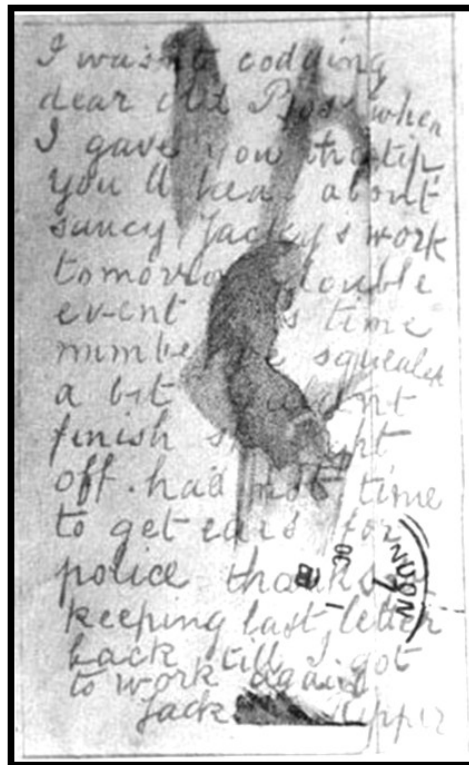
Indagó al sospechoso acusado por el Doctor Winslow.

Old boss you was rite it was
 the ~~left~~ kidney i was goin to
 be operate agin close to your
 spittle just as i was goin
 to drop me rife along of
 er Dommie wrote them
 lusses of coppers spoils
 the game but i guess i wil
 be on the job soon and will
 send you another bit of
 innards gree the ripper
 Have you seen the newle
 dist. his microscope and scalp
 a lookin at a kidney
 with a slide collect up

Misiva mandada al patólogo Thomas Openshaw.

25 Sept. 1968
 Dear Boss
 I keep on hearing the police
 have caught me but they wont fix
 me just yet. I have laughed when
 they look so clever and talk about
 hang on the right track. That joke
 about Leather Apron gave me real
 fits. I am down on whores and
 I shant quit ripping them till I
 do get buckled. Grand work the last
 job was. I gave the lady no time to
 squeal. How can they catch me now.
 I love my work and want to start
 again. You will soon hear of me
 with my junny little games. I
 saved some of the proper red stuff in
 a ginger beer bottle over the last job
 to write with but it went thick
 like glue and I cant use it. Red
 ink is fit enough I hope ha ha.
 The next job I do I shall clip
 the lady's ears off and send to the

Facsímil de la famosa carta "Dear Boss".



Postal “Saucy Jacky” (Jacky el Descarado)
remitida a la prensa al día siguiente
del doble crimen de Jack el Destripador.



Mr George Akin Lusk
El Presidente del Comité de Vigilancia
fue objeto de una broma macabra

From hell
 Mr Lusk
 Sir I send you half the
 Kidney I took from one woman
 preserved it for you tother piece
 tied and at it was very nice I
 may send you the blood bag that
 took it out if you only want a whet
 one.
 Signed Catch me when
 you can
 Minister Lusk -

Copia de la célebre epístola “Desde el infierno”
 enviada a Lusk junto con medio riñón humano

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Ávila, Diego**, Vivir para matar, Ediciones Vosa S.L, España, 2003.
- Begg, Paul**, Jack the Ripper, The definitive history, Editorial Pearson Education Limited, Inglaterra, 2005.
- Berry, James**, My experiences as an executioner, Editorial Chadwyck-Healey, Inglaterra, 2001.
- Bielba, Ariadna**, Jack el Destripador y otros asesinos en serie, Editorial Edimat Libros S.A, España, 2007.
- Bugliosi, Vincent y Gentry, Curt**, Manson. Retrato de una “familia”, Editorial Bruiguera, España, 1976.
- Cameron, Deborah**, Femicidio, Ediciones de la Universidad Autónoma de México, México, 2006.
- Casebook Jack the Ripper** (sitio web, Internet)
- Cornwell, Patricia**, Retrato de un asesino. Jack el Destripador. Caso Cerrado, Ediciones B grupo Z, España, 2003.
- Cullen, Tom**, Otoño del terror, Ediciones Círculo de Lectores, Buenos Aires, Argentina, 1975.
- Edwards, Ivor**, Jack the Ripper. Black magic rituals, Editorial Penny Publishing, Inglaterra, 2003.
- Evans, Stewart y Gainey, Paul**, Jack the Ripper. First american serial killer, Editorial Kodansha, Estados Unidos, 1998.
- Evans, Stewart y Skinner, Keith**, Jack el Destripador. Cartas desde el infierno, Ediciones Jaguar, España, 2003.
- Faiclough, Melvin**, The Ripper and the royals, Editorial Duckworth, Inglaterra, 1991.
- González, Arquímedes**, La muerte de acuario, Editorial Distribuidora Cultural, Nicaragua, 2002.
- Harris, Melvin**, The bloody truth, Editorial Columbus, Inglaterra, 1987.
- Harrison, Shirley**, Jack el Destripador. Diario, Ediciones B grupo Z, España, 1993.
- Harrison, Shirley**, The american connection, Editorial John Blake Publishing Ltd, Inglaterra, 2004.
- Hinton, Bob**, From Hell, The Jack the Ripper mistery, Editorial Old Bakehouse, Inglaterra, 1998.
- Howell Michael y Ford Peter**, La verdadera historia del hombre elefante, Ediciones Noguer S.A, España, 2008.
- Knight, Stephen**, Jack the Ripper, The final solution, Editorial George Harrap, Inglaterra, 1976.

London, Jack, Gente del abismo, Ediciones Intervención Cultural, España, 2001.

Macpherson, Euan, The trial of Jack the Ripper, Ediciones Mainstream Publishing, Inglaterra, 2005.

Magaellan, Karyo, By ear and eyes, Editorial Langshot Publishing, Inglaterra, 2005.

Marriott, Trevor, Jack the Ripper: The 21st century investigation, Editorial John Blake Publishing Ltd, Inglaterra, 2007.

Matters, Leonard, The mistery of Jack the Ripper, Editorial Hutchinson, Inglaterra, 1929.

Mc Cormick, Donald, The identity of Jack the Ripper, Editorial Jarrolds, Inglaterra, 1959.

Montejo, Angel, Sexualidad y salud sexual, Editorial Glosa S.L, España, 2006.

Morrison, Helen y Goldberg, Harold, Mi vida con los asesinos en serie, Editorial Océano, España, 2004.

Moore, Alan y Campbell, Eddie, From Hell, Editorial Planeta De Agostini, España, 2003.

Norden, Dan, Sin corazón. La prueba de un Copycat Killer, Revista Ripper Notes, número 28, marzo 2008.

Norris, Joel, Serial Killers, Editorial Anchor Books, Estados Unidos, 1989.

Paley, Bruce, The simple truth, Libro Editorial, Estados Unidos, 1995.

Perry, Anne, El complot de Whitechapel, Ediciones Debolsillo, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Ressler, Robert y Schatchman, Tom, Dentro del monstruo, Alba Editorial, España, 2003.

Ressler, Robert y Schachtman, Tom, Asesinos en serie, Editorial Ariel S.A, España, 2005.

Retamar, Salvador, Grandes conspiraciones, misterios y asesinatos, Ediciones Lea S.A, Argentina, 2007.

Riordan, Timothy, The nine lives of Dr Tumblety, Revista Ripperologist, número 92, junio 2008.

Ridley, Jasper, Los masones, Ediciones B, Argentina, 2006.

Santander, Gaspar, Los vendedores de cadáveres, Diario La Nación, Argentina, 23 noviembre 2003.

Silva, Daniel y Torre, Raúl, Investigación criminal de homicidios seriales, Editorial García Alonso, Argentina, 2004.

Sinclair, Iain, White Chappel, Trazos Rojos, Editorial Sudamericana, Argentina, 2004.

Schwartz, Anne, El hombre que no mató lo suficiente, Editorial Grijalbo, España, 1994.

Torre, Raúl y Silva, Daniel, Perfiles criminales, Ediciones Dos y Una, Argentina, 2006.

Trenouth, Karen, Jack the Ripper. The satanic team, Editorial Athorhouse, Inglaterra, 2007.

Turnbull, Peter, The killer who was never, Editorial Clark y Lawrence, Inglaterra, 1996.

Vanderlinder, Wolf, Carl Ferdinand Feigenbaum: una vieja sospecha reaparece, Revista Ripper Notes, número 28, marzo 2008.

Walkowitz, Judith, La ciudad de las pasiones terribles, Ediciones Cátedra S.A, España, 2005.

Wilson, Colin, Aleister Crowley, Ediciones Urano S.A, España, 1989.

Wilson, Colin, Los asesinos, Ediciones Luis de Caralt, España, 1976.

Wilson, Colin y Odell, Robin, Jack el Destripador, recapitulación y veredicto, Editorial Planeta, España, 1989.

Wolf, A. P, Jack. The myth, Editorial Robert Hale, Inglaterra, 1993.

ÍNDICE

Capítulo I	
Las víctimas	9
Capítulo II	
Jack. El asesino psicópata	60
Capítulo III	
Jack. El asesino enamorado	103
Capítulo IV	
Jack. El asesino sexual	146
Capítulo V	
Jack. El asesino homosexual	185
Capítulo VI	
Jack. El asesino satánico	230
Capítulo VII	
Jack. El asesino inexistente	269
Capítulo VIII	
Jack el Destripador.	
Perfil psicológico	313
Bibliografía	355

Menos de diez semanas le bastaron al asesino en serie motejado *JACK EL DESTRIPIADOR* para adquirir su triste pero persistente celebridad.

Sus sangrientas hazañas se convirtieron en leyenda.

Su identidad permanece oculta bajo un velo tan impenetrable como la densa niebla de las noches londinenses donde el criminal hiciera su aparición.

El Doctor Gabriel Antonio Pombo, uno de los pocos “*Ripperólogos*” de habla hispana, nos ofrece aquí la continuación de la historia iniciada con “*El Monstruo de Londres. La Leyenda de Jack el Destripador*”.

Así se concluye una minuciosa investigación criminológica que se lee como si de la más apasionante novela de suspenso se tratase